KARMA IS COMING



ME MENTISTE

AJ CARTER

Me mentiste

AJ Carter



Copyright © 2025 by Papyrus Publishing LTD.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en forma alguna ni por ningún medio, incluidos la fotocopia, la grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin la previa autorización escrita del editor, excepto en el caso de breves fragmentos incluidos en reseñas críticas y ciertos otros usos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor. Para solicitar permiso, escriba al editor a la atención del coordinador de permisos en la dirección que aparece a continuación.

contact@ajcarterbooks.com

Contenidos

Me mentiste

Prólogo – Abril

1. Abril

2. Abril

3. Meg

4. Abril

5. Abril

6. Meg

7. Abril

8. Abril

9. Abril

10. Abril

11. Meg

12. Abril

13. April

14. Meg

15. April

16. April
17. April
18. April
19. Meg
20. April
21. Meg
22. Meg
23. April
24. Meg
25. April
26. April
27. Meg
28. April
29. April
30. Meg
31. April
32. April
33. April
34. April
35. Meg

36. April

37. April

38. Meg

39. April

40. April

If You're Reading This (PREVIEW)

1. Now

2. Then

3. Then

About the Author

Dedicatoria

Para mis problemas de confianza, ¡que por fin están dando frutos!

Me mentiste

¿Quieres estar al tanto de las promociones y los nuevos lanzamientos? Únete a mi boletín gratuito y sé de los primeros en saberlo.

SUSCRÍBETE

Prólogo – April

He convertido en un arte el llegar a ser lo que los hombres desean. No es difícil: sus deseos son transparentes, geometría simple. Ajusto mis ángulos en consecuencia.

Para Charles, era la intelectual dañada: la chica de los libros que nunca se había recuperado del abandono de su padre. Nos conocimos en un acto de exalumnos de la universidad al que me colé armada con un carné robado y recuerdos fabricados de las infames conferencias de ética del profesor Harmon.

—Ética —había soltado Charles con un bufido, revolviendo su whisky escocés añejo—. Un tema rico para esta gente.

Yo había reído demasiado suavemente, me había tocado la clavícula, había dejado que mi mirada se desviara hacia la salida como si pudiera huir en cualquier momento. A Charles le encantaba la fragilidad envuelta en inteligencia. Quería arreglar cosas ingeniosas y rotas.

En tres meses, me había comprado una Sylvia Plath de primera edición, un MacBook Air y había pagado seis meses del alquiler de mi madre. Todo para demostrar que comprendía la profundidad de mis heridas ficticias. Lo abandoné sin más después de que mencionara que quería conocer a mi madre. Mi culpa se manifestó como insomnio, no como conciencia. Preocupaciones prácticas: ¿había sido descuidada? ¿Me investigaría? El dinero ya estaba gastado.

Para Daniel, me transformé en una fotógrafa aspirante con ambiciones empresariales. La cámara que me notó usando en la subasta benéfica era alquilada. La cartera que le mostré después estaba recopilada de fotógrafos de Instagram demasiado pequeños para ser reconocibles.

—Tienes visión —había dicho él y examinó imágenes que no había tomado—. Talento en bruto.

Yo había compartido dificultades ficticias de construir un negocio sin capital. A Daniel le encantaba imaginarse a sí mismo como mentor de mujeres jóvenes. Le gustaba asentir con aire sabio mientras yo tomaba notas de sus consejos.

En cuatro meses, había invertido en mi estudio inexistente, comprado equipos que vendí inmediatamente e introducido a amigos que podrían necesitar mis servicios. Lo dejé después de inventarme que un exnovio celoso me había amenazado.

Daniel pagó dos meses en un piso nuevo — hasta que las cosas se calmaran —.

Esa noche me senté en el suelo del baño contando efectivo, mi estómago retorciéndose en nudos. Imaginé a Daniel descubriendo la verdad: su confusión endureciéndose en ira. Corrí al retrete y vomité hasta que no quedó más que saliva agria.

Para Martin, me convertí en la artista que fracasaba con problemas familiares. Nos conocimos en la apertura de una exposición donde me hice pasar por camarera. Me atrapó mirando con anhelo un paisaje mediocre.

—¿Pintas? — había preguntado, notando mi mirada.

Había asentido, tejiendo ficciones sobre sueños abandonados y obligaciones financieras. Martin coleccionaba artistas como algunos hombres coleccionan relojes — como accesorios para exhibir su sofisticación.

Martin estaba divorciado, recién salido de un acuerdo que lo dejó acaudalado y ansioso por reconstruir su ego. Quería a alguien que apreciara su generosidad, alguien cuya gratitud pudiera confundirse con admiración.

Tres meses, y había financiado mis suministros de arte ficticios, pagado clases a las que nunca asistí, y cubierto las facturas vencidas de mi madre. Desaparecí tras una emergencia familiar fabricada en Escocia. Martin envió dinero para gastos de viaje y alojamiento. Sus mensajes de texto se volvieron cada vez más frenéticos, luego cesaron del todo.

Esa noche, me senté en el alféizar de mi ventana observando el tráfico de Bristol abajo, contando las mentiras que le había contado. Cada una parecía flotar en el aire ante mí, tan visible como el humo. Me pregunté cuándo podrían asfixiarme.

Tres hombres, tres versiones de April Weston.

Dicen que los estafadores no sienten remordimientos. Eso es ficción forjada por quienes necesitan creer que las personas malas son fundamentalmente diferentes de las buenas.

Yo lo siento —la culpa—, una acompañante constante que se sienta a mi lado durante noches de insomnio. Susurra justificaciones que

recito como oraciones: mamá necesita sus medicinas. La factura de calefacción está vencida. Estos hombres pueden permitirse lo que les quito.

Pero últimamente la culpa se ha vuelto más ruidosa, ahogando mis excusas.

La Heathfields Estate se ve exactamente igual mientras regreso a casa — casas de ladrillo rojo oscuro con ventanas blancas, antenas parabólicas inclinadas hacia señales invisibles. Nada cambia aquí excepto las estaciones.

Dentro, mamá está tarareando alguna canción de los ochenta mientras cuida sus macetas de lavanda. No sabe cómo pago nuestras facturas. No cuestiona por qué de repente podemos permitirnos lo que necesitamos.

—¿Buen día, cariño? — pregunta, con tierra bajo las uñas.

Asiento, sonrío, miento. Mañana rastrearé nuevos territorios de caza. Alguien lo bastante rico como para resolver nuestros problemas pero lo bastante anónimo como para desvanecerme después. Alguien que no me rastree hasta esta casa poco notable.

Se me da bien lo que hago. Soy experta, incluso.

¿Entonces por qué siento que me están cazando a mí?

Capítulo 1

April

La cocina de mamá olía a productos de limpieza de descuento con aroma a limón —esos que nunca logran disimular del todo lo que se esconde debajo—. Estaba limpiando las encimeras con la energía frenética de quien cree que frotar superficies podría pulir la realidad de algún modo.

—Has llegado pronto —dijo sin apartar la vista de la misma zona de laminado que estaba limpiando—. Pensé que tenías turno de noche.

La observé desde el umbral. Meg Weston, cuarenta y cinco años, decidida a mantener la ficción de que éramos apenas un inconveniente temporal, no sistemáticamente arruinadas.

—El gerente me envió a casa. Había poco movimiento —mentí.

Mamá asintió, satisfecha con esa explicación falsa. Su cabello rubio desvanecido estaba recién retocado —tinte de caja de la tienda de descuento, pero se había apañado bien ocultando las raíces—. Pequeñas victorias.

—Suerte la tuya. ¿Té? —Al fin se giró, ofreciéndome una sonrisa que arrugaba las comisuras de sus cálidos ojos marrones.

Nuestra cocina era un museo de negación optimista. Los armarios estratégicamente distribuidos para que cinco latas y paquetes parecieran provisiones abundantes. El frigorífico zumbaba vacío, su luz iluminando principalmente condimentos y margarina. El contador de electricidad parpadeaba en la esquina, contando los segundos hacia la oscuridad.

Me dejé caer en una silla junto a nuestra minúscula mesa. —¿Hay algo para cenar?

Un gesto fugaz cruzó su rostro —rápido pero inconfundible—. Pánico.

—Pensé que podríamos tomar alubias con tostadas. Con queso. —Se giró y se ocupó con el hervidor—. Comida reconfortante.

Traducción: es lo que podemos permitirnos hasta el día de paga. Excepto que su día de paga no cubriría la factura de electricidad que reposaba sin abrir en la encimera, su texto rojo visible a través del fino sobre.

—Suena perfecto —dije—.

Este era nuestro baile. Ella fingía que no éramos pobres; yo fingía no darme cuenta de que estaba fingiendo. Mientras tanto, yo pagaba discretamente las facturas con dinero que ella creía que provenía de mi trabajo en la cafetería —un puesto que existía únicamente en la ficción—.

—¿Qué tal el trabajo? —pregunté, aunque ya conocía la respuesta. El vivero había vuelto a reducirle las horas—.

—¡Encantador! La señora Pemberton compró seis plantas de lavanda. Dijo que mi arreglo de exposición la convenció. —Mamá colocó una taza de té delante de mí, la bolsa aún infusionando porque la leche era un lujo esta semana—.

Noté sus uñas —alguna vez impecablemente cuidadas, ahora mordidas hasta la base—. El único lujo que había abandonado después de la tercera vez que cortaron la electricidad.

—¿Te arreglaron el horario para la próxima semana? —Sabía de sobra que no lo habían hecho—.

Vaciló, suspiró. —Han reducido el horario de fin de semana. Solo mañanas de sábado ahora.

Lo que significaba otras cien libras menos en nuestro presupuesto mensual. Hice cálculos mentales rápidos —alquiler, electricidad, agua, impuestos municipales, comida—. Sus medicinas. Matemáticas imposibles.

—Es temporal —añadió—. Se acerca el verano. Las ventas del vivero mejorarán.

Asentí, aunque los dos sabíamos que el verano estaba a dos meses de distancia y los cobradores de deudas no esperarían.

—Podría dejar la suscripción al pódcast de criminalidad real —ofrecí —. Cinco libras al mes que en realidad no gastaba —la suscripción existía únicamente en nuestras conversaciones presupuestarias ficticias—. En realidad, descargo los episodios gratis en la biblioteca. No quería que sintiera que no podía proveer.

—Ni hablar. Necesitas tus pequeños placeres. —Me apretó el hombro —. Tengo esa entrevista en el supermercado el próximo martes. El gerente parecía interesado.

Otra ficción. Ya me había mencionado esta entrevista fantasmal tres veces, cada vez adelantando la fecha para cuando inevitablemente surgiría la pregunta «¿Cómo te fue?».

—Es fantástico —seguí la corriente—.

Nuestra cocina cayó en silencio excepto por el zumbido constante del frigorífico luchando por enfriar la nada. El contador de electricidad emitió un pitido —una advertencia—. Cincuenta peniques restantes.

—Creo que iré a la tienda de la esquina —anunció mamá de repente, rebuscando en su cartera—. Sacó un billete de cinco libras que

reconocí —el dinero de emergencia que había metido en su cartera ayer mientras se duchaba—. ¿Necesitas algo?

—Estoy bien.

Se puso la chaqueta —el mismo anorak azul que había llevado durante seis inviernos, ahora brillante en los codos—. —Vuelvo en diez minutos.

Después de que la puerta principal se cerró con un clic, me dirigí a la encimera y abrí el sobre con el texto de advertencia en rojo. Último aviso. £173,42 adeudadas antes del lunes o desconexión. Lo doblé y lo metí en mi bolsillo antes de que regresara.

En mi estrecho dormitorio, conté el efectivo escondido bajo mi colchón. £147 —no era suficiente—. Tendría que hacer un retiro de mi cuenta secreta mañana. La cuenta que mamá no sabía que existía, financiada por ingresos que no entendería.

Mi teléfono vibró. Un mensaje de mamá: *¡La leche estaba en oferta! Día de suerte.*

Sonreí a pesar de todo. Su capacidad para encontrar alegría en productos lácteos con descuento mientras nuestras vidas se desmoronaban alrededor era casi admirable.

Miré mi armario donde dos versiones de April Weston colgaban lado a lado —jerseys holgados de tienda de segunda mano al lado de una blusa de seda que nunca usaría en casa—. Mi madre creía que pasaba las noches trabajando en una cafetería en el centro. Creía que mis ocasionales ganancias inesperadas venían de buenas propinas o turnos extra. Creía muchas cosas.

Me tumbé en mi cama, escuchando los sonidos de la urbanización Heathfields asentándose en la tarde. Un perro ladrando a tres casas de distancia. El ritmo metálico de la música de alguien. Un coche

que costaba arrancar. El contador volvió a sonar abajo. Nuestra oscuridad inminente.

Mañana pagaría la factura antes de que mamá se diera cuenta, inventaría alguna historia sobre una bonificación en mi trabajo imaginario. Otra pequeña mentira más en una vida construida sobre engaños necesarios.

La puerta principal se abrió —mamá regresaba con su leche de oferta. La oí tararear en la cocina, todavía alegre de alguna manera a pesar de todo.

Esa era la diferencia entre nosotras. Ella mantenía la esperanza mientras enfrentaba la realidad.

Yo abandonaba la realidad para mantener nuestra supervivencia.

La electricidad había sobrevivido otro día. Pequeños milagros.

En mi dormitorio, estaba sentada con las piernas cruzadas en un colchón que recordaba demasiado bien la forma de mi cuerpo. Las paredes estaban pintadas de un azul que había elegido a los catorce —toda una vida atrás cuando creía que las selecciones de color eran decisiones significativas.

Abajo, mamá estaba viendo algún programa de compraventa, el volumen bajo, como si incluso el ruido del televisor pudiera costar extra. El contador de electricidad había dejado de emitir sus pitidos de advertencia después de mi viaje al cajero automático esta mañana. Otra crisis temporalmente evitada usando dinero sacado de la nada, hasta donde mamá sabía.

Abrí mi portátil y navegué hasta mi aplicación bancaria. La última transferencia de Daniel aparecía en el saldo —pago final por mi ficticio espacio de estudio. La mitad del dinero ya destinado al alquiler del próximo mes.

Mi dedo se quedó suspendido sobre su nombre en mis contactos. Tres semanas desde que lo dejé de lado. Dos desde que sus mensajes pasaron de la preocupación a la rabia a la resignación.

Mi sistema era eficiente: crear, extraer, desaparecer. Aun así, los rostros permanecían. Charles con su Scotch pretencioso y sus genuinas ofertas de corregir mi tesis inexistente. Martin y su infantil entusiasmo por mis proyectos artísticos fabricados. Daniel que se quedó despierto hasta tarde ayudándome a construir un plan de negocios para un estudio de fotografía que nunca existiría.

Hice clic en el perfil de redes sociales de Daniel. Había publicado ayer, algo sobre una subasta benéfica. Su foto de perfil seguía siendo la que habíamos tomado juntos en el puerto de Bristol. Debería haberlo previsto. Un descuido por mi parte.

Una sensación incómoda se extendió por mi pecho. No exactamente dolor, más como presión. Como si alguien llenara lentamente mis pulmones con hormigón.

Hay un talento requerido para lo que hago. No solo la actuación o la investigación, sino la compartimentalización. La capacidad de seccionar conexiones. De transformar personas en transacciones.

Últimamente, ese talento me estaba fallando.

Cerré el perfil de Daniel y abrí mi aplicación de notas. Listas dentro de listas —posibles víctimas categorizadas por riqueza, vulnerabilidad y accesibilidad. Hombres que exhibían públicamente sus bienes pero guardaban celosamente sus debilidades emocionales. Hombres cuyo deseo de conexión superaba su escepticismo natural.

Mi dedo se detuvo en un nombre cerca de la parte superior de mi lista. Recientemente divorciado, dinero nuevo, soledad nueva. Lo había estado investigando durante semanas, construyendo un perfil, elaborando un enfoque. Otra versión perfecta de April Weston lista para desplegar.

Sin embargo, no podía obligarme a cerrar mi portátil y comenzar la actuación de mañana. En su lugar, saqué mi teléfono y abrí mi carpeta oculta de capturas de pantalla —evidencia de mis engaños. Como un criminal que regresa al lugar de los hechos, me desplacé por momentos que debería haber eliminado.

Charles mirándome a través de una mesa de restaurante, sin saber que estaba grabando todas sus preferencias, todas sus vulnerabilidades, todos sus puntos débiles. Daniel explicándome la configuración de exposición en una cámara que devolvería a la tienda de alquiler al día siguiente. Martin sonriendo mientras describía su acuerdo de divorcio, calculando mi interés como pasión artística en lugar de evaluación financiera.

Cada imagen era a la vez trofeo y acusación.

Mamá se rió de algo en su programa abajo, el sonido flotando a través de nuestros pisos finos. No hizo preguntas sobre mis repentinos ascensos o bonificaciones sorpresas. No se preguntó cómo el trabajo en una cafetería pagaba nuestra electricidad. Su disposición a creer mentiras convenientes reflejaba el deseo de mis víctimas de aceptar los April Westons que creaba para ellas.

Quizás el autoengaño corría en nuestra familia.

Cerré la carpeta y volví a mis notas. Agregué un detalle sobre mi próximo objetivo —una fecha personal que había escuchado mencionar durante una llamada telefónica. Información reunida por escucha casual en una cafetería. Una potencial apertura.

Mi estómago se torció.

Algunas noches me despertaba jadeando, tras soñar que mis víctimas me rodeaban la cama, mirándome con ojos en blanco mientras intentaba explicar por qué las había elegido. Por qué su soledad o inseguridad o pena las hacía objetivos adecuados.

Otras noches soñaba que mamá descubría la verdad. Su rostro transformándose al darse cuenta de lo que financiaba nuestra existencia. Esos sueños eran peores.

Cerré mi portátil y me moví hacia la ventana. La urbanización Heathfields se extendía ante mí —casas idénticas con problemas idénticos. Detrás de una ventana, una familia discutía sobre dinero. Detrás de otra, alguien bebía para escapar de la ansiedad financiera. Detrás de otras, personas trabajaban turnos nocturnos o vendían posesiones o sacaban préstamos de día con tasas de interés criminales.

Ninguno de ellos había encontrado mi solución.

El hormigón en mi pecho se endureció.

Esto era necesario. Esto era supervivencia. Esta era la única habilidad comercializable que poseía —la capacidad de convertirme en aquello que alguien necesitaba con la desesperación suficiente como para pagar por ello.

¿Entonces por qué cada nueva víctima se sentía más pesada que la anterior?

El grifo del baño chirrió mientras mamá se preparaba para acostarse. Su rutina nocturna calculada para usar la menor cantidad de agua caliente posible. Me alejé de la ventana, de repente incapaz de mirar la urbanización más tiempo. Incapaz de distinguir entre depredador y presa en este paisaje de desesperación tranquila.

Entre nosotras y ellos.

Entre yo y mi madre.

Me desperté al sonido de Mum fingiendo no llorar.

Tenía una forma de hacerlo – inhalaciones diminutas y controladas que podrían confundirse con un resfriado leve si no supieras mejor. El grifo de la cocina corría innecesariamente, proporcionando cobertura de audio. Una actuación para una audiencia de uno.

Miré mi teléfono: las 11:23 a.m. Debería haber estado en el centro de jardinería hace horas.

La encontré en la mesa de la cocina, vestida con su uniforme de trabajo – polo verde bosque con 'Greenleaf Garden Centre' bordado encima del bolsillo. El pelo perfectamente peinado. Se había maquillado. Lo había intentado.

—Buenos días, cariño. Su sonrisa era demasiado brillante, demasiado frágil. — ¿Te apetecen unos huevos? Encontré una caja con descuento ayer.

Me senté frente a ella. — ¿Por qué no estás en el trabajo?

Se ocupó con la tetera, de espaldas a mí. — He pensado que podría coger algunos días de vacaciones. El tiempo es agradable.

La llovizna salpicaba nuestra ventana de la cocina. Los aguaceros de abril se negaban a reconocer que mayo había llegado.

—Mum.

Sus hombros bajaron un par de centímetros. — Han tenido que hacer algunos recortes.

—Te han despedido.

—Reestructuración — corrigió, como si la terminología importara. — Nada personal. Solo negocios.

Me mordí la lengua para contener cada respuesta furiosa que me subía. Nada personal. La excusa universal para infligir dolor evitando la responsabilidad. Mis víctimas usaban frases similares cuando hablaban de despedir empleados o desahuciar inquilinos.

—¿Cuándo?

—Esta mañana. Mr Patterson me llamó temprano. — Por fin se giró. — Dos semanas de indemnización. No está mal.

No es suficiente. La factura de la electricidad por sí sola se tragaría la mitad. El alquiler restante consumiría lo demás. Luego estaba la comida, el agua, el impuesto municipal. La brutal aritmética de la pobreza.

—Está la entrevista del supermercado — ofrecí, jugando el juego. — Y dijiste que Homebase estaba contratando.

—Absolutamente. Asintió demasiado entusiásticamente. — Hay muchas opciones.

Nos miramos la una a la otra a través de nuestra cocina decrépita, cómplices en el engaño mutuo.

—¿Té? — preguntó.

—Lo haré yo.

Me cedió la tetera y se sentó pesadamente en la mesa. La observé de reojo mientras preparaba nuestras bebidas. La forma en que se sostenía, como si relajarse pudiera permitir que algo vital escapara.

Mum había dirigido una vez el departamento administrativo de una empresa de contabilidad de tamaño medio. Llevaba trajes apropiados y se iba de vacaciones al extranjero. Luego vino el despido, seguido de una enfermedad, seguido de trabajos con prestigio y salario progresivamente decrecientes. El centro de jardinería había sido su puesto más largo en años – catorce meses de estabilidad del salario mínimo.

—Todavía tengo contactos — dijo de repente. — Gente de Harrington's. Podría ponerme en contacto.

Ambas sabíamos que no lo haría. Esos puentes se habían derrumbado hace mucho – conexiones cortadas por el tiempo y su reluctancia a revelar cuánto había caído.

Coloqué su té en la mesa. — Por supuesto.

Envolvió sus manos alrededor de la taza como si extrajera calor de ella, aunque la cocina no estaba fría. — Estaremos bien, April. No te preocupes.

Asentí, mentalmente calculando cuánto podía retirar de mi cuenta secreta sin levantar sospechas.

—Quizá podría coger turnos extra — dije. — La cafetería se pone ocupada en esta época del año.

—Céntrate en tus estudios — insistió.

Otra mentira. Abandoné la universidad hace dos años, después de mi primer estafa exitosa que hizo que la deuda educativa pareciera innecesaria. Mum cree que todavía asisto a tiempo parcial.

—He ahorrado dinero — le dije. No es una mentira, técnicamente.

Negó con la cabeza. — Estás guardando eso para tu futuro.

Mi futuro. Qué concepto. Como si pudiera ver algo más allá de la próxima víctima, la próxima extracción, la próxima desaparición.

—Vamos a tomárnoslo día a día — dije.

Asintió, el alivio lavando su rostro. Agradecida de que no estuviera presionando, de que no estuviera haciendo preguntas, de que no la estuviera obligando a confrontar nuestra realidad.

Después del desayuno, se cambió de su uniforme. Me la imaginé doblándolo cuidadosamente, como si pudiera necesitarlo de nuevo. Cuando emergió, se había transformado en Mum buscadora de empleo optimista – ropa elegante, carpeta de currículos, expresión decidida.

—He pensado en dejarlos en persona — explicó, gesticulando con la carpeta. — Causar una impresión.

—Buena idea.

Besó mi mejilla. — No me esperes despierta. Podría ser tarde.

Ambas sabíamos que pasaría horas en la biblioteca, usando sus ordenadores para enviar solicitudes en línea a trabajos para los que estaba sobrecualificada o que no conseguiría. Volvería con historias inventadas de conversaciones alentadoras con gerentes que habían prometido llamar.

Después de que se fue, fui a mi habitación y abrí mi portátil. Mi próxima víctima tendría que esperar. Esta situación requería atención inmediata. Abrí mi aplicación bancaria. El saldo estaba ahí, burlándose de nuestras circunstancias. Lo suficiente para tres meses, quizá cuatro si teníamos cuidado. No es una solución pero sí un parche temporal.

Mi teléfono vibró; un mensaje de texto de un número desconocido.

Te echo de menos. ¿Café esta semana? D

Daniel. Todavía intentándolo, a pesar de todo. Su persistencia me habría molestado una vez. Ahora caía diferente – una punzada incómoda de algo adyacente al arrepentimiento.

Eliminé el mensaje y abrí mi aplicación de notas. Me desplacé hasta un perfil que había estado construyendo pero en el que no había actuado. Un divorciado con dinero del seguro y una afición a contar su historia a oídos compasivos. La próxima actuación esperando entre bastidores.

Afuera, la llovizna se espesó en lluvia de verdad. Clima apropiado para comenzar de nuevo. Para convertirse en alguien nuevo. Para abandonar cualquier progreso que mi conciencia hubiera estado haciendo. Esto era supervivencia. Para mí. Para Mum. Para nuestra existencia precaria.

Comencé a escribir mi plan de aproximación, ignorando la tirantez familiar en mi pecho.

Capítulo 2

April

Otro día, lo vi en la zona de ordenadores públicos de la biblioteca —de mediana edad, reloj caro, postura horrible. Sus dedos aporreaban las teclas con la desesperación de alguien poco acostumbrado a las crueldades del progreso tecnológico. La bibliotecaria ya le había ayudado dos veces.

Su portátil estaba con él —elegante, de gama alta, y claramente la fuente de su actual miseria.

Perfecto.

Me posicioné en la terminal adyacente, orientando la silla para conseguir una escucha óptima. Sus maldiciones susurradas pintaban un retrato vívido: viudo recientemente (el anillo de bodas todavía presente pero retorcido ansiosamente), económicamente cómodo (ese reloj no fingía ser algo que no era), e ingeniosamente, gloriosamente incompetente con los ordenadores.

El universo lo había envuelto para regalo especialmente para mí.

—Maldita cosa —murmuró, lo bastante alto para que lo oyera estratégicamente—. Tres mil libras por este pisapapeles.

Esperé hasta su tercer suspiro —la gente es más receptiva a los extraños después de su tercer suspiro. La investigación psicológica sobre esto es sorprendentemente sólida.

—¿Problemas con el ordenador? —pregunté, inyectando mi voz con una mezcla de diversión simpática que sugería tanto competencia como inocuidad.

Se giró, sus ojos azules afilados a pesar de sus tropiezos tecnológicos. Este no era un hombre estúpido, solo uno que tenía puntos ciegos específicos. El tipo peligroso.

—A menos que seas una obrera de milagros, dudo que puedas ayudarme. —Su voz llevaba el tono distintivo de alguien acostumbrado a tener razón en todo.

Sonreí, pequeña e inofensiva. —Soporte informático, en realidad. O lo era, antes de la universidad. —La mentira salió suavemente, una actriz de experiencia haciendo su entrada.

Su postura cambió sutilmente —el lenguaje corporal universal de un hombre reevaluando el valor de una persona.

—Ryan. —Extendió su mano—. Ryan Lark.

—April —respondí, deliberadamente ocultando mi apellido. La información incompleta crea intriga. A los hombres les encanta rellenar los huecos con su propia imaginación.

El problema de su portátil era risiblemente simple —malware de hacer clic en adjuntos de correo electrónico. Veinte minutos de limpieza básica mientras yo hilvanaba historias ficticias sobre mi grado en informática. Con una intensidad incómoda, observaba cómo mis dedos se movían por su teclado.

—Me estás salvando la vida —dijo.

No exactamente, pero con gusto tomaría su dinero.

—Encantada de ayudar. —Miré el fondo de pantalla de su escritorio —una casa palatina que reconocí al instante en Clifton, pero no se lo diría—. Casa preciosa.

—El gusto de mi difunta esposa —respondió, su voz plana—. He estado pensando en venderla, la verdad. Demasiados recuerdos.

Demasiados recuerdos, demasiado dinero. Había oído historias similares de hombres desesperados por parecer comprensivos en lugar de simplemente ricos.

Apagué su ordenador, nuestros dedos rozándose brevemente mientras se lo devolvía. —Debería funcionar bien ahora.

—No puedo agradecértelo lo suficiente. —Hizo una pausa y me estudió—. Me gustaría pagarte por tu tiempo.

Rechacé con un gesto. —No es necesario. Encantada de ayudar.

—Por favor, insisto. —Su tono sugería que no estaba acostumbrado a la negación.

Miré mi reloj con fingida preocupación. —La verdad es que tengo que irme. Mi madre me está esperando.

Mencionar a Mamá fue deliberado —establecía tanto juventud como responsabilidad. Hombres como Ryan respondían a combinaciones que percibían como virtuosas pero explotables.

—Al menos déjame invitarte a un café en algún momento —insistió —. Networking profesional. Conozco a gente en el sector tecnológico que podría estar interesada en alguien con tus habilidades.

Fingí considerarlo. —Supongo que eso sería agradable.

—Excelente. —Su sonrisa no llegaba a sus ojos—. O quizás —esto podría sonar atrevido— tengo otro portátil en casa dándome problemas. Archivos del negocio a los que no puedo acceder. Te pagaría adecuadamente por tu ayuda.

Dudé, dejándole ver mi renuencia. —Normalmente no…

—Doscientas libras por una hora de tu tiempo —dijo, su voz baja—. En efectivo.

Mencionar efectivo fue su error. Solo la gente con algo que ocultar especifica efectivo.

Me mordí el labio, jugando a estar insegura. Fingiendo no saber nada sobre este hombre, dónde vive, o la impresionante cantidad de dinero en su cuenta bancaria. —¿Dónde vives?

—Clifton. ¿Podría enviarte un coche mañana por la tarde?

Demasiado ansioso. Demasiado controlado. Una advertencia hormigueó a través de mi piel.

Pero doscientas libras cubrirían las compras de la próxima semana y aportarían algo hacia el siguiente recibo de la electricidad.

—Podría pasar alrededor de las cuatro —dije—. Si me envías la dirección por mensaje.

Intercambiamos números —el mío era desechable, naturalmente. Mientras se alejaba, noté algo que había pasado por alto antes: cómo otros clientes parecían encogerse instintivamente de él, creando una burbuja de espacio vacío alrededor de su abrigo caro y su sonrisa demasiado amplia.

Mi aplicación de notas ya estaba abierta. Añadí su nombre debajo de mi lista de posibles objetivos, pero con un asterisco. Algo en Ryan Lark se sentía diferente. Más rentable, quizás. Más peligroso, ciertamente.

Cerré mi portátil, imaginando el saldo de mi cuenta creciendo en varios ceros. Esto no era solo otra estafa. Esto era dinero de jubilación. Esto era libertad de la Heathfields Estate para siempre.

Bajo la iluminación fluorescente de la biblioteca, estudié mi reflejo en la pantalla oscurecida. Otra versión de April Weston me devolvía la mirada – chica de informática competente con profundidades ocultas.

Me pregunté si podría ser la última April que tendría que inventar.

Dos semanas antes de nuestro encuentro «casual» en la biblioteca, había identificado a Ryan Lark a través de las esquelas. No las vistosas del *Telegraph*, donde los ricos anuncian sus partidas con lenguaje dorado. Los artículos del *Bristol Post* local – donde el dinero de verdad se esconde a la vista.

Eliza Lark, amada esposa de Ryan, falleció inesperadamente…

Las muertes inesperadas significan cónyuges desprevenidos. Los cónyuges desprevenidos significan finanzas vulnerables. La vulnerabilidad financiera en los ricos crea oportunidades.

Lo rastreé en Google metódicamente, ensamblando su vida como un puzle. LinkedIn me reveló que había construido un negocio de desarrollo inmobiliario moderadamente exitoso. Instagram mostró un hogar de buen gusto en Clifton con muebles que no intentaban impresionar a nadie – no lo necesitaban.

El sitio web de la empresa mostraba a un hombre que había elaborado tácticamente su imagen pública: respetable, anodino, lo bastante exitoso para vivir cómodamente pero no lo bastante ostentoso como para llamar la atención.

Lo que me fascinó fue el pago del seguro – 1,2 millones de libras según los registros públicos. La mayoría de los hombres lo habría movido inmediatamente. Un rápido hackeo me dijo que Ryan lo había dejado en una cuenta estándar durante tres meses. O bien idiotez financiera o bien parálisis emocional.

Necesitaba saber cuál era.

Así que lo seguí. No el acoso aficionado de adolescentes enamorados, sino vigilancia de verdad. Lo observé comprando café (solo, sin azúcar) cada martes y jueves a las 9:15 de la mañana. Lo vi visitar la tumba de su esposa ambos domingos con el mismo ramo de lirios blancos. Noté cómo llevaba su duelo como si fuera un abrigo caro – poniéndoselo y quitándoselo según fuera necesario.

Sus rutinas eran como un reloj: Barclays los viernes por la tarde, Waitrose los miércoles por la noche, biblioteca los lunes entre las dos y las cuatro de la tarde.

«Viudo con hábitos predecibles» se traduce directamente a «víctima» en mi diccionario privado.

Un lunes lluvioso, me posicioné lo bastante cerca como para poder escuchar en la cafetería de la biblioteca. Se reunía con alguien – una mujer esbelta de treinta y tantos años con ojos preocupados y un cuaderno.

—El grupo de asesoramiento del duelo se reúne los jueves a las siete – le dijo ella – . Solo hablar con otros que entienden podría ayudarte.

—Aprecio tu preocupación, Jennifer – respondió él, su voz mecánica – . Pero me las estoy arreglando.

—El aislamiento no es gestión, Ryan.

—Tampoco lo es sentarse en un círculo hablando de sentimientos con extraños.

Ella le pasó un folleto por la mesa. — Prométeme que lo considerarás.

Después de que se fuera, él permaneció inmóvil, mirando la nada. Luego, rasgó el folleto en pequeños cuadrados, los ordenó en una pila prolija, y los tiró a la basura.

Fascinante.

Durante las semanas siguientes, elaboré mi expediente. Ryan Lark, cuarenta y cinco años, viudo hace ocho meses. Sin hijos. Esposa muerta por una caída en casa – escaleras, según el chisme que extrajé de una barista charlatana que los había atendido durante años.

—Pareja tan encantadora —había dicho ella, sus ojos brillando con una intimidad fabricada—. Ella era la cálida, siempre recordaba los nombres de todos. Él era… más callado.

La forma en que vaciló me lo dijo todo lo que la esquela no había.

Su huella digital era mínima pero reveladora. Sin redes sociales excepto LinkedIn e Instagram. Direcciones de correo electrónico vinculadas a su negocio, nada personal. Su empresa generaba beneficios constantes desarrollando propiedades de gama media en áreas en gentrificación – el tipo de negocio que genera ingresos fiables sin atraer escrutinio.

Perfecto.

Catalogué sus debilidades meticulosamente:

1. Incompetencia técnica (todavía usaba una cuenta de Hotmail)

2. Aislamiento emocional (rechazaba la terapia, círculo social limitado)

3. Ingenuidad financiera (ese dinero del seguro prácticamente pidiendo ser redistribuido)

4. Rutinas predecibles (la columna vertebral de las estafas exitosas)

Mi estrategia se cristalizó gradualmente. Sin ángulo romántico – no estaba listo, y los hombres en duelo eran impredecibles. En su lugar,

me posicionaría como algo más seguro: la joven competente y no amenazante que podría organizar el caos práctico que el duelo crea.

Practiqué mi aproximación durante días. No la estudiante desesperada – lo vería a través de eso. No la profesional aspirante – demasiado ambiciosa, podría desencadenar sospechas. Me decidí por algo humilde pero hábil. Alguien que necesitaba dinero pero no estaba agarrándose a él.

Las habilidades de informática se convirtieron en mi especialidad ficticia después de haberlo visto luchar con su teléfono fuera de Barclays. La tecnología frustraba a algunos de los ricos de mediana edad de maneras que los hacían vulnerables. Su competencia en otras áreas hacía que la incompetencia técnica fuera particularmente irritante.

Estudié solución de problemas básica, aprendí suficiente jerga como para sonar creíble. Practiqué parecer simultáneamente inteligente e inofensiva – lo último siendo considerablemente más difícil que lo primero.

Cuando llegó el lunes, usé mi atuendo más olvidable en la biblioteca. Nada llamativo, nada memorable. Solo otra joven mujer usando recursos públicos.

Lo observé llegar, la bolsa del portátil colgada torpemente de un hombro. Lo observé crecer cada vez más frustrado en la terminal de ordenador. Esperé precisamente diecisiete minutos antes de hacer mi aproximación.

El resto se desarrolló exactamente como había planeado.

Lo que no había planeado fue el escalofrío que recorrió mi espina dorsal cuando me miró. La mayoría de las víctimas te miran y ven lo que quieren ver.

Ryan Lark me miró como si estuviera memorizando algo para destruir más tarde.

La casa de Ryan existía en un universo completamente diferente de la Heathfields Estate. Las propiedades de Clifton Village ocupaban ese espacio rarificado donde la riqueza parecía avergonzarse de sí misma – fachadas georgianas sobrias ocultando superficies de metraje obsceno.

Su puerta principal se abrió antes de que llamara. Eso debería haber sido mi primera advertencia.

—Exactamente a tiempo. —Comprobó su reloj —diferente al de ayer, noté. Un coleccionista. —Valoro la puntualidad.

El pasillo olía a cera para muebles y dinero. No el aroma gárrulo del dinero nuevo de pintura fresca y compras recientes, sino el aroma sutil del dinero antiguo de cosas mantenidas en lugar de reemplazadas.

—Hogar precioso —dije, simulando el nivel apropiado de asombro.

—Solo es una casa —replicó, pero sus ojos rastrearon mi reacción, catalogando mi impresión de su riqueza.

Lo seguí hacia un estudio que habría pertenecido a un drama de período de la BBC – paredes revestidas de roble, escritorio con sobre de cuero, libros organizados por color en lugar de por contenido. La habitación de alguien que quiere que sus visitantes crean que lee.

—El portátil problemático. —Hizo un gesto hacia una MacBook Pro sobre el escritorio. —Diferente del de ayer. Este contiene mis archivos de negocios.

Me deslicé en el papel de chica de tecnología competente, abriendo el portátil. —¿Cuál parece ser el problema?

—Archivos protegidos con contraseña a los que no puedo acceder. Mi esposa lo configuró y tengo una memoria horrible.

Asentí con simpatía mientras escaneaba el sistema. Su escritorio estaba inquietantemente organizado – carpetas etiquetadas con palabras únicas, sin fotos personales, sin basura digital. Este hombre vivía con una limpieza patológica.

—¿Te importaría si compruebo algo? —Hice clic en su estructura de archivos.

El «problema» era elemental – archivos de Excel protegidos con contraseña que contenían cuentas de negocios. Habría podido forzar la entrada en cuestión de minutos, pero en lugar de eso fruncí el ceño e introduje comandos sin sentido para parecer impresionantemente técnica.

—Esto podría tomar un momento —dije. —El cifrado puede ser complicado.

—¿Puedo ofrecerte té? ¿Café? —Se quedó cerca, lo suficientemente cerca para que oliera su colonia – algo caro y sutil.

—Café sería precioso. —Quería que se fuera para poder husmear adecuadamente.

En el momento en que se fue, abandoné el portátil e hice un inventario rápido de la habitación. Fotos en una mesita – Ryan y una mujer que presumí era Eliza. Era hermosa de esa manera pulida que requiere tanto buena genética como ingresos disponibles. Su sonrisa parecía genuina.

Las fotos de boda mostraban una diferencia de edad de mínimo dieciséis años. Interesante.

Los documentos financieros en el cajón del escritorio revelaban ganancias de la empresa superiores a lo que los registros públicos sugerían. *Muy* interesante.

Los pasos resonaron, así que volví al portátil, introduciendo rápidamente la contraseña que ya había descifrado – su fecha de nacimiento, patéticamente obvia – justo cuando él regresó con café en tazas de porcelana adecuadas.

—¿Algún progreso? —Colocó la taza a mi lado. Sin posavasos. Sin galletas. Hospitalidad mínima.

—En realidad, sí. —Giré la pantalla hacia él, mostrando los archivos ahora abiertos. —Sencillo una vez que conoces el patrón.

Su expresión parpadeó entre alivio y algo más oscuro. —Eso es… impresionante. ¿Cómo lograste hacerlo?

—Técnicas de recuperación de contraseña —dije vagamente. —Puedo mostrarte cómo acceder a todo.

Durante treinta minutos, lo guié a través de la gestión básica de archivos, deliberadamente sentándome lo suficientemente cerca para que nuestros hombros se tocaran ocasionalmente. Cada contacto era un experimento – probando límites, calibrando reacciones.

Estaba reservado pero no inaceptable. Perfecto.

—Me has ahorrado miles en honorarios de contable —dijo cuando terminamos. —Querían cobrarme por reconstruir estos registros.

Cerré el portátil, dejando mis dedos descansando en su superficie. —Encantada de ayudar. Aunque probablemente debería irme.

—Por supuesto. —Extendió la mano hacia su cartera. —Doscientos, como acordamos.

Descarté el gesto. —En realidad, estoy simplemente feliz de poder ayudar a alguien que ha pasado un mal momento. —Hice una pausa para fabricar vulnerabilidad. —Mi padre murió cuando yo era joven. Recuerdo lo abrumador que puede ser la parte práctica.

Padre muerto ficticio – la carta universal de simpatía. Hombres como Ryan respondían predeciblemente al trauma compartido, especialmente cuando los posicionaba como el sufridor más experimentado.

Me estudió con nuevo interés. —Lo siento por tu padre.

—Hace mucho tiempo. —Añadí una pequeña sonrisa valiente. —Pero es por lo que noté tu anillo de boda. ¿Recientemente viudo?

Su mano se movió inconscientemente para girar la banda de oro. —Ocho meses.

—Eso sigue siendo muy reciente —dije suavemente. —Debes echarla de menos terriblemente.

Un silencio se extendió entre nosotros. Mantuve contacto visual dos segundos más de lo socialmente cómodo.

—Debería pagarte algo —insistió, todavía extendiendo el efectivo.

—¿Qué tal cena en su lugar? —Sugerí. —Me encantaría saber más sobre tu negocio. El desarrollo inmobiliario suena fascinante.

La mentira fue casi físicamente dolorosa.

Pareció sorprendido, luego complacido, luego suspicaz en rápida sucesión. —Eso es muy amable, pero innecesario.

—Nada amable en absoluto —corregí. —Networking. Además soy nueva en Bristol y no conozco a muchas personas.

Otra mentira. Había vivido aquí toda mi vida.

—Bueno, poniéndolo de esa manera… —Guardó el efectivo. —¿Quizás el viernes? Hay un buen restaurante en Park Street.

—Perfecto —repliqué, cogiendo mi bolsa. —¿Me envías los detalles por mensaje?

Mientras me acompañaba a la puerta, noté algo extraño – ninguna foto de su esposa en el pasillo o sala de estar. Solo en su estudio, dispuestas como exhibiciones.

—Hasta el viernes. —Sostuvo la puerta.

Sonreí con mi sonrisa de mejor apariencia genuina. —Con ganas.

Alejándome, añadí a mi ledger mental: Ryan Lark, viudo en duelo, posible víctima, y desde luego un bicho raro. O un hombre dolido.

También: mi próximo objetivo.

Capítulo 3

Meg

Hay algo particularmente patético en comprobar el saldo de tu cuenta bancaria cuando ya sabes perfectamente lo que vas a encontrar. Es como abrir la nevera diecisiete veces con la esperanza de que la comida haya aparecido milagrosamente. Yo llevaba haciendo ambas cosas con una frecuencia cada vez mayor.

Mi dedo se detuvo sobre la aplicación de la banca. Un icono estúpido, tan alegre en su cuadrado azul. Nada alegre sobre lo que había dentro de él.

Toqué la pantalla, anticipando con una mueca el número que aparecería. La pantalla se cargó con una lentitud dolorosa, nuestro Wi-Fi luchando como todo lo demás en esta casa.

827,49 £

Parpadeé. Actualicé la página. Seguía ahí.

827,49 £

Eso no podía ser correcto. La noche anterior tenía 127,49 £. Había memorizado el número, planeado cómo estirarlo hasta distancias imposibles. Ahora esto. Un error bancario cósmico a mi favor. La disculpa del universo por cuarenta y cinco años de mediocridad.

—Debe ser un error —murmuré a mi reflejo en la pantalla del teléfono. Una mujer demacrada me devolvía la mirada, con el pelo rubio descolorido enmarcando un rostro que había olvidado cómo verse optimista.

Desplacé la pantalla hasta el historial de transacciones. Un depósito marcado como «Transferencia – Gracias» de la noche anterior. Sin

nombre, sin detalles. Dinero apareciendo como por arte de magia. Salvación.

No era la primera vez. Tres semanas después de que el vivero me «reestructurase» hacia el desempleo, habían aparecido 500 £ en mi cuenta. Me había convencido a mí misma de que era una indemnización retrasada, aunque en el fondo sabía que eso era mentira. El vivero no tenía 500 £ extra para dárselo a nadie, y mucho menos a mí.

Ahora esto. Más de 700 £ apareciendo de la nada.

La voz de April se filtraba desde arriba, el sonido apagado de ella hablando por teléfono. Mi chica brillante. Trabajando tan duro en ese café, estudiando a tiempo parcial. Sin quejarse nunca.

Un pensamiento se formó, feo y persistente. Lo aparté de mi mente.

April no guardaría secretos. No de mí. Nos lo contábamos todo. Siempre había sido así, desde que su padre se fue cuando tenía nueve años. Solo nosotras dos contra el mundo, compartiendo cada lucha, cada pequeña victoria.

Abrí el armario de la cocina, contando automáticamente las latas. Cinco de judías, tres de sopa, dos de atún. Las matemáticas que hacía a diario, calculando cómo transformar esto en comidas que tuvieran apariencia de vida normal.

Con 827,49 £, podría comprar comida de verdad. Pagar la electricidad sin temer la siguiente factura. Quizá incluso reemplazar el hervidor antiquísimo que tardaba cuatro minutos en hervir agua (que estaba hirviendo en ese mismo instante).

Se abrió la puerta del baño arriba. Los pasos de April cruzaron el rellano.

—¿Mamá? ¿Estás en casa? —gritó desde arriba.

Cerré la aplicación de banca, deslizando el teléfono en mi bolsillo como si contuviera imágenes ilícitas. —En la cocina, cariño.

Apareció en el umbral, vestida con su sudadera holgada y sus leggings. Esos ojos color avellana —tan parecidos a los de su padre — me observaron con curiosidad.

—¿Todo bien? Tienes una pinta rara.

—Bien —mentí y me ocupé con las bolsitas de té—. ¿Te apetece un té?

Asintió, acomodándose en nuestra diminuta mesa. —¿Qué tal la búsqueda de trabajo?

Se requería otra mentira. No había estado buscando trabajo. Me había pasado la mañana en la biblioteca usando sus ordenadores para buscar cualquier cosa que pudiera explicar los depósitos bancarios misteriosos. Los resultados habían sido inútiles. Los bancos no le dan dinero accidentalmente a mujeres sin blanca de Longwell Green.

—Prometedora —dije, de espaldas a ella mientras observaba el antiguo hervidor—. Ese supermercado nuevo sigue contratando.

—Eso es brillante.

Me giré, observándola mientras se desplazaba por su teléfono. ¿Su sudadera siempre había sido tan bonita? ¿Era nuevo ese collar? Pequeños detalles que de repente parecían significativos a la luz de una riqueza inexplicable.

—¿Qué tal el trabajo? —pregunté, intentando sonar despreocupada.

—Bien. Tranquilo hoy. —No levantó la vista del teléfono.

—¿Te dan suficientes horas?

—Mmm, sí.

El hervidor se apagó con un clic. Vertí agua en las tazas, observando cómo el vapor subía y se dispersaba. Como todos esos planes que una vez había tenido. Carrera, seguridad, un hogar decente para April. Todo se había esfumado. Ahora el dinero aparecía de la nada, y era demasiado desesperada para cuestionarlo adecuadamente.

—Estaba pensando que podríamos pedir algo para cenar —dije, colocando su té en la mesa—. Para celebrar.

April levantó la vista, sorprendida. —¿Celebrar qué?

—Solo… la vida. —Forcé una sonrisa—. A veces necesitas curry y pan naan para recordarte que las cosas no son todas malas.

Su expresión se suavizó. —Suena perfecto.

Me senté frente a ella, sosteniendo mi taza. Esta niña a la que había criado sola. Esta joven mujer con secretos detrás de los ojos. ¿Cuándo habíamos empezado a actuar la una para la otra? ¿Cuándo la verdad se había vuelto opcional?

Afuera, los sonidos familiares de la Heathfields Estate proporcionaban nuestra banda sonora. El bajo del estéreo de alguien retumbando a través de las paredes tan finas como el papel. Niños gritando a lo lejos. Una alarma de coche aullando brevemente antes de caer en silencio.

—April —comencé, sin saber cómo terminar.

Ella esperó, las cejas levantadas expectantemente.

Me acobardé. —¿Bhajis de cebolla extras, eh?

—Siempre.

Más tarde, sola en mi dormitorio, miraba fijamente la pantalla de mi teléfono. 827,49 libras. Suficiente para hacer que el próximo mes fuera casi soportable.

Había sido una mujer responsable toda mi vida. Pagaba impuestos, reciclaba diligentemente, era voluntaria en la escuela primaria de April. Ahora estaba considerando aceptar dinero misterioso sin hacer preguntas. La desesperación convierte en tontos a los de principios.

Algo —alguien— estaba depositando dinero en mi cuenta. No el gobierno. No mi ex marido, que había olvidado que April existía hace quince años. No el centro de jardinería.

Quizá debería denunciarlo. Llamar al banco, explicar la situación, devolver el dinero a su dueño legítimo. Eso es lo que la Meg de antes de la pobreza habría hecho sin dudarlo.

Pero la Meg de antes de la pobreza no sabía lo que era permanecer despierta calculando cuántas comidas podía saltarse antes de que comenzara el mareo. No había entendido la humillación de pedir pagar la mitad de la factura de electricidad ahora, la otra mitad después. No había experimentado el terror silencioso de ver a su hija adelgazar mientras insistía que ya había comido.

Abrí mi armario, apartando ropa que poseía desde hacía una década. Detrás de ella, escondido en un antiguo bolso, había un cuaderno. Dentro: un registro lamentable de solicitudes presentadas, rechazos recibidos y entrevistas que no llevaron a ninguna parte.

Cincuenta y tres trabajos solicitados desde el centro de jardinería. Tres entrevistas. Cero ofertas.

No solo estaba desempleada. Era inempleable. Demasiado vieja, demasiado cara, demasiado desesperada.

Y ahora, misteriosamente, no del todo sin dinero.

No merecía este dinero. Pero lo necesitaba.

Mañana lo cuestionaría todo. Esta noche, pediría curry y vería a mi hija sonreír. Solo esta vez, dejaría que la necesidad superara la integridad.

Guardé el teléfono, silenciando las preguntas que se agitaban dentro de mi cráneo como monedas sueltas. El tipo de cambio que no había tenido en meses.

Había empezado a catalogar las ausencias de April, pequeños trazos en los márgenes de mi libreta de la lista de compras de Morrisons. El ledger secreto de una madre. Lunes por la noche: trazo. Miércoles por la tarde: trazo. Viernes por la noche hasta sábado por la mañana: trazo más largo, signo de interrogación.

Cada marca era una confesión —estaba contando las horas que mi hija pasaba lejos de mí.

La puerta principal se abrió abajo, seguida por la sinfonía familiar de la llegada de April. Las llaves tintineaban en el gancho. El abrigo crujía mientras lo colgaba. Tres pasos hasta la cocina, luego el chirrido distintivo de la puerta del refrigerador.

Miré el reloj de la mesilla: 23:51. Otra noche tardía en la «cafetería».

Desde el umbral de mi dormitorio, observaba su silueta moviéndose a través de nuestra oscura cocina. No encendía la luz. No la necesitaba. April navegaba nuestro hogar destartalado como una criatura nocturna, cómoda en las sombras que no podía penetrar.

—¿Turno tarde? —pregunté.

Ella saltó y se giró, su mano volando hacia su garganta. —¡Mamá! Me asustaste.

—Lo siento, cariño. —No lo sentía. Me había vuelto adicta a sorprenderla, buscando grietas en su actuación—. ¿Está todo bien?

—Bien. Solo muerta de hambre. —Levantó un yogur, evidencia en un juicio—. Estábamos cortos de personal. El gerente me preguntó si podía quedarme.

Otra ficción que añadir a nuestra colección. Asentí como si le creyera.

—¿Al menos buenas propinas?

—Decentes. —Sonrió, pero no se reflejó en sus ojos —esos ojos color avellana cambiantes que lo revelaban todo y nada—.

Recordé cuando April solía parlotear sobre su día, las palabras atropellándose unas a otras en su prisa por compartir cada detalle mundano. Ahora nuestras conversaciones eran bailes coreografiados de omisiones.

—Deberías dormir un poco —dijo, despidiéndome efectivamente—. Mañana es un día importante.

No había ningún día importante mañana. Ambas lo sabíamos. Solo otro martes vacío de solicitudes de empleo sin respuesta y televisión de sobremesa. Pero acepté la ficción, retirándome a mi dormitorio, una niña obediente.

A través de la pared, oí su teléfono sonar. Una vez. Dos veces. Tres veces. Quienquiera que le escribiera a April a medianoche no esperaba que estuviera durmiendo.

Mi propio teléfono permanecía en silencio sobre mi mesilla de noche. No había sonado más que con llamadas de spam durante meses, la

jefa de April y algún que otro responsable de contratación disculpándose por decirme que no había conseguido los empleos para los que había hecho entrevistas.

Abrí Instagram —mi herramienta de vigilancia culpable—. El perfil de April no mostraba nada desde marzo: una foto de arte de café, sin ubicación etiquetada. Pero su ausencia en las redes sociales contaba su propia historia. Mi hija vivía una vida que requería privacidad.

A diferencia de mí. Podría publicar cada segundo de mi existencia en línea y nadie se daría cuenta ni le importaría.

La mañana llegó con April ya fuera, una nota en la encimera de la cocina:

Turno temprano. Vuelvo esta noche. Te quiero x

La casa se sentía diferente sin ella —más silenciosa pero de alguna manera más honesta—. Sin necesidad de fingir aquí, solo yo y las paredes que habían sido testigos de quince años de esperanzas que se iban encogiendo gradualmente.

Hice té y tostadas, contando migas para evitar contar pérdidas mayores. El dinero misterioso permanecía intacto en mi cuenta. 827,49 libras de preguntas que tenía demasiado miedo de hacer.

Mi teléfono vibró —un evento raro que aceleró mi corazón—. Un mensaje de texto de April:

Podría llegar tarde esta noche. No me esperes despierta.

Las palabras se quedaron en mi pantalla, un permiso para su ausencia y un recordatorio de mi soledad.

Respondí:

Sin problema. Que lo disfrutes x

¿Disfrutar qué? ¿Con quién? ¿Haciendo qué? Las preguntas morían sin ser escritas bajo mis pulgares.

April se había fabricado una vida más allá de estas paredes. Se movía por Bristol con propósito, ganando lo suficiente para apoyarnos silenciosamente a ambas. Mientras yo me encogía, ella se expandía. Mientras yo retrocedía, ella avanzaba.

La envidiaba con una intensidad que me asustaba.

El espejo del baño reflejaba a una mujer que apenas reconocía. Las raíces rubias desvaneciéndose necesitaban retoques. Líneas que trazaban años de preocupación financiera. Ojos que habían olvidado cómo esperar cosas buenas.

El neceser de maquillaje de April estaba en el estante —marcas caras que fingía no notar—. Lo abrí, con los dedos vacilantes sobre productos que costaban más que nuestro presupuesto de comida semanal. Con trazos indecisos, me apliqué su base de maquillaje, su rímel, su pintalabios.

La mujer en el espejo se transformó. No más joven, pero diferente. Alguien con posibilidades.

Me vestí con mi ropa de entrevista —el conjunto de casual elegante desgastado por la esperanza y demasiados ciclos de lavadora—. Zapatos de verdad en lugar de pantuflas. Pendientes. Perfume del conjunto de regalo navideño que April me había dado.

Afuera, la Heathfields Estate zumbaba con actividad del mediodía. Jóvenes madres empujando cochecitos. Repartidores comprobando direcciones. Algún que otro paseador de perros. Nadie me miraba. Nadie se preguntaba adónde iba Meg Weston vestida así, con maquillaje a las once de la mañana de un martes.

Caminé hasta la parada del autobús, pagué mi tarifa y viajé al centro de Bristol. La ciudad se desplegó a mi alrededor —tiendas,

restaurantes, oficinas—. Lugares donde personas como April vivían vidas que importaban.

En una cafetería nada parecida a la ficticia donde supuestamente trabajaba mi hija, pedí un café que no debería haber comprado y observé a la gente apresurada pasar por la ventana. Todos con propósito. Todos pertenecientes.

Mi teléfono permaneció en silencio. Ningún empleador desesperado por entrevistarme. Ninguna amiga sugiriendo comer. Ninguna hija comprobando dónde estaba.

Podría desaparecer ahora mismo y el mundo no se daría cuenta durante días.

April se daría cuenta. Eventualmente. Cuando la casa se volviera demasiado silenciosa o cuando necesitara algo lavado.

Sorbí mi café, amargo y demasiado caro, preguntándome qué secretos financiaban la independencia de mi hija. Preguntándome si alguna vez sería lo bastante valiente para descubrir la verdad.

O si, como todo lo demás en mi vida menguante, simplemente fingiría no ver.

El primer billete de veinte libras apareció metido dentro de mi antiguo libro de recetas —entre las páginas treinta y dos y treinta y tres, pastel de pollo y ternera a la stroganoff. Recetas que no había cocinado en años porque los ingredientes costaban más que nuestro presupuesto de comida diaria.

Miraba el billete crujiente como si fuera una carta de confesión. Recién sacado de un cajero automático, sin arrugas, sin historia.

Tres días después, otros veinte aparecieron en el bolsillo de mi bata. La que me había puesto esa mañana mientras April desayunaba, deslizando el dedo por la pantalla de su teléfono con el aire distraído de alguien que habita múltiples mundos.

Para el viernes, había encontrado sesenta libras más —dentro del cajón de la ropa interior, bajo la tetera, deslizadas entre las páginas de la novela romántica que estaba leyendo. Cada billete impecable. Cada aparición imposible de explicar.

Alguien estaba sembrando nuestro hogar con dinero, y ese alguien dormía en la habitación contigua a la mía.

April se había convertido en una maga —la clase que hace que el dinero aparezca y las explicaciones se desvanezcan.

Alineé los billetes en mi cama, seis ahora, dispuestos como pruebas en un crimen que no podía nombrar. 120 £ en total. Combinados con las transferencias bancarias misteriosas, habíamos recibido casi mil libras en menos de un mes.

El vivero me había pagado 12,21 £ la hora para organizar macetas y aguantar a clientes que me trataban como papel pintado animado. April supuestamente ganaba el salario mínimo sirviendo café. Las matemáticas no cuadraban. Nunca habían cuadrado.

Desde abajo llegó el sonido de las llaves de April en la puerta. Cogí los billetes en la mano, metiéndolos bajo mi almohada como si fuera una adolescente culpable.

—¿Mamá? —Su voz subió por las escaleras—. He traído cena.

El olor de comida india impregnó nuestra casa —verdadera comida para llevar, no las tristes versiones del microondas con las que nos habíamos sustentado durante los meses particularmente magros. Se me hizo la boca agua incluso cuando mis sospechas se multiplicaban.

—Ya voy —llamé, metiendo el último billete más profundamente bajo la almohada.

En la cocina, April desempaquetó recipientes de aluminio con la concentración de alguien que monta una bomba. Pollo tikka masala, saag paneer, naan esponjoso, arroz. Samosas auténticas de verdad.

—La cafetería debe irte muy bien —dije, sin encontrar exactamente su mirada.

—He tenido una buena semana. —Sonrió, pasándome un plato—. Pensé que nos merecíamos algo agradable.

Asentí, catalogando la mentira junto con las otras.

—¿Qué tal la búsqueda de trabajo? —Se sirvió arroz en el plato.

—En realidad, he tenido algunas pistas prometedoras. —Emparejé su fabricación con una propia—. El nuevo edificio de oficinas de la calle principal está buscando recepcionistas.

—Qué fantástico.

Nos sonreímos la una a la otra al otro lado de la mesa de la cocina.

El curry sabía a culpa y alivio —la peculiar combinación de sabor única de la pobreza interrumpida por una fortuna misteriosa. Saboreé cada bocado mientras observaba a mi hija comer. Las uñas recién pintadas. El jersey nuevo, o al menos nuevo para mis ojos. Pequeñas mejoras que no deberían haber sido posibles.

—He estado pensando... —April desgarró un trozo de naan—. Quizá deberías dejar de buscar por un tiempo. Tomarte tiempo para ti.

Hice una pausa, el tenedor a mitad de camino hacia la boca. —Necesitamos ingresos, cariño.

—Nos va bien. —Se encogió de hombros—. Mis horas han aumentado. Las propinas son buenas.

Otra ficción para añadir a nuestra colección. Me pregunté si ella catalogaba sus mentiras como yo, si llevaba un registro de qué versión de la realidad me había presentado.

—Además —continuó—, has trabajado sin parar durante años. Te mereces un descanso.

Mi risa salió más áspera de lo que pretendía. —¿Un descanso de qué? ¿De rellenar solicitudes que nadie lee? ¿De asistir a entrevistas donde ya han contratado a alguien más joven?

April se estremeció. Me había salido del guión, abandonado nuestra rutina habitual de fingimiento optimista.

—Solo quería decir...

—Sé lo que quisiste decir. —Suavicé el tono—. Es dulce, cariño. Pero ambas sabemos cómo están las cosas.

O mejor dicho, ambas sabíamos cómo no estaban las cosas.

Más tarde, sola en mi habitación, recuperé los billetes de veinte libras de debajo de mi almohada. Limpios, números de serie consecutivos. Recién sacados de un cajero automático en la última semana, apostaría. Sostuve uno hacia la luz, comprobando el holograma, la marca de agua. Todo presente. No eran falsificados, entonces.

Solo inexplicables.

Desde la habitación de April llegó el murmullo de una conversación telefónica. Su voz subía y bajaba en ritmos desconocidos para mí —profesional, segura, nada parecido a cómo hablaba en casa. Pegué

mi oído contra la pared, esforzándome por escuchar palabras que podrían explicarlo todo.

—... mañana a las dos... sí, he procesado la transferencia... no, absolutamente no...

Fragmentos que no construían nada coherente. Piezas de una hija que ya no reconocía.

Volví a mi cama, deslizando el dinero en un sobre que había escondido dentro de la funda de la almohada. La colección creciente de pruebas contra un crimen que no podía nombrar, cometido por la única persona en la que confiaba.

Algo estaba ocurriendo en nuestra casa sin particularidades. Algo que olía a curry para llevar y billetes de veinte libras crujientes y mentiras envueltas en mentiras aún mayores.

Mi propia hija se había convertido en una extraña que pagaba nuestras facturas y plantaba dinero como si fueran semillas, como si esperara cultivar una madre mejor —una que no hiciese preguntas cuando la buena fortuna llegaba sin explicación.

Lo peor no era el engaño. Era lo desesperadamente que necesitaba que continuara.

Capítulo 4

April

Observaba a Ryan llorar con el interés clínico de alguien que contempla una muestra en un laboratorio. La espalda desnuda encorvada, el reloj de lujo aún en su muñeca, los hombros le temblaban en un ritmo irregular.

Las lágrimas de los hombres eran un espectáculo familiar en mi línea de trabajo. La liberación de emociones después de la intimidad —particularmente con viudos— prácticamente figuraba en mi cronograma de estafas. Pero las esperaba dentro de tres días más, no esta noche.

—Lo siento —susurró, sin volverse para mirarme—. Hace mucho que no…

Me incorporé, envolviéndome con sus sábanas de algodón egipcio, adoptando la expresión de amante preocupada que había perfeccionado en innumerables situaciones como esta. —No te disculpes —murmuré—. Está bien.

Su dormitorio era exactamente lo que había esperado —minimalista, caro, frío. Arte moderno que complementaba el mobiliario. Ninguna fotografía salvo la colección cuidada de su difunta esposa que vivía exclusivamente en su estudio, expuestas tras cristal.

Ryan se secó la cara con el dorso de la mano. —Eliza y yo no habíamos sido íntimos durante meses antes de que muriera.

Hice un ruido comprensivo, posé mi mano suavemente sobre su hombro. El contacto era estratégico —consuelo sin presionar para más.

—Las escaleras —dijo, su voz hueca—. Un accidente tan estúpido.

Nuestra relación había progresado más rápido de lo que yo había anticipado. Cuatro citas, dos semanas, y ahora sexo. Había proyectado al menos otro mes antes de sugerirle que invirtiera en mi ficticia empresa tecnológica. Su dolor lo hacía vulnerable, pero este progreso era inesperadamente rápido.

—Eres la primera desde… —No pudo terminar la frase.

—No necesitas explicarte —dije, con voz gentil. Este era el momento de construir confianza, de consolidar mi posición como la mujer comprensiva y paciente que no pedía nada pero lo daba todo.

Ryan se volvió hacia mí, los ojos azules aún húmedos. —Hay algo en ti, April. Algo diferente.

Sonreí, exactamente la sonrisa que había practicado ante los espejos. Ni demasiado ansiosa, ni demasiado contenida. La expresión comprensiva punto y seguido.

—Debería irme. —Eché un vistazo al reloj—. Probablemente necesites algo de espacio.

—No. —Su mano encontró la mía, apretándola con una intensidad sorprendente—. Quédate. Por favor.

No era exactamente una petición, tampoco una orden. Asentí, acomodándome de nuevo contra sus almohadas.

—Cuéntame sobre tu trabajo —dijo, cambiando de tema con una brusquedad chocante—. Lo de la tecnología.

Me lancé a la descripción de mi carrera ficticia, la empresa de tecnología que había inventado, completa con desafíos de financiación e innovaciones brillantes. La historia que había

construido durante noches de insomnio, investigando lo suficiente de jerga como para sonar conocedora sin ser rastreable.

Ryan escuchaba, asintiendo ocasionalmente, su atención inquietantemente intensa. —Parece que necesitas un inversor ángel.

Reí, el sonido perfectamente calibrado para sugerir que nunca había considerado la idea. —No es por eso por lo que estoy aquí, Ryan.

—Lo sé. —Metió un mechón de pelo detrás de mi oreja—. Pero podría interesarme. Profesionalmente hablando.

Esto no era como funcionaba habitualmente. Se suponía que debía sembrar la semilla, nutrirla gradualmente, dejar que creyera que la inversión era su idea dentro de unas semanas.

—No hablemos de negocios en la cama —desvié el tema y tracé mi dedo a lo largo de su brazo.

—Tienes razón. —Sonrió, pero no le llegó a esos ojos azules penetrantes—. Mala forma.

Ryan me atrajo más cerca, su cuerpo aún tenso contra el mío. —Eres extraordinaria, April.

Mi nombre en su boca sonaba de manera extraña. Como si lo estuviera saboreando, poniéndolo a prueba.

—Realmente no lo soy —dije, fingiendo modestia.

—Oh, pero lo eres. —Sus dedos trazaban patrones en mi espalda—. He salido con gente desde que Eliza murió. Nada serio. Pero tú eres la primera que me hace sentir…

—¿Sentir qué?

—Vivo.

La palabra colgó entre nosotros, extrañamente amenazante a pesar de su connotación positiva.

Cerré los ojos, fingiendo que sus palabras me conmovían mientras mentalmente reajustaba cronogramas, preguntándome si podía acelerar esta estafa. Algo en Ryan se sentía cada vez más desequilibrado, como muebles sutilmente reorganizados en una habitación familiar.

—Creo que me estoy enamorando de ti —susurró contra mi cabello —. ¿Es una locura? ¿Después de solo dos semanas?

—No es una locura —murmuré—. Solo es humano.

Rió, un sonido sin humor. —Humano. Sí. Todos somos tan terriblemente humanos, ¿verdad?

Abrí los ojos para encontrármelo mirándome con una expresión que no podía descifrar. Por primera vez en años, sentí la inquietante sensación de ser yo la estudiada en lugar de ser la que estudiaba.

—Debería irme —dije de nuevo, con más firmeza.

—Claro —respondió liberándome al instante—. Mañana tengo una reunión temprano.

No había mencionado ninguna reunión.

Mientras me vestía, Ryan observaba desde la cama, sus ojos azules siguiendo cada uno de mis movimientos, su atención inquietante.

—Te llamaré mañana —dijo—. ¿Qué tal si cenamos en mi casa este fin de semana? Se me da bastante bien cocinar.

—Suena perfecto —forcé una sonrisa y recogí mis cosas más rápido que en mis salidas habituales, siempre sin prisas.

En la puerta de su casa, Ryan me besó para despedirse, sus labios demorándose un segundo más de la cuenta. —Dulces sueños, April.

Caminando hacia el coche, sentí algo que rara vez experimentaba durante una estafa: inquietud. Ryan Lark se suponía que era el viudo afligido, la víctima perfecta. En cambio, parecía ser algo completamente distinto.

Algo peligroso.

Reconocía la obsesión en los hombres como reconocía los recibos del impuesto de bienes inmuebles: aparecía con una regularidad inquietante, exigiendo más de lo que querías dar. La fijación de Ryan se manifestaba en mensajes de texto a intervalos de tres minutos. En regalos que llegaban a mi dirección falsa de Redland, que de alguna manera había conseguido localizar. En comentarios sobre mi agenda que sugerían que sabía más de lo que le había contado.

Dos semanas después de nuestra primera noche juntos, Ryan estaba sentado frente a mí en un restaurante absurdamente caro en Clifton, observándome comer como si fuera yo el plato principal.

—Quiero proponerte un arreglo —removía un Scotch de veinte años en una copa de cristal.

Dejé el tenedor cuidadosamente. —¿Qué tipo de arreglo?

—Uno mutuamente beneficioso —sus ojos azules no parpadearon ni una sola vez. Como un documental que había visto sobre tiburones —. Quiero exclusividad.

—No estoy viendo a nadie más —respondí, lo que era verdad. Mis estafas nunca se solapaban: demasiado caótico.

—Y quiero asegurarme de que siga siendo así —se inclinó hacia delante—. Estoy dispuesto a pagarte por ese privilegio.

El camarero llegó con un postre que no había pedido, algo de chocolate deconstruido que costaba más que la compra semanal de mamá.

—¿Pagar? —mantuve la voz neutral, aunque mi pulso se aceleró. El dinero siempre era el objetivo, pero normalmente se extraía a través de empresas ficticias, no… lo que fuera esto.

—Cinco mil libras al mes —dijo Ryan, bajando la voz—. Por tu compañía. Tu tiempo. Tu cuerpo.

Bebí agua para ocultar mi expresión. —Quieres pagarme por sexo.

—Quiero invertir en nuestra relación —sus dedos tamborilearon una vez sobre el mantel—. No necesitarías ese trabajo en tech. No tendrías que preocuparte por los gastos de tu madre.

El hielo inundó mis venas. —¿Los gastos de mi madre?

—La gente habla en Bristol —dijo vagamente—. He oído que ha estado enferma. Problemas de empleo.

Esto estaba mal. Todo mal. Nunca había mencionado la situación de mamá. Nunca había ni siquiera insinuado problemas económicos.

—No soy una prostituta, Ryan.

—Por supuesto que no —estuvo de acuerdo demasiado rápido—. Piénsalo como… un estipendio por la relación. Muchos hombres de éxito proveen para sus parejas.

Cinco mil mensuales lo resolverían todo. Alquiler. Electricidad. Las recetas de mamá. La fantasía de tener espacio financiero para respirar me daba vértigo.

—¿Por qué me ofrecerías esto? —pregunté—. Ya estamos durmiendo juntos.

—Quiero más de ti. Todo de ti —su expresión cambió sutilmente—. Disponible cuando quiera. Como quiera.

El control en su voz debería haberme repugnado. En cambio, calculé cuántos meses necesitaría para extraer fondos antes de desaparecer. Seis meses: treinta mil libras. Suficiente para reubicarme, empezar de nuevo. Quizás en algún lugar donde mamá pudiera tener un jardín decente.

—Necesito pensarlo —dije, mi mente ya acelerada a través de la logística.

Ryan asintió. —Tómate todo el tiempo que necesites —extendió la mano a través de la mesa, apretándome la mano con demasiada fuerza—. Esperaría por siempre a alguien como tú, April Weston.

Mi apellido sonó extraño. Como si lo hubiera descubierto en lugar de que me lo hubieran contado. No recordaba si le había dado esa información.

Llegó la cuenta, o más bien, la carpeta encuadernada en piel que contenía una cantidad que podría alimentar la Finca de Heathfields durante un mes.

—Una cosa más… —firmó sin mirar el total—. Me gustaría ver dónde vives.

Mi supuesto piso en Redland existía solo en la conversación. —¿Por qué?

—Quiero saberlo todo sobre ti —sonrió—. Sin secretos entre nosotros.

—Mi compañera de piso está enferma —mentí—. Muy contagiosa.

—En otra ocasión, entonces —guardó la tarjeta de crédito—. Aunque sospecho que encontraría tu situación de vivienda… reveladora.

Fuera, insistió en llevarme a casa. Le di indicaciones hacia el bloque de pisos aleatorio en Redland que había estado usando como dirección. Lo vi desde el coche mientras introducía un código de puerta que había memorizado de una vigilancia anterior, desapareció dentro y luego esperó en la escalera hasta que su BMW finalmente se alejó.

Cogí tres autobuses a casa, cambiando rutas cada vez, buscando ese coche negro inconfundible.

En la Heathfields Estate, recorrí la última media milla, hiperconsciente de las sombras y los vehículos desconocidos. Nuestra casa adosada en Larch Crescent lucía igual que siempre —ordinaria, discreta, nada parecida al piso de Redland que Ryan creía que ocupaba.

Dentro, Mamá estaba sentada en la mesa de la cocina clasificando facturas en montones: urgentes, muy urgentes y avisos finales.

—¿Una buena noche? —preguntó sin levantar la vista.

Pensé en la oferta de Ryan. Cinco mil libras mensuales. Sus ojos, que nunca se ablandaban cuando sonreía. Su conocimiento de cosas que nunca le había contado.

—Interesante —respondí, lo cual no era una mentira.

Cinco mil libras. La salvación financiera empaquetada en forma de un hombre cuya presencia hacía que mis instintos gritaran peligro.

Pero los instintos no pagan las facturas de electricidad.

—Estoy considerando un nuevo trabajo —le dije a Mamá—. Mejor dinero.

Levantó la vista, la esperanza iluminando su rostro cansado. —Eso es maravilloso, cariño.

Asentí, ya planeando cómo lidiar con el comportamiento cada vez más posesivo de Ryan.

Por primera vez en mi carrera, la estafa parecía estar conduciéndome a mí en lugar de ser yo quien la conducía.

El primer pago llegó exactamente como se había prometido — cinco mil libras, transferencia bancaria directa, con la referencia «Servicios Profesionales». Qué irónico. El sentido del humor de Ryan tendía a lo burocrático.

El segundo pago llegó una semana antes, acompañado de un mensaje de texto:

Para ropa nueva. Me gusta cómo te queda el azul.

En el tercer mes, el dinero aparecía aleatoriamente, de manera impredecible. Dos mil en un martes. Otros mil después de una noche particularmente intensa en su dormitorio de Clifton. Quinientas libras con un café de la mañana, entregadas junto con pasteles caros que nunca había pedido.

Dinero como control. Dinero como propiedad. Dinero que no podía rechazar.

Nuestra casa se transformó gradualmente. El grifo de la cocina dejó de gotear. La antigua tetera que tardaba cuatro minutos en hervir fue reemplazada por una que ronroneaba al encenderse en segundos. El contador de electricidad dejó de emitir sus

amenazadores pitidos — recargado tan generosamente que su pantalla mostraba un número que Mamá fotografió, incrédula.

—¿Otro bono? —preguntó después de que le entregara doscientas libras para el supermercado. No era nuestro usual cálculo de desesperación — alubias, pan, bolsitas de té — sino comida de verdad que llenaba armarios en lugar de meramente alinearlos.

—La cafetería va bien —respondí, la mentira amarga en mi lengua—. Reestructuración de la gestión.

Asintió, sus dedos alisando los billetes crujientes. —Tienes suerte.

Suerte. Un término interesante para en lo que me había convertido.

Los mensajes de texto de Ryan iluminaban mi teléfono con una frecuencia cada vez mayor:

Pensando en ti x

Ponte el vestido azul esta noche.

¿Dónde estás exactamente ahora mismo?

Envíame una foto. Ahora.

Obedecía. Siempre. Su dinero compraba obediencia.

En mi dormitorio estrecho, conté la última oleada — tres mil libras por un fin de semana pasado enteramente a su antojo. Odiaba cuando me pagaba en efectivo en lugar de transferencia — me hacía sentir como una prostituta. Como *su* prostituta. Los billetes incluso olían ligeramente a su colonia, como si el dinero mismo estuviera marcado con su olor. Aparté quinientas para los medicamentos de Mamá, seiscientas para la inminente factura de agua, doscientas para el supermercado.

Las mil setecientas restantes fueron a mi fondo de escape, escondidas en una copia hueca de *Jane Eyre* — una novela sobre otra mujer atrapada por la necesidad financiera. La ironía no era sutil.

Mi teléfono sonó. Ryan de nuevo:

Verifica tu ubicación.

Nuestro nuevo juego. Exigía prueba de mi paradero a intervalos aleatorios, una correa digital apretándose alrededor de mi cuello virtual.

Hice una foto de la pared de mi dormitorio, en ángulo para no revelar nada identificable.

Casa. Cansada.

Tres puntos aparecieron inmediatamente.

¿De quién es la casa? No tu piso de Redland.

El hielo se formó en mis pulmones. Nunca lo había invitado a la dirección de Redland, siempre encontrándonos en su lugar o en restaurantes de su elección.

Casa de una amiga. Me quedo a dormir.

¿Qué amiga?

Compañera de la universidad. No la conoces.

Su respuesta tardó siete minutos—conté cada uno de ellos.

Te he comprado algo. Cena mañana. A las 8 en punto.

No era una petición. Era una citación.

Abajo, mamá tarareaba una canción de los ochenta mientras cuidaba su nueva colección de plantas de interior – plantas araña y lirios de la paz que iluminaban nuestro salón anteriormente estéril. Pequeños lujos que el dinero de Ryan había proporcionado sin su conocimiento.

—Tienes mala cara —dijo cuando aparecí en la puerta—. ¿Va todo bien?

—Bien. Solo estrés del trabajo.

Me estudió con la intensidad de las madres que perciben el engaño pero eligen no confrontarlo. —Trabajas demasiado.

Si supiera lo precisa que era esa afirmación.

—Estoy bien —insistí—. ¿Y si pedimos comida para llevar esta noche? Mi invitación.

Su cara se iluminó. —¿Curry?

—Lo que te apetezca.

Esta era nuestra nueva rutina – la comida llegaba sin ansiedad presupuestaria, los caprichos sin consecuencias. La ficción de que mi trabajo en la cafetería había transformado milagrosamente nuestra realidad financiera.

Mientras mamá llamaba para hacer el pedido, volví a comprobar el teléfono. Ryan había enviado otro mensaje:

Mañana llévate el pelo suelto. Y nada debajo del vestido azul.

Mi dedo se quedó suspendido sobre el botón de bloqueo durante tres segundos completos antes de que respondiera:

OK x

Más tarde, después de que mamá se fuera a la cama, me senté en el colchón con las piernas cruzadas, contando lo que quedaba del dinero de mi fondo de escape. Cuatro meses de «generosidad» de Ryan me habían proporcionado casi 20.000 libras. Lo suficiente para desaparecer si era necesario. Lo suficiente para empezar de cero en algún lugar donde mamá pudiera tener un jardín de verdad, no solo macetas en un camino de hormigón.

Pero el conocimiento que Ryan tenía de mi vida – detalles que nunca había compartido, información que no podía posiblemente saber – sugería que desaparecer podría no ser tan simple como había planeado.

Abrí mi aplicación de notas, revisando el perfil que había construido de él meses atrás. Viudo. Promotor inmobiliario. Relojes caros. Duelo controlado. Nada que insinuara la criatura obsesiva que ahora exigía pruebas fotográficas de mi existencia en intervalos cada hora.

Mi teléfono vibró de nuevo.

Pensando en lo que te haré mañana por la noche.

Luego, inmediatamente después:

Sé que lo has leído. Responde.

Escribí:

Deseando que llegue x

Aparecieron tres puntitos, desaparecieron, volvieron a aparecer.

Mentirosa. Pero te perdono. Por ahora.

La pantalla se oscureció. Me miré reflejada en el cristal negro – una chica fantasma, translúcida de compromiso.

De mi mesilla de noche, tres billetes nuevos de veinte libras yacían en fila perfecta. Mañana se los daría a mamá, inventaría otra ficción sobre turnos extra o generosidad de los clientes. Ella sonreiría, los guardaría, no haría preguntas.

Nuestro mutuo silencio se volvía más elaborado con cada semana que pasaba. Ella fingiendo no notar la imposibilidad de mis ingresos. Yo fingiendo que este arreglo con Ryan no estaba consumiendo mi alma en incrementos constantes.

Su dinero iluminaba nuestra casa deprimente, llenaba nuestros armarios vacíos, liberaba a mamá de la ansiedad constante. Su dinero también compraba pedazos de mí que no sabía que estaban a la venta.

Me tumbé en mi cama, mirando al techo que había estado mirando desde la infancia. La pequeña mancha de humedad en la esquina había desaparecido el mes pasado – reparada por un fontanero pagado con fondos de Ryan.

Mañana me pondría el vestido azul sin nada debajo. Mañana sonreiría y cumpliría y recogería mi pago. Mañana continuaría la mayor estafa de mi carrera.

La única pregunta era: ¿exactamente quién estaba siendo estafado?

Capítulo 5

April

El restaurante zumbaba con la sinfonía de la riqueza: carraspeos discretos, cristal tintineando contra cristal, la suave percusión de cubiertos caros contra porcelana fina. Ryan había elegido este lugar expresamente, un restaurante tan exclusivo que ni se molestaba en poner un cartel en la puerta. Solo una puerta negra y un hombre que asentía o no.

Observé a Ryan cortar su filete en trozos matemáticamente idénticos. Había pedido por los dos: Wagyu, poco hecho. El mío reposaba ante mí, sangrando discretamente sobre porcelana blanca como el hueso.

—¿No tienes hambre? —Su pregunta llevaba el subtexto de una orden.

Pinché un trozo, fingí entusiasmo—. Es exquisito.

Ryan sonrió como lo haría una serpiente si sus músculos faciales permitieran tales expresiones. —Sé qué te gusta, April.

¿De verdad? Lo que me gustaba era irrelevante ahora. Lo que necesitaba eran veinte mil libras más. Lo que temía era la posesividad creciente que asomaba tras sus ojos: una complicación que no había anticipado en mi estrategia original.

—He estado reflexionando —colocó el cuchillo y el tenedor en perfecto paralelo—. Sobre nuestro arreglo.

El estómago se me contrajo. Este era el momento: cuando duplicaría su inversión o me dejaría ir. Había visto el patrón antes. Hombres

como Ryan eventualmente se cansaban del afecto comprado, anhelando algo real o algo novedoso.

—¿Ah, sí? —Mantuve mi voz neutra, preparé mis planes de contingencia.

Extendió la mano sobre la mesa, capturó la mía. Sus dedos se cerraron alrededor de mi muñeca con la suave firmeza con que se cierran unas esposas.

—Te has vuelto esencial para mí, April —su pulgar presionó mi pulso, como si monitoreara mi reacción a través del flujo sanguíneo—. Absolutamente esencial.

Su agarre se tensó incrementalmente. No lo suficiente para dejar un moratón: Ryan era demasiado meticuloso para eso. Pero sí lo suficiente para que los pequeños huesos de mi muñeca se comprimieran el uno contra el otro.

—Eso es muy dulce —dije, probando los límites de su agarre con un tirón sutil.

Sus dedos se tensaron más. —¿Dulce? —rió, un sonido desprovisto de cualquier humor real—. No estoy siendo dulce. Te estoy indicando un hecho. Te has vuelto tan necesaria como el oxígeno.

El restaurante continuaba con su murmullo ambiente alrededor nuestro, ignorante de la situación que escalaba silenciosamente en la mesa catorce. Un sumiller apareció con más vino, luego se esfumó al notar la expresión de Ryan.

—Estoy halagada —logré decir e intenté otro retroceso sutil de mi mano.

—No —su voz bajó una octava—. No retires la mano cuando te estoy diciendo algo importante.

Sus dedos se constriñeron hasta que mis tendones se tensionaron contra el hueso. Mi sonrisa profesional se mantuvo fija, aunque mis ojos lagrimeaban ligeramente.

—Ryan, me estás haciendo daño.

—¿De verdad? —Bajó la vista a nuestras manos unidas como si las notara por primera vez—. Perdóname. A veces no conozco mi propia fuerza.

No aflojó su agarre.

—He decidido aumentar tu asignación —continuó como si tal cosa—. Siete mil mensuales me parecen más apropiados, dado tu valor creciente para mí.

Siete mil. La cifra danzó por mi mente, transformándose en pagos de alquiler, facturas de electricidad, recetas de mamá, nuestro fondo de escape.

—Eso es increíblemente generoso —dije.

—Sí, lo es —finalmente liberó mi mano, dejando tras de sí una pulsera de piel enrojecida—. Y a cambio, me gustaría que te mudaras conmigo.

El restaurante se inclinó hacia un lado, luego se enderezó. —¿Mudarme contigo?

—No inmediatamente —aclaró, volviendo a su filete—. El mes que viene. Ya he empezado a limpiar espacio en mi armario.

La presunción me dejó sin habla momentáneamente. En todos mis timos, nunca había llegado a la etapa de convivencia. Siempre la extracción venía primero.

—Es… un paso significativo —dije cuidadosamente.

—Los pasos significativos son mi especialidad —respondió Ryan, sus ojos azules fijos en los míos, la intensidad inquietante—. He renovado mi estudio. Fácilmente podría convertirse en tu oficina. Para tu trabajo tecnológico.

Asentí, calculando rápidamente tras mi expresión neutra. Mudarme complicaría todo: mi dirección falsa en Redland, mi vida real en Heathfields Estate, mi capacidad de mantener realidades separadas.

—Valoro mi independencia —dije.

La sonrisa de Ryan nunca flaqueó. —La independencia está sobrevalorada cuando se la compara con la seguridad, April. Siete mil libras. Mensuales. Garantizadas.

Se inclinó hacia adelante, su colonia creando una barrera invisible entre nosotros y el resto del comedor.

—Considera lo que ese dinero podría hacer por ti. Por tu madre.

Mi tenedor se congeló a mitad de camino hacia mi boca. —¿Mi madre?

—Mencionaste su enfermedad. Sus dificultades laborales. Escucho cuando hablas, April. Oigo todo.

No había mencionado esas cosas. No específicamente. No con sinceridad.

—Termina tu filete —dijo él amablemente—. Tenemos tanto de qué hablar sobre nuestro futuro. Juntos.

Alcé el tenedor con dedos que parecían desconectados de mi cuerpo. Al otro lado de la mesa, Ryan me observaba con la paciencia satisfecha de un coleccionista que acaba de adquirir un espécimen particularmente esquivo.

El timo estaba en marcha. Pero algo en sus ojos —la frialdad, el cálculo— sugería que no era la única con una agenda en esa mesa.

Llegué a casa y encontré a Mum sentada en la mesa de nuestra cocina —no encorvada sobre facturas para variar, sino erguida, casi majestuosa, rodeada de pilas de papeles cuidadosamente organizadas. Sus gafas de lectura posadas en la nariz, una bibliotecaria antigua catalogando nuestra existencia financiera.

—Llegas tarde —dijo sin levantar la vista. Ninguna acusación en su voz, solo observación tranquila.

—Café —ofrecí como explicación y dejé caer mi bolsa en la encimera. Mi muñeca aún llevaba el rastro del agarre de Ryan, ligeras marcas rosas, una pulsera que no podía quitarme.

Mum asintió como si esa palabra única contuviera párrafos de información. Quizá así era. Quizá no había sido tan cuidadosa como creía.

—¿Té? —pregunté, ya llenando la tetera —nuestra nueva, rápida y eficiente, comprada con mis ganancias mal habidas.

—Siéntate, April.

Algo en su tono me hizo obedecer al instante. Me deslicé en la silla frente a ella, observando cómo la luz de la cocina capturaba el rubio recién retocado de su cabello. Otra mejora que nuestras nuevas finanzas habían permitido.

Se quitó las gafas, las dobló, las colocó sobre lo que ahora reconocía como nuestras cuentas del hogar. —Necesitamos hablar sobre dinero.

Mi garganta se contrajo. —¿Qué pasa con ello?

—Estamos en números negros. —Pronunció las palabras como si fueran extranjeras, probando cómo sonaban en su boca—. Por primera vez en siete años, tenemos más entrando que saliendo.

No dije nada. ¿Qué podía decir? ¿Que nuestra resurrección financiera había sido financiada por mi acuerdo cada vez más inquietante con un hombre que me trataba como una adquisición?

—Tu trabajo en la cafetería debe ser bastante extraordinario —continuó Mum, su mirada fija en la mía—. Esas propinas deben ser excepcionales.

La última palabra estaba teñida de escepticismo tranquilo. No acusación, no todavía, pero la primera grieta en nuestra ficción mutua.

—He estado ahorrando cada penique —dije, la mentira ya me salía sola.

—Mmm. —Golpeó la pila de papeles—. He estado haciendo cálculos. Tenemos suficiente ahorrado para aguantar seis meses, incluso contando emergencias.

Mi cerebro se tambaleó, tratando de procesar esta declaración inesperada. —¿Seis meses?

—Seis meses de respiro. —Se recostó, pareciendo casi como su antiguo yo —la directora administrativa que una vez había dirigido departamentos con resuelta eficiencia—. Seis meses sin que tengas que matarte a trabajar en esa cafetería.

Abrí la boca para protestar, pero nada emergió. La mentirosa profesional, de repente sin palabras.

—Encontré estas. —Deslizó un pequeño fajo de billetes de veinte libras por la mesa —billetes que había escondido por toda la casa para que ella los «descubriera» periódicamente—. Escondidos en libros. Pegados bajo cajones. Entre las páginas de mis revistas de jardinería.

Mi coreografía financiera, al desnudo.

—¿Rebuscaste mis cosas? —intenté actuar molesta.

—Busqué respuestas —replicó—. Y encontré lo suficiente para saber que es hora de que esto termine.

La tetera hizo clic, su tarea completada mientras mi mundo se derrumbaba silenciosamente. Ninguna de nosotras se movió para hacer té.

—Es hora de acabar con esto, April. —Mum recogió los papeles en una carpeta ordenada—. Sea lo que sea lo que hayas estado haciendo —y no te pido detalles—, ya no lo necesitamos. Puedes dejar ese trabajo, o lo que sea que sea realmente.

—No es tan simple —murmuré, aunque parte de mí cantaba de alivio ante la posibilidad de escape.

—Nunca lo es —estuvo de acuerdo—. Pero tenemos miles guardados ahora. —Sonrió levemente—. He estado llevando la cuenta. Cada misterioso billete de veinte, cada «bonificación» que has traído a casa.

La ironía burbujeó dentro de mí, emergiendo como una risa que sonaba extraña a mis oídos. —¿Has estado sumando todo mientras yo lo he estado financiando?

—Contabilidad maternal. —Se encogió de hombros—. Has hecho suficiente, cariño. Sea lo que sea, quienquiera que esté implicado —es hora de alejarse.

Mi teléfono vibró en mi bolsa. Ryan, indudablemente, exigiendo prueba fotográfica de mi existencia.

—¿Y qué hay de gastos sorpresa? —pregunté, la artista del timo práctica en mí aún tallando recursos.

—Nos las arreglaremos. Tengo tres entrevistas la próxima semana. —Se enderezó, un destello de su antigua confianza regresando—. Reales esta vez. No las reuniones ficticias que he estado inventando.

—¿También has estado mintiendo?

—Todos nos protegemos mutuamente a nuestra manera —dijo simplemente—. Pero ahora podemos parar. Ambas.

El recuerdo de los dedos de Ryan alrededor de mi muñeca pulsó en respuesta. —¿Así, sin más?

—Así, sin más. —Mum asintió una sola vez, decididamente—. Ahora haz ese té. Tenemos un futuro del que hablar que no implica lo que sea que te está haciendo revisar tu teléfono cada treinta segundos.

Al levantarme, algo desconocido se desplegó en mi pecho —no del todo esperanza, no del todo miedo, pero algo similar a ambos. La perspectiva de vivir sin mentiras parecía aterradora y exhilarante.

Mi teléfono zumbó de nuevo en mi bolsa, insistente como una avispa atrapada en vidrio. Ryan, exigiendo atención, inconsciente de que estaba a punto de unirse a mi creciente colección de hombres descartados.

Esta vez, no solo lo fantasmaría. Desaparecería como humo.

La casa de Larch Crescent de repente se sentía diferente – no solo un escenario para mis estafas, sino un hogar que quizá nos merecíamos de verdad.

Elegí la casa de Ryan para nuestra escena final. Mejor terminar esto en sus impecables suelos de roble que arriesgarme a que me siguiera hasta Larch Crescent. Siete mensajes de texto se habían acumulado desde mi conversación con Mum – cada uno más urgente, cada uno sin respuesta.

Abrió la puerta en ropa de estar cara, el alivio lavándose sobre su cara como un filtro de Instagram mal aplicado. —April. Estaba preocupado.

—Necesitamos hablar. —Pasé junto a él hacia el pasillo que olía a cera de muebles y dinero.

—No respondiste a mis mensajes. —Su tono sugería que esto era un crimen digno de investigación.

—He estado pensando. —Me moví hacia su salón sin esperar una invitación. El espacio se sentía diferente ahora, sabiendo que nunca volvería a él. Más museo que hogar, todas esas posesiones cuidadosamente curadas dispuestas para impresionar fantasmas.

Ryan me siguió, revoloteando demasiado cerca. —¿Sobre mudarte conmigo? He dejado espacio en el armario. He hecho que la asistenta prepare el—

—No. —La palabra cayó entre nosotros como la hoja de una guillotina—. Sobre nosotros.

Su expresión cambió – la preocupación metamorfoseándose en algo más duro. —¿Qué pasa con nosotros?

—No va a haber un nosotros más.

Palabras simples. Directas. Sin adornos artísticos ni mentiras elaboradas. Por una vez, la verdad sin barniz.

Ryan rió, un sonido hueco que rebotó en sus paredes de diseño. —Muy gracioso.

—No estoy bromeando, Ryan. Estoy terminando nuestro acuerdo.

Su cara realizó una secuencia fascinante de expresiones –incredulidad, confusión, ira, cada una apareciendo y desapareciendo tan rápidamente que parecían casi sobreimpuestas la una sobre la otra.

—No puedes. —Habló con la certeza absoluta de un hombre que nunca había sido contradicho.

—Puedo.

—Teníamos un acuerdo. —Su voz se tensó como una cuerda de violín afinada más allá de su capacidad.

—Que estoy rescindiendo.

Se acercó más, invadiendo mi espacio. —¿Es el dinero? Lo aumentaré. Diez mil mensuales.

La suma era obscena, tentadora, venenosa.

—No es cuestión de dinero. —No enteramente una mentira.

—Entonces ¿qué? ¿Otro hombre? —Sus ojos se entornaron, y escaneó mi cara buscando evidencia de traición.

—Simplemente no quiero esto más.

Respuesta equivocada. La expresión de Ryan se desmoronó, luego se reensambló en algo feo. —No tienes derecho a decidir eso.

—En realidad, sí lo tengo. —Me moví hacia la puerta. Mantuve contacto visual como lo harías con un animal peligroso—. Esto es adiós, Ryan.

Su mano se extendió, agarrándome el brazo justo por encima del codo. —No estás pensando claramente.

—Suéltame.

—No hasta que me lo expliques adecuadamente. —Sus dedos se apretaron, dejando los hematomas de mañana hoy.

Arranqué mi brazo libre. —No hay nada que explicar. Se acabó.

Fue entonces cuando sucedió algo extraordinario. Ryan Lark – promotor inmobiliario exitoso, viudo controlado, coleccionista de relojes caros – se desmoronó. No metafóricamente, sino físicamente, sus rodillas doblándose como si los hilos que lo mantenían erguido hubieran sido cortados simultáneamente.

—Por favor, —susurró, lágrimas reales formándose en esos ojos azules que nunca se calentaban cuando sonreía—. Por favor no me dejes.

Observé, fascinada por esta actuación inesperada. Hombres como Ryan no suplicaban – exigían, manipulaban, coercionaban. Esta exhibición le parecía tan ajena como la emoción genuina.

—Todo el mundo se va, —continuó, su voz quebrándose—. Mis padres. Eliza. Ahora tú.

Extendió la mano hacia la mía, fallando por completo, sus dedos agarrando aire vacío. —Te necesito, April. Eres la única que me entiende.

Di un paso atrás, extrañamente inmóvil ante su angustia. Quizá había desarrollado inmunidad a las lágrimas masculinas, habiendo

cosechado tantas a lo largo de los años.

—Adiós, Ryan.

Permaneció de rodillas, los hombros temblando, su cara contraída en una expresión que no podía creer del todo. El gran Ryan Lark, reducido a un suplicante sollozante en su suelo de madera importada.

Mientras me movía hacia la salida, algo llamó mi atención – una pequeña caja de terciopelo sobre la mesa del pasillo, ligeramente entreabierta. Adentro brillaba un colgante de zafiro en una delicada cadena de plata. La reconocí inmediatamente de las fotos de su difunta esposa exhibidas en su estudio. Una reliquia familiar, sin duda que valía más que toda nuestra casa en Larch Crescent.

Mis dedos se cerraron alrededor de él antes de que el pensamiento consciente interviniera. El regalo de despedida perfecto – lo suficientemente pequeño para bolsillo, lo suficientemente valioso para importar.

—Puedo cambiar, —llamó Ryan desde el salón, su voz reverberando extrañamente—. Seré lo que quieras.

Metí el colgante en el bolsillo de mi chaqueta. —Ese es el problema. Ya lo eras.

La puerta se cerró detrás de mí con un clic satisfactorio. Afuera, el aire de la tarde acarició mi cara, oliendo a libertad y vapores de gasolina. Sin más fotografías documentando mi existencia. Sin más mensajes exigiendo mi localización.

Sin más Ryan.

En mi bolsillo, el colgante de zafiro golpeaba suavemente contra mi cadera con cada paso. Piedra fría sobre plata cálida, el peso de generaciones pasadas de esposa a esposa. Un recuerdo de una

actuación que había durado más de lo esperado pero que cerró exactamente en la nota correcta.

La estafadora profesional, haciendo su reverencia final.

Si solo la historia hubiera terminado allí.

Capítulo 6

Meg

El dinero cambiaba una casa. No solo el contenido, sino el aire en sí se transformaba. Nuestra casa adosada respiraba de forma diferente ahora. Las habitaciones exhalaban comodidad en lugar de ansiedad. Los armarios lucían orgullosos con sus abundantes interiores. Incluso el maldito contador eléctrico había dejado de emitir sus advertencias de muerte.

Me había olvidado de lo que se sentía comprar detergente para la ropa sin hacer aritmética mental. De cambiar una bombilla sin preguntarme qué habitación podría sobrevivir a la oscuridad más tiempo. De existir sin ese miedo constante y roedor.

—¿Más té? —pregunté a April, que estaba encorvada sobre su teléfono en nuestra mesa de cocina. Nuestra nueva mesa de cocina. Una que no se tambalea si dejas una taza demasiado bruscamente.

Asintió sin levantar la vista. Había estado haciéndolo mucho últimamente, comunicándose mediante movimientos de cabeza y monosílabos. Desde que había dejado aquel trabajo en la cafetería (o lo que fuera que realmente era), estaba más en casa pero de alguna manera menos presente.

Vertí su té en la taza a juego, otro lujo: poseer cosas que pertenecían juntas por diseño en lugar de por necesidad.

—Tengo una entrevista en Dawson's mañana —dije, rellenando mi propia taza—. Puesto de directora de oficina.

—Qué bien.

Sus dedos tamborileaban rápidamente en la pantalla, luego se detuvieron. Colocó el teléfono boca abajo, un movimiento tan abrupto que pareció violento. Entonces me sonrió, demasiado ampliamente, demasiado de repente.

—Perdona. ¿Qué decías?

—Dawson's. Entrevista. Mañana.

—¡Claro! Es fantástico, mamá. Tendrían mucha suerte teniéndote.

El sentimiento era perfecto; la ejecución no lo era. Su voz sonaba hueca, como si alguien hubiera vaciado las partes del medio y hubiera dejado solo la cáscara de mi hija hablando.

La observé al otro lado de nuestra nueva mesa elegante. La April física parecía mejor que nunca: bien alimentada, bien vestida, la piel brillante con una crema hidratante cara. Pero algo más se había vuelto demacrado. Cierta esencia de April se había adelgazado y estirado hasta que casi podía verla a través de ella.

—¿Estás bien, cielo?

—Claro que sí —dijo, demasiado rápido. Su mirada se dirigió hacia la ventana, luego hacia mí—. Solo cansada.

La mentira se extendía entre nosotras, ropa sucia que ninguna de las dos quería tocar.

—Pensé que podríamos conducir hasta ese centro de jardinería de Keynsham este fin de semana —ofrecí—. Tienen esos arces japoneses que he estado queriendo.

Su cara se iluminó, esta vez no de forma fingida, sino con un interés genuino. —¿Los de las hojas rojas?

—Exacto. Pensé que uno podría verse bien en el jardín delantero.

Antes, en la era financiera anterior de nuestras vidas, la idea de comprar un árbol decorativo habría sido absurda, como sugerir que instalásemos una fuente de chocolate o contratásemos a un mayordomo. Ahora discutíamos sobre arces japoneses como si siempre hubiésemos sido el tipo de gente a la que le importaban tales cosas.

—Me gustaría mucho. —Sonrió con sinceridad.

Entonces su teléfono vibró. Una sola vez. El sonido podría haber sido un disparo por cómo se estremeció.

No lo tocó. Ni siquiera lo miró. Pero su cuerpo se giró alejándose de él, creando distancia como si el dispositivo pudiera morder.

—¿Quién es? —pregunté, y mi intento de fingir despreocupación fue un completo fracaso.

—Nadie. —Se tragó el té demasiado rápido, y, a juzgar por su mueca, se quemó la lengua—. Probablemente, solo un mensaje de spam.

Otra mentira. Nuestra colección de mentiras iba en aumento.

Esa noche, la escuché pasear. Las tres de la madrugada, y las tablas del suelo crujían con sus movimientos inquietos. De aquí para allá. Cuatro pasos en una dirección, cuatro pasos hacia atrás. Las dimensiones estrechas de su habitación infantil creaban la vía de su ansiedad nocturna.

Consideré entrar. Preguntarle qué estaba mal. Exigir la verdad en lugar de nuestras habituales ficciones reconfortantes.

En lugar de eso, escuché sus pasos y conté mi propia cobardía.

Cuando llegó la mañana, la encontré durmiendo en el sofá, completamente vestida, con las llaves agarradas en la mano como si

hubiera estado planeando huir a algún lugar durante la noche pero el agotamiento la hubiera vencido primero.

La cubrí con una manta —una de las nuevas, suave como un susurro — y desaparecí.

Sea lo que fuese lo que April ocultaba, ya no se trataba solo de dinero. El misterio del efectivo había evolucionado hacia algo más oscuro. La April que dormía en nuestro sofá parecía perseguida.

Mi ropa para la entrevista estaba lista en la puerta del armario —otra compra nueva—. Pantalones gris carbón y una blusa azul pálido que me hacía parecer competente y de confianza. El tipo de mujer que dirige oficinas y supervisa personal y que nunca, jamás, acepta dinero misterioso sin cuestionar su procedencia.

Me la puse con cuidado, me cepillé el pelo, me maquillé con más destreza de la que había poseído hace ocho semanas, gracias a los tutoriales de YouTube que había visto en nuestra nueva tableta.

April seguía durmiendo cuando me fui. Le dejé una nota:

He salido a la entrevista. ¿Arces japoneses este fin de semana? Te quiero x

Fuera, nuestros vecinos asintieron respetuosamente mientras pasaba. Mi ropa nueva y mi paso seguro sugerían empleo, estabilidad, normalidad. No necesitaban saber que me dirigía a mi primera entrevista decente en meses, que nuestra resurrección financiera seguía siendo inexplicable, que mi hija dormía como alguien que tenía miedo de enfrentarse a sus sueños.

Cuando llegué, revisé mi teléfono. Sin mensajes. Sin llamadas.

Todo estaba bien. La vida era buena.

Salvo por lo que acechaba en los ojos de April cuando creía que no la miraba.

La oficina de Dawson Property Management olía a cartuchos de tóner y café instantáneo. Dos semanas dentro de mi empleo milagroso, y aún no podía creer mi suerte. Un escritorio de verdad. Un ordenador que no se congelaba cuando le pedía que realizara funciones básicas. Un sueldo que realmente cubría las facturas sin requerir acrobacias financieras.

Enderecé la foto enmarcada de April —tomada en su graduación universitaria— y ajusté mi nueva placa de identificación: «Margaret Weston, Directora de Oficina».

No solo un trabajo. Un título. Un puesto con autoridad sobre tres mujeres jóvenes que me llamaban Sra. Weston con respeto genuino, no del tipo condescendiente que había soportado en el centro de jardinería.

Mi teléfono vibró con un mensaje de texto de April:

Trabajo hasta tarde esta noche. No me esperes despierta.

Otra noche de su «trabajo hasta tarde» en lo que sea que fuese el trabajo que podría o no tener. Sonreí, extrañamente orgullosa de su independencia, aunque a veces echaba de menos nuestras charlas vespertinas alrededor de un té.

Guardé el teléfono cuando Elaine de contabilidad se asomó sobre mi mamparita.

—¿Vienes a comer? Vamos a probar ese nuevo sitio de sándwiches.

—No puedo hoy. Tengo demasiado archivo. —Señalé la pila de listados de propiedades que requerían digitalización.

—Como prefieras. —Se encogió de hombros—. Aunque podría interesarte: él también va a venir.

—¿Él?

Las cejas de Elaine realizaron un elaborado baile. —Sabes perfectamente de quién hablo. El que te felicitó por tu sistema de archivo ayer.

Mi estómago realizó un giro indigno. —Solo estaba siendo educado.

—Tres minutos hablando de carpetas de colores no es educación, Meg. Es interés.

Después de que se fuera, me encontré alisándome el pelo, revisando mi pintalabios en el reflejo de mi teléfono. Un comportamiento ridículo para una mujer de cuarenta y cinco años.

Lo había conocido solo brevemente durante mi primera semana —nada especial en nuestras interacciones, y sin embargo Elaine y las otras mujeres habían construido toda una narrativa romántica a partir de algunas conversaciones mundanas sobre suministros de oficina.

Esa noche, mientras desbloqueaba la puerta de entrada de nuestra casa, me encontré tarareando —realmente tarareando— alguna canción ridícula de los ochenta. La casa estaba vacía.

Me cambié de ropa de oficina, colgándola con un respeto recién adquirido. En el espejo del baño, estudié mi reflejo. Arrugas que trazaban años de preocupación. Ojos que habían olvidado cómo esperar cosas buenas.

Pero algo había cambiado. Una rectitud en mi postura. Un ligero color en mis mejillas que no había venido de una botella.

Abrí la bolsa de maquillaje de April —nuestro secreto compartido, mi préstamo no autorizado— y me apliqué rímel. Un toque de su perfume bueno. Porque sí.

El timbre sonó, sobresaltándome de esta vanidad poco característica. Nadie llamaba a nuestro timbre. Nunca.

Miré por la mirilla, luego abrí la puerta de par en par.

—¿April? ¿Se te han olvidado las llaves?

Estaba de pie en nuestro camino de hormigón, inusualmente callada.

—¿Puedo entrar? —Sonrió—. Me muero de hambre.

La hice pasar, sorprendida por su regreso prematuro y por la pérdida de su llave. —Pensé que ibas a trabajar hasta tarde.

—El jefe me dejó ir pronto. La noche no estaba muy animada. —Se quitó el abrigo—. Pensé que podríamos cenar juntas.

—Precioso. Haré pasta.

En la cocina, llené una olla de agua mientras April ponía la mesa, tarareando por lo bajo. Durante muchos minutos de silencio, encontré una cantidad muy pequeña de consuelo.

—¿Qué tal el nuevo trabajo? —preguntó, con la voz radiante—. ¿Hay cotilleos de oficina?

Consideré contarle sobre las insinuaciones de Elaine. Sobre la posibilidad de que alguien se fijara en mí. Sobre lo extraño que era ser visible de nuevo después de años desapareciendo en la maternidad y la pobreza.

En su lugar, dije: —Va bien. Cosas ordinarias de oficina.

—Vamos, mamá. Debes tener historias.

Reí, removiendo la pasta en agua hirviendo. —Nada tan emocionante.

—¿Ni siquiera alguien que te eche un vistazo? —Levantó las cejas cómicamente.

—Bueno... —dudé—. Podría haber alguien. No ha pasado nada —añadí rápidamente—. Solo... atención, quizá. Los otros están haciendo un escándalo por nada.

La sonrisa de April parpadeó, luego se estabilizó. —Eso es... bonito.

—He estado pensando en que podría socializar más —dije—. Tal vez incluso volver a salir con alguien. Cuando esté lista.

April se concentró intensamente en doblar servilletas. —Te mereces divertirte, mamá.

Algo en su tono me hizo pausar. No celos ni egoísmo, algo diferente. Algo que no podía identificar del todo.

—Probablemente no sea nada —volví atrás—. Solo cortesía de trabajo que Elaine malinterpretó.

—No te menosprecies —dijo April, mirando hacia arriba—. Eres increíble. Cualquiera tendría suerte de salir contigo.

La conversación cambió hacia su trabajo, mi empleo, el arce japonés que aún no habíamos comprado. Una charla madre-hija normal, pero algo no encajaba. Como actores siguiendo un guión familiar con el cronometraje ligeramente alterado.

Más tarde, después de que April subiera a ducharse, enjuagué los platos y contemplé las insinuaciones de Elaine. La noción parecía

tanto emocionante como absurda. Una mujer de mi edad, con mi historia, llamando la atención de alguien parecía improbable.

Sin embargo, algo cálido se desplegó en mi pecho ante la posibilidad. Algo que había olvidado que existiera.

Iré a comer mañana, decidí. Pero sin precipitarme. Volvería a salir con alguien cuando estuviera lista, no un momento antes. Después de tantos años tomando decisiones basadas en la necesidad en lugar de en el deseo, podía permitirme esperar lo que realmente quería.

Me sequé las manos y ordené la cocina, tarareando esa melodía ridícula de los ochenta de nuevo. Arriba, la ducha de April corría, el sonido de la normalidad, de la rutina, de una vida que finalmente iba bien.

Por primera vez en años, me permitía imaginar posibilidades más allá de la supervivencia. Citas para tomar café. Viajes al cine. Conversación con alguien que me viera como una mujer, no solo como una madre o empleada.

Pequeñas alegrías, quizá. Pero después de tanto tiempo sin ninguna, incluso las pequeñas se sentían monumentales.

Mi reflejo me miraba fijamente desde el espejo del probador, una desconocida llevando un vestido que no podía permitirme hasta hace poco. Azul marino, escote modesto, ajustado pero no desesperado. Un vestido que decía «Estoy haciendo un esfuerzo pero sin parecer que lo intento demasiado», que es exactamente la mentira que quería contar.

Volví a comprobar la etiqueta del precio. 79,99 libras. Obsceno. Casi una jornada completa de salario por un trozo de tela que usaría una vez, quizá dos si la velada iba bien. Lo cual no sucedería, porque no debería ir en absoluto.

Mi teléfono vibró en mi bolso. Un mensaje de Janice, la gerente de oficina en la sucursal hermana de Dawson en Keynsham:

¿Puedes cubrir el sábado por la mañana? El hijo de Caroline tiene varicela.

Horas extras. Dinero extra. Seguridad extra contra cualquier apocalipsis financiero que pudiera estar acechando a la vuelta de la esquina. La opción responsable.

Miré el vestido azul marino, luego mi teléfono. Deber contra deseo. Una contienda con el mismo vencedor durante veintiséis años seguidos.

Escribí:

Lo siento, no puedo este fin de semana.

Cinco palabras que se sintieron como una traición.

En casa, encontré a April tumbada en nuestro sofá, un libro de texto equilibrado en su estómago, rotulador entre los dientes. Levantó la vista cuando entré con la bolsa de compras.

—¿Lo compraste? —Se incorporó, el libro de texto se deslizó al suelo —. Déjame verlo.

Saqué el vestido, la vergüenza calentando mis mejillas. —Es solo algo simple.

Los ojos de April se agrandaron. —Mamá, es precioso. Te verás increíble.

—Es demasiado caro —confesé—. Debería devolverlo.

—De ninguna manera. —Cogió el vestido, sosteniéndolo contra mí—. Es perfecto. Te lo mereces.

Merecer. Qué palabra tan complicada. ¿Qué se merece una mujer después de décadas poniéndose a sí misma en último lugar? ¿Después de años conformándose con menos para que su hija tuviera más?

—He rechazado horas extra para comprarlo —admití, la culpa derramándose fuera de mí—. Janice necesitaba a alguien en Keynsham el sábado.

—Bien —dijo April con firmeza—. Ya era hora de que te eligieras a ti misma por una vez.

Recuperé el vestido, doblándolo con cuidado sobre mi brazo. —Necesitamos el dinero más que yo necesito una cita.

—No, no lo necesitamos. —El tono de April no admitía réplica—. Estamos bien, mamá. Mejor que bien. El contador de electricidad no está pitando, los armarios no están vacíos, y tienes permiso para gastarte ochenta libras en ti misma de vez en cuando.

——¿Cómo sabías que costaba ochenta libras?

Se encogió de hombros. —Adivinanza afortunada. El caso es que has pasado toda mi vida haciendo sacrificios. Tienes derecho a una noche fuera.

Me hundí en el sofá junto a ella, el vestido acunado en mi regazo como algo frágil. —Parece mal. Frívolo.

—Salir con alguien no es frívolo. —April se acurrucó con las piernas bajo el cuerpo—. Es normal. Incluso saludable.

—¿A mi edad?

—Especialmente a tu edad. Te lo has ganado.

Pasé mis dedos por la tela, más suave que nada que hubiera llevado en años. —¿Y si es horrible? ¿Y si él es horrible?

—Entonces vienes a casa, nos bebemos una copa de vino, y lo criticamos juntas. —Sonrió, golpeándome el hombro con el suyo—. Y aun así tendrás un vestido precioso.

—Podría cancelar. —Las palabras sonaron más pequeñas de lo pretendido—. Decirle que surgió algo.

April me arrebató el teléfono de la mesa de café, manteniéndolo como rehén. —Eso no va a pasar. Vas a ir.

—¿Cuándo te has convertido en la madre?

—Alrededor del momento en que olvidaste cómo hacer algo divertido. —Suavizó las palabras con una sonrisa—. En serio, mamá. Es una cena, no una propuesta de matrimonio. Si es un desastre, no tienes que volver a verlo.

Asentí, sin estar convencida. Mis músculos sociales se habían atrofiado por falta de uso. El estómago se me tensó ante la idea de hacer conversación intrascendente sobre una mesa de restaurante.

——¿Y si he olvidado cómo ser interesante? —La pregunta surgió sin ser invitada, exponiendo inseguridades que no sabía que acechaban tan cerca de la superficie.

April resopló. —¿A diferencia de los conversadores fascinantes con los que sueles salir?

—Hace dieciséis años que no lo intento.

—Es como montar en bicicleta, mamá. Lo recordarás una vez que empieces.

Miré el vestido de nuevo. Azul marino. Sensato. Seguro. Como yo, o la versión de mí en la que me había convertido después de años de triaje financiero y obligación maternal.

—¿Me ayudarás con el maquillaje? —pregunté, la solicitud en sí misma una admisión de rendición.

La cara de April se iluminó. —Absolutamente. Estoy pensando en ojos ahumados, labios desnudos.

—Nada demasiado dramático.

—Solo lo suficiente para que se atragante con el entrante cuando te vea. —Guiñó un ojo, ya planeando mi transformación.

Más tarde, cuando colgué el vestido en mi armario, me sorprendí a mí misma sonriendo sin motivo en particular. La culpa perduraba, una compañera familiar, pero su voz se había callado un poco.

Mi teléfono zumbó de nuevo. Janice:

Sin problema, he encontrado a alguien más. ¡Disfruta del fin de semana!

El universo, otorgando absolución.

Desde abajo llegaba el sonido de April revolviendo su colección de maquillaje, murmurando sobre tonos de base y técnicas de iluminación. Su entusiasmo tocó algo dormido hace mucho tiempo en mí —una versión de mí que una vez creyó en posibilidades más allá de la supervivencia.

Tracé el contorno del vestido a través de su plástico protector. Ochenta libras de rebelión contra años de autonegación. Una

pequeña revolución, quizá, pero mía.

La tarde del sábado se extendía ante mí, simultáneamente aterradora e intrigante. Un hombre cuyo nombre pronunciaría en voz alta aproximadamente cincuenta y siete veces en preparación ansiosa. Un restaurante que buscaría extensamente en internet para evitar pedir el artículo más caro o más barato de la carta. Vino que sorbería lentamente para evitar avergonzarme.

Todos los rituales ridículos del cortejo que había olvidado que existían.

Desde abajo, April gritó: —¿Tienes rímel a prueba de agua?

—No —grité hacia atrás—. ¿Es importante?

—¡Crucial! Lo añadiré a la lista de la compra.

Tanta preocupación por mis pestañas. Tanta inversión en mi resurrección social.

Me senté en mi cama, tocando la etiqueta de precio del vestido. Ochenta libras frente a horas extra en Keynsham. Felicidad frente a responsabilidad.

Por una vez, solo esta vez, la felicidad había ganado.

Quizá April tuviera razón. Quizá me merecía este pequeño lujo. Esta diminuta rebelión contra la practicidad.

Quizá el sábado sería desastroso. Quizá magnífico. Quizá meramente adecuado.

Pero sería mío. Una elección hecha no por necesidad sino por deseo.

Y eso, decidí, valía cada una de las ochenta libras que acababa de gastar.

Capítulo 7

April

Estaba tumbada en la cama de mi infancia, con el portátil calentándome los muslos como un parásito electrónico ronroneante. El colchón recordaba mi cuerpo demasiado bien – dieciséis años de decepciones comprimidas en espuma viscoelástica.

El capítulo de Ryan Lark había cerrado oficialmente. Una actuación lucrativa con un desenlace inesperadamente dramático. No mi salida más elegante, pero efectiva. El colgante de zafiro reposaba en mi cajón de calcetines, acurrucado entre calcetines de algodón y los ocasionales calcetines altos desparejados. Una garantía, me dije a mí misma. No sentimentalismo.

Mi teléfono permanecía en silencio. Inquietantemente silencioso. Los mensajes de Ryan se habían desbordado tras nuestra ruptura – primero suplicantes, luego hostiles, luego una extraña mezcla de adoración y amenazas veladas. Hace tres días, habían cesado completamente. Este silencio repentino explicaba mi inquietud reciente – me sobresaltaba ante cada notificación, aunque la ausencia de contacto era de alguna manera más perturbadora. Seguía consultando mi teléfono compulsivamente, esperando la próxima explosión. Su tranquilidad parecía calculada, como la de un cazador que hubiese cambiado de táctica.

Mi pantalla brillaba con una hoja de cálculo que horrorizaría a la mayoría – mi catálogo de caza. Nombres, ocupaciones, patrimonio neto estimado, vulnerabilidades. Taxidermia digital de hombres que aún no había capturado.

—Siguiente —murmuré, desplazándome por mi colección de presas financieras.

Muchos dígitos se acumulaban en nuestro fondo de escape colectivo. Una suma respetable para gente normal. Patética para alguien con mis talentos. Con el trabajo de Mum en Dawson's, estábamos manteniendo la cabeza a flote en lugar de ahogarnos – una sensación novedosa, pero apenas segura.

Simon Griffiths. Gestor de fondos de cobertura recientemente divorciado. Cuarenta y ocho años. Afición por los vinos vintage y mujeres jóvenes que fingían importarle. Rendimiento potencial: alto. Evaluación de riesgo: moderado.

Examiné su perfil de LinkedIn. Su foto de la empresa mostraba a un hombre que intentaba desesperadamente parecer autoritario a pesar de una línea de cabello retrocediente y una barbilla débil. El tipo de hombre que compensaba con coches caros y generosidad performativa.

Mis notas contenían sus lugares habituales, compilados durante semanas de vigilancia casual. Frecuentaba un wine bar los jueves – solo, sorbiendo Burdeos prohibitivamente caro mientras deslizaba el dedo por aplicaciones de citas con creciente desesperación.

Perfecto.

Siguiente candidato: Dominic Weller. Emprendedor tecnológico. Treinta y cinco años. Dinero nuevo con inseguridades antiguas. Recientemente destacado en *Bristol Business Monthly* como «uno a observar». Observar era precisamente lo que había estado haciendo – viendo su ritual de café del martes en ese café pretencioso donde los baristas discutían los orígenes del café como si fueran textos religiosos.

Tendría que convertirme en alguien completamente diferente para él. Próxima al mundo tecnológico pero inofensiva. Quizá una diseñadora gráfica lidiando con clientes de start-up. Alguien que entendiese su mundo pero que no representase amenaza competitiva alguna.

Mi dedo trazó su foto de perfil. No desagradable. Esta actuación podría incluir menos salidas de la ducha y agarres estratégicos de sábanas.

—¿April? ¿Estás en casa? —la voz de Mum flotó escaleras arriba, acompañada por el crujir de bolsas de la compra.

Cerré mi portátil de golpe como una adolescente sorprendida viendo pornografía. En muchos sentidos, esto era peor – un catálogo de posibles víctimas curado con precisión sociópata.

—Voy —grité, metiendo la computadora bajo mi almohada.

En el espejo del pasillo, ajusté mi expresión – suavizando el brillo en mis ojos, relajando la fijación depredadora de mi mandíbula. Transformándome de cazadora a hija.

Mum estaba en la cocina rodeada de bolsas de Morrisons, su cara sonrojada por la novedad de comprar comestibles sin ansiedad matemática.

—He traído esas galletas fancy que te gustan. —Levantó un paquete de digestivas de chocolate como si exhibiera un oro olímpico.

Sonreí, genuinamente tocada por este pequeño triunfo. —Brillante.

Se ocupó de guardar la compra, parloteando sobre política de oficina en Dawson's. Algo sobre un escándalo de fotocopiadoras e grapadoras desaparecidas. La banda sonora mundana de la vida normal – un idioma extranjero que aún estaba aprendiendo a hablar.

—¿Qué tal estuvo la cafetería hoy? —preguntó.

—Igual que siempre —respondí, la mentira automática. No había pisado ninguna cafetería excepto como cliente durante semanas. Había mantenido la pretensión de buscar trabajo mientras en

realidad realizaba vigilancia en mis próximos objetivos. Los viejos hábitos morían con reluctancia.

Detrás de mi asentimiento interesado, mi mente continuaba catalogando perspectivas. El gestor del fondo de cobertura parecía prometedor para necesidades inmediatas. El empresario tecnológico representaba potencial a largo plazo – requería una preparación más compleja, pero el rendimiento era mayor.

Después de la intensidad de Ryan, anhelaba a alguien directo. Alguien cuya riqueza llegara sin complicaciones. Alguien que no me dejara moratones con forma de dedos alrededor de la muñeca.

—Tierra llamando a April —bromeó Mum agitando una mano ante mi rostro—. No has escuchado ni una palabra de lo que he dicho.

—Perdona. Solo estoy cansada.

Me estudió con esa intensidad maternal que siempre me hacía preguntarme si poseía visión de rayos X. —Últimamente tienes mucho de "solo estoy cansada".

Me encogí de hombros, buscando una indiferencia casual. —El trabajo en la cafetería es agotador.

Nuestras miradas se cruzaron sobre la encimera de la cocina – dos mentirosas profesionales reconociendo su propio oficio. Nuestra casa de naipes se había actualizado a ladrillo y mortero, pero la base seguía siendo cuestionable.

Más tarde, sola en mi habitación, reabrí la hoja de cálculo. Simon Griffiths o Dominic Weller. Finanzas tradicionales o tecnología moderna. Manipulación de la vieja escuela o estafa contemporánea.

Decisiones, decisiones.

Necesitaba tiempo de recuperación. Espacio para perfeccionar mi próxima actuación. La April Weston que se acercara a Simon necesitaría disfraces distintos, modales diferentes a los de la que enredara a Dominic.

Mientras tanto, el colgante de zafiro capturaba la luz de la luna desde mi cajón, guiñando como un cómplice. Debía de saber que me lo había llevado – no hay forma de que no lo supiera. Miré mi teléfono silencioso, la ausencia del acoso de Ryan tanto alivio como señal de advertencia. Los hombres como él no se rendían fácilmente. Este silencio no era paz – era un preludio.

Mañana, comenzaría el reconocimiento. Esta noche, soñaría con hombres adinerados y las muchas formas imaginativas en que podrían separarse de su dinero.

Mum transformó nuestro cuarto de baño en un salón improvisado, los productos alineados en la encimera como instrumentos quirúrgicos aguardando una operación particularmente glamurosa. El vestido azul – su rebelión de ochenta libras – colgaba del raíl de la ducha, liberando arrugas en el vapor.

—Honestamente, Mum, es solo cena —dije, encaramada en la tapa del inodoro viéndola aplicarse máscara con la concentración de alguien desactivando explosivos.

—Es la tercera cita —me corrigió y examinó su reflejo con escrutinio —. Eso es significativo.

—¿En qué universo? —solté una carcajada.

—En el universo donde no he tenido una tercera cita con nadie desde que tenías nueve años. —Se giró, blandiendo la varilla de máscara como si fuera una prueba—. La gente tiene relaciones sexuales en terceras citas.

Me tapé los oídos con las manos. —¡Joder, Mum!

—Por favor, tienes veinticinco años, no doce. —Volvió al espejo y se aplicó algo de aspecto caro en los pómulos—. Aunque no planeo… eso. Todavía no.

El «todavía no» estaba cargado de implicación.

—Pareces feliz —ofrecí, sin estar segura de cómo navegar este territorio desconocido.

Su rostro se ablandó en el espejo. —Lo soy. Es… atento. Me hace sentir vista.

Volvió a su reflejo, enfocada completamente en su transformación. —Me está llevando a ese sitio nuevo en Park Street esta noche. Al parecer, sirven vino en copas de cristal de verdad.

—Muy elegante. —Estudié mis uñas.

—¿Demasiado elegante? —Una inseguridad repentina nubló su expresión—. ¿Estoy demasiado arreglada?

—El vestido es perfecto —le aseguré—. Te ves hermosa.

Sonrió, el alivio inundando sus facciones. La tela azul complementaba sus ojos, la hacía verse más joven, menos desgastada por años de lucha financiera. Por una vez, Mum parecía alguien que tenía posibilidades más allá de la supervivencia.

—No te esperaré despierta —dije, mi intento de ligereza.

—Bien, porque podría llegar tarde. —Guiñó, transformándose momentáneamente en alguien desconocida – una mujer con deseos y secretos que nada tenían que ver conmigo.

Me retiré a mi dormitorio mientras Mum completaba sus preparativos. Nuestros papeles se habían invertido de alguna manera – yo sola una noche de fin de semana, ella nerviosa de anticipación. El orden natural de las cosas trastocado.

El timbre sonó a las siete. Permanecí en mi habitación, resistiendo el impulso de espiar por la ventana. Sus voces amortiguadas se filtraban escaleras arriba – la risa nerviosa de Mum, una respuesta masculina más profunda que no podía descifrar. La puerta principal se cerró. El motor de un coche ronroneó para arrancar, luego se desvaneció en la distancia.

El silencio inundó nuestro adosado, denso e inusual. Había pasado innumerables noches sola aquí mientras Mum trabajaba hasta tarde o asistía a entrevistas ficticias. Sin embargo, la soledad de esta noche se sentía diferente – elegida por ella en lugar de impuesta por las circunstancias.

Bajé las escaleras, extrañamente inquietada por su ausencia. La cocina olía a su perfume – algo nuevo y floral que nunca había notado antes. Su taza vacía descansaba en el fregadero, su borde marcado con pintalabios – evidencia de esta extraña transformación.

Mi teléfono se mantuvo en silencio. Sin mensajes de marcas anteriores. Sin nuevos objetivos que reclamaran mi atención. Solo vacío y la curiosa ausencia de un sábado por la noche sin lugar adonde ir.

Abrí el frigorífico, estudiando su contenido sin interés. Abundancia de comida – otro lujo de nuestras circunstancias mejoradas – pero nada me apetecía. Me decanté por vino en su lugar, vertiéndolo generosamente en un vaso desparejado.

Nuestro salón se sentía cavernoso sin la presencia de Mum. La televisión no ofrecía nada más que parejas encontrando el amor o familias resolviendo conflictos en incrementos de treinta minutos. La apagué, incómoda con estos reflejos de la vida normal.

De vuelta en mi dormitorio, abrí mi portátil, clavando la vista en mi hoja de cálculo de posibles víctimas. Los nombres se difuminaban juntos – Simon Griffiths, Dominic Weller – hombres ricos reducidos a cálculos financieros y evaluaciones de vulnerabilidad.

Esta noche, sus fortunas parecían irrelevantes en comparación con la felicidad inesperada de Mum. Su sonrisa había contenido alegría genuina, no el optimismo forzado que había mantenido durante años de pobreza. Sus ojos habían brillado con algo que había olvidado que existía – anticipación sin contaminar por la ansiedad.

Cerré la hoja de cálculo, de repente agotada por mis propias maquinaciones. Mi soledad profesional – el aislamiento esencial para las estafas exitosas – nunca me había molestado antes. Esta noche, se sentía hueca, careciendo de propósito más allá de la supervivencia.

Levanté el colgante de zafiro de mi cajón, observando el fuego azul danzando a través de sus facetas. Un trofeo de mi última actuación, ahora pareciendo extrañamente empañado en comparación con el simple placer de Mum en ser deseada.

Afuera, la oscuridad se asentó sobre la Heathfields Estate. En algún lugar en un restaurante caro de Park Street, Mum estaba sorbiéndose un vino y riendo, experimentando alegría que no tenía nada que ver con la seguridad financiera u obligación maternal.

Vertí más vino, inquieta por emociones que no podía nombrar. No eran celos, exactamente. No era resentimiento. Algo adyacente a ambos pero fundamentalmente diferente.

Quizá era simplemente el reconocimiento de que mis sacrificios – mis estafas, mis actuaciones, mis engaños – no habían proporcionado lo que este hombre misterioso le había dado en tres citas para cenar: felicidad genuina.

La ironía no se me pasaba por alto. Después de años de construir ficciones elaboradas para financiar nuestra supervivencia, Mum había encontrado autenticidad mientras yo permanecía atrapada en el engaño.

Terminé el vino, coloqué mi vaso vacío en la mesilla de noche y clavé la vista en el techo que había conocido desde la infancia. Por primera vez en años, me pregunté cómo podría sentirse ser honesta con alguien. Ser deseada por mí misma en lugar de los personajes que creaba.

Mañana volvería a mis hojas de cálculo, mis personas cuidadosamente construidas. Esta noche, me permitiría preguntarme qué había descubierto Mum que seguía siendo tan esquivo para mí, a pesar de todo mi talento para convertirme en lo que los hombres deseaban.

Tres semanas desde mi salida dramática de la vida prístina de Ryan Lark, y aún nada. Sin mensajes amenazantes. Sin llamadas a mitad de la noche. Este silencio no era perdón – hombres como Ryan no perdonaban. Esto era estrategia, algo peor que la ira.

Me senté con las piernas cruzadas en mi cama, portátil equilibrado en mis rodillas, cursor suspendido sobre la barra de búsqueda. Tres semanas de contención se disolvieron con cuatro pulsaciones de teclado:

R-Y-A-N

El autocompletado ofreció el resto – un fantasma digital de obsesiones anteriores.

Su sitio web de la empresa apareció primero – Lark Property Development. Tipografía de buen gusto, diseño discreto, nada ostentoso. Pornografía inmobiliaria disfrazada de servicios profesionales. El sitio no había cambiado desde mi fase de investigación original.

Su perfil de LinkedIn no mostraba actualizaciones. Seguía listándose como director general. Seguía usando ese retrato profesionalmente fotografiado donde su sonrisa se parecía a algo practicado en un espejo más que a una respuesta emocional real.

Nada inusual. Nada revelador. Nada para explicar su silencio de radio.

Hice clic en la página de proyectos recientes de su empresa. Un nuevo desarrollo en Bedminster. Permiso de planificación asegurado para pisos de lujo en St Paul's. Típica gentrificación disfrazada de renovación urbana.

Sin indicios sobre sus actividades actuales. Sin pistas sobre por qué había desaparecido de mi bandeja de entrada. La ausencia de acoso se sentía más inquietante de lo que su presencia había sido.

Cerré de golpe el portátil, mi mente acelerándose a través de posibilidades. ¿Simplemente había seguido adelante? ¿Encontrado otro objetivo? ¿O estaba tramando algo más elaborado que el acoso digital?

Abajo, Mum tarareaba junto a la radio. Rituales de domingo por la mañana – café, periódico, planificar la semana. Había estado tarareando mucho últimamente. Las citas le sentaban bien de

formas que me resultaban simultáneamente reconfortantes e inquietantes.

—Buenos días, cariño — llamó cuando aparecí en la puerta de la cocina —. ¿Has dormido bien?

Asentí, vertiendo café de la cafetera que ya había preparado. —Hoy estás muy alegre.

—Es una mañana preciosa —respondió, con una sonrisa secreta y satisfecha—. Y tengo una cita más tarde.

—La tercera esta semana —observé, intentando sonar comprensiva en lugar de abandonada.

—La cuarta, en realidad. —Dobló el periódico—. Pero ¿quién las cuenta?

Cada noche que pasaba fuera destacaba el vacío peculiar de nuestro hogar sin ella. La ironía no se me escapaba: después de años de ella esperando sola mientras yo realizaba «turnos de noche» en mi ficticio trabajo en la cafetería, nuestros papeles se habían invertido.

—Pensé que podríamos ir primero a ese vivero. —Me acercó un plato con tostadas—. Aún quieres ese arce japonés.

Sorbí mi café, estudiando su transformación. La mujer ante mí apenas se parecía a la criatura derrotada que una vez racionaba la electricidad y estiraba las alubias a lo largo de varias comidas. Su cabello brillaba por la reciente atención del salón. Su postura se había enderezado. Incluso su voz portaba una nueva confianza.

—¿Qué tal el trabajo? —pregunté, buscando normalidad en nuestra dinámica cambiante.

—Ajetreado. Aunque es un buen ajetreo. —Untó mantequilla en su tostada—. Me han dado tres propiedades nuevas para gestionar.

Podría significar un pequeño aumento el próximo mes.

—Eso es fantástico.

—Lo es, ¿verdad? —Levantó la vista, los ojos brillantes de posibilidades—. Las cosas por fin se están encajando, April. Para las dos.

La culpa que normalmente reprimía burbujeó incómodamente en mi estómago. La nueva vida de Mum —su trabajo, su confianza, su éxito en las citas— se levantaba sobre cimientos que había construido a través del engaño y la manipulación.

—Pareces distraída —observó Mum—. ¿Va todo bien?

—Solo estaba pensando en trabajos —dije, las palabras emergiendo sin premeditación—. De verdad, me refiero. No en la cafetería.

Sus cejas se levantaron. —Eso es nuevo.

Lo era. El concepto de empleo legítimo no había formado parte de mis planes desde la universidad. Los timos pagaban mejor y con horarios más flexibles.

—Pensé que podría buscar algo en una oficina. —Me sorprendió lo fácilmente que la ficción fluía—. Algo con ingresos regulares. Beneficios. Vacaciones pagadas.

La cara de Mum se iluminó con placer genuino. —¡Eso es maravilloso, April! Podría preguntar en Dawson's—

—No —la interrumpí, quizá demasiado bruscamente—. Quiero decir, gracias, pero preferiría encontrar algo por mi cuenta.

Su sonrisa tambaleó. —Por supuesto. Lo que prefieras.

Terminé mi café, la culpa recubriéndome la lengua más completamente que la cafeína. —Hoy revisaré algunos sitios de

empleo.

—Perfecto. ¿Entonces vivero esta tarde?

Asentí, ya preguntándome si había hablado en serio o simplemente había construido otra ficción conveniente.

Arriba, volví a abrir mi portátil. Sitios de trabajo. Formularios de solicitud. Plantillas de CV. La infraestructura digital del empleo legítimo: territorio desconocido después de años de engaño profesional.

Observé fijamente el formulario de CV en blanco. Educación: grado universitario incompleto. Experiencia laboral: timadora profesional especializada en manipulación emocional y extracción financiera. Habilidades: convertirse en lo que los hombres quieren y luego desaparecer con su dinero.

Quizá no el historial más empleable.

Mi teléfono vibró; una alerta de noticias: *Bristol Business Monthly* presentando alguna historia de éxito de una start-up tecnológica. Otra aplicación sobrevalorada resolviendo problemas que nadie tenía.

Entonces surgió un pensamiento: no un timo, no una trama, sino algo cercano a lo legítimo. Las empresas tecnológicas necesitaban ingenieros sociales. Testers de penetración. Personas que pudieran identificar vulnerabilidades en sistemas humanos en lugar de digitales.

Personas como yo.

Abrí una pestaña nueva, busqué firmas de ciberseguridad en la zona. Cinco resultados a las que podía ir y venir cada día. Dos con ofertas de empleo activas para «especialistas en ingeniería social».

La descripción parecía mi autobiografía no escrita: *Capacidad para adoptar diferentes personas… Comprender la psicología humana… Identificar y explotar vulnerabilidades basadas en la confianza*…

Todo lo que había estado haciendo durante años, solo que con permiso corporativo y algo menos de dinero.

Comencé a rellenar el formulario de solicitud, creando una versión sanitizada de mi experiencia. Educación universitaria: mayormente verdad. Consultoría de seguridad independiente: interpretación creativa de «seguridad». Referencias: nada que algunos teléfonos desechables y perfiles falsos de LinkedIn no pudieran resolver.

Abajo, Mum me llamó para hablar del almuerzo antes del vivero. Cerré la solicitud sin enviarla, insegura de si estaba considerando seriamente la legitimidad o simplemente construyendo otra ficción elaborada.

Un último timo —Simon Griffiths o Dominic Weller— podría financiar un nuevo comienzo completo. Nueva ciudad, nuevas identidades, ruptura limpia con esta ciudad y sus complicaciones.

Pero algo sobre ciberseguridad merodeaba por mis pensamientos: la posibilidad de usar mis talentos sin estar constantemente pendiente de la policía o de víctimas vengativas. El concepto novedoso de dormir sin mantener un ojo abierto.

Quizá, algún día. Después de una última actuación.

Metí el colgante de vuelta en su escondite, cerré los sitios de empleo, y bajé para ayudar a Mum a preparar el almuerzo. Los arces japoneses aguardaban, junto con una tarde fingiendo ser una hija en lugar de una mentirosa profesional.

Capítulo 8

April

La libertad sabía a tostadas de aguacate demasiado caras en una cafetería donde nadie conocía mi nombre. O mejor dicho, donde nadie sabía cuál de mis nombres usar. Saboreé cada bocado, observando la ciudad despertarse a través de las ventanas salpicadas de lluvia.

Los lunes por la mañana pertenecían a los empleados, a los resolutivos, a los legítimos. No a mujeres como yo que financiaban su existencia a través de ficciones elaboradas. Y sin embargo, ahí estaba yo, entre ellos, fingiendo ser turista en la tierra de los honestos.

—¿Otro café, señorita? —preguntó una barista con el pelo teñido de azul en las puntas y unos ojos llenos de optimismo.

Asentí, saboreando el anonimato. Nada de Ryan observando cada trago que daba. Nada de mamá diseccionando mis expresiones en busca de verdades ocultas. Solo April Weston —la verdadera, no los varios clones que había creado para el consumo público— disfrutando del desayuno sola.

La cafetería zumbaba de energía de lunes: portátiles abriéndose, teléfonos sonando, conversaciones sobre fines de semana pasados haciendo cosas dignas de mención. Escuchaba sin pudor, recogiendo fragmentos de vidas ordinarias como si fueran recuerdos.

—¡Seis mil pasos antes del desayuno!

—¿Que qué le dijo a su suegra?

—El plazo es imposible, pero ¿qué se puede hacer?

Sus problemas me parecían curiosos, digeribles. Nada de exs acosadores. Nada de equilibrios financieros. Nada de madres saliendo con hombres misteriosos que podrían tener segundas intenciones.

Consulté mi teléfono: las 10:15. Mi cita espontánea en Bristol Community Counselling no era hasta las once. Cuarenta y cinco minutos enteros para fingir que pertenecía a este mundo soleado de ciudadanos productivos.

La idea se había formado durante otra noche sin dormir: ¿y si hablaba con alguien? No la verdad —nunca la verdad— sino algo parecido. Un ensayo de honestidad, desinfectado para el consumo público.

Mi café llegó, interrumpiendo esta línea peligrosa de pensamiento. La espuma llevaba un remolino artístico —la firma de la barista, supongo. Una identidad mostrada con orgullo en lugar de ocultada. Qué novedad.

Fuera, Bristol continuaba su ajetreo de lunes. Conté cinco paraguas, tres niños saltando en charcos, y un corredor decidido batallando contra los elementos y el horario con igual intensidad.

A las 10:40, pagué la cuenta y salí hacia una llovizna que no se decidía a ser lluvia de verdad. El centro de asesoramiento ocupaba un edificio sin características especiales a seis manzanas de distancia —lo bastante cerca para ir andando, lo bastante lejos de Larch Crescent para minimizar el riesgo de encontrarme caras familiares.

La zona de recepción olía a ambientador barato intentando enmascarar muebles aún más baratos. Una mujer con ojos amables y una placa identificativa que decía «Elaine» levantó la vista de su ordenador.

—¿April Weston a las once? —ofrecí, probando cómo sonaba mi nombre real cuando iba adjunto a mi yo real.

—¿Es la primera vez que vienes con nosotros? —sonrió Elaine profesionalmente mientras deslizaba un portapapeles sobre el mostrador—. Solo rellena esto, cariño.

Los formularios hacían preguntas que ningún timador podría responder con honestidad: ¿dirección? ¿Ocupación? ¿Contacto de emergencia? Inventé mentiras razonables, sintiendo una culpa extraña por mentir en un lugar dedicado a decir la verdad.

—La Dra. Phillips te verá ahora. —Elaine gesticuló hacia una puerta con el revestimiento despellejado.

La Dra. Phillips no era lo que esperaba. Sin barba, sin gafas, sin libreta de notas. Solo una mujer alrededor de la edad de mamá con el pelo salpicado de gris y unos ojos que no se perdían nada.

—April, bienvenida. —Señaló una silla enfrente de la suya. Sin diván. Otra expectativa truncada—. ¿Qué te trae aquí hoy?

La pregunta era engañosamente simple. ¿Qué en verdad? ¿Que manipulaba hombres por dinero? ¿Que mi ex podría estar tramando algo siniestro? ¿Que la felicidad recién encontrada de mi madre me hacía cuestionarme toda mi existencia?

—Estoy teniendo problemas para dormir —dije en su lugar. Verdad, si bien incompleta.

Asintió, esperando más. El silencio se expandió, invitando a confidencias que no estaba preparada para compartir.

—Malos sueños —elaboré a regañadientes—. Y siento… que me observan.

—¿Que te observan? ¿Quién?

Miré por la ventana, medio esperando ver la cara de Ryan pegada al cristal. —Alguien que conocía.

—¿Una expareja?

—Algo así.

La doctora Phillips me observó sin emitir juicio. —¿Terminó mal esa relación?

Reí, un sonido lo bastante agudo para sorprendernos a ambas. —Se podría decir que sí.

—¿Te preocupa tu seguridad, April?

La pregunta golpeó incómodamente cerca de los miedos que había estado evitando. ¿Me preocupaba? El silencio de Ryan sugería cálculo más que aceptación. Los hombres como él no se rendían; se reagrupaban.

—No lo sé —admití—. Probablemente no.

—Pero no estás segura.

Examiné mis uñas, de repente fascinada por sus imperfecciones. —No me ha contactado en semanas.

—Eso suena positivo.

—No lo es. —Sostuve su mirada directamente—. Es poco característico de él.

La doctora Phillips se inclinó hacia adelante. —A veces en esta silla, escucho lo que la gente no dice mucho más claramente que lo que sí dice. ¿Qué no me estás contando, April?

La pregunta me sacudió. Para alguien que mentía de manera profesional, que me hubieran calado así resultaba extrañamente revelador.

—Nada relevante —logré decir.

Sonrió suavemente. —Todo lo que te trae aquí es relevante.

El reloj en su pared marcaba hacia una comprensión que no estaba lista para afrontar. Cuarenta y cinco minutos permanecían en esta sesión que había reservado de manera impulsiva. Cuarenta y cinco minutos evitando verdades demasiado peligrosas para expresar en voz alta.

Respiré hondo y comencé a construir una versión de April Weston a la que la doctora Phillips podría ayudar: lo bastante cercana a la verdad para importar, lo bastante alejada de la realidad para protegernos a ambas.

—Así que estás experimentando culpa —dijo la doctora Phillips, transformando de algún modo mis divagaciones y verdades a medias en un diagnóstico conciso—. Por esta relación que terminó.

Me moví en mi silla, el cuero falso chirriando en protesta. La culpa no era la emoción en la que esperaba que se enfocara. La ansiedad, la paranoia, el miedo: esos parecían más relevantes para mi situación con Ryan. ¿Pero culpa? Eso pertenecía a un compartimento completamente diferente.

—No lo llamaría exactamente culpa.

—¿Cómo lo llamarías?

Miré la acuarela completamente olvidable en su pared: algún paisaje vago pintado por alguien que nunca había visto realmente una montaña. —Asuntos pendientes.

—Hmm. —La doctora Phillips no tomó notas, aparentemente confiando más en su memoria que en la documentación—.

Mencionaste sentir "observada", pero también que esta persona no te ha contactado en semanas. Esto sugiere que tu incomodidad podría estar viniendo de dentro en lugar de desde afuera.

Casi río. Si ella supiera que Ryan Lark era el menor de mis problemas reales. El problema de verdad estaba encerrado en compartimentos mentales a los que necesitaría un soplete para acceder.

—Hay algo más —dije, sorprendiendo incluso a mí misma—. Algo sin relación con él.

La doctora Phillips esperó, su silencio un vacío que exigía ser rellenado.

—He hecho cosas por dinero que no fueron… estrictamente éticas.

Su expresión permaneció neutral. —¿Criminales?

—Depende de a quién le preguntes. —Intenté una sonrisa que se pareció más a una mueca—. Sin violencia. Sin drogas. Solo… manipulación.

—¿De quién?

—De hombres. Ricos. —Las palabras brotaron antes de que mi censor interno pudiera detenerlas—. Los convenzo de que soy alguien a quien quieren, necesitan, o pueden salvar. Luego los convenzo para que me ayuden económicamente.

Ahí está. Una confesión sin detalles: suficiente verdad para saber amargo en mi lengua, lo bastante vaga para protegerme de consecuencias reales.

La doctora Phillips asintió lentamente. —Y ahora te sientes culpable por esto.

—No lo suficientemente culpable —repliqué—. Ese es el problema. Sé que debería parar, pero luego pienso en mi madre y en nuestra casa y en cómo durante años ni siquiera pudimos permitirnos— Me detuve, recordando cómo una vez Mamá lloró por una bombilla quemada porque reemplazarla significaba saltarse una comida ese día.

—Tu familia ha tenido dificultades financieras.

—Las tuvo —corregí—. Las cosas van mejor ahora. Mamá tiene un trabajo. Incluso una pareja. —Arrugué la nariz—. Pero todo está construido sobre mis mentiras. Toda nuestra nueva vida.

La doctora Phillips se reclinó en su silla, estudiándome. —Sabes qué voy a sugerirte, ¿verdad?

¿Que soy una sociópata más allá de toda redención?

Ella resopló, un sonido inesperado en una mujer tan compuesta. —Difícilmente. Los sociópatas no sienten culpa, April.

—Entonces, ¿qué?

—Tienes que dejar de hacer lo que estás haciendo y conseguir un trabajo legítimo.

Parpadeé ante la simplicidad de aquello. —¿Ese es tu consejo profesional? ¿«Deja de hacerlo y consigue un trabajo»? Sin ánimo de ofender, pero podría haber sacado eso de una galleta de la fortuna.

—A veces la solución más obvia es la correcta. —Se cruzó de manos en el regazo—. Eres claramente inteligente, articulada, y según tu propia descripción, bastante hábil entendiendo qué quiere la gente. Son habilidades comercializables en contextos legítimos.

—¿Como cuáles?

—Ventas. Relaciones públicas. Recursos humanos. Asesoramiento psicológico, incluso, con la formación adecuada. —Inclinó la cabeza —. ¿Qué estudiaste antes de comenzar tus actividades actuales?

—Psicología. Dos años antes de abandonar.

Sus labios se crisparon. —Claro que sí.

Por alguna razón, esto me hizo reír, un sonido genuino que se sentía extraño en mi garganta. —Bastante obvio, ¿verdad?

—La vida a menudo lo es. —Sonrió—. La cuestión no es si puedes conseguir un trabajo legítimo, April. Es si estás dispuesta a cambiar las recompensas rápidas y sustanciales de tu trabajo actual por los beneficios más lentos y estables del empleo honrado.

Dicho así, sonaba absurdamente sencillo e imposiblemente difícil a la vez.

—Tu culpa no te está diciendo que pares porque lo que haces está mal, aunque ciertamente lo está —continuó—. Te está diciendo que pares porque te está costando algo más valioso que el dinero.

—¿Como qué?

—Como la capacidad de ser April Weston, en lugar de cualquier personaje que sirva a tu propósito actual. —Miró el reloj—. Nuestro tiempo casi ha terminado, pero me gustaría que consideraras algo: ¿cómo se sentiría tener éxito siendo tú misma en lugar de fingir ser otra persona?

La pregunta me acompañó fuera de su despacho hacia la llovizna persistente. ¿Cómo sería ser solo una persona? ¿Tener un escritorio, un horario, colegas que conocieran mi nombre real? ¿Ganar dinero que llegara en fechas predecibles en cantidades predecibles?

Aburrido, dijo una voz en mi cabeza.

Seguro, susurró otra.

Caminé hacia la parada del autobús, de repente agotada por las muchas versiones de April Weston compitiendo por el dominio en mi mente. Quizás la Dra. Phillips tenía razón. Quizás la estafa más radical que podría hacer sería volverme honesta.

El concepto era tan ajeno que casi me produce vértigo.

El viaje en autobús a casa se sintió como un descenso, cada parada llevándome más lejos de las soluciones limpias de la Dra. Phillips y más cerca de la red enmarañada que había construido. Su consejo circulaba por mi cerebro: deja de estafar, consigue un trabajo legítimo, conviértete en una persona real.

Sencillo.

Imposible.

Bristol pasaba en manchas grises. Una ciudad en la que había cazado durante años, sin realmente habitarla. Sin pertenecer. La idea de solicitar empleos, sentarme en entrevistas donde contaba verdades genuinas sobre mí misma, parecía más ficticia que cualquier personaje que hubiera creado.

Bajé dos paradas antes, necesitando aire que no oliera a abrigos húmedos ajenos y decepciones. El paseo a Larch Crescent me despejería, restauraría mi certeza. Para cuando llegara a la puerta de nuestra casa, recordaría por qué no podía simplemente parar.

Porque necesitábamos el dinero.

Porque no estaba cualificada para nada legítimo.

Porque en esto me había convertido.

La lluvia salpicaba mi cara mientras atravesaba charcos, imaginándome a mí misma en un cubículo de oficina. April Weston, asociada de marketing. April Weston, representante de Recursos Humanos. April Weston, mujer que no miente para vivir.

Ridículo.

Sin embargo, algo en ello tiraba de mí, una realidad alternativa donde llegaba a casa cansada del trabajo ordinario en lugar de agotada del desempeño constante. Donde mis éxitos me pertenecían a mí en lugar de a cualquier versión de April que hubiera desplegado ese día.

Nuestra casa apareció en la esquina, ventanas brillando con la luz de la tarde temprana. El coche de Mum estaba en el garaje al lado de un BMW familiar. Negro. Caro. Algo en él se enganchó en mi memoria, pero aparté el pensamiento. Me dije a mí misma que estaba siendo paranoica como siempre.

Empujé la verja de nuestra entrada, notando zapatos desconocidos en nuestro porche. Zapatos de hombre. Caros. El novio estaba aquí.

Las voces provenían de la cocina: la risa de mamá, luego una respuesta masculina. Profunda. Segura. Extrañamente familiar de un modo que hizo que se me erizara el vello de la nuca.

Me quedé congelada en el pasillo, con el cerebro negándose a procesar lo que mis oídos me estaban diciendo.

Esa voz.

Esa cadencia que sugería que su dueño estaba acostumbrado a tener siempre la razón.

No. Imposible.

Me acerqué lentamente hacia la cocina, los movimientos lentos y oníricos. La puerta estaba entreabierta, enmarcando una vista parcial. La espalda de mamá. Una mano masculina sosteniendo una copa de vino. Un reloj caro brillando bajo nuestras luces de cocina baratas.

Conocía ese reloj.

Empujé la puerta.

El tiempo se entrecortó, luego se detuvo completamente.

Allí, sentado en nuestra mesa de cocina —en nuestra nueva mesa de cocina que su dinero había comprado— estaba Ryan Lark. Tenía exactamente el mismo aspecto que cuando lo había visto por última vez hace casi dos meses: cabello oscuro, ese toque de gris en las sienes, unos ojos azules penetrantes, la complexión esbelta de alguien que usaba el ejercicio como castigo en lugar de disfrute.

Estaba riendo de algo que mamá había dicho, su sonrisa transformándose cuando me notó —el shock brillando en sus facciones antes de que el control se reafirmara.

—¡April! —Mamá se giró, su cara sonrojada por el vino y la felicidad —. Llegas en el momento perfecto. Ven a conocer a Ryan.

Mi visión se estrechó, los bordes negros avanzando. La cocina se inclinó hacia un lado, luego se enderezó con una brusquedad nauseabunda.

—Debes ser April. —Ryan se levantó y extendió su mano como si fuéramos desconocidos encontrándonos en una cena. Como si sus dedos no hubieran recorrido cada parte de mi cuerpo. Como si no hubiera susurrado obscenidades en mi oído mientras me metía dinero en la palma de la mano.

—¿Qué estás haciendo aquí? —La pregunta salió raspada de mi garganta, cruda y expuesta.

Las cejas de mamá se dispararon hacia arriba. —¡April! ¡Educación!

La expresión de Ryan se mantuvo agradablemente neutra, aunque algo peligroso brilló detrás de sus ojos. —Tu madre y yo llevamos saliendo unas pocas semanas. He estado esperando con ganas de conocerte.

La actuación era impecable. Digna de un Óscar. Completamente, horrorosamente convincente.

—¿Os conocéis? —preguntó mamá, la confusión cruzando sus facciones.

—Nunca nos hemos conocido —dijo Ryan suavemente, manteniendo aún su mano extendida—. Aunque siento como si te conociera por todas las historias de tu madre.

Mi mente corrió a través de posibilidades, cada una más grotesca que la última. ¿Coincidencia? Imposible. ¿Deliberado? Pero ¿cómo me había encontrado? ¿Me había seguido? ¿Había seguido a mamá basándose en información que había sido demasiado estúpida para guardarme?

Su mano se mantuvo suspendida entre nosotras, un desafío disfrazado de cortesía.

—¿April? —preguntó mamá, la vergüenza tiñendo su tono.

Tomé su mano. Sus dedos se cerraron alrededor de los míos —no con fuerza, pero con la presión suficiente para decirlo todo. Una advertencia. Una amenaza. Una promesa.

—Encantada de conocerte —logré decir, la mentira sabía a monedas de cobre en mi lengua.

—Ryan trabaja en desarrollo inmobiliario —dijo mamá, ajena a la guerra silenciosa que se estaba librando al otro lado de su mesa de cocina—. Tiene esa casa preciosa en Clifton de la que te hablé.

Sí, esa casa preciosa donde una vez me había agarrado la muñeca hasta que sentí los huesos desplazarse. Esa casa preciosa donde me había ofrecido cinco mil libras al mes por el privilegio de controlar mi existencia.

—Qué fascinante —dije, mi voz distante en mis propios oídos.

—Meg, cariño, deberíamos irnos si queremos llegar a tiempo a la reserva. —Ryan consultó su reloj —el mismo reloj que había llevado mientras me instruía a quitarme la ropa interior antes de cenar.

Mamá asintió, recogiendo su bolso. —¿Estarás bien sola esta noche, April?

Una pregunta tan absurda que casi me rio. ¿Bien? Nada volvería a estar bien jamás.

—Sobreviviré. —Forzé mi cara en algo parecido a una sonrisa.

Ryan ayudó a mamá con su abrigo, sus movimientos atentos, considerados —un caballero perfecto—. —Quizá los tres podríamos cenar pronto —sugirió—. Me encantaría conocerte mejor, April.

El doble sentido se quedó suspendido en el aire entre nosotras, invisible para mamá pero gritando en mis oídos.

—Tengo ganas —mentí.

En la puerta, Ryan se giró mientras mamá avanzaba hacia su coche. Su expresión agradable desapareció, reemplazada por algo triunfante y terrible.

—Siempre encuentro lo que me pertenece, April —murmuró, su voz demasiado baja para que mamá oyera—. Siempre.

Luego se había ido, escoltando a mi madre a su coche caro, abriéndole la puerta.

Los vi alejarse en coche, las náuseas subiendo por mi garganta. El depredador del que había escapado me había encontrado. Había encontrado a mamá. Se había insertado en nuestras vidas con exactitud.

Esto no era coincidencia. Esto era venganza.

Esto era guerra.

Capítulo 9

April

La frontera entre víctima y depredador se disolvió cuando Ryan Lark comenzó a ocupar la silla de nuestra cocina tres noches a la semana. Aparecía a las siete, portando vino caro y esa sonrisa —la que no le llegaba a los ojos—. Mamá revoloteaba a su alrededor como si fuera el mismísimo oxígeno.

—Solo paso a ver a mis dos chicas favoritas —anunciaba, como si la repetición pudiera normalizar la pesadilla—.

Había desarrollado nuevos talentos desde la gran infiltración de Ryan: la capacidad de mantener contacto visual sin vomitar, la facultad de tragar comida mientras me observaba masticar, la destreza de excusarme sin parecer que huía.

La de esta noche era su quinta cena en nuestra mesa. Trajo filetes —auténticos que sangraban al cortarlos— y una botella de vino que probablemente costaba más que nuestra factura de electricidad.

—¿Al punto para ti, April? —Deslizó la carne en mi plato con una familiaridad inquietante—. Recuerdo que te gusta así.

El subtexto se arremolinaba entre nosotros, humo de cigarro: *Lo recuerdo todo de ti.*

—Perfecto —mentí, clavando el tenedor en la carne—.

Mamá sonrió a través de la mesa, ajena a la guerra que se libraba en código. —¿No es encantador? Mis dos personas favoritas llevándose bien.

Ryan colocó su mano sobre la suya, su pulgar trazando círculos en su piel —el mismo movimiento que había realizado una vez en mi

clavícula—. —Nada me hace más feliz que verte feliz, Meg.

El filete se convirtió en ceniza en mi boca.

—Así que, April —continuó, sus ojos azules fijos en los míos—, tu madre me dice que estás considerando un cambio de carrera. ¿Dejar la vida de cafetería atrás?

Otra pregunta cargada de doble sentido: *Conozco cada mentira que le has contado.*

—Solo estoy explorando opciones —respondí, mi voz firme pese al grito que se acumulaba en mi garganta—.

—Podría tener algo apropiado en mi empresa. —Su tono sugería caridad mientras sus ojos prometían represalia—. Trabajo administrativo para empezar. Hay margen para ascender, por supuesto.

Mamá aplaudió como una niña emocionada. —Qué considerado, Ryan.

—No, gracias —dije demasiado rápido—. He solicitado empleo en otro lugar.

—Lástima. —Sorbió el vino—. La oferta sigue en pie.

Después de la cena, Ryan insistió en recoger los platos —una actuación de amabilidad doméstica que hizo que Mamá se deshiciera en elogios y a mí se me erizara la piel—. Me retiré a mi habitación, la puerta bien cerrada, escuchando cómo susurraban abajo. La cadencia de su voz subía y bajaba, hipnótica, seductora. Las risas de Mamá salpicaban sus monólogos como notación musical.

Mi teléfono vibró con un mensaje de texto:

Voy a subir a usar el baño. Deja la puerta sin cerrar. Necesitamos hablar.

Mis dedos se cernieron sobre el cerrojo; tenía la tentación de atrincherarme contra cualquier juego que estuviera jugando. Pero rechazarlo solo pospondría lo inevitable.

Tres minutos después, mi puerta se abrió sin que llamara. Ryan se deslizó dentro, cerrándola silenciosamente detrás de él.

—Acogedor —observó y examinó mi habitación—. Diferente a como me lo imaginaba.

—No deberías estar aquí.

—Pero aquí estoy. —Pasó su dedo por mi estantería, examinando títulos—. Tu madre cree que estoy en el baño. Tenemos aproximadamente dos minutos antes de que se pregunte dónde he ido.

Me puse de pie, negándome a permanecer sentada mientras él se cernía sobre mí. —¿Qué quieres?

—¿Querer? —Su sonrisa cortó a través del pretexto—. Tenía lo que quería. Luego tú lo robaste —junto con mi propiedad—.

El colgante de zafiro. Por supuesto.

—No sé de qué hablas.

—Mentir se te da con tanta naturalidad. —Se acercó más, invadiendo mi espacio con colonia y amenaza—. Pero no he venido por el collar. No esta noche.

—¿Entonces por qué?

—Para establecer los parámetros. —Su voz se suavizó hasta un registro que mamá no podría oír desde abajo—. Tú seguirás siendo

April, la hija devota. Yo seguiré siendo Ryan, el novio atento. Ninguno de los dos mencionará nuestro anterior… acuerdo.

—¿Y si le digo la verdad?

Su risa careció de humor. —No lo harás. Porque la verdad te implica a ti mucho más que a mí. ¿Qué la devastaría más: enterarse de que su novio contrató compañía en el pasado, o descubrir que su hija la vende?

La pregunta me atravesó las defensas.

—Tu madre es feliz, April. Verdaderamente feliz por primera vez en años. ¿La destruirías?

Antes de que pudiera responder, consultó su reloj. —Se acabó el tiempo. Recuerda nuestro acuerdo.

Se marchó tan silenciosamente como había llegado, la puerta cerrándose con un clic que resonó como un disparo. Incluso tiró de la cadena del váter para darle autenticidad.

Abajo, lo oí reunirse con mamá, su voz transformándose sin fisuras en la cadencia encantadora que reservaba para ella. —Perdona, cariño. Ha sido una llamada de trabajo que no podía ignorar.

Otra mentira de un hombre que las coleccionaba como si fueran trofeos.

Esa noche, permanecí despierta catalogando las invasiones de Ryan: de nuestro hogar, de la vida de mamá, de mi santuario. Su ocupación gradual se extendía más allá del espacio físico; había colonizado nuestras conversaciones, nuestras comidas, nuestros planes de futuro. Como un moho tóxico, se propagaba a través de nuestra existencia, imposible de erradicar sin destruir los cimientos.

Lo que más me asustaba no era la presencia de Ryan, sino su paciencia. Este elaborado esquema de venganza requería planificación, contención, la disposición a jugar a largo plazo. No solo me estaba castigando; lo estaba saboreando, estirando mi incomodidad hasta convertirla en un arte.

Y yo, mentirosa profesional y manipuladora, me encontraba superada en mi propio juego.

La comida del domingo – la última invasión ritual de Ryan. Había traído un asado, ya perfectamente cocinado en su cocina de Clifton, empaquetado en recipientes de aluminio, ofrendas de un reino superior. Permanecía cerca de la encimera, disponiendo chirivías en una fuente mientras mamá revoloteaba a su alrededor, aceptando sus regalos culinarios con gratitud sonrojada.

—¿Necesitas ayuda, April? —Ryan apareció a mi lado, su voz goteando falsa solicitud.

—Me las arreglo —murmuré, mi cuchillo reorganizando verduras.

—Siempre lo haces. —Bajó la voz—. Qué ingeniosidad.

Mamá miró hacia aquí, su sonrisa vacilando ligeramente ante nuestra conferencia conspirada. —¿Todo bien?

—Perfecto. —Ryan se retiró a su posición como sirviente de vino y director de conversación—. Solo ofrecía ayuda.

Me concentré en mi tarea, disponiendo las chirivías en filas simétricas, imaginando que cada una era un fragmento de la fachada de Ryan que podría desmantelar. Seis semanas de esta farsa me habían transformado en alguien nuevo; no April la estafadora ni

April la hija devota, sino April la rehén, atrapada en un juego elaborado con reglas que cambiaban a diario.

Ryan trinchó el asado, distribuyendo carne en los platos con el aire benevolente de un señor feudal. —Dime, Meg, ¿April sigue teniendo esa pasión por los pódcasts de crímenes reales?

Mi cuchillo tintineó contra la fuente de servir.

Mamá asintió, ajena a la trampa que se estaba tendiendo. —Oh, sí, siempre la ha tenido. Me preocupaba, honestamente; todas esas historias sobre asesinos y cosas así.

—Tema fascinante —continuó Ryan, sus ojos azules buscando los míos a través de la cocina—. Me encuentro particularmente intrigado por los timadores. Los que manipulan a otros por ganancia económica.

Una chirivía se desprendió de la fuente, aterrizando en la encimera con un ruido sordo.

—Lo siento —murmuré y la recogí con dedos tembladores.

—Sin problema —dijo Ryan, su voz endulzada con insinuación—. Algunos desastres se limpian bastante fácilmente. Otros, bueno, las manchas persisten, ¿verdad?

Me incorporé, sosteniéndole la mirada con lo que esperaba que pareciera desafío y no pánico.

—Hablando de temas fascinantes —intervino mamá—, April mencionó que ha solicitado algunos trabajos de oficina de verdad. ¿No es maravilloso?

Las cejas de Ryan se alzaron un milímetro. —¿De verdad? ¿Qué tipo de puestos, April?

—Administrativos —respondí vagamente y coloqué la chirivía final con cuidado exagerado—. Nada especial.

—No te subestimes. —Cortó un trozo de carne—. Alguien con tus talentos podría llegar muy lejos. Tienes bastante don para… hacer que la gente crea lo que quieres que crea.

Mamá se rió, interpretándolo completamente mal. —Tiene don con la gente. Siempre lo ha tenido.

—Lo he notado —acordó Ryan, con los labios esbozando esa no-sonrisa que nunca llegaba a sus ojos—. De hecho, pensaba en April justo ayer cuando revisaba algunas irregularidades financieras en mi empresa. Alguien sacando dinero mediante el engaño, un trabajo realmente profesional.

La fuente de servir se me resbaló de las manos, casi rompiéndose contra el borde de la encimera.

—Cuidado. —Mamá corrió a sostenerla—. ¿Estás bien?

Me aparté bruscamente, concentrándome intensamente en ajustar la posición de la fuente. —Está bien.

—Deberías ser más atenta —observó Ryan. Se cortó otro trozo de carne—. Los errores pequeños pueden llevar a consecuencias graves.

El subtexto retumbó por nuestra cocina: *Podría arruinarte con una sola frase.*

—Quizá April podría contarnos sobre sus experiencias en entrevistas —continuó, transitando sin problemas hacia territorio más seguro—. ¿Cómo se llamaba esa empresa? ¿La de la semana pasada?

No había habido entrevistas. Ryan lo sabía. Yo lo sabía. La pregunta se balanceaba entre nosotros, una soga.

—Gibson & Howe —improvisé, tomando asiento en la mesa—. Agencia de marketing.

—Impresionante. —Asintió—. Tienen bastante reputación por descubrir… digamos, talento creativo.

Mamá sonrió radiante de orgullo, completamente ajena al veneno que escondían sus palabras. —El asado está perfecto, Ryan. Tienes que contarme tu secreto.

—El tiempo —respondió, sin apartar los ojos de los míos—. Todo se reduce al tiempo. Saber cuándo aplicar calor y cuándo dejar que las cosas… se cuezan a fuego lento.

La comida continuó, insoportable en su normalidad forzada. Mamá insistió en segundas raciones. Tragué comida que bien podría haber sido serrín, contando los minutos hasta que la escapada fuera posible.

Mientras Mamá recogía los platos, Ryan se inclinó sobre la mesa, su voz dirigida solo a mis oídos.

—¿Sabes qué es lo que más me fascina de los estafadores, April? Su ilusión de que son más listos que todos los demás. Que nadie atará cabos jamás. —Se limpió la boca con la servilleta—. Tu madre estaría devastada al saber cómo has financiado tu cómoda existencia estos últimos años.

—No lo harías —susurré, aunque ambos sabíamos que no era verdad.

Su sonrisa se ensanchó, casi genuina en su crueldad. —No hoy. Pero es bueno recordar que podría. En el momento que yo elija.

Mamá regresó, llevando el postre: crumble de manzana con natillas, el favorito declarado de Ryan. —¿De qué estáis susurrando?

—Solo le estaba dando a April algunos consejos profesionales —respondió Ryan, transformándose al instante en un novio atento—. La importancia de la honestidad en las relaciones profesionales.

La ironía de su afirmación flotaba en el aire, visible solo para mí.

—Qué detalle. —Mamá le sirvió la porción más grande.

Me aparté de la mesa. —Disculpad. Dolor de cabeza.

Arriba, cerré la puerta de mi habitación y apoyé la frente contra la ventana fresca. En el jardín de abajo, las plantas de lavanda de mi madre se mecían con la brisa, frágiles e ignorantes de la tormenta que se avecinaba sobre ellas.

El BMW de Ryan ronroneaba en nuestro camino de entrada, una mascota cara. La tercera vez esta semana que se quedaba a dormir, su presencia expandiéndose por nuestra casa, un gas tóxico. Mamá había salido para el trabajo hace una hora, dejándonos en un silencio tan frágil que amenazaba con quebrarse.

Lo encontré en nuestra cocina, bebiendo café de una taza que le había comprado a Mamá la Navidad pasada. Mi piel se encogió al ver sus labios tocando algo que nos pertenecía.

—Buenos días, April —dijo, sin levantar la vista de su periódico, un periódico físico de verdad, porque Ryan Lark era el tipo de hombre que disfrutaba del crujir de las páginas bajo sus dedos—. ¿Has dormido bien?

—Necesitamos hablar. —Me planté frente a él, con las manos planas sobre la mesa.

—¿De verdad? —Dobló el periódico con una lentitud exasperante—. Pensé que nuestro acuerdo estaba claro.

—¿Qué quieres? —La pregunta salió disparada, cruda y sin filtros—. De verdad. Porque esto —gesticé alrededor de nuestra cocina—, esta fantasía de venganza bizarra que estás representando no puede posiblemente estar siendo satisfactoria.

Ryan sorbió su café, observándome sobre el borde de la taza con esos ojos azul ártico. —¿Qué te hace pensar que quiero algo?

—Nadie va a estos extremos sin tener un propósito final.

Su risa sonó suave y genuina, lo que me desasosegó más que su habitual alegría artificial. —Estás pensando como una estafadora, April. Siempre buscando el ángulo, la ganancia. —Dejó su taza en la mesa. —Quizá simplemente disfruto de la compañía de tu madre.

—Mentira.

—Qué lenguaje. —Chasqueó la lengua. —¿Sabe Meg que su hija habla así?

—¿Sabe Mum que su novio una vez me pagó por sexo?

Las palabras se quedaron flotando entre nosotros, nucleares en su potencial destructivo. La expresión de Ryan parpadeó – sorpresa, después algo que rozaba el respeto.

—Por fin —murmuró—. Estaba preguntándome cuándo dejarías de acobardarte y te defenderías.

Crucé los brazos, negándome a darle la satisfacción de verme temblar. —Responde la pregunta. ¿Qué quieres?

Ryan se recostó, estudiándome. —¿Inicialmente? Venganza, claro. Me robaste, April. No solo dinero, sino dignidad. —Sus dedos

tamborilearon un ritmo en la mesa. —Pero he descubierto algo inesperado en este pequeño juego nuestro.

—¿Y qué es?

—Me encanta verte retorciéndote. —Su voz siguió siendo conversacional, como si hablara del clima. —Ver a la gran estafadora atrapada en sus propias mentiras. Es… satisfactorio.

—Cogí el collar —admití, esperando que la capitulación lo apaciguara. —El colgante de zafiro. Todavía lo tengo. Puedes recuperarlo.

Algo cambió en su expresión – un endurecimiento alrededor de los ojos, una tensión sutil en su mandíbula. —El colgante perteneció a mi esposa.

—Lo sé. Una reliquia familiar, ¿verdad?

—Sí. —Su mirada se desvió más allá de mí, enfocándose en algo invisible. —Aunque no de mi familia. De Eliza. Pasado de madre a hija durante generaciones.

Por primera vez, vislumbré algo crudo en Ryan – no una emoción fabricada diseñada para manipular, sino un sentimiento genuino. Desapareció casi instantáneamente, reemplazado por su usual compostura fría.

—Quiero que lo devuelvas —dijo simplemente.

—¿Y luego te irás? ¿Dejarás de hacer esto con mi madre?

Su sonrisa regresó, afilada como un corte de papel. —Oh, April. Todavía no lo entiendes, ¿verdad? Esto no es una negociación. Devolverás lo que es mío porque es mío, no porque te compre tu libertad.

Me incliné hacia adelante, igualando su intensidad. —¿Entonces qué lo haría?

La pregunta pareció divertirlo. —¿Libertad? No hay precio para eso. Estoy disfrutando bastante nuestro actual arreglo.

—¿Y si le cuento todo a Mum?

—No lo harás. —Su certeza era absoluta. —Porque sabes exactamente lo que le haría. No solo enterarse de que su novio contrató una escort, sino descubrir que su querida hija fue esa escort. Que cada libra que mantuvo tus luces encendidas, llenó tus despensas, pagó sus medicinas – todo vino de venderte a hombres como yo.

Mis uñas se hundieron en medias lunas en mis palmas. —¿Entonces qué? ¿Simplemente sigues saliendo con mi madre indefinidamente para torturarme?

—No indefinidamente, no. —Ryan cogió su café, le dio un sorbo. —Nada dura para siempre, April. Ni siquiera la venganza.

La implicación se quedó entre nosotros, más fea que cualquier amenaza explícita: esto terminaría cuando él decidiera que terminara, cuando hubiera extraído suficiente satisfacción de mi sufrimiento.

—Podría simplemente marcharme. —Incluso mientras hablaba, sabía que era una amenaza vacía. —Desaparecer. Nueva ciudad, nuevo nombre.

—¿Y abandonar a tu madre conmigo? —Sus cejas se alzaron. —Qué muy altruista.

Antes de poder responder, la puerta principal se abrió – la voz de Mum llamando desde el recibidor.

—¿Hola? Olvidé mi teléfono.

La cara de Ryan se transformó instantáneamente, la calidez inundó sus facciones como si se encendieran los focos de un escenario. —¡En la cocina, cariño!

Mum apareció en la puerta, apresurada y sonriendo. —Ah, bien, estáis los dos aquí. Estaba preocupada de haberme perdido algo.

—En absoluto —respondió Ryan, su voz azucarada. —April y yo solo estábamos conociéndonos mejor.

La mirada de Mum rebotó entre nosotros, detectando algo incorrecto pero claramente incapaz de identificarlo. —¿Va todo bien?

—Absolutamente —mentí y forzé mi cara en una forma apropiada de hija. —Solo estábamos hablando sobre perspectivas de trabajo.

—Qué encantador. —Cogió su teléfono del encimera. Miró el reloj. —Tengo que irme – reunión a las nueve.

Ryan se levantó, besándole la mejilla. —Que tengas un día maravilloso, Meg.

Después de que se hubiera ido, se giró hacia mí, la calidez evaporándose de sus facciones como rocío matutino. —Tráeme el colgante antes del viernes. Entonces discutiremos los siguientes pasos.

Cogió su periódico y su chaqueta, dirigiéndose hacia la puerta, haciendo gala de una confianza exenta de toda prisa. El mensaje no podría haber sido más claro: él dictaba los términos, el cronograma, las consecuencias.

Se esperaba simplemente que obedeciera.

Capítulo 10

April

El destierro del dormitorio se convirtió en mi nueva normalidad. Cuatro paredes que en otro tiempo representaban el confinamiento de la infancia ahora ofrecían santuario frente a la ocupación de Ryan de nuestro hogar. Tres días después de nuestro enfrentamiento en la cocina, había perfeccionado el arte de la ausencia estratégica: sincronizaba las visitas al baño con sus sesiones televisivas, recuperaba comida durante sus breves separaciones, existía en los espacios negativos de su relación.

Esa noche, sus risas se filtraban escaleras arriba como humo colándose bajo mi puerta. Un programa de comedia en la televisión, punteado por las carcajadas genuinas de Mum y los chascarrillos performativos de Ryan. El sonido de su alegría — su auténtica, incontestable felicidad — formaba nudos en mi estómago que ninguna cantidad de respiración podía deshacer.

Me senté en el suelo en posición de loto sobre mi cama, el colgante de zafiro equilibrado en mi rodilla, fuego azul atrapando la luz de la lámpara. Mañana era viernes — la fecha límite de Ryan para que devolviera el collar. La opción racional era simple: darle el collar de su difunta esposa, retirar un arma de su arsenal.

Sin embargo, algo en mí se rebelaba contra la simplicidad de la rendición.

Mi teléfono vibró con un mensaje de Mum:

Me voy a la cama pronto. ¿Todo bien? No te he visto en toda la noche x

Escribí:

Bien. Ocupada con solicitudes de empleo.

Otra mentira que añadir a nuestra colección. Los sitios web de búsqueda de empleo permanecían abiertos en mi portátil, perfiles a medio completar, solicitudes sin enviar. La ficción de April buscando trabajo se había convertido en nuestra más reciente ilusión compartida.

Pasos en las escaleras — demasiado pesados para ser Mum. Metí el colgante bajo la almohada segundos antes de un suave golpe en mi puerta.

—¿April? —la voz de Ryan, entonada baja e íntima—. ¿Un momento?

Consideré fingir que estaba dormida, pero tales evasiones infantiles solo pospondrían lo inevitable. —¿Qué?

La puerta se abrió sin invitación. Ryan estaba enmarcado en la luz del pasillo, su silueta alargada extendiéndose por mi alfombra. Me recordó a una mancha de tinta propagándose.

—Tu madre está preocupada por ti. —Se mantuvo en el umbral — un gesto de respeto hacia límites que ya había violado de toda forma concebible—. Dice que has estado «escondiéndote» aquí arriba.

—Ocupada. —Hice un gesto vago hacia mi portátil—. Buscando empleo.

—Por supuesto. —su sonrisa sugería que sabía exactamente cuántas solicitudes había enviado: cero—. ¿Has tenido suerte?

—Aún no.

—Lástima. —Se apoyó contra el marco de la puerta y me estudió con esa mirada inquietantemente analítica—. Mañana es viernes.

El colgante parecía latir bajo mi almohada, un pequeño latido de cristal azul. —Sé qué día es.

—¿También sabes lo que espero?

Lo miré directamente a los ojos. —No lo tengo ya.

La mentira emergió completamente formada, sorprendiéndome incluso a mí misma. Un movimiento temerario, insensato — sin embargo, de alguna manera necesario, como saltar desde un edificio en llamas.

La expresión de Ryan no cambió, pero algo en el aire entre nosotros se desplazó — una caída barométrica antes de una tormenta. — Explica.

—Lo vendí. —Improvisé, la ficción construyéndose a sí misma mientras hablaba—. Hace semanas, antes de que aparecieras en nuestra cocina fingiendo ser el novio de Mum. Antes de que supiera quién eras para ella.

—No te creo.

—Comprueba las tiendas de empeño en Bedminster. Pregunta por Danny — me dio ochocientos por él.

Ryan permaneció inmóvil, su respiración tan controlada que parecía robótica. —Si eso es verdad, lo comprarás de vuelta.

—No puedo. El dinero se ha ido.

—¿Dónde?

Hice un gesto alrededor de nuestro modesto hogar. —¿Dónde crees? Facturas. Comida. Existir.

Su mandíbula se apretó — la primera grieta en su compostura. — Entonces me reembolsarás su valor.

—No es posible.

—Conseguiste extraerme miles de euros durante meses. Seguramente, puedes encontrar la manera.

Negué con la cabeza, comprometiéndome completamente con esta nueva narrativa peligrosa. —Esos días se acabaron. Estoy harta de todo eso.

Ryan me estudió, buscando la mentira. Sostuve su mirada, canalizando cada onza de convicción de estafadora que poseía. Finalmente, se incorporó del marco de la puerta.

—Tu madre merece mejor que una ladrona como hija.

—Y merece mejor que un manipulador como novio. —respondí—. Sin embargo, aquí estamos.

Su risa fue suave y genuina. —Verdaderamente no comprendes tu posición, ¿verdad? Podría destruir todo lo que has construido con ella en treinta segundos.

—Pero no lo harás —dije, sorprendiéndome con mi certeza—. Porque ella es tu arma más efectiva contra mí.

Las cejas de Ryan se elevaron levemente. —¿Y eso qué se supone que significa?

—No la quieres a ella; quieres controlar lo que me importa —la verdad encajó en su lugar—. Ella es solo daño colateral en cualquier fantasía de venganza que estés orquestando.

Algo parpadeó en sus facciones —satisfacción, quizá, por ser comprendido tan claramente—. —Perceptiva. Por fin.

—Sé lo suficiente —cerré mi portátil, deliberadamente tranquila—. Lo que significa que estamos en un punto muerto. No puedes decirle

nada sobre mí sin perder tu ventaja.

Durante un momento, la rabia genuina transformó su rostro en algo feral y desguarnecido. Entonces su máscara se recompuso, suave e impenetrable.

—Disfruta tu victoria mientras dure, April —su voz se suavizó a un susurro casi imperceptible—. Porque este juego no ha terminado. Ni mucho menos.

Cerró mi puerta con una gentileza exagerada.

De nuevo sola, recuperé el colgante de debajo de mi almohada, su zafiro brillando, un ojo malévolo. La pequeña rebelión de conservarlo se sentía hueca ahora, ensombrecida por la realización de que el interés de Ryan en Mum podría ser genuino —lo que de alguna manera parecía más amenazante que la pura venganza.

Se tiró de la cadena.

Abajo, los oí moviéndose a través de rituales nocturnos: agua corriendo, puertas cerrándose, conversaciones murmuradas. Los sonidos de intimidad doméstica que una vez descarté como la actuación elaborada de Ryan.

Mum rió por algo que él dijo —ese sonido distintivo que había conocido toda mi vida, el que aparecía solo cuando su felicidad era auténtica. El sonido que una vez había creado timos específicamente para provocar.

Apreté el colgante más fuerte, sus bordes cortándose en mi palma. Ryan no solo estaba usando a mi madre; estaba convirtiendo su felicidad en un arma contra mí. Incluso su pretensión de afecto era una actuación diseñada específicamente para atormentarme con el conocimiento de que era responsable de traer a este depredador a nuestras vidas.

Esta realización picaba más que cualquier amenaza que pudiera idear: estaba perdiendo a Mum no porque Ryan se preocupara por ella, sino porque la había hecho vulnerable a un manipulador mucho más despiadado que yo jamás podría serlo.

La luz solar de la mañana del sábado atravesaba la ventana de nuestra cocina, iluminando partículas de polvo que danzaban como pequeñas galaxias. Mum estaba junto a la encimera, tarareando desafinadamente alguna canción olvidada de los ochenta mientras preparaba té. Sin señal de Ryan —un raro momento de su ausencia que se sentía como si el oxígeno hubiera regresado a una habitación sofocante.

—Buenos días —Rondé en la puerta.

Mum se giró, la sorpresa iluminando su rostro. —¡April! Te has levantado pronto.

—Pensé que quizá podríamos hablar —me adentré en la cocina y reclamé la silla más alejada del lugar habitual de Ryan—. Solo nosotras.

—Por supuesto —colocó dos tazas sobre la mesa, sus movimientos ligeros e inusitados —una mujer rejuvenecida por lo que creía que era amor—. ¿Va todo bien?

Estudié su rostro —las líneas de la risa suavizadas, las arrugas de preocupación desvanecidas. Ryan le había regalado una crema cara junto con su tóxica atención. —Pensé que quizá fuéramos de compras hoy. Como antes.

—¿De compras? —Las cejas de Mum se elevaron—. Eso es nuevo. Siempre has odiado las tiendas.

—No siempre —contrarresté, aunque no se equivocaba—. ¿Recuerdas cuando pasamos tres horas buscándote un vestido para aquella entrevista de trabajo en Harrington's?

Su rostro se suavizó con nostalgia. —Aquel traje azul marino con esos hombreras ridículos. Dios, eso fue hace años.

—Conseguiste el trabajo —le recordé—. Esas hombreras obviamente eran intimidantes.

Rió, un sonido que había escuchado demasiado infrecuentemente estos últimos meses. —¿Qué te ha motivado esto?

—Te echo de menos —admití, la verdad escapándose sin planearlo —. Siento que ya casi no hablamos.

La culpa parpadeó en sus facciones. —Supongo que he estado bastante distraída últimamente.

—Por Ryan —no era una pregunta.

—Me hace feliz, April —removió su té—. Después de tantos años de simplemente... sobrevivir.

La ironía de su declaración se posó entre nosotras, una invitada no deseada. Su felicidad recién encontrada, construida sobre el cimiento de mis engaños, ahora mantenida por la fantasía de venganza elaborada de Ryan.

—Lo sé —dije suavemente—. Pero quizá hoy podríamos ser solo nosotras dos. ¿Comida en el centro, un poco de compras?

La sonrisa de Mum apareció, genuina y cálida. —Me encantaría. Solo déjame que—

La puerta delantera se abrió, cortándola a mitad de frase.

La voz de Ryan llamó desde el pasillo. —¿Meg? ¿Estás despierta, cariño?

Mi oportunidad se derrumbó como un suflé en un horno de puerta cerrada.

—En la cocina —respondió Mum, su voz elevándose con esa inflexión reservada solo para él.

Ryan apareció en la puerta, dos tazas de café de aquella cafetería cara en Clifton equilibradas en una mano, un periódico metido bajo el brazo. La imagen de la consideración doméstica.

—Buenos días —dijo, su mirada posándose sobre mí con un reconocimiento depredador—. April. Qué sorpresa agradable. Normalmente estarías hibernando a estas horas.

—Ocasión especial —mantuve el contacto visual—. Mum y yo vamos de compras hoy.

Su sonrisa no flaqueó, pero algo detrás de sus ojos se desplazó —él ajustándose, tramando—. —¿De compras? Qué encantador. ¿Cuál es la ocasión?

—¿Acaso tiene que haberlo? —pregunté desafiante.

—Por supuesto que no. —Dejó un café ante mi madre y le besó la mejilla—. Aunque tenía bastantes esperanzas en que pudiéramos visitar ese vivero en Keynsham hoy, Meg. El que tiene los arces japoneses que llevas queriendo.

La expresión de mamá parpadeó, desgarrada entre compromisos. —Oh, se me había olvidado.

—Tienen un especialista visitando solo hoy —continuó Ryan, su voz una lección magistral de decepción razonable—. Pero si has hecho planes con April…

La manipulación era de manual: crear escasez artificial, aplicar presión sutil, parecer magnánimo mientras se ingeniaba el resultado deseado.

—Podríamos hacer las dos cosas. —Mamá miró entre nosotras con energía nerviosa—. ¿Compras por la mañana, vivero por la tarde?

—El especialista solo estará hasta el mediodía —dijo Ryan, apologético pero firme—. La última consulta disponible antes de que regrese a Japón el lunes.

Observé cómo se desmoronaba la determinación de mamá en tiempo real. —April, ¿te importaría mucho si—?

—Está bien —la interrumpí, la mentira automática y amarga—. Podemos ir de compras otro día.

—Podrías venir con nosotros —ofreció Ryan, su voz rebosante de falsa generosidad—. Tienen un café muy bonito en el lugar; podríamos hacer un día de ello.

El subtexto retumbaba por toda nuestra cocina: *Controlo cada momento que pasa contigo.*

—Tengo planes —mentí, poniéndome de pie abruptamente—. Preparación para una entrevista de trabajo.

El rostro de mamá se iluminó. —¿Una entrevista? ¿Por qué no lo dijiste? ¡Eso es maravilloso!

—Aún es pronto —murmuré, incapaz de elaborar sobre una ficción creada hace segundos.

—¿Qué empresa? —preguntó Ryan, sus ojos azules brillando con el conocimiento de que no existía tal entrevista.

—Una start-up tecnológica. No la conocerías.

—Prueba. Invierto en varias.

La trampa estaba perfectamente tendida. Busqué a tientas un nombre, cualquier nombre. —Vertex Solutions.

—Fascinante —asintió Ryan, su sonrisa afilándose—. Mi empresa casi compra su edificio el año pasado. ¿Qué posición estás solicitando?

Mamá observaba nuestro intercambio con interés confundido, sin percatarse de la guerra codificada que se libraba sobre su mesa de cocina.

—Marketing digital —improvisé, cada palabra hundiéndome más en arenas movedizas.

—Conozco a su CEO —continuó Ryan implacable—. Martin Davies. ¿Quieres que le diga algo bueno sobre ti?

—No es necesario.

—No es molestia. Podría llamarle ahora mismo. —Extendió la mano hacia su teléfono.

—De verdad, no—

—April es muy independiente —intervino mamá, malinterpretando mi pánico como orgullo terco—. Le gusta tener éxito por sus propios méritos.

Ryan se metió el teléfono en el bolsillo, la victoria asegurada. —Una cualidad admirable. Bueno, mucho ánimo con la preparación.

Me retiré de la cocina, la suficiencia de Ryan siguiéndome como una colonia cara.

En mi habitación, me senté en el borde de la cama, el colgante de zafiro frío en la palma de mi mano. La visita al vivero no fue casual; Ryan la había orquestado específicamente para impedir mi tiempo a solas con mamá. Cada movimiento de su juego diseñado para aislar, controlar, castigar.

Abajo, sus voces continuaban: las preguntas animadas de mamá sobre arces japoneses, las respuestas medidas de Ryan. La banda sonora de mi fracaso para recuperar ni siquiera un día con mi madre.

Él no solo me la estaba quitando. Se estaba asegurando de que presenciara cada momento del robo.

La invasión avanzaba. Ryan ya no visitaba; ocupaba. Su cepillo de dientes aparecía en nuestro cuarto de baño. Su café caro colonizaba el armario de la cocina. Su aftershave se demoraba en los pasillos mucho tiempo después de que hubiera pasado por ellos.

Martes por la noche: mamá trajinando preparando la cena, yo a regañadientes poniendo la mesa, Ryan observando desde su trono autoasignado en la encimera.

—Necesito más cubertería —murmuré, abriendo el cajón.

Ryan se movió detrás de mí, extendiendo la mano por encima de mi hombro. —Permíteme.

Su cuerpo se presionó contra el mío; nada que mamá pudiera ver desde su posición junto a la estufa, pero inequívoco en su intención.

Su mano descendió brevemente, sus dedos rozando mi trasero con casualidad deliberada.

Me tensé, casi soltando los tenedores que había cogido.

—¿Está todo bien? —Mamá levantó la vista.

Antes de que pudiera responder, Ryan intervino. —April parece un poco distraída últimamente. Tiró una taza esta mañana, también.

—¿De verdad? —Mamá frunció el ceño—. No me lo mencionaste.

—No fue nada. —Fulminé con la mirada a Ryan.

—La limpié —respondió él, una sonrisa de mártir formándose—. Sin problema. Aunque esa era la favorita de tu madre, ¿verdad, Meg? La que tiene los pájaros.

El rostro de mamá se descompuso. —¿La de los petirrojos? ¿La de mi hermana?

—Esa misma. Qué pena. —Ryan negó con la cabeza, irradiando simpatía falsa—. Quizá podríamos encontrar un reemplazo.

No había roto ninguna taza. La taza de los petirrojos estaba intacta en el armario detrás de los platos; la había usado ayer. Pero mamá ya estaba asintiendo, aceptando su ficción como un hecho.

—Es muy amable de tu parte ofrecerlo, pero era antigua de todas formas. —Volvió a la estufa.

Los ojos de Ryan encontraron los míos, la victoria brillando en sus profundidades azules.

Jueves por la tarde: Ryan «trabajando desde casa» — nuestra casa, no la suya. Entré en la cocina y lo encontré solo, con el portátil abierto y el teléfono pegado a la oreja.

—Te llamo luego — dijo a quien fuera que estuviera al otro lado de la línea.

Colgó cuando abrí la nevera.

—¿Un día productivo? —me observó por encima de la pantalla.

—Muy productivo — mentí, sirviendo zumo de naranja y preparándome para retirarme.

—Tu madre mencionó que llevas semanas buscando trabajo. —su voz contenía una preocupación artificial. —¿No tienes mucha suerte?

—Estas cosas llevan tiempo.

—En efecto. — Cerró el portátil. — Casi tanto como devolver cosas que no te pertenecen.

El colgante de zafiro estaba en el cajón de los calcetines de arriba, intacto desde nuestro enfrentamiento. — Te lo dije, lo vendí.

—Y yo no te creo. — Se levantó e invadió mi espacio con la seguridad fluida de alguien que sabía que nadie lo interrumpiría. — No eres tan lista como crees, April.

Su mano se deslizó alrededor de mi cintura, bajando más. Me aparté de un tirón, el zumo se derramó sobre la encimera.

—No me toques.

—¿Ah, no? — Sus cejas se alzaron en sorpresa burlona. — Esa no era tu actitud cuando estaba pagando por el privilegio.

La puerta de entrada se abrió – Mamá volviendo del trabajo. Ryan retrocedió con fluidez, su expresión transformándose en una agradabilidad benigna.

—¡En la cocina, cariño! — exclamó. Luego, su voz bajó a un susurro: — Limpia ese desorden. Últimamente eres tan descuidada.

Mamá apareció, sonriendo a Ryan antes de notar el zumo derramado. — Oh, April. Otra vez no.

—¿Otra vez? — pregunté.

Ryan suspiró teatralmente. — Tercer derrame esta semana. Precisamente estaba diciendo que quizá estés incubando algo – afectándote la coordinación.

—Estoy perfectamente bien — repliqué con aspereza y cogí un trapo.

—No hace falta ponerse a la defensiva — tranquilizó Ryan, su tono razonable haciendo que mi ira pareciera irracional. — Solo estamos preocupados.

Mamá asintió de acuerdo. — Es verdad que has estado un poco rara últimamente, cariño.

Su frente unida – Ryan y Mamá, adultos preocupados tratando con la April problemática… Quería gritar.

Lunes por la mañana: Mamá ya se había ido al trabajo. Salí de mi dormitorio y encontré a Ryan en nuestro pasillo, examinando fotos familiares.

—Eras una niña adorable — observó, tocando una foto de mí a los diez años sosteniendo un certificado de la feria de ciencias. — ¿Qué pasó?

Lo ignoré, dirigiéndome al baño.

—Tu madre se preocupa por ti. — Me siguió por el pasillo. — Dice que últimamente pareces enfadada. Distante.

—Me pregunto por qué.

—Sugerí que podría ser frustración por tu situación laboral. —su voz llevaba una falsa compasión. —O quizá… ¿culpa?

Me giré, mi mano en el pomo de la puerta del baño. — ¿Culpa?

—Por mentirle a ella. Por lo que hiciste para financiar tu cómoda existencia todos estos años. — Se apoyó contra la pared, bloqueando mi ruta de salida. — Por traerme a su vida.

—Tú mismo orquestaste esa parte.

—¿De verdad? —su sonrisa era afilada como una navaja. —¿Quién me sedujo primero, April? ¿Quién me enfocó como un viudo vulnerable? ¿Quién creó las condiciones para nuestro actual… acuerdo?

La lógica era retorcida pero contenía suficiente verdad como para escocer. Su mano se extendió, trazando mi brazo con un toque de pluma antes de bajar para apretar mi cadera.

—Quedará destrozada cuando descubra quién eres realmente.

Aparté su mano de un golpe. — Deja de tocarme.

—Solo estoy reviviendo viejos tiempos — respondió, imperturbable. — Solías disfrutarlo cuando venía con etiqueta de precio.

Cena de miércoles: Ryan anunció que había preparado una comida especial. Algo francés, impronunciable, que requería quince ingredientes que nunca había oído.

—Es precioso — exclamó Mamá, fotografiando el plato antes de probarlo.

—Un pequeño talento — se mostró modesto Ryan. Jugó a ser humilde mientras se pavoneaba bajo su admiración.

Empujé la comida alrededor de mi plato, mi apetito desaparecido.

—¿No tienes hambre, April? — preguntó Ryan, su atención enfocándose en mí como un foco. — Apenas has tocado tu comida.

—Está deliciosa — mentí. — Solo que no me siento bien.

La cara de Mamá se arrugó de preocupación. — Llevas días con mala cara. ¿Quizá deberías ver a un médico?

—Está bien — interrumpió Ryan. — Probablemente solo estrés por la búsqueda de trabajo. O la falta de ella.

La pulla aterrizó exactamente como pretendía.

—En realidad — repliqué —, tengo una entrevista mañana.

Otra mentira, pero valía la pena por la sorpresa momentánea en la cara de Ryan.

—Qué maravilloso. — Mamá radiaba. — ¿Dónde?

—Una pequeña empresa de marketing en el centro. Nada del otro mundo.

Los ojos de Ryan se entrecerraron imperceptiblemente. —¿Nombre?

—Carson y Blake. La mentira salió completamente formada, sorprendiéndome incluso a mí.

—Nunca he oído hablar de ellos —respondió, suspicaz.

—Como dije, son pequeños.

Ryan se volvió hacia Mum, su expresión suavizándose en preocupación. —¿No mencionaste hace un rato que te faltaban los pendientes? Los de plata de tu madre.

La mano de Mum voló hacia su lóbulo. —No estaba segura si los había perdido o…

—¿Cuándo los llevaste por última vez? —preguntó, su voz suave pero insistente.

—No estoy segura. ¿La semana pasada, quizá?

Ryan asintió pensativamente. —¿Alrededor de cuando desapareció tu reloj?

—Mi reloj no ha desaparecido. —Mum frunció el ceño—. Está en mi cómoda.

—¿Ah? —Su sorpresa parecía genuina—. April mencionó que no podía encontrarlo cuando buscaba la hora ayer.

Lo miré fijamente, con hielo formándose en mis venas. —Nunca dije eso.

—Debo de haber entendido mal —se retractó Ryan suavemente—. Aunque los pendientes siguen faltando, ¿verdad?

Mum asintió, de repente insegura. —Haré otra búsqueda esta noche.

La implicación pulsaba en el aire —sutil pero inconfundible—. Las cosas se estaban perdiendo. Yo tenía problemas financieros. Conecta los puntos.

—Estoy seguro de que aparecerán. —Ryan le dio una palmadita en la mano a Mum mientras sus ojos encontraban los míos a través de la mesa—. Las cosas suelen hacerlo.

Más tarde, mientras ayudaba a recoger los platos, Ryan pasó rozándome en el estrecho espacio entre la encimera y la mesa. Su mano me rozó el trasero, sus dedos demorándose.

—Ten cuidado —murmuró, su voz lo suficientemente baja para que solo yo pudiera oír—. Me gustaría que no dejaras caer otro plato.

Me aparté, aferrándome más fuerte a los platos. Ryan se volvió hacia Mum con una expresión preocupada.

—Quizá April debería tomarse un descanso de recoger. Es la segunda vez esta semana que casi deja caer algo.

Mum frunció el ceño, mirando entre nosotros. —Has estado torpe últimamente, cariño. ¿Estás segura de que te encuentras bien?

—Estoy bien —insistí, lanzándole a Ryan una mirada que rebotó inútilmente en su máscara solícita.

—El estrés afecta la coordinación —ofreció—. Todos esos rechazos de empleo deben estar pasándote factura.

La acusación se quedó flotando —no había mencionado ningún rechazo porque no había habido ninguna entrevista, un hecho que Ryan conocía perfectamente.

Mientras se daba la vuelta, su mano se conectó con mi cadera una vez más —un gesto que parecía accidental para Mum, quien echó un vistazo desde el fregadero, pero llevaba una propiedad inconfundible.

—Disculpa —dijo lo suficientemente alto para que ella lo oyera—. Estas cocinas europeas no están diseñadas para caderas inglesas apropiadas, ¿verdad?

Mum rió, perdiéndose el insulto oculto dentro de la broma.

Desayuno del viernes: Ryan deslizándose a través de su teléfono mientras Mum se preparaba para el trabajo. Entré en la cocina cautelosamente, esperando coger tostadas y retirarme antes de cualquier interacción.

—Buenos días, cariño. —Mum untaba pan a velocidad de vértigo—. Llego tarde —reunión importante.

—Mucho ánimo —ofrecí, alargando la mano hacia el hervidor.

Ryan levantó la vista de su teléfono. —Meg, ¿no había algo que querías preguntarle a April?

Mum hizo una pausa, la confusión cruzando sus facciones antes de que el reconocimiento llegara. —¡Ah! Sí. La factura de servicios parece más alta de lo habitual este mes. Significativamente más alta.

Ryan asintió alentadoramente. —Casi el doble, ¿verdad?

—Casi —confirmó Mum, frunciendo el ceño—. Consulté las lecturas del contador y todo.

Mi preparación del té se ralentizó mientras procesaba este nuevo ataque. —Raro.

—Le mencioné a Meg —continuó Ryan—, que había notado tu luz del dormitorio encendida muy tarde varias noches. Y la ducha en horas extrañas.

—He tenido problemas para dormir —respondí, lo que no era una mentira.

—¿Durante horas cada noche? —Ryan levantó una ceja—. La luz del baño estuvo encendida de dos a cuatro de la mañana el martes.

¿Cómo lo sabría a menos que estuviera monitoreando mis movimientos? La implicación me envió escalofríos.

—No me sentía bien —dije, lo que tampoco era una mentira.

Mum miró su reloj, distraída por su inminente retraso. —Lo solucionaremos más tarde. Solo ten cuidado, ¿vale? El dinero es mejor pero no infinito.

Después de que ella se marchó corriendo, la expresión de Ryan cambió a una de satisfacción presumida.

—Interesante lo rápido que la sospecha echa raíces, ¿verdad? —Volvió a su teléfono—. Una sugerencia aquí, un comentario allá…

Golpeé mi taza sobre la mesa. —¿Qué exactamente estás intentando lograr?

—Solo asegurarme de que Meg te vea claramente. —Su voz se mantuvo agradable, conversacional—. La verdadera April, no la hija devota que finges ser.

Lo peor no era el contacto físico —desagradable pero territorio familiar de los hombres que había manipulado durante años—. Era

ver cómo la percepción de Mum sobre mí se erosionaba gradualmente, reemplazada por la narrativa cuidadosamente construida de Ryan sobre la hija problemática: torpe, derrochadora, posiblemente deshonesta.

Me había convertido en un apéndice incómodo de su historia. Y con cada día que pasaba, la distancia entre la ficción de Mum y mi realidad se expandía hacia un territorio del que no estaba segura de que pudiéramos recuperarnos.

Capítulo 11

Meg

Algo había cambiado en nuestra casa. No los muebles —aunque Ryan los había reordenado sutilmente también, moviendo fotografías un centímetro a la izquierda, trasladando cojines con la autoridad silenciosa de un hombre que creía que la propiedad se extendía a todo aquello que su mirada tocaba. No, esto era diferente. Una perturbación en el aire mismo, como esos momentos previos a una tormenta cuando la atmósfera se carga de una electricidad latente.

Lo noté primero el martes. La voz de April —siempre melodiosa a pesar de nuestras circunstancias— se había vuelto algo mecánico. Sus frases terminaban abruptamente, como si alguien hubiera metido unas tijeras en sus pensamientos. Cuando Ryan entraba en una habitación, su cuerpo se inclinaba hacia otro lado, una flor evitando un suelo tóxico.

—¿Más patatas, cielo? —le había preguntado en la cena.

—No. Solo eso. Sin más, sin sonrisa. Una sílaba dejada caer en la conversación, una piedra en agua tranquila.

Ryan había extendido el brazo, su mano cubriendo la mía. —Está vigilando su figura, ¿verdad, April?

La cara de mi hija se había tensionado —no exactamente un respingo pero cercano a ello.

Ahora, tres días después, estaba sentada ante mi tocador fingiendo aplicarme hidratante mientras observaba sus reflejos en el espejo. Estaban de pie en el pasillo, Ryan inclinándose más cerca de lo necesario para hacer algún punto sobre el termostato. Los hombros

de April se habían elevado hacia sus orejas, su cuerpo comprimiéndose sobre sí mismo, el de un animal amenazado.

—¿Todo bien? —llamé, deliberadamente con voz ligera.

Se separaron al instante. La sonrisa de Ryan apareció con velocidad practicada.

—Solo le estoy explicando a April nuestra factura de energía —respondió, su mano asentándose en la parte baja de la espalda de mi hija.

Ella se alejó. Movimiento pequeño. Significativo.

—Claro —murmuré, volviendo a mi reflejo.

La mujer que me devolvía la mirada llevaba una crema facial cara e incertidumbre en igual medida. Mis ojos —que Ryan llamaba «cálidos» y «expresivos»— parecían opacos bajo la luz del tocador, como si alguien los hubiera atenuado desde dentro.

Esa noche, estuve tumbada junto a Ryan fingiendo dormir, catalogando inconsistencias. April, quien una vez consumía podcasts de crímenes reales como oxígeno, ahora se movía por nuestra casa con la vigilancia nerviosa de alguien que espera convertirse en una estadística. Ryan, cuya gentileza conmigo permanecía impecable, observaba a mi hija con una intensidad que se asemejaba más al hambre que a la preocupación.

Su respiración se profundizó junto a mí, un brazo extendido posesivamente sobre mi cintura. Conté segundos entre inhalaciones, esperando un sueño genuino antes de extraerme cuidadosamente.

La puerta de nuestro dormitorio se abrió sin sonido —una aplicación reciente de WD-40, otra de las mejoras de Ryan a nuestro hogar imperfecto. En el pasillo, la oscuridad se acumulaba en las esquinas,

sombras familiares que se volvían extrañas por las nuevas preguntas que se formaban en mi mente.

Fuera de la puerta de April, hice una pausa. Sin luz visible bajo ella. Sin sonido de teclear a medianoche o movimiento inquieto. Pegué la oreja contra la madera, sin oír nada excepto mi propio latido del corazón.

Abajo, nuestra cocina brillaba por la influencia de Ryan —armarios organizados, especias alfabetizadas, superficies que reflejaban la luz de la luna con una perfección sospechosa. Abrí un cajón, examinando los cubiertos que él había reordenado según algún sistema interno que no podía descifrar.

Mi teléfono estaba cargándose en la encimera. Revisé las fotos recientes —docenas de Ryan y yo, sonriendo en restaurantes a los que nunca habría entrado hace seis meses. April aparecía en tres imágenes, cada una mostrándola en el borde del encuadre, su expresión cuidadosamente neutral, sus ojos enfocados en otro lugar.

¿Cuándo se había convertido en un fantasma en su propia casa?

Comprobé la hora: las 2:13 de la madrugada. Demasiado tarde para el pensamiento racional, demasiado temprano para conclusiones razonables. El frigorífico ronroneaba con contenidos caros. El suelo de la cocina brillaba por la insistencia de Ryan en los productos de limpieza adecuados. Todo impecable. Todo incorrecto.

Un crujido desde arriba aceleró mis pulsaciones. Devolví el teléfono a su cargador, me deslicé sigilosamente hacia las escaleras, me detuve en el primer escalón.

Ryan se erguía en lo alto, su silueta negra contra una oscuridad aún más profunda.

—¿Problemas para dormir? —su voz descendió suave, aunque de algún modo exigía explicación.

—Solo tenía sed —mentí y subí las escaleras.

Me observó ascender sin parpadear. Cuando lo alcancé, su mano se posó en mi cadera —afectuosa, posesiva.

—Deberías haber pedido. Te habría traído agua.

—No quería despertarte. —Me deslicé junto a él hacia nuestro dormitorio.

Sus dedos se deslizaron por mi brazo, dejando carne de gallina en su recorrido. No por deseo —algo notablemente más frío.

Cuando me metí de nuevo en la cama, Ryan me siguió, su cuerpo curvándose alrededor del mío. Su respiración reanudó su ritmo constante contra mi cuello mientras mi mente se aceleraba a través de observaciones fragmentadas.

La torpeza repentina de April.

Las correcciones constantes de Ryan.

El silencio creciente entre madre e hija.

Algo fundamental se había roto en nuestro hogar. No podía nombrarlo, no podía aislar sus componentes, no podía determinar cuándo había aparecido por primera vez la fractura.

Pero lo sentía —tan tangible como las sábanas caras debajo de mí, tan real como el brazo envuelto alrededor de mi cintura, tan innegable como el miedo que lentamente se cristalizaba en mi pecho.

Ryan suspiró en su sueño, atrayéndome más cerca.

Fijé la vista en la oscuridad, completamente inmóvil, de repente segura de una terrible verdad: la felicidad a la que había estado

aferrándome podría estar tan cuidadosamente construida como todo lo demás en nuestra nueva realidad.

The Wild Place —lo más cercano que Bristol tenía a un zoo— existía en un universo separado de la Heathfields Estate, un reino donde la gente pagaba dinero real para observar criaturas en hábitats artificiales mientras ignoraba las especies exóticas del privilegio que merodeaban entre ellas. Había olvidado cuánto disfrutaba aquí. Veinte libras de entrada parecían escandalosas el mes pasado; hoy parecía un entretenimiento razonable.

—Mira ese. —Ryan señaló un panda rojo que nos observaba con más dignidad de la que la mayoría de los humanos podrían reunir. —Me recuerda a ti.

—¿Porque soy adorable y estoy en peligro de extinción? —bromeé, sorprendida por la ligereza en mi voz.

—Porque eres rara —respondió, sus dedos encontrando los míos en una intimidad casual—. Y mereces ser protegida.

Dos chicas adolescentes cercanas intercambiaron miradas de desprecio ante nuestra demostración. Casi me uno a ellas —la Meg Weston antigua habría tenido arcadas ante un sentimentalismo tan obvio. Pero algo en su forma de decirlo hizo que las palabras resonaran de manera distinta a la esperada.

Nos abrimos camino pasando monos que parecían profundamente decepcionados con sus decisiones vitales, hacia la casa de mariposas donde la humedad rivalizaba con el verano en su peor momento.

—No hacía esto en años —admití mientras insectos tropicales picoteaban mi cabello recién iluminado—. April y yo vinimos cuando tenía nueve años. Lloró porque los osos estaban durmiendo en lugar de actuar números de Broadway como en una película de Disney.

Ryan rió —no su risa educada reservada para anécdotas de trabajo, sino algo genuino que transformó su rostro—. Los niños y sus expectativas. Mi sobrino una vez exigió un reembolso en un acuario porque los tiburones se negaban a comerse los otros peces mientras él miraba.

—¿Monstruos sedientos de sangre, verdad?

—¿Niños o tiburones?

—Ambos, definitivamente ambos.

Su mano permaneció firme contra mi espalda baja. Navegamos entre turistas armados con cámaras y helados de precio inflado. El contacto se sentía anclante en lugar de posesivo. Mis ansiedades de medianoche parecían ridículas a la luz del día —productos del insomnio e inseguridad de décadas.

Cerca de la salida, Ryan compró café en una cafetería atendida por un adolescente cuyo entusiasmo sugería un conocimiento reciente de sustancias psicoactivas recreativas.

—Pareces diferente hoy —observó, pasándome una taza—. Más relajada.

Consideré mentir, luego abandoné el impulso. —He estado rumiando cosas últimamente. Preocupándome por April. Por nosotros.

—¿Qué pasa con nosotros?

Lo estudié por encima del borde de mi taza de papel. Su atención permanecía enfocada enteramente en mí: sin miradas desviadas, sin

consultar su reloj caro, sin ese rechazo sutil de mis preocupaciones.

—¿Eres feliz, Ryan? De verdad feliz, me refiero. ¿Conmigo, con todo?

Algo destelló en sus facciones: sorpresa, quizá, ante la directividad de la pregunta. —¿Por qué lo preguntas?

—Porque la felicidad me resulta extraña. Sospechosa, incluso. Como si hubiera entrado accidentalmente en la vida de alguien más.

Me guió hacia un banco que dominaba una bandada de flamencos que se mantenían en equilibrio sobre patas imposiblemente finas, sus plumas rosas casi agresivas en su brillo.

—Soy feliz —dijo finalmente, su voz bajada como si confesara algo impropio—. Lo que suena simple pero no lo es. Cuando Eliza murió, asumí que esa parte de la vida había terminado. Luego me metí en una colaboración entre nuestras empresas, y apareciste tú con tu ridículo sistema de organización en Dawson's, codificando por colores los listados de propiedades como si estuvieras planificando una invasión militar.

Reí, recordando mi primera semana cuando había reorganizado todo el sistema de archivos mientras mis nuevos colegas observaban con horror.

—Entonces lo supe —continuó—. Viéndote luchar contra esa fotocopiadora antigua, negándote a rendirte incluso cuando se devoraba los contratos de Westfield.

—La llamé con nombres imperdonables.

—En tres idiomas, si me acuerdo bien. Vocabulario bastante impresionante.

Sus dedos trazaron patrones en mi palma: pequeños círculos sin sentido que de algún modo comunicaban más que sus palabras.

—Así que sí, Meg. Soy feliz. Genuinamente, inesperadamente feliz.

Algo se relajó dentro de mí: un puño que no había sabido que estaba apretando con tanta fuerza. Mi merodeo nocturno parecía melodramático ahora, nacido de años esperando desastres en cada esquina.

Los avestruces se paseaban, absurdamente seguros de sí mismos, despreocupados por las apariencias o las implicaciones. Les envidiaba su certeza, su comodidad absoluta en sus formas ridículas.

—Yo también soy feliz —admití, las palabras emergiendo con cautela pero sinceras—. Solo que a veces me pone nerviosa.

—La felicidad suele hacerlo —convino Ryan, su sonrisa alcanzando esos ojos azules que habían captado mi atención la primera vez en una oficina atestada—. Especialmente cuando no estás acostumbrada a ella.

Un cuidador del zoo se acercó al recinto de los flamencos, dispersando comida. Los pájaros abandonaron su postura estatuaria para disputarse las pellas, la dignidad olvidada ante la necesidad básica.

Los dedos de Ryan se entrelazaron con los míos, sólidos y cálidos contra el frío de la tarde. Quizá la retirada de April era simplemente adaptación a nuestra nueva dinámica. Quizá mis miedos nocturnos eran fantasmas construidos a partir de viejos patrones. Quizá la felicidad no fuera una trampa sino simplemente un país desconocido cuyas costumbres estaba aprendiendo lentamente.

—¿Pandas rojos a continuación? —sugirió Ryan, levantándose del banco.

—Guíame —dije, y lo decía en serio.

El sonido del cristal haciéndose añicos atravesó la calma de nuestro martes por la noche. Me congelé en el fregadero de la cocina, espuma de jabón goteando de las manos suspendidas, escuchando el silencio que sigue a la catástrofe.

Ryan llegó a la sala de estar antes que yo. Encontré que estaba de pie, inmóvil de una forma antinatural, examinando fragmentos de azul cobalto esparcidos por nuestro suelo de laminado como evidencia en una escena de un crimen.

—Ay, Dios. —Reconocí los restos. El jarrón de mi abuela: el único objeto heredado genuino en nuestro hogar por lo demás anodino. Una cosa incómoda y de proporciones extrañas, pero valiosa de formas que trascendían la evaluación monetaria.

April permanecía inmóvil cerca de la estantería, su rostro descolorido. Ryan se posicionó entre ella y la destrucción, su expresión indescifrable.

—¿Qué pasó? —pregunté, mi voz emergiendo más firme de lo esperado.

La pregunta quedó suspendida, sin reclamante. La mirada de April se disparó entre el jarrón roto y Ryan, el cálculo visible en su mandíbula tensa. Ryan permaneció en silencio, los brazos cruzados sobre el pecho.

—Yo… —April tragó saliva, luego enderezó los hombros—. Lo derribé. Lo siento.

La disculpa sonaba ensayada, pronunciada con la entonación cuidadosa de alguien navegando un campo de minas. Estudié el

rostro de mi hija, observando la inusual inmovilidad de sus facciones.

—Fue un accidente —añadió, sus palabras saliendo ahora más rápidamente—. Estaba alcanzando un libro, y mi codo… no lo vi allí.

Las cejas de Ryan se elevaron levemente. —El jarrón ha estado en esa posición exacta durante meses.

—Lo sé. No estaba prestando atención. —La voz de April se apagó —. Lo reemplazaré.

Una oferta ridícula. Ambas sabíamos que el jarrón precedía su existencia por décadas, heredado de mi madre que lo había recibido de la suya. Un reemplazo existía en el mismo universo de ficción que mis planes de jubilación e historial laboral legítimo de April.

—No importa. —Fui a buscar el recogedor debajo del fregadero—. Solo es una cosa.

—Una reliquia familiar —corrigió Ryan suavemente—. De tu abuela, ¿verdad?

Asentí, arrodillándome para recoger los fragmentos más grandes. El cristal azul se sentía acusador contra mis dedos.

—Déjame hacerlo —insistió April, dando un paso adelante.

Ryan se interpuso, su mano extendida. —Mejor deja que tu madre se encargue. Podrías cortarte.

—No soy una niña.

—No, pero has sido sorprendentemente propensa a accidentes últimamente. —Su tono transmitía preocupación amigable mientras sugería algo completamente distinto—. ¿Recuerdas la taza de café de la semana pasada? ¿Y el marco de fotos antes de eso?

Me detuve, el recogedor suspendido en el aire. —¿Qué marco de fotos?

—El de plata de tu mesilla de noche —explicó Ryan—. April lo golpeó mientras cogía tu secador. ¿No te lo mencionó?

La expresión de April cambió hacia algo que no podía descifrar. —No estaba dañado.

—Afortunadamente esa vez. —Ryan sonrió—. Quizá deberíamos considerar reorganizar algunos de estos objetos frágiles. Por seguridad.

Reanudé la recolección de fragmentos de cristal, observando cómo los pedazos azules reflejaban versiones distorsionadas de los tres —figuras deformes atrapadas en espejos de cobalto.

—Pagaré por un reemplazo —repitió April, su voz mecánica.

—No seas absurda —respondí, intentando sonar desdeñosa en lugar de devastada—. Es irreemplazable, pero sigue siendo solo un jarrón.

Ryan se agachó a mi lado, extrayendo pequeñas astillas de la alfombra. —Tu abuela estaría destrozada. ¿No dijiste que lo trajo de Polonia durante la guerra?

No había dicho eso. Mi abuela lo había comprado en Debenhams en 1963. Pero la historia de ficción sonaba mejor, más digna de duelo, así que no lo corregí.

—Está bien —insistí, aunque claramente no lo estaba.

April permaneció congelada cerca de la estantería, su elocuencia habitual abandonada. Algo en su inmovilidad me inquietó más que el jarrón roto —mi hija que gesticulaba salvajemente cuando se emocionaba, que paseaba durante las llamadas telefónicas, que

tamborileaba los dedos contra las superficies cuando pensaba, ahora estaba de pie como un maniquí de tienda.

—Debería volver a mi habitación. —Se dirigió hacia la puerta—. Tengo… solicitudes que terminar.

—Por supuesto que sí —respondió Ryan con suave aliento—. No te preocupes por esto. Los accidentes suceden.

Después de que se fue, me ayudó a deshacerme de los fragmentos finales, sus movimientos precisos y considerados. Sus dedos rozaron los míos mientras le pasaba el recogedor, familiar y reconfortante.

—Se siente terriblemente culpable —dijo, su voz bajada conspirativamente—. Quizá no deberíamos volver a mencionarlo.

Asentí, agradecida por su comprensión, sin embargo, algo se enganchó en el borde de mi consciencia —un hilo suelto en una narrativa por lo demás perfectamente tejida.

Más tarde, pasando la aspiradora y vaciando el recogedor en la papelera, noté un detalle curioso: pequeños fragmentos de cristal incrustados en la alfombra formaban un patrón inconsistente con algo derribado de la estantería. En cambio, sugerían impacto desde el otro lado de la habitación —como si el jarrón hubiera sido golpeado en lugar de rozado.

Miré la evidencia, intentando reconstruir la física que apenas había entendido en la escuela. Luego limpié eso también, vacié el recogedor y regresé a la sala de estar donde Ryan esperaba con una copa de vino y ojos compasivos.

Algunas preguntas no valían la pena hacer. Algunos patrones no valían la pena reconocer. Algunas verdades no servían para nada excepto fracturar la felicidad cuidadosamente construida.

Acepté el vino y su beso en mi frente, ignorando el fantasma de mi abuela desaprobando desde algún lugar más allá del techo.

Capítulo 12

April

La Biblioteca Pública de Bristol me ofrecía asilo de la ocupación de Ryan en nuestra casa. Allí, rodeada de libros de referencia anticuados y jubilados adormilados sobre periódicos, podía pretender ser simplemente otra licenciada buscando empleo. No una estafadora profesional. No una hija viendo a su madre desvanecerse en la narrativa cuidadosamente construida de otro. Solo April Weston, ciudadana sin relevancia consultando sitios web de empleo con la desesperación apropiada.

Mis dedos se cernían sobre el teclado, el CV medio completado con ficción estratégica. Educación: mayormente precisa. Empleo: interpretación creativa de la realidad. Referencias: siendo actualmente fabricadas a través de teléfonos desechables y direcciones de correo falsas.

—Especialista en ciberseguridad —murmuré, ajustando la redacción por quinta vez. La ironía no era sutil: usar credenciales fraudulentas para perseguir una carrera atrapando defraudadores. Quizás sería brillante en ello. Conoce a tu enemigo y toda esa basura filosófica.

La mañana había comenzado con una promesa inesperada. Mamá había salido temprano al trabajo. Ryan había mencionado una reunión de negocios en Bath. La casa estaba vacía y silenciosa, ofreciendo raras horas sin evasiones estratégicas o amabilidades de cara a la galería. Había preparado un desayuno de verdad: tostadas con mantequilla de verdad en lugar de margarina, té preparado lo suficientemente largo como para coger color. Pequeños lujos que una vez se daban por sentado, ahora saboreados como comida de restaurante caro.

Me había vestido con comodidad en lugar de capas defensivas: mallas y mi viejo jersey universitario, el que tenía agujeros en los puños, una manta de seguridad contra la piel desnuda. Incluso había aplicado maquillaje mínimo, un pequeño acto de autocuidado que no tenía nada que ver con la mirada de nadie más.

La biblioteca me había recibido con su aroma a papel envejecido y limpiador de alfombra institucional. Mi lugar favorito en el segundo piso seguía disponible: un escritorio cerca de la sección de economía donde los estudiantes rara vez se aventuraban. Aislamiento perfecto entre extraños teóricos.

Durante tres horas gloriosas, había existido sin tener que actuar: investigando trabajos legítimos, redactando un CV que requería una fabricación mínima, imaginando una April Weston que ganaba dinero a través de medios que no devastarían a su madre si se descubrieran.

Un anciano se dormía sobre el *Financial Times* a dos mesas de distancia, sus ronquidos proporcionando un ruido de fondo extrañamente reconfortante. Una asistente de biblioteca colocaba libros, sometiendo el caos al orden alfabético. Gente normal haciendo cosas normales en un miércoles normal que no me pedía nada excepto civismo básico.

Me estiré, la espalda protestando después de horas encorvada sobre el teclado. La hora de comer se aproximaba: ¿quizás la cafetería al otro lado de la calle? Ofrecían sándwiches lo suficientemente grandes como para dividir en dos comidas, resolviendo almuerzo y cena con una compra. El pensamiento económico perduraba a pesar de nuestras finanzas mejoradas.

Mi teléfono vibró contra el escritorio. Sin ID de llamada. Lo silencié sin mirar, volviendo a mi historial laboral ficticio.

Cinco minutos después, sonó. Luego sonó de nuevo. Luego tres veces en rápida sucesión.

Miré la pantalla, mi estómago contrayéndose ante los mensajes mostrados:

Sé dónde estás.

Tu madre mencionó la biblioteca.

Top azul, segundo piso, estación de ordenador 14.

Levanta la cabeza.

Alcé la cabeza con el movimiento reticente de alguien que esperaba una cuchilla de guillotina. Ryan estaba de pie en el mostrador de referencia al otro lado de la sala, una mano descansando casualmente sobre una enciclopedia encuadernada en cuero, su mirada fija en mí con enfoque depredador. Llevaba su atuendo de negocios: traje gris carbón, corbata sutilmente estampada, reloj que valía más que nuestro alquiler mensual. La bibliotecaria que lo asistía se rió de algo que dijo, completamente ajena a la amenaza irradiada desde su postura perfecta.

Mi teléfono vibró una vez más:

Ven aquí.

Como una marioneta con las cuerdas cortadas, recogí mis pertenencias y me acerqué. Cada paso a través de la alfombra desgastada requería una negociación separada con extremidades reluctantes.

—April —me saludó Ryan, modulando la voz para la decencia de una biblioteca—. Qué coincidencia tan agradable.

La bibliotecaria —cuya placa de identificación rezaba «Susan»— nos observó alternadamente con curiosidad evidente.

—Tu padre parece creer que te has olvidado de vuestra cita para comer —se ofreció ella con utilidad.

La sonrisa de Ryan se tensó imperceptiblemente. —Padrastro, técnicamente. Todavía nuevo en el rol.

—¿Matrimonio reciente? —preguntó Susan, evidentemente sonsacando.

—Aún no —replicó Ryan, posó la mano sobre mi hombro con aire posesivo—. Pero su madre y yo somos bastante serios. ¿Verdad que sí, April?

Asentí, siendo la cooperación muda mi única opción viable con testigos presentes.

—Deberíamos marcharnos. —Me guió hacia la salida con una presión suave que comunicaba una orden inequívoca—. La reserva es a la una.

Fuera, la luz otoñal burlaba el invierno que se desarrollaba entre nosotros. La mano de Ryan siguió en mi hombro mientras me dirigía hacia su BMW aparcado ilegalmente en una zona de carga.

—Sube.

—Tengo solicitudes de trabajo que terminar —protesté débilmente.

—No, no es verdad. —Su sonrisa había desaparecido en el momento en que abandonamos la línea de visión de la bibliotecaria—. Sube al coche, April.

Obedecí; los aparcamientos públicos ofrecían más rutas de escape que las bibliotecas públicas. Ryan se deslizó hacia el asiento del conductor, accionando el cierre centralizado con un clic decisivo.

Permanecimos en silencio durante treinta y siete segundos —conté cada uno— antes de que hablara.

—Quiero algo de ti.

Mi garganta se contrajo alrededor de preguntas no expresadas. Ryan se giró ligeramente, observándome.

—¿Qué podrías querer que no hayas cogido ya? —La pregunta sonaba cortante, impregnada de agotamiento tras semanas de guerra psicológica.

Los dedos de Ryan tamborilearon contra el volante —cuatro golpes que comunicaban más tensión de la que sus facciones compuestas revelaban.

—Hablemos de ello durante la comida —dijo finalmente, arrancando el motor.

—Solo dime qué quieres —exigí, la ansiedad transformándose en valor momentáneo.

Su sonrisa regresó, pequeña y satisfecha. —Paciencia, April. Primero comida, después negocios. La cafetería de Queens Road debería bastar.

Se incorporó al tráfico, dirigiéndonos hacia el establecimiento de categoría donde los estudiantes rara vez se aventuraban y los hombres de negocios conducían asuntos más allá de la conciencia financiera de sus esposas.

Mi apetito desapareció junto con el santuario de la biblioteca. El día que había comenzado con tal promesa se derrumbaba bajo el peso de exigencias desconocidas.

Bristol pasaba en manchas lavadas por la lluvia mientras Ryan navegaba el tráfico, sin nunca exceder el límite de velocidad, sin

revelar en su conducción lo que su rostro ocultaba. Llegaríamos a la cafetería en aproximadamente siete minutos. Siete minutos para prepararme para exigencias que no podía anticipar de un hombre cuya capacidad para la crueldad parecía ilimitada.

Me estaba preparando para una actuación improvisada sin guion, sin notas de personaje y con todo que perder.

La cafetería de Queens Road existía en ese estrato económico donde el café costaba más que la comida en establecimientos normales. El personal de servicio vestía con severidad monocromática, sus expresiones sugiriendo que habían presenciado crímenes financieros pero firmaron excelentes acuerdos de confidencialidad. Ryan seleccionó una mesa en la esquina —máxima privacidad, vigilancia óptima de otros clientes.

—El salmón ahumado es excelente aquí —dijo, sin molestarse con una carta. El privilegio de la asiduidad.

—No tengo hambre.

—Pide algo de todas formas. —Su voz mantenía una cadencia agradable mientras comunicaba una orden inequívoca—. Las apariencias importan.

La camarera se materializó con un gesto sutil suyo —otro superpoder de los ricos, convocar servicio mediante movimientos microscópicos invisibles para los mortales ordinarios.

—¿Lo de siempre, señor Lark? ¿Y para la señorita?

Ryan pidió para ambos, despidiéndola con una inclinación de cabeza que probablemente incluía una gratificación futura sustancial para

asegurar amnesia selectiva sobre nuestro encuentro.

—Ahora —dijo, entrelazando las manos sobre el mantel impoluto—, vayamos al grano.

Permanecí en silencio, ofreciendo ni cooperación ni resistencia. El territorio neutral de la atención absoluta.

—Requiero que modifiques tu presentación —continuó, sustituyendo la evaluación clínica por la pretensión conversacional—. Tu estética actual es deliberadamente… poco atractiva.

Mis cejas se alzaron a pesar de los intentos de contención emocional. —¿Mi estética?

—Tu vestuario. —Pronunció cada sílaba con paciencia exagerada—. Esos jerséis informes. Esas mallas juveniles. Ese intento estudiado de borrar tu feminidad.

El calor subió por mi cuello —ira más que vergüenza—. —Mi ropa no es asunto tuyo.

—Todo sobre ti es asunto mío. —Su voz bajó más, y me obligó a inclinarme hacia delante para oírlo—. Te has desexualizado intencionadamente a ti misma desde que nuestro acuerdo terminó. Es infantil y transparente.

La acusación golpeó duramente porque contenía verdad parcial. Había abandonado ciertas presentaciones femeninas después de escapar de Ryan —tacones altos, vestidos ajustados, maquillaje aplicado con intención seductora—. No por infantilismo sino por autopreservación, reclamando mi cuerpo mediante ocultamiento deliberado.

—¿Por qué importa esto exactamente? —Luché por mantener una expresión neutral.

La sonrisa de Ryan apareció, reptiliana en su simetría fría. —Porque prefiero la versión anterior. La que entendía sus activos y los desplegaba eficazmente.

—No me visto para tu entretenimiento.

—¿No? —Sus cejas se levantaron levemente—. Eso es precisamente lo que harás.

Mi estómago se contrajo formando un nudo frío y duro. —Quieres que me vista de manera sexual. Para ti.

—Evaluación exacta. —Ryan bebió agua, observando mi reacción por encima del borde del vaso—. La April que visitó mi casa en Clifton. La que sabía exactamente cómo presentarse para obtener el máximo efecto.

Nuestro almuerzo llegó: porciones delicadas dispuestas con precisión arquitectónica en platos desproporcionados. Ninguno de nosotros reconoció la interrupción.

—No —dije una vez que volvimos a estar solos, la sílaba única emergiendo más fuerte de lo esperado.

La expresión de Ryan no cambió, pero algo se desplazó detrás de sus ojos: ajuste, revisión de estrategia.

—Considera tu posición cuidadosamente, April. —Su voz siguió siendo conversacional, como si discutiese opciones de menú en lugar de extorsión emocional—. Una llamada telefónica a tu madre explicando cómo financiaste tu existencia cómoda estos últimos años. Una conversación revelando exactamente qué servicios proporcionaste a hombres como yo.

—Ella no te creería.

—¿No? —Sus cejas se levantaron levemente—. El misterioso trabajo en la cafetería. Los bonos inexplicados. El dinero en efectivo apareciendo en su bolso. Ya está conectando puntos, April. Simplemente le estoy ofreciendo completar el cuadro.

Me hundí las uñas en las palmas bajo la mesa. —¿Destruirías a mi madre solo para controlar mis opciones de ropa?

—Revelaría la verdad que merece conocer si rechazas una solicitud simple —cortó su salmón—. Pero sí, lo haría. Sin vacilación ni arrepentimiento.

El restaurante continuaba su representación coreografiada a nuestro alrededor mientras él comía: camareros deslizándose entre mesas, clientes murmurando sobre cuentas de gastos, la luz solar filtrándose a través de persianas de diseñador. Un miércoles normal de hora de almuerzo mientras mi existencia se comprimía en una elección imposible.

—¿Cuándo? —La pregunta emergió sin decisión consciente de cumplir.

Ryan sonrió, la victoria asegurada. —Empezando mañana. En casa. Cuando tu madre esté presente. —Extrajo una tarjeta de crédito de su cartera y la colocó junto a mi plato intacto—. Compra lo que sea necesario. Espero ver resultados inmediatamente.

El rectángulo de plástico estaba entre nosotros: negro, sin marcas excepto por números en relieve, visiblemente diferente de las tarjetas estándar.

—Esperas que use tu dinero para comprar ropa que quieres que use para tu disfrute personal. —Cada palabra se articuló a través de las náuseas crecientes.

—Economía circular —acordó Ryan, la diversión parpadeando en sus facciones—. Aunque técnicamente es tu dinero devolviéndose a ti.

Simétrico, ¿verdad? Extrajiste fondos mediante seducción. Ahora esos fondos compran herramientas para mi entretenimiento.

Miré fijamente la tarjeta de crédito, su superficie reflejando fragmentos distorsionados de mi cara. Había sido superada en mi propio juego por alguien que entendía el intercambio de valor con claridad sociópata.

—Solo ropa —declaré, estableciendo límites incluso mientras me rendía—. Nada más.

—Por ahora —respondió Ryan, la satisfacción evidente en su postura relajada—. Aunque te recomiendo seleccionar artículos adaptables a requisitos en evolución. Nuestro acuerdo apenas ha comenzado.

La tarjeta se sentía anormalmente pesada mientras la deslizaba en mi bolsillo: cargada de implicaciones más allá de su composición plástica. Ryan hizo señas para la cuenta, nuestro asunto, zanjado a su entera satisfacción.

Afuera, la ciudad continuaba su miércoles ordinario, ajena a mi capitulación extraordinaria. Ryan abrió la puerta de su coche, luego se detuvo.

—Un último detalle —dijo, su voz llevando lo suficiente para alcanzarme sin viajar más lejos—. Como he dicho antes, el azul te sienta particularmente bien. Te recomiendo que enfatices eso en tus selecciones.

Permanecí inmóvil en la acera mientras su BMW se fusionaba con el tráfico, desapareciendo tras una esquina mientras calculaba el coste exacto de proteger a la persona que amaba de las verdades que yo misma había creado.

La respuesta, aparentemente, era la dignidad primero. Con plazos desconocidos a seguir.

El vestido se aferraba a mi cuerpo como algo parasitario: un simbionte de tela azul alimentándose de dignidad sin dar nada a cambio. La tarjeta de crédito de Ryan lo había comprado junto con otros cuatro igualmente hostiles al concepto de modestia. La dependienta había sonreído mientras envolvía cada prenda, sin duda calculando porcentajes de comisión contra su alquiler mensual.

—Perfecto para una cita —había gorjeado mientras doblaba papel de seda con destreza de origami.

—Algo así —había murmurado, intentando no examinar demasiado de cerca lo fácilmente que había vuelto a deslizarme en el personaje: la mujer que sabía exactamente qué ropa hacía que los hombres se llevaran la mano a la cartera.

Ahora, estudiando mi reflejo en el espejo del dormitorio, apenas me reconocía. La April que me devolvía la mirada llevaba maquillaje experto, el pelo peinado con descuido deliberado sugiriendo actividades recientes de dormitorio, y un vestido diseñado para servir como fantasía masculina en lugar de ropa femenina. Largo a media rodilla, un escote que se hundía hasta profundidades geológicas, tela que revelaba más anatomía de la que ocultaba.

Un disfraz, no un atuendo. Un uniforme para la última actuación en una carrera que pensé que había abandonado.

Las voces subían desde abajo: Mum y Ryan preparando la cena, su domesticidad tan convincente que a veces cuestionaba mis propios recuerdos de su verdadera naturaleza. Esta noche cocinaban juntos, fingiendo satisfacción de clase media mientras yo me transformaba en entretenimiento visual.

No podía retrasarme más. Ryan ya me había enviado dos mensajes de texto:

Estamos esperando.

No me hagas subir ahí.

Las escaleras crujieron bajo mis tacones desacostumbrados —otro sonido que no pertenecía a nuestro hogar ordinario. Cada paso requería evaluaciones matemáticas complejas que implicaban equilibrio, impulso y la física de la piel expuesta versus la gravedad.

Su conversación se interrumpió cuando aparecí en la puerta de la cocina. El silencio se expandió, llenando la estancia con evaluaciones sin palabras.

Mamá estaba junto al fregadero, el agua corría desatendida sobre las verduras. Ryan se apoyaba en la encimera, una copa de vino suspendida a mitad de camino hacia su boca. Dos expresiones que capturaban extremos opuestos del espectro emocional.

—¿April? —La voz de Mamá fue más aguda de lo habitual, la incredulidad daba forma a mi nombre convirtiéndolo en una pregunta.

La mirada de Ryan viajó de mi rostro hacia abajo, la satisfacción evidente en su asentimiento casi imperceptible. Misión cumplida. Requisitos satisfechos.

—¿Adónde diablos vas vestida así? —continuó Mamá, el shock transformándose rápidamente en preocupación.

Vacilé, dándome cuenta de que Ryan no me había proporcionado este elemento del guión. —Solo salgo. Con amigos.

—¿Qué amigos? —Mamá cerró el grifo. Se secó las manos con un paño de cocina. —No irás así vestida.

La sonrisa de Ryan se ensanchó levemente. El titiritero, disfrutando del giro inesperado de la trama de su producción.

—Tengo veinticinco años, Mamá —respondí, la incomodidad haciéndome defensiva. —Puedo vestir como quiera.

—No en esta casa. —Avanzó, la autoridad maternal irradiando desde su metro cincuenta y cuatro. —Parece que estés anunciando servicios. Profesionales.

La ironía de su declaración casi me dobla las rodillas. Ryan emitió un pequeño sonido de asfixia, disfrazando una risa inapropiada como una tos.

—Es solo un vestido. —Tiré inútilmente del bajo que desafiaba cualquier extensión.

—Eso no es un vestido. Es una servilleta con ambiciones. —Mamá se cruzó de brazos y sacó a relucir una autoridad que no le había visto desde mi adolescencia. —Sube arriba y cámbiate por algo decente. Algo que no sugiera que cobras por horas.

Ryan dejó la copa de vino, aparentemente decidiendo que era necesaria una intervención. —Meg, cariño, las chicas jóvenes hoy en día se visten de forma diferente. La moda evoluciona.

—No hacia eso, no lo hace. —Mamá hizo un gesto hacia mi escote con expresiones de profunda desaprobación. —Se ve ridícula. Y tiritando. Es noviembre, por el amor de Dios.

Permanecí inmóvil entre ellos, la vergüenza inundando mi sistema con tal intensidad que no podía determinar su origen principal —el juicio de mi madre, la victoria manipuladora de Ryan, o mi propia obediencia patética.

—Creo que April se ve preciosa —continuó Ryan, su voz cargada de falso apoyo. —Quizá un poco dramático para una velada casual, pero

difícilmente inapropiado.

—No eres su padre —respondió Mamá con brusquedad, sorprendiendo a todos nosotros con su vehemencia. —Y eres un hombre. Pensarías que se ve preciosa incluso en una bolsa de basura si mostrara suficiente piel.

La expresión de Ryan parpadeó —asombro genuino rápidamente enmascarado por contrición. No había anticipado esta complicación narrativa.

Aproveché la oportunidad. —Tienes razón, Mamá. Es demasiado. Voy a cambiarme.

—Decisión sensata. —Asintió, visiblemente aliviada. —Hay ropa perfectamente bonita en tu armario que no te hace parecer que te hayas olvidado de la mitad.

Me retiré hacia las escaleras, teniendo cuidado de no tropezar con los tacones desacostumbrados. La mirada de Ryan me siguió, comunicando una advertencia silenciosa: *esto no ha terminado.*

En mi dormitorio, me quité el vestido, la tela se adhería a la transpiración nacida de la ansiedad más que de la temperatura. La prenda se agrupó en el suelo como algo desprendido, una piel abandonada durante una evolución incómoda.

Mi teléfono vibró con un mensaje de texto entrante:

Ponte el rojo mañana. Cuando esté en el trabajo.

La secuela ya encargada antes de que la actuación original se hubiera completado apropiadamente.

Me cambié por vaqueros y un jersey —ropa normal que se sentía como armadura después de la breve exposición en esa segunda piel

tóxica azul. Mi maquillaje persistía, pintura de guerra sin propósito ahora que la batalla había sido pospuesta.

En la planta baja, su conversación se había reanudado, la voz de Mamá llegando arriba a través de las vigas de piso de la era victoriana:

—No sé qué le ha pasado últimamente. Esa no es mi April.

La respuesta de Ryan llegó más suave, requiriendo que me esforzara por escuchar: —A veces la gente nos sorprende. Muestran facetas que no sabíamos que existían.

La observación contenía una verdad tan calculada que casi suelto una risa. En su lugar, examiné los otros vestidos colgados en mi armario —rojo, negro, esmeralda, violeta— cada uno más revelador que cualquier cosa que hubiera llevado incluso durante estafas profesionales.

Mañana traería nuevas actuaciones, nuevos disfraces, nuevas humillaciones. Pero esta noche, en este momento, Mamá había otorgado inadvertidamente un respiro temporal.

Había sido rescatada por la intervención materna de su propia capitulación.

Capítulo 13

April

Había algo horrible en ver a alguien que amabas bailar con el diablo, ajena a que el azufre le quemaba los pies. Mamá flotaba por nuestra cocina, recolocando flores que Ryan había traído – flores de supermercado que probablemente había seleccionado mientras enviaba mensajes a su abogado y planeaba mi siguiente humillación.

La observé desde la puerta, calculando vectores de aproximación como una estratega militar. Tres semanas desde el incidente del vestido azul, y Ryan había escalado su campaña. Cuando mamá trabajaba hasta tarde, yo modelaba ropa comprada con su tarjeta de crédito negra. Cuando ella regresaba de improviso, él inventaba historias sobre mis supuestas transgresiones – una taza rota aquí, un buzón de voz misteriosamente eliminado allá.

—¿Necesitas ayuda? —entré en la cocina, deliberadamente casual.

Mamá se sobresaltó, casi dejando caer un lirio. —Dios, April. Lleva un cencerro.

—Lo siento. —Reclamé la silla más lejana del lugar habitual de Ryan, buscando contacto visual óptimo—. Pensé que podríamos hablar. Solo nosotras.

Sus manos se detuvieron, luego reanudó su empeño con el arreglo floral. —¿Sobre?

—Ryan.

El nombre se quedó suspendido entre nosotras, cuatro letras conteniendo meses de terror no expresado.

Los dedos de mamá se inmovilizaron contra un tallo. —¿Qué pasa con él?

Inhalé lentamente, organizando pensamientos caóticos en algo que se pareciera a la coherencia. ¿Cómo comprimir meses de batalla en oraciones digeribles? *¿Recuerdas ese momento en que vendí compañía a hombres adinerados? Historia divertida – tu novio era mi cliente. Además, te está aislando sistemáticamente mientras me acosa sexualmente. ¿Tomamos té?*

—No creo que sea quien tú crees que es —dije en su lugar.

Los hombros de mamá se tensaron bajo su rebeca. —¿Qué quieres decir?

—No es… genuino. Contigo. —Cada palabra parecía frágil, insegura de cómo sería recibida.

Se giró, su expresión oscilando entre la preocupación y la defensa. —Es toda una acusación.

—Lo sé. —Me incliné hacia delante, los codos sobre la mesa – la postura de las confesiones y las entrevistas policiales—. ¿Has notado cómo habla de mí cuando no estoy presente? ¿Cómo desaparecen cosas cuando él es la única otra persona en casa?

—April…

—Me toca, mamá. —La confesión salió a borbotones, sin planearlo y cruda—. Cuando no estás mirando. Cosas pequeñas – la mano en mi espalda, sus dedos en mi cintura. Nada que pueda probar, nada lo bastante dramático como para ponerle nombre. Pero constante. Deliberado.

El rostro de mamá se drenó de color, su boca se abrió en una «o» perfecta de asombro.

—Es absurdo —susurró, pero la duda ya se había colado en su voz – una grieta microscópica en su narrativa perfecta.

—No me lo inventaría. —Extendí la mano hacia la suya, encontrándola fría y rígida bajo mis dedos—. No es quien tú crees que es. Él es—

La puerta principal se abrió, con un timing teatral, cortando mi revelación en seco.

—Hola. —La voz de Ryan se proyectó desde el pasillo, su calidez artificial sin lograr enmascarar el frío subyacente—. Algo huele maravilloso.

Mamá retiró su mano de la mía, el conflicto visible en su expresión – a medio camino entre la creencia y la negación, atrapada en el purgatorio maternal.

—En la cocina —llamó, con un esfuerzo por sonar normal.

Ryan apareció en la puerta, gotas de lluvia aferrándose a su abrigo, elementos decorativos en lugar de las lágrimas del tiempo. Sus ojos catalogaron la escena – nuestras posiciones, expresiones, la tensión crepitando entre nosotras.

—¿Todo bien? —preguntó, su mirada fijándose en la mía, una advertencia silenciosa.

—Bien —respondió mamá demasiado rápido—. Solo poniéndonos al día.

Ryan se acercó a ella, besando su mejilla mientras su mirada permanecía fija en mí. —April parece disgustada. ¿Pasa algo?

—Nada que valga la pena discutir —murmuré y me retiré de una confrontación que no estaba preparada para terminar.

—De hecho… —Ryan se deslizó entre nosotras—. Necesito la opinión de April para algo bastante urgente.

Sacó su teléfono, mostrando un correo con renderizaciones arquitectónicas. —El contratista necesita decisiones inmediatas sobre el proyecto de Bedminster. ¿Te importaría mucho si tomo prestada a tu hija durante media hora? Emergencia empresarial.

Mamá vaciló, mirando entre nosotras con sospecha.

—Está bien —dije, ya pensando en enfoques alternativos. Esta batalla estaba perdida, pero no la guerra—. Terminaremos nuestra charla más tarde.

Ryan me guió hacia el salón, su mano suspendida cerca de la parte baja de mi espalda, sin llegar a tocarme – un gesto invisible para mamá pero inconfundible en su amenaza.

—Qué conversación tan apasionada —murmuró una vez que estuvimos fuera del alcance del oído—. ¿Compartiendo secretos familiares?

—Aléjate de mi madre.

Su sonrisa era fría y precisa. —Demasiado tarde para ultimátums, April. Mucho demasiado tarde.

Mantuve mi posición, sorprendida por la resolución repentina que me invadía. —Esto no ha terminado.

—No —convino, la satisfacción evidente en su expresión—. Apenas estamos empezando.

Los días se fundían unos con otros tras mi fallido intento de advertir a Mum. Nuestra casa se transformó en un laberinto de esquivas estratégicas y apariciones calculadas. La vigilancia de Ryan fue a más de un monitoreo ocasional a algo que se aproximaba al estudio científico: mis movimientos rastreados, catalogados y analizados.

Lunes: entré en la cocina para encontrarlo ya allí, un periódico creando la ilusión de lectura casual mientras su mirada seguía cada uno de mis movimientos por encima de la sección de finanzas.

—¿Has dormido bien? —preguntó, doblando el periódico.

—De maravilla —mentí y serví el café con unas manos que no delataban mi agotamiento por otra noche pasada atrancando la puerta de mi dormitorio con una silla.

Su mirada se detuvo en el escote de mi jersey —decepcionantemente modesto según sus estándares— antes de viajar hacia mi cara. —Tu madre mencionó que estabas inquieta. Dijo que te había oído paseando a las tres de la madrugada.

La información dio en el blanco: nada en nuestra casa permanecía privado. Incluso mi insomnio pertenecía a su colección de debilidades que explotar.

Miércoles: volví de una entrevista de trabajo genuina (asistente de marketing, vergonzosamente mal pagado pero gloriosamente legítimo) para encontrar a Ryan sentado en su coche fuera de nuestra casa. Sin entrar, sin irse, solo observando, el teléfono posicionado para capturar mi llegada. Documentando mi existencia como fotógrafos de fauna salvaje rastreaban especies en peligro de extinción.

Nuestras miradas se conectaron a través de su parabrisas. Levantó su taza de café en saludo burlón, sonrió con una calidez falsa que comunicaba hielo, luego regresó a su vigilancia.

Viernes: Mum trabajaba hasta tarde. Aproveché la oportunidad para revisar su dormitorio en busca de signos de la ocupación cada vez mayor de Ryan. Su cómoda exhibía nuevas fotografías: ella y Ryan en restaurantes que no podía permitirme, en jardines que nunca había visitado, sonriendo con extraños que se habían convertido en sus amigos mientras yo me había convertido en un apéndice inconveniente de su narrativa.

Algo frío rozó mi cuello —no un toque físico sino la sensación inconfundible de estar siendo observada. Me volví para encontrar a Ryan en el marco de la puerta, su hombro apoyado contra el quicio.

—¿Has perdido algo? —preguntó, su voz suave cargada de amenaza.

Me retiré, con las manos vacías y humillada, a mi dormitorio donde la privacidad se había convertido en algo teórico más que actual.

El martes siguiente, Ryan instaló un sistema de seguridad doméstico. —Para protección —explicó a Mum, quien asintió con la gratitud apropiada mientras yo pensaba en los ángulos de cada cámara, los puntos ciegos entre los sensores de movimiento, las capacidades de monitoreo que transformaban nuestro hogar en una exhibición de vigilancia.

—Puedes acceder a la transmisión de forma remota —demostró, mostrando a Mum cómo ver nuestra cocina, sala de estar y pasillo desde su teléfono—. Tranquilidad cuando trabajas hasta tarde.

Tranquilidad para él, quizás. Para mí, otra capa de confinamiento disfrazada de seguridad.

Para el jueves, su monitoreo había desarrollado propiedades casi sobrenaturales. Sabía que no había hecho ninguna llamada telefónica, que había recibido mensajes de texto (pocos) y pasaba demasiado tiempo en el baño (una de las únicas habitaciones sin cámaras). Su conocimiento se manifestaba en observaciones casuales a través de la mesa de la cena:

—Tu amiga Sarah te ha escrito antes —decía como si tal cosa—. Tu teléfono vibró mientras te estabas duchando.

No conocía a ninguna Sarah. El detalle fabricado sirviendo solo para enfatizar su atención constante.

—¿Disfrutaste ese podcast de crímenes reales? —preguntaría, haciendo referencia a algo que había escuchado con auriculares en mi dormitorio—. ¿El de la mujer que desapareció de su propia vida?

El subtexto nunca fue sutil: *Lo veo todo. Lo escucho todo. Lo sé todo.*

Domingo por la mañana, lo encontré clasificando nuestro correo en la mesa de la cocina. No solo el de Mum, el mío incluido, sobres ordenados cuidadosamente por remitente, tamaño e importancia aparente.

—CV's que no han sido entregados. —Deslizó un sobre grande hacia mí—. Quizás revises las direcciones.

El sobre había sido abierto, el contenido examinado, luego resellado con cuidado amateur. Mis solicitudes de empleo, mis rutas de escape intentadas, inspeccionadas y consideradas inadecuadas por el hombre que había hecho el escape necesario.

Esa noche, incapaz de dormir bajo el ojo rojo de la cámara, vi mi reflejo en la ventana de mi dormitorio. El vidrio reveló a una mujer que apenas reconocía: hombros encorvados, ojos nerviosos, la vigilancia de animales de presa que sienten depredadores en cada sombra.

En el reflejo distorsionado, algo se movió detrás de mí —una sugerencia de presencia más que una forma real. Me volví bruscamente para encontrar nada más que espacio vacío y el conocimiento de que el aislamiento hace que la mente conjure compañías, incluso amenazantes.

Quizás especialmente amenazantes.

Ryan había logrado lo que semanas de vigilancia pretendían: ahora me monitoreaba a mí misma a través de su mirada imaginada, una cámara psicológica más efectiva que cualquier hardware que hubiera instalado.

El cazador había transformado a su presa en presa y observadora simultáneamente: el sistema cerrado perfecto de ansiedad perpetua.

Una oportunidad rara se presentó el jueves por la mañana – Ryan había ido a Bath por negocios, y Mum trabajaba desde casa debido a las huelgas de transporte. Nuestra cocina recuperó su condición de territorio neutral, ya no su puesto de vigilancia sino simplemente una habitación con demasiados electrodomésticos y muy poco espacio de trabajo.

Encontré a Mum en la mesa, el portátil abierto, las gafas encaramadas en la nariz, hojas de cálculo financieras reflejadas en miniatura en cada lente. Meg Weston profesional, temporalmente restaurada.

—¿Té? —ofrecí, llenando ya la tetera.

Levantó la vista, sorpresa registrándose en mi aparición diurna. Me había vuelto nocturna últimamente, emergiendo solo cuando la población del hogar se reducía a números manejables.

—Eso sería encantador. —Se quitó las gafas y luego se frotó la marca en la nariz—. No me había dado cuenta de que estabas en casa.

—¿Dónde si no estaría? La pregunta tenía el filo de semanas de frustración acumulada.

—No lo sé. ¿Entrevistas de trabajo? ¿Biblioteca? Dondequiera que vayan los jóvenes durante las horas de luz.

Puse tazas en la mesa, reclamando la silla directamente enfrente en lugar de mi posición periférica habitual. Era hora de un compromiso directo en lugar de una evasión estratégica.

—Necesitamos hablar de Ryan.

La expresión de Mum se cerró como una tienda a la hora de cierre. —Esto no otra vez.

—Sí, esto otra vez. —Me incliné hacia adelante, invadiendo el espacio entre nosotras—. ¿Has notado la forma en que revisa nuestro correo? ¿Cómo monitorea mis movimientos como si estuviera bajo arresto domiciliario?

—Es cauteloso con la seguridad. Después de lo que le pasó a su esposa—

—¿Qué le pasó exactamente a su esposa? —la interrumpí—. ¿Te lo ha explicado alguna vez realmente?

Los ojos de Mum se entrecerraron, los mecanismos de defensa activándose. —Se cayó. Por las escaleras de su casa.

—Conveniente.

—¿Qué exactamente estás insinuando?

Moderé mi tono, desplazándome de la acusación a la indagación preocupada. —¿No te parece extraño cómo apareció en tu vida? ¿Qué rápido se mudó? ¿Cómo te ha aislado de todos excepto de él?

—No me ha aislado. —Enderezó papeles que no necesitaban enderezarse—. Veo gente. Tengo colegas, amigos.

—Nombra un amigo al que hayas visto sin Ryan en el último mes.

El silencio se extendió entre nosotras, matemático en su confirmación.

—Eso es lo que pensé —continué—. Te está controlando. Me está monitoreando a mí. Creando esta perfecta pequeña simulación de dicha doméstica mientras en realidad—

—Basta. —Mum golpeó la palma contra la mesa, el té salpicando sobre los bordes de las tazas en las proyecciones financieras—. Absolutamente basta.

Había encontrado esta versión de Meg Weston raramente – la directora administrativa que una vez había despedido a empleados por incompetencia, que había navegado la política corporativa antes de que el desastre financiero la redujera al comercio minorista de viveros.

—Esta rutina de celos es agotadora, April. —Secó los papeles mojados con una servilleta, sus movimientos precisos a pesar de su evidente ira—. Has sido hostil hacia Ryan desde el primer día. Cada amabilidad que ha mostrado, cada esfuerzo que ha hecho – los has rechazado todos con este ridículo berrinche adolescente.

—No es celos—

—¿Entonces qué? Porque desde donde estoy yo, parece notablemente una mujer de veinticinco años que no puede soportar que su madre tenga una vida fuera de ella.

La acusación impactó fuerte, encontrando vulnerabilidades de las que no me había dado cuenta.

—Eso no es lo que esto es —protesté, mi voz pequeña.

—¿No? —Mum abandonó la servilleta empapada, fijándome con una expresión que no había visto desde que incumplí el toque de queda a los dieciséis—. Examinemos las pruebas. Desde que Ryan llegó, has dejado tu trabajo, no has encontrado otro, te has vestido provocativamente para llamar la atención, has roto reliquias familiares, y ahora ¿qué? ¿Que es algún tipo de mastermind criminal?

Cada acusación se construyó sobre los cimientos que Ryan había cuidadosamente construido – April el problema, April la decepción, April la narradora poco fiable.

—No es quien crees que es —insistí, la desesperación agrietando mi voz—. Sé cosas sobre él—

—¿Qué cosas exactamente? —Cruzó los brazos, el escepticismo irradiando de su postura—. Porque hasta ahora no has ofrecido nada más que insinuaciones vagas y dramáticas adolescentes.

El momento se expandió, la oportunidad cristalizándose.

Cuéntale todo. Las estafas. El dinero. El papel de Ryan como tanto marca como manipulador. La verdad completa e inmediata que la devastaría pero podría salvarnos a las dos.

Mi coraje flaqueó en el último obstáculo.

—Solo lo sé —terminé lánguidamente.

Mum suspiró, la decepción evidente en el sonido. —Eso es lo que pensé. Sin pruebas, solo sentimientos. —Cerró el portátil y recogió sus papeles—. Te quiero, April. Eres mi hija y nada cambia eso. Pero necesitas aceptar que Ryan es parte de mi vida ahora. Una buena parte. Quizás la mejor parte que he tenido en años.

Se puso de pie, creando distancia física para igualar el abismo emocional que se expandía entre nosotras.

—Cuando estés lista para comportarte como un adulto, revisaremos esta conversación. Hasta entonces, agradecería algo de civilidad básica hacia el hombre que ha devuelto la felicidad a mi vida.

Me dejó en la mesa de la cocina, una salida profesional ejecutada con la exactitud de alguien acostumbrado a terminar reuniones incómodas.

Había sido superada por una certeza maternal más fuerte que cualquier prueba que no podía obligarme a presentar.

Capítulo 14

Meg

Perder la confianza de tu hija es como perder un órgano. Algo vital que desaparece, dejándote hueca en lugares que deberían estar llenos. Había pasado veinticinco años siendo todo para April: su brújula, su red de seguridad, su excusa permanente para no enfrentarse al mundo correctamente. Ahora me miraba como si fuese una extraña que hubiera entrado en nuestra cocina llevando el cárdigan de su madre.

—No entiendes lo que está haciendo —había dicho ayer, su voz quebrándose como hielo fino bajo un paso pesado.

Tenía razón. Yo no entendía. Ni la cuidadosa atención de Ryan a la seguridad de nuestro hogar. Ni su genuino interés en mis aburridas historias de oficina. Ni la manera en que notaba cuando me había cambiado el peinado o me había puesto un nuevo lápiz de labios. Después de décadas de invisibilidad, ser vista era embriagador.

El BMW de Ryan ronroneó en nuestro camino de acceso poco después de las siete. Desde la ventana de la cocina, lo observé recoger su maletín con una eficiencia que hacía que los movimientos ordinarios parecieran deliberados. La lluvia le había oscurecido el cabello, dándole una vulnerabilidad juvenil que contrastaba con su compostura habitual.

—Algo huele magnífico —anunció, entrando en nuestro recibidor y colgando su abrigo en nuestros ganchos desparejados.

—Solo un simple asado —repliqué, complacida por lo casual que sonaba, como si hombres adinerados de trajes a medida aparecieran regularmente para cenar en nuestro anodino adosado.

Me besó la mejilla, su colonia envolviéndome en una niebla cara. —¿Dónde está nuestra residente escéptica?

—Fuera. Entrevista de trabajo. —Otra mentira para añadir a nuestro repertorio. April había huido hacia arriba hace tres horas, cerrando la puerta con una fuerza innecesaria.

—Progreso al fin. —Ryan descorchó vino. Aunque no me ilusione demasiado con un empleo real.

Comprobé el horno, evitando su mirada. Nuestra cocina parecía más pequeña cuando él la ocupaba, como si las paredes se contrajeran alrededor de su presencia.

—Estaba pensando —comencé, apuntando a la despreocupación y errando por varios kilómetros—, nunca hablas realmente sobre Eliza.

El nombre se quedó suspendido entre nosotros, inapropiado y poco bienvenido, como un pedo en un funeral.

Los movimientos de Ryan se entrecortaron casi imperceptiblemente, el vino deteniéndose a medio camino hacia una copa. —¿Qué ha motivado esto?

—Solo curiosidad. Sobre tu vida anterior. —*Antes de mí. Antes de nosotros.* Antes de lo que fuera que estuviéramos construyendo sobre las ruinas de su tragedia.

Vertió, el líquido ascendiendo. —No hay mucho de qué hablar. Vivió. Murió. Bastante repentinamente.

—El accidente —dije.

Su sonrisa se tensó en las comisuras. —¿Es eso lo que ha estado discutiendo April contigo? ¿Mi tragedia personal?

—No, solo—

—Porque parece poco propio de ella desarrollar de repente interés en mi pasado cuando ha dejado clara su opinión sobre mi presente.

El temporizador sonó, áspero y acusatorio. Lo silencié, comprándome segundos para recalibrar.

—Me interesa tu vida —dije finalmente—. Toda.

Ryan me observó con una expresión que no podía descodificar completamente. No era cólera, no exactamente, sino algo como el primo más peligroso de la decepción.

—Eliza era hermosa —dijo tras una pausa—. Culta. Del tipo de familia que tiene reliquias en lugar de posesiones. —Sus dedos tamborilearon una sola vez contra la encimera—. Nos conocimos en una subasta benéfica. Ella me superó en la puja por un paisaje más bien mediocre, luego me invitó a cenar para "consolarme".

—Suena encantadora.

—Era complicada. —Su mirada se desvió más allá de mí para enfocarse en algo invisible—. Nuestro matrimonio fue… desafiante. Tenía expectativas que no siempre podía satisfacer.

Asentí, insegura de qué respuesta requerían tales confesiones vagas.

—La noche que murió —continuó Ryan, su voz bajando a un susurro casi inaudible—, habíamos discutido. Sobre finanzas, irónicamente. La escalera en nuestra casa de Clifton es bastante pronunciada. Los arquitectos victorianos no priorizaban la seguridad.

La imagen se formó contra mi voluntad: una mujer en ropa cara, cayendo a través de la oscuridad hacia el mármol implacable.

—Lo siento —ofrecí, las palabras inadecuadas incluso mientras salían de mi boca.

Ryan se encogió de hombros, el gesto desestimando meses de duelo. —Historia antigua ahora. —Su sonrisa regresó, profesional y perfecta—. Tú eres mi presente, Meg. Mi segunda oportunidad inesperada.

Se acercó más, su mano asentándose en mi cintura. —Ahora, ¿disfrutamos de la cena sin la presencia enfurruñada de tu hija? Un raro regalo.

Me incliné hacia su contacto, absorbiendo la solidez de él, la certeza que llevaba como otros llevan cambio suelto. Desde arriba llegó el sonido tenue de la puerta de la habitación de April abriéndose, seguido de pasos cuidadosos a través del rellano.

—Por nosotros —murmuró Ryan, levantando su copa como si no acabara de mentir.

Por encima de nuestras cabezas, mi hija se movía como un fantasma por habitaciones que una vez le habían pertenecido tanto como a mí. Ahora éramos todos solo ocupantes temporales en una casa que Ryan parecía determinado a poseer, ladrillo a ladrillo desaprobador.

—Por nosotros —repetí y choqué cristal contra cristal, el sonido tan afilado y final como el golpe de un juez.

El silencio tenía una textura en nuestra casa ahora – áspera y fibrosa como una moqueta barata, irritando cada superficie que tocaba. Ryan y yo danzábamos alrededor de él, esquivando el vacío con forma de April que se expandía cada día. Ella había desarrollado un talento para la evaporación, la materia sólida transformándose en nada cada vez que Ryan entraba en una habitación.

Cuando se veía forzada a estar cerca de él, mi hija se convertía en alguien que apenas reconocía. Desaparecía la chica cálida e ingeniosa que podía engatusar a los tenderos para que le hicieran descuentos. En su lugar se erguía esta criatura frágil, toda ángulos y movimientos súbitos, observando a Ryan con la vigilancia concentrada de alguien que espera un ataque.

—Pasar la pimienta sería lo tradicional —dijo Ryan en la cena, su voz cargada de ese tono – suave pero de algún modo expectante – que los adultos usaban con los niños testarudos.

Los dedos de April se cerraron alrededor del pimentero, sus nudillos empalideciendo. —Aquí está.

Lo deslizó por la mesa, y se detuvo a tres centímetros de su plato. No lo lanzaba, no exactamente lo colocaba. Un calibrado perfecto de esfuerzo mínimo y desprecio máximo.

—Gracias —replicó él, su sonrisa intacta, aunque algo parpadeó detrás de sus ojos – rápido recalculo, ajuste menor. —Cordero delicioso, Meg. Te has superado a ti misma.

Asentí, mi boca demasiado llena para responder, observando este extraño tableau desplegarse sobre nuestro nuevo mantel (regalo de Ryan, algodón egipcio, obscenamente caro).

—Así que —continuó Ryan, secándose los labios—, ¿alguna novedad en el frente laboral, April?

Su tenedor repiqueteó contra la porcelana. —¿Por qué el interés constante en mi situación laboral?

—Solo hago conversación.

—No. Estás haciendo un punto. —Se irguió, sus hombros cuadrándose, como una boxeadora entrando en el ring. —Que estoy

desempleada. Que soy dependiente. Que no estoy contribuyendo. Mensaje recibido, repetidamente.

Ryan levantó las manos, toda inocencia herida. —Me malentiendes.

—Te entiendo perfectamente. —La voz de April había adquirido un nuevo filo recientemente, algo lo suficientemente afilado como para atravesar su compostura. —Mejor de lo que crees.

El cordero se coaguló en mi plato, mi apetito desvaneciéndose bajo su esgrima verbal. Me aclaré la garganta, desesperada por un territorio neutral.

—Mis petunias están saliendo muy bonitas.

Ninguno de los dos reconoció mi desviación hortícola.

—Quizá —sugirió Ryan, su voz suave—, tu dificultad para conseguir trabajo provenga del enfoque más que de la oportunidad. Estaría encantado de revisar tu CV.

La risa de April fue áspera y singular. —Preferiría pedirle a un zorro que cuidara de conejos.

—¡April! —exclamé, la vergüenza acalorando mis mejillas. —Eso es más que suficiente.

—¿Lo es? —Se giró hacia mí, sus ojos inquietantemente brillantes. —¿Es suficiente, mamá? ¿O siempre hay sitio para más? ¿Más crítica, más vigilancia, más control?

La mano de Ryan encontró la mía bajo la mesa, cálida y tranquilizadora, anclándome a su realidad en lugar de a la de ella.

—Creo —dijo cuidadosamente— que tu madre merece algo mejor que esta hostilidad constante.

—Mi madre merece algo mejor que tú.

La frase cayó como si fuera un golpe físico, dejándonos a todos aturdidos en un silencio momentáneo. Luego los hombros de Ryan se relajaron, su expresión se desplazó hacia algo parecido a la lástima.

—Entiendo que estés pasando un mal momento —dijo. —El cambio es difícil, especialmente cuando la vida de uno carece de dirección. Quizá la terapia podría—

—No me psicoanalices. —April se levantó abruptamente, la silla rasguñando contra el suelo. —Tu diagnóstico amateur no es ni deseado ni preciso.

—April, por favor —intenté, mi voz pequeña. —Solo estamos intentando ayudarte.

—¿Estamos? —Enfatizó el pronombre como si fuera prueba en un enjuiciamiento. —No hay «estamos» en este escenario, mamá. Estamos tú y yo – siempre ha sido así. Y luego está él.

Ryan suspiró, el sonido comunicando paciencia de larga duración. —Esto no es productivo.

—Tampoco lo es esta relación, pero aquí estamos. —April reunió su plato, sus movimientos entrecortados de emoción reprimida. —Disfrutad del resto de la cena. He perdido el apetito.

Después de que se fue, Ryan rellenó nuestras copas de vino con manos firmes que no revelaban nada de lo que acababa de suceder.

—Lo siento —dije, la disculpa emergiendo reflexivamente. —Ella no suele ser tan…

—¿Hostil? ¿Paranoica? ¿Irrespetuosa? —Él suministró los adjetivos con desapego. —No necesitas disculparte por ella, Meg. No eres responsable del comportamiento de tu hija adulta.

Pero lo era, ¿no es así? Cada palabra áspera de la boca de April se sentía como mi fracaso. Cada acusación contra Ryan reflejaba mi pobre juicio. La matemática de la culpa de una madre: todo multiplicado, nada dividido.

—Se adaptará —insistí, más para mí que para él. —Solo necesita tiempo. Y espacio. Quizá podamos hablar de los arreglos de vida en algún momento y encontrar algo más conveniente.

Ryan asintió, sin estar convencido. —Por supuesto. En algún momento.

Su mano cubrió la mía de nuevo, sus dedos trazando pequeños círculos en mi piel. Arriba, la puerta de la habitación de April se cerró de golpe, el sonido reverberando por nuestra casa.

—Pobre Ryan —murmuré, intentando ligereza. —No es exactamente la cena familiar tranquila en la que te habías apuntado.

Su sonrisa emergió, lenta y cuidadosa. —Sabía en qué me estaba metiendo. —Levantó mi mano y presionó sus labios contra mis nudillos. —Algunos tesoros merecen la pena a pesar de los problemas que les rodean.

El cumplido me calentó incluso mientras algo frío se asentaba en mi estómago – la inquietud echando raíces junto a la gratitud. Atrapada entre ellos, estaba perdiendo algo precioso, independientemente de la dirección hacia la que me girara.

Ryan me sorprendió observándolos de nuevo – esa coreografía cuidadosa en la que April salía de cualquier espacio en el que él entraba. Como imanes opuestos, se repelían mutuamente. Su rostro

se compuso en algo que se asemejaba a la preocupación, las cejas juntándose lo justo para comunicar empatía sin crear arrugas no deseadas.

—¿Todo bien? —preguntó, aunque ambos sabíamos que no era así.

Asentí automáticamente, la respuesta condicionada de una mujer que había pasado décadas fingiendo que las cosas iban bien cuando demostradamente no era así. La luz matutina iluminaba partículas de polvo entre nosotros, diminutos testigos de otra mentira doméstica.

La puerta del dormitorio de April se había cerrado de un portazo hace diez minutos. Tercera vez esta semana, y aún era miércoles. El sonido se había convertido en la puntuación de nuestro hogar – el punto final que cerraba conversaciones, el signo de exclamación que enfatizaba el desagrado.

—Bueno, en realidad —comencé, sorprendiéndome a mí misma con una resolución súbita—, ¿podríamos hablar? Apropiadamente, me refiero.

Ryan consultó su reloj – ese reloj obscenamente caro que probablemente costaba más que tres meses de mi salario. —Tengo veinte minutos antes de mi conferencia. ¿Es suficiente?

Lo conduje al jardín, lejos de cámaras de seguridad y de mi hija fisgona. El aire de diciembre mordía la piel expuesta, pero acogí con agrado la claridad que el frío traía. Mis plantas se estremecían en sus macetas, sin saber si rendirse a la inevitabilidad del invierno.

—Estoy preocupada por ti. —Observé cómo su aliento formaba nubes que se desvanecían contra el cielo gris.

Su sorpresa pareció genuina. —¿Por mí?

—Esta situación con April. La tensión constante. No puede ser lo que asumiste cuando comenzamos a salir juntos.

Ryan sonrió, la expresión casi alcanzando sus ojos. —Las relaciones incluyen a la familia de la otra persona, Meg. Lo sabía desde el principio.

—Pero no así. —Me abroché el cárdigan con más fuerza, una barrera inadecuada contra el frío húmedo. —La hostilidad, las acusaciones, la atmósfera cada vez que estáis los dos en casa. Se ha vuelto insoportable.

Su postura cambió, los hombros relajándose en algo que comunicaba apertura, vulnerabilidad. Un hombre exponiendo su vientre tierno.

—He estado debatiendo si hablar de esto contigo —dijo, su voz bajada como si intercambiáramos secretos de Estado en lugar de drama familiar. —No quería interponerme entre vosotras dos.

—¿Hablar de qué?

Suspiró, el sonido cargado de reticencia teatral. —He notado ciertos… patrones preocupantes en el comportamiento de April.

—¿Cómo?

—Cambios de humor impredecibles. Paranoia. Fabricación de escenarios que nunca ocurrieron. —Sus dedos trazaban patrones en la mesa del jardín, diminutos mapas invisibles. —¿Siempre ha sido propensa a… la imaginación?

La pregunta iba cargada de implicaciones. Consideré la April que había criado – aguda, a veces manipuladora, ocasionalmente económica con la verdad, pero nunca delirante.

—Es creativa —ofrecí débilmente.

—Existe la creatividad, y luego existe construir ficciones elaboradas sobre personas que a uno le desagradan. —Su voz se mantuvo

suave, casi apologética. —Ha hecho algunas afirmaciones inquietantes sobre mí, Meg. Cosas que nunca ocurrieron.

Mi estómago se contrajo. —¿Qué afirmaciones?

—Que la toco inapropiadamente. Que monitoreo sus comunicaciones. Que la he amenazado. —Cada acusación fue medida, como si presentara pruebas en un tribunal. —Se ha convencido a sí misma de que soy algún tipo de villano en su narrativa.

Un frío que nada tenía que ver con diciembre se infiltró por mis venas. Las acusaciones de April de hace semanas – las manos de Ryan, la vigilancia de Ryan, el control de Ryan – resonaban en mi memoria con una claridad incómoda.

—¿Por qué diría tales cosas? —La pregunta salió frágil, incierta.

La expresión de Ryan comunicó compasión perfecta. —He consultado discretamente con un colega que se especializa en trastornos psicológicos. Sugirió varias posibilidades, ninguna particularmente reconfortante.

—¿Trastornos psicológicos? —Mi voz se elevó a pesar de los intentos por mantener la compostura. —Mi hija no es una enferma mental.

—Por supuesto que no —se retractó suavemente. —Mala elección de palabras. Pero su comportamiento exhibe patrones preocupantes. El desempleo súbito. El aislamiento. Las entrevistas de trabajo fabricadas. Las aserciones paranoides.

Cada elemento de su lista correspondía a ocurrencias reales que había presenciado. Ese era el problema de la versión de Ryan: contenía suficiente verdad verificable para hacer que las partes no verificables parecieran plausibles.

—Solo está lidiando con el cambio —insistí, aunque la duda ya había plantado sus semillitas desagradables. —Con nosotros.

Ryan asintió, exudando comprensión. —Eso probablemente es parte de ello. Aunque hay algo más que me resulta difícil mencionar.

—¿Qué?

—El dinero ha desaparecido de mi cartera dos veces ahora. Cantidades pequeñas – cincuenta aquí, setenta allá. Nada que merezca ser confrontado.

La acusación aterrizó afilada, encontrando su objetivo en mis miedos más profundos acerca de las misteriosas fuentes de ingresos de April a lo largo de los años.

—¿Crees que te está robando?

—Creo —respondió cuidadosamente— que el desempleo genera desesperación. Que la juventud frecuentemente justifica comportamientos poco éticos a través del relativismo moral. Que las personas con un historial de irregularidades financieras frecuentemente revierten a patrones establecidos bajo estrés.

—¿Irregularidades financieras? —repetí, insegura de lo que quería decir.

La expresión de Ryan sugirió que había dicho más de lo que pretendía. —Solo una observación basada en ese misterioso trabajo en la cafetería que financió tu electricidad durante años. —Consultó su reloj de nuevo. —Debería prepararme para mi llamada.

Me besó la frente, el gesto tierno a pesar de nuestra conversación sombría. —No te preocupes en exceso, Meg. Resolveremos el asunto de April juntos.

Mientras caminaba de regreso hacia la casa, los hombros cuadrados contra el avance del invierno, permanecí entre mi lavanda angustiada, incapaz de determinar qué era más inquietante – los posibles delirios de April o el catálogo que Ryan había hecho de ellos.

La posibilidad más terrible – que uno de ellos estuviera mintiendo deliberada y exhaustivamente – se sentía demasiado enorme para contemplarla en una mañana de miércoles con conferencias que preparar y política de oficina que navegar.

Algunas verdades son demasiado grandes para los días ordinarios. Algunas revelaciones requieren contenedores especiales. Hoy no era lo suficientemente grande para sostener ninguna de las dos.

Capítulo 15

April

Fijé la vista en el calendario del móvil, tres entrevistas de trabajo parpadeando como faros acusadores. Asistente de marketing. Coordinadora administrativa. Representante de atención al cliente. Empleo legítimo con nóminas regulares.

—Fascinante —musité a mi reflejo mientras eliminaba las notificaciones.

La mujer del espejo tenía un aspecto casi presentable. Blusa planchada, maquillaje discreto, cabello peinado para sugerir competencia sin amenazar egos masculinos. April Weston, futura empleada. Un personaje que había construido con menos entusiasmo que cualquier otro papel anterior.

Abajo, la casa estaba vacía. Mamá en el trabajo, Ryan presumiblemente aterrorizando a promotores inmobiliarios en algún lugar. Por una vez, podía respirar sin calcular el coste del oxígeno.

Mi portátil mostraba mi investigación: sitios de noticias financieras, fotografías de galas benéficas, perfiles de LinkedIn de hombres cuyas cuentas bancarias superaban su inteligencia emocional. Territorios de caza digital.

Llevaba días rastreando a una víctima potencial. El perfil habitual: divorciado recientemente, ingresos discrecionales, una soledad que alguien como yo podría llenar temporalmente.

Comprobé la hora. Entrevista uno: noventa minutos a partir de ahora. Entrevista dos: a cuatro horas. Entrevista tres: mañana por la mañana.

La decisión se cristalizó con una claridad sorprendente. ¿Por qué luchar a través de conversaciones artificiales sobre «mayores debilidades» cuando podía volver a territorio familiar?

—Un último trabajo —prometí a nadie en particular.

Abandoné el atuendo de entrevista por camuflaje urbano: vaqueros anodinos, jersey sencillo, cabello metido bajo un gorro de lana. La vigilancia profesional requería invisibilidad, no atractivo.

Comprobé el horario de mi objetivo, compilado a partir de migajas de redes sociales y escuchas estratégicas. Los jueves significaban comida en esa brasería de precios exorbitantes, seguida de una hora en la galería, luego copas con tipos financieros con problemas similares.

Una criatura de costumbres. El tipo más fácil de cazar.

Mi móvil vibró cuando salí: la primera entrevista enviando un recordatorio. Lo eliminé sin interrumpir el paso.

La brasería ocupaba una ubicación privilegiada junto a la orilla. Me posicioné en una parada de autobús enfrente, guía turística en la mano: la señal universal de alguien que tenía un motivo para estarse quieto.

Llegó a la hora, con ese aire de riqueza que nunca ha cuestionado su bienvenida. Desde esta distancia, no era más que un conjunto de elementos: reloj caro, traje hecho a medida, postura segura.

Documenté a su acompañante durante la comida mientras se sentaban junto a la ventana (mujer, profesional, no romántica), su selección de vino (predeciblemente pretenciosa), sus costumbres de propina (generosa pero performativa). Cada detalle otro píxel en la imagen compuesta que estaba construyendo.

Cuando se dirigió a la galería, lo seguí a una distancia prudente. Dentro, me convertí en otro parroquiano olvidable, la libreta sugiriendo estudiante de arte más que depredadora.

Mi móvil vibró de nuevo: la entrevista uno, preguntándose dónde estaba. Lo silencié sin mirar, el enfoque absoluto en mi objetivo mientras fingía apreciar arte que probablemente costaba más que nuestra casa.

Este era el trabajo real de una estafa: no el coqueteo ni las historias fabricadas, sino la observación meticulosa. Entender movimientos, preferencias, vulnerabilidades. La vigilancia que transformaba hombres ricos al azar en objetivos específicamente explotables.

Entró en un bar de lujo, y mi segunda entrevista envió un recordatorio. Eliminar. El primer entrevistador envió un correo educadamente decepcionado. Eliminar.

Encontré una cafetería enfrente, pedí el té más barato disponible, y continué con mi observación. Cada interacción revelaba algo explotable: su necesidad de dominar conversaciones, su generosidad performativa, sus respuestas predecibles a la atención femenina.

Mi móvil vibró una última vez. La tercera entrevista, confirmando la cita de mañana. Dudé, el pulgar suspendido sobre la pantalla.

La vida legítima esperaba al otro lado. Ingresos regulares. Fiestas navideñas de oficina. La existencia ordinaria que Ryan nunca podría usar en mi contra.

Eché un vistazo a mi objetivo, calculando su patrimonio neto contra el posible salario inicial. Las matemáticas no eran sutiles.

—Lo siento —murmuré mientras enviaba un correo de cancelación educado.

La víctima terminó su bebida y se dirigió hacia la salida. Recogí mis cosas, lista para seguirlo hasta su siguiente ubicación predecible.

Un último timo. Una última actuación. Quizá entonces legitimidad.

Pero no hoy. Hoy me pertenecía la comodidad familiar de observar en lugar de ser observada, de cazar en lugar de ser cazada.

Mi teléfono permanecía en silencio ahora, las oportunidades de empleo evaporándose mientras volvía al trabajo que mejor entendía: transformar las debilidades de los hombres en mi seguridad financiera.

Había perfeccionado el arte de observar a otras familias como si fueran especímenes en un museo. Desde mi banco estratégicamente seleccionado al otro lado del parque, podía verlo con sus hijos —un niño y una niña, ambos en edad de primaria, riendo mientras los impulsaba en los columpios, su entusiasmo exagerado. El padre divorciado perfecto sacando el máximo partido a su fin de semana de custodia.

Mi café se había enfriado hace una hora, pero la taza proporcionaba el camuflaje necesario. Una joven más disfrutando del parque, desde luego nada que sugiriera que era una depredadora estudiando a su presa.

Tres días desde que había cancelado esas entrevistas. Tres días de vigilancia cada vez más elaborada —siguiendo a mi objetivo potencial desde su oficina en el distrito financiero hasta su apartamento de soltero hasta esta actuación familiar cuidadosamente mantenida en un parque.

Levantó a su hija más alto en el columpio, y su reloj caro captó la luz de la tarde. Riqueza exhibida incluso en contextos casuales —las zapatillas de diseñador, el jersey de cachemira que parecía deliberadamente poco arreglado. Dinero intentando desesperadamente no parecer dinero.

El colgante de zafiro se sentía inusualmente pesado en mi bolsillo —había empezado a llevarlo constantemente, tanto talismán como prueba. Su peso me recordaba lo que los hombres como él verdaderamente eran bajo sus actuaciones de padre perfecto.

Mi mente se remontó a Ryan esa noche en su casa de Clifton, cuando había terminado nuestro acuerdo y él se había derrumbado en el suelo de madera noble. El recuerdo había estado corroéndome últimamente, una astilla abriéndose paso hacia algún órgano vital.

Sus hombros habían temblado con lo que yo había interpretado como pesar falso —otra manipulación de un hombre que las coleccionaba como otros coleccionaban arte. —Por favor, no me dejes —había susurrado, su voz quebrándose de una manera que no parecía genuina.

Me había marchado, guardándome el colgante de su difunta esposa con la naturalidad de quien se cree con derecho a una compensación.

¿Pero y si su derrumbe no había sido una actuación? La pregunta emergió inoportuna e involuntaria. Observé a mi objetivo atrapar a su hijo, haciéndolo girar mientras el niño chillaba de alegría.

¿Y si, bajo la manipulación sociópata y venganza de Ryan, existía algo auténticamente roto?

Mi objetivo dejó a su hijo mareado en el suelo, revolviendo su cabello. Su ex esposa apareció en la entrada del parque —esbelta, elegantemente vestida, cara tensa con lo que parecía neutralidad. El baile del traspaso de custodia comenzó —bolsas de niños

intercambiadas, conversación incómoda sobre actuaciones escolares y citas con el dentista.

El recuerdo se desplazó de nuevo: Ryan de rodillas, su fachada compuesta desmoronándose. —Todos se van —había dicho. Padres. Eliza. Ahora tú.

¿Podría el trauma crear monstruos? ¿Podría el dolor genuino transformarse en la crueldad que Ryan ahora infligía? El pensamiento era más perturbador que creer que simplemente era malvado —sugería complejidad donde yo prefería simplicidad, humanidad donde yo necesitaba monstruosidad.

Había construido mi carrera entendiendo las vulnerabilidades de los hombres. En encontrar las grietas en su armadura y explotarlas para obtener ganancias financieras. Sin embargo, con Ryan, había fracasado al reconocer si su derrumbe representaba una fractura genuina o un desempeño magistral.

Mi objetivo abrazó a sus hijos despidiéndose, manteniendo su sonrisa hasta que desaparecieron con su madre. Entonces sus hombros se hundieron, la actuación terminando con la partida de su audiencia. Se dejó caer pesadamente en un banco, frotándose la cara con manos que de repente parecían más viejas.

Reconocí ese momento —el instante en que la máscara se desliza y aparece el agotamiento auténtico. Lo había visto en el espejo innumerables veces después de mis propias actuaciones.

El paralelo se sentaba incómodamente e indeseado. Mi objetivo y Ryan —hombres que interpretaban un papel para diferentes audiencias. Ambos mostrando caras calculadas al mundo mientras escondían cualquier verdad que existiera debajo.

Y yo —camaleón psicológico adaptando mis colores a mi entorno. Construyendo simulaciones de humanidad mientras intentaba sacar alguna ventaja.

¿Había reconocido algo familiar en Ryan ese primer día en la biblioteca? ¿Alguna calidad de imagen especular que lo hacía el objetivo perfecto y la némesis perfecta simultáneamente?

Mi objetivo revisó su reloj caro, se compuso y se dirigió hacia la salida del parque. Debería seguirlo, documentando su próxima parada predecible —probablemente ese bar de vinos donde los padres divorciados ahogaban las penas del fin de semana de custodia en Burdeos demasiado caro.

En su lugar, permanecí fija en el banco, incapaz de determinar qué me perturbaba más —la posibilidad de que Ryan fuera exactamente el monstruo que creía que era, o la posibilidad de que no lo fuera. Que bajo su fantasía de venganza se escondiera algo roto que podría explicar su crueldad sin excusarla.

El colgante de zafiro pesaba mucho en mi bolsillo —prueba de mi propia capacidad para la crueldad disfrazada de justicia.

Observé a mi objetivo desaparecer alrededor de la esquina, de repente insegura de si era cazadora o cazada en mi propia narrativa.

La casa me recibió con su nuevo silencio – no la sosegada quietud de la soledad, sino la ausencia cargada de sonido que sugería que alguien escuchaba mis movimientos. Me había acostumbrado a esta clase de quietud, la quietud impuesta por Ryan que transformaba nuestro hogar en algo parecido a una prisión.

Me quité las zapatillas en el pasillo, deliberadamente arrastrándolas contra la hilera ordenada de zapatos que él había dispuesto como sospechosos en una rueda de identificación. Las pequeñas rebeliones eran lo único que me quedaba.

La cocina estaba vacía, aunque evidencias de la presencia de Ryan perduraban – una taza de café a medio vaciar posicionada exactamente en su posavasos, el periódico doblado, las superficies brillando con el brillo antinatural que él había importado junto con su domesticidad pasivo-agresiva.

Abrí la nevera, escaneando su contenido para el cual no tenía apetito. Todo etiquetado con su minuciosa letra, como si nuestra comida requiriese documentación, como si incluso nuestras compras no pudieran escapar de su categorización obsesiva.

Desde arriba llegó el tenue sonido de tecleo – Ryan «trabajando desde casa», lo cual realmente significaba monitorizar mi existencia desde el dormitorio de invitados que había convertido en despacho. Su puesto de vigilancia en territorio enemigo.

Prepararía un té que no deseaba, el ritual familiar proporcionando consuelo momentáneo. Mientras el hervidor bullía, me sorprendí contemplando lo imposible: una tregua con Ryan.

La idea había estado formándose desde el parque, creciendo de brote a arbolillo mientras observaba a mi objetivo con sus hijos. Si la complejidad existía en él – en este desconocido que había observado – ¿no podría existir también en Ryan? ¿Algo más allá de la fantasía de venganza sociópata que había construido? ¿Alguna humanidad bajo el disfraz de monstruo?

Quizás más importante aún: ¿tenía alguna opción excepto intentar la negociación? El punto muerto entre nosotros se había endurecido en algo insostenible. Cada día traía un infierno fresco, cada semana una nueva humillación diseñada para recordarme mi cautividad.

Mamá atrapada en el fuego cruzado, desconcertada por la tensión creciente, intentando desesperadamente reconciliar dos narrativas irreconciliables – Ryan la pareja perfecta versus April el problema perpetuo.

Llevé mi té a la mesa del comedor, el cuaderno abierto ante mí. Los estafadores profesionales se preparaban para conversaciones como los generales planificaban batallas – anticipando respuestas, trazando vulnerabilidades, identificando rutas de escape.

Mi bolígrafo se cernía sobre el papel en blanco, mi mano protegiéndolo de los ojos de la cámara cercana. ¿Qué enfoque penetraría la armadura de Ryan? ¿Qué estrategia podría alcanzar cualquier humanidad que quedara dentro de él?

¿Lógica? ¿Un argumento racional para el desarme mutuo? Improbable. Ryan operaba en cálculo frío, pero su fantasía de venganza contenía demasiada emoción para la pura razón.

¿Amenazas? No tenía nada que temiera excepto la exposición ante Mamá, y esa arma era la destrucción asegurada. Le causaría tanto daño a ella como a él.

Lo cual dejaba lo impensable: autenticidad. Vulnerabilidad. Verdad.

El mero pensamiento me revolvía el estómago. Los estafadores no hacemos lo genuino – traficamos con emoción manufacturada, cuidadosamente calibrada para máximo efecto. La vulnerabilidad real era para los objetivos, no para los manipuladores.

Sin embargo, ¿y si eso era exactamente lo que la situación requería? No otra representación sino su opuesto. No April la estafadora sino April el ser humano.

¿Podría disculparme ante el hombre que había destrozado mi vida? ¿Podría reconocer el daño que había causado mientras él causaba más? ¿Podría encontrar humildad manteniendo la dignidad?

Escribí *Interés Mutuo en la Felicidad de Mamá* en la parte superior de la página. Nuestro único punto de superposición – lo único que ambos podríamos genuinamente querer más allá de nuestra guerra privada.

La puerta del dormitorio de invitados se abrió arriba. Los pasos de Ryan cruzaron el rellano con pesadez deliberada – él asegurándose de que supiese exactamente dónde estaba, un carcelero haciendo sus rondas.

Apareció en el marco de la puerta, y cerré el cuaderno, su expresión dispuesta en esa mezcla de cortesía y amenaza que había perfeccionado.

—¿Un día productivo? —preguntó, la pregunta conteniendo multitudes de acusación. ¿Dónde había estado? ¿Qué había hecho? ¿A quién había visto?

—Muy productivo —repliqué, igualando su tono neutral—. ¿Y el tuyo?

—Espléndido —se desplazó a la cocina, posicionándose para poder observarme mientras fingía preparar café—. Tu madre está trabajando hasta tarde. Algo sobre proyecciones trimestrales.

Traducción: estábamos solos en la casa. Sin testigos para lo que fuese que él hubiera planificado para la diversión de hoy.

Lo observé medir los granos de café, pesando mis opciones con similar cuidado. El cuaderno yacía cerrado bajo mi palma – planes para una conversación para la que no estaba lista, una rendición que no estaba preparada para hacer.

Aún no. No hoy. Pero pronto.

Porque algo tenía que cambiar. Esto no podía continuar indefinidamente. O yo me vendría abajo, o nuestra casa se vendría abajo, o – muy probablemente – Mamá finalmente notaría el campo de batalla en el que su hogar se había convertido.

Ryan se giró, atrapándome observándolo. Algo parpadeó en sus facciones – sorpresa, quizás, de ser observado en lugar de observar.

—He estado pensando —dije, las palabras emergiendo sin plena autorización de mi cerebro.

Sus cejas se alzaron ligeramente. —Pasatiempo peligroso.

—Necesitamos hablar.

Su sonrisa apareció, fría y perfecta. —¿De veras?

—Sí —cerré el cuaderno con firmeza.

Algunas conversaciones necesarias eran como cirugías necesarias – dolorosas, invasivas, pero potencialmente curativas si no te mataban primero.

Capítulo 16

April

Ryan preparaba su café con la precisión de quien desactiva una bomba. Observé sus manos —esas mismas manos que en otro tiempo habían trazado rutas por mi cuerpo, cartógrafos mapeando territorio valioso—. Ahora medían los granos de café como si la proporción errónea pudiera desencadenar una explosión.

—Querías hablar —dijo sin darse la vuelta—. Así que habla.

Estaba ensayando esta conversación en mi mente, elaborando frases de apertura como una política preparándose para un debate. Ahora se evaporaban, dejándome sola con una honestidad incómoda.

—Quiero disculparme —dije, las palabras raspándome la garganta en su salida.

La cafetera gorgoteó, llenando nuestra cocina con el aroma de granos caros. Ryan permaneció inmóvil, su espalda un muro de algodón costoso y furia contenida.

—Disculparte —repitió, la palabra emergiendo plana e impresionada —. Qué fascinante.

—Por todo —continué, lo suficientemente vago para evitar especificidades—. Esta situación entre nosotros está hiriendo a mamá. Necesitamos encontrar alguna forma de avanzar.

Se dio la vuelta entonces, olvidándose del café, sus ojos azules estrechándose. —Una forma de avanzar comienza con la restitución, April. ¿Dónde está el colgante de mi esposa?

La boca se me secó. La mentira que le había contado hace semanas pesaba intensamente en mi lengua.

—Ya te lo dije. Lo vendí.

La mandíbula de Ryan se tensó, un músculo pulsando bajo una piel perfectamente afeitada. —¿A quién?

—También te lo dije. A una casa de empeños en Bedminster. No recuerdo el nombre.

—Entonces encuéntralo. —Su voz bajó a algo apenas por encima de un susurro—. Ese colgante ha estado en la familia de Eliza durante cuatro generaciones. Es lo único que me queda de ella que importe.

Por un momento —un microsegundo de debilidad— casi confesé. El colgante de zafiro reposaba arriba en mi cajón de calcetines, acurrucado entre tobilleros de algodón, tesoro enterrado. Tan fácil de recuperar, de devolver, de quitar un arma de su arsenal.

Pero algo en sus ojos —un cálculo detrás del dolor— mantuvo intacta mi mentira.

—Se ha ido. —Mantuve el contacto visual firme—. Necesitaba el dinero.

Ryan dejó su taza de café. —Entonces recupéralo.

—No puedo. Han pasado semanas. Podría estar en cualquier lugar ahora.

—Tu problema, no el mío. —Cruzó la cocina, invadiendo mi espacio personal—. Encuéntralo. Cómpralo de nuevo. Róbalo si es necesario. No me importa cómo, pero ese colgante regresa conmigo.

—¿Y si no puedo?

Su sonrisa llegó, fría y precisa. —Entonces tu madre se entera exactamente de cómo su hija financió la cómoda existencia de ustedes estos últimos años. Cada sórdido detalle.

La amenaza no era nueva, pero su entrega contenía un veneno fresco.

—Lo intentaré —concedí, sabiendo la futilidad de la búsqueda de algo ya encontrado.

—No intentes. Consigue. —Ryan volvió a su café y me despidió con su espalda—. Tienes una semana.

—¿Una semana? Eso es imposible.

—Seis días, entonces. —Echó un vistazo por encima del hombro, la satisfacción evidente en su expresión—. Considéralo una motivación para ser minuciosa.

Permanecí en la mesa, cavilando opciones contra recursos menguantes. La estafadora profesional, acorralada por su propia fabricación.

—¿Por qué importa tanto? —pregunté, genuinamente curiosa—. Tienes dinero del seguro. Podrías comprar una docena de colgantes de zafiro.

Ryan se giró, un destello que cruzó su rostro — una emoción genuina atravesando su máscara perfecta.

—Porque era suyo —dijo simplemente—. No todo tiene un precio, April. Algunas cosas son valiosas por quien las poseía, no por lo que valen.

La afirmación se quedó incómodamente entre nosotros, una verdad inadvertida en una conversación construida sobre mentiras.

—Seis días —repitió, su compostura restablecida—. O tu madre descubre exactamente quién es realmente su hija.

Cuando se marchó, dejando el café abandonado en la encimera, calculé el coste exacto de mantener este engaño. El colgante, en el piso de arriba, era simultáneamente mi póliza de seguros y mi perdición — protección contra los peores impulsos de Ryan y evidencia de los míos propios.

Observé la taza de café apenas tocada que había dejado. El líquido reflejaba la luz de la cocina, oscuro e impenetrable como el propio Ryan. Mi disculpa planeada se había metamorfoseado en otro ultimátum más, otro plazo, otra tarea imposible.

Afuera, la lluvia invernal golpeaba contra nuestras ventanas — una percusión suave acompañando mis pensamientos acelerados. Podía «buscar» el colgante durante días, regresar con las manos vacías con historias fabricadas sobre joyeros poco cooperativos y pistas que no conducían a nada. O podía «encontrarlo» milagrosamente, construyendo una ficción elaborada sobre rastrearlo a través de la red clandestina de tratantes de joyas.

De cualquier manera, Ryan sabría que estaba mintiendo. Ese era el verdadero propósito de este ejercicio — no recuperar el colgante, sino obligarme a mantener un engaño cada vez más transparente. Hacerme danzar según su coreografía mientras él observaba con diversión.

Estaba atrapada en un juego donde las reglas cambiaban cada hora y lo que estaba en juego incluía todo lo que valoraba.

Nuestro hogar nunca había parecido más pequeño, nunca más como la jaula en la que se había convertido. En algún lugar arriba, un zafiro anidaba en la oscuridad, tanto salvación como condenación acurrucada entre algodón barato.

Pasé la noche investigando casas de empeño en Bedminster. No porque necesitara encontrar el colgante de zafiro — descansaba seguro en mi cajón de calcetines entre tobilleros de algodón de M&S — sino porque las mentiras requerían un andamiaje elaborado para mantenerse en pie. Nombres, direcciones, horarios de apertura: munición para la ficción que me había comprometido a mantener.

Al amanecer, había construido una narrativa de búsqueda digna de un documental de crimen de Netflix. Si Ryan quería jugar a juegos arqueológicos, le daría ruinas para excavar.

—¿Algún progreso? —preguntó tres días después, su voz cortando la calma artificial de nuestra cocina.

Mum se había marchado para el trabajo veinte minutos antes, su beso de despedida demorándose en su mejilla, una marca de propiedad.

—Algo —dije, removiendo un té que no me apetecía—. Lo he reducido a tres tiendas. Están comprobando registros.

Sus cejas se elevaron. —¿Tres días para localizar tres locales potenciales? Tus habilidades investigativas parecen notablemente disminuidas.

—Las casas de empeño no son exactamente cooperativas con mujeres al azar exigiendo registros de clientes.

—Sin embargo, fueron felices de comprar mercancía robada a esa mujer al azar.

—No estaba robado cuando lo vendí.

La risa de Ryan —aguda, singular, convertida en arma—. —Interpretación fascinante. Extrajiste dinero bajo falsas pretensiones, luego desapareciste con una reliquia familiar que no era tuya para

llevártela. ¿Pero técnicamente no es robo porque yo no había negado explícitamente el permiso?

Expresado así, mi crimen sonaba patético. Profesional y lamentable simultáneamente.

—Estoy intentando arreglar esto —dije, odiando lo defensiva que sonaba mi voz.

—Intenta más. —Comprobó su reloj — un tic inconsciente revelando su obsesión con el control del tiempo—. Tres días restantes.

Después de que se marchara, me senté en nuestra mesa de cocina contemplando opciones que disminuían cada hora. El colgante pesaba sobre mi conciencia, aunque no lo suficiente para entregarlo aún. Esa piedra azul representaba mi palanca final, mi única protección contra la venganza que Ryan aún planeaba.

Sin embargo, mantenerlo significaba continuar con esta charada de búsqueda — invirtiendo tiempo y energía en una ficción elaborada cuando podría simplemente producir el collar y terminar esta batalla.

Esa noche, Mum notó mi distracción durante la cena. —¿Está todo bien, cariño? Has destrozado esa patata sin comer ni un bocado.

Ryan me observaba desde el otro lado de la mesa, con la diversión danzando detrás de su mirada ártica. Disfrutaba de esto: mi incomodidad, mi indecisión, mi representación para beneficio de Mamá.

—Bien —mentí—. Solo estrés del trabajo.

—¿Aún envías solicitudes? —La voz de Mamá llevaba una esperanza que hacía que la deshonestidad fuera doblemente cruel.

—Cada día —respondí, otra fabricación para mi colección cada vez más grande.

Ryan bebió de su vino. —Quizá April debería enfocarse en recuperar artículos perdidos antes de buscar nuevas oportunidades.

La frente de Mamá se frunció de confusión. —¿Artículos perdidos?

—Solo una metáfora —la tranquilizó y le dio una palmadita en la mano—. Sobre completar asuntos pendientes.

Nuestras miradas se cruzaron a través de fuentes y vasos de agua. Su expresión comunicaba todo sin palabras: *tic-tac, April. Se te acaba el tiempo.*

Hacia el quinto día, Ryan había desarrollado un nuevo hábito: dejar fotografías de Eliza por toda la casa, cada una mostrando el colgante de zafiro. En la repisa de la chimenea. En la nevera. Deslizadas entre las páginas de libros que estaba leyendo.

Guerra psicológica disfrazada de duelo.

En cada imagen, su difunta esposa sonreía a la cámara, la piedra azul anidada contra su clavícula, una lágrima congelada. El mensaje no era sutil: *esto le pertenecía a alguien real. Alguien amado. Alguien que no eres tú.*

Encontré a Mamá estudiando una de esas fotos esa tarde, su expresión indescifrable.

—Era hermosa —dijo, sin girarse cuando entré en la sala de estar.

—Sí —estuve de acuerdo, porque era verdad. Eliza poseía ese tipo de belleza que no requería esfuerzo: la lotería genética en lugar de una aplicación hábil.

—A veces me pregunto si solo soy un reemplazo. —La voz de Mamá contenía una vulnerabilidad que no había escuchado en meses—. Si está conmigo porque estoy... disponible. Conveniente.

La confesión creó una abertura: una oportunidad para sembrar dudas sobre las intenciones de Ryan. La April antigua no habría dudado en explotar esta vulnerabilidad.

En cambio, me senté a su lado en nuestro sofá. —Te eligió. Eso significa algo.

Asintió, no del todo convencida. —Supongo que sí.

Esa noche, saqué el colgante de su escondite, observando cómo la luz de la luna transformaba sus profundidades azules en algo vivo e inquieto. La piedra capturó la luz y la retorció, creando patrones en mi techo que me recordaban a reflejos submarinos.

Seis días. Mañana expiraba el plazo de Ryan. Mañana necesitaría producir un collar que supuestamente había vendido, o construir una excusa lo suficientemente convincente para ganar más tiempo, o entregar a mi madre a las revelaciones que Ryan considerara más devastadoras.

Estaba paralizada por la indecisión. La manipuladora maestra, incapaz de determinar qué mentira me servía mejor.

La mañana llegó con indiferencia a mi crisis ética. El plazo de Ryan se cernía: una guillotina suspendida sobre mi cuello, esperando que la gravedad completara su propósito. Estudié mi reflejo en el espejo del baño, notando las sombras bajo mis ojos, la tensión grabada alrededor de mi boca. Los estafadores profesionales rara vez pierden el sueño por dilemas morales, pero aquí estaba yo: April Weston, insomne con ética.

El colgante de zafiro descansaba frío contra mi palma, su peso insignificante comparado con su peso simbólico. Algo tan pequeño para ejercer tal poder. Un objeto tan trivial para destruir vidas.

Mamá se había ido temprano a una reunión en Bath. Ryan trabajaba desde su puesto de vigilancia en el piso de arriba, los clics del teclado puntuando el silencio de la casa como latidos irregulares del corazón. Condiciones perfectas para la rendición. Tres pantallas de ordenador proyectaban luz azul sobre sus facciones, dándole la apariencia de alguien bajo el agua: un depredador evolucionado para las profundidades frías.

—Se acabó el tiempo —dije desde la puerta, sin molestarme con preámbulos.

Ryan se giró, su expresión neutral excepto por la satisfacción que asomaba detrás de sus ojos. —Efectivamente. ¿Y el colgante?

—Una recuperación milagrosa. —Entré en su territorio, extendiendo mi puño cerrado—. Una de las casas de empeño de repente se acordó de mí. Después de un incentivo económico suficiente, claro.

Su mirada se movió entre mi cara y mi mano, evaluando la mentira mientras anticipaba su revelación. Abrí mis dedos, permitiendo que el zafiro capturara la luz de sus pantallas.

—Extraordinario —murmuró, pero no hizo ademán de cogerlo—. Después de seis días de búsqueda supuestamente infructuosa, lo produces en perfecto estado. Casi como si nunca hubiera abandonado tu posesión.

Mantuve una expresión impasible a pesar de la familiar tensión en el pecho — la ansiedad del estafador cuando su víctima sospecha del engaño—. Cógelo o no. Tú decides.

Ryan se levantó, su altura permitiéndole mirarme hacia abajo tanto literal como figuradamente. Cogió el colgante de mi palma, sus

dedos rozando deliberadamente mi piel — una intimidad no deseada disfrazada de contacto accidental.

—¿Sabes qué quiero, April? —Su voz descendió a ese registro que los hombres utilizaban cuando creían estar siendo seductores en lugar de siniestros.

—El collar. Ya lo tienes.

Su risa fue suave y desagradable. —El collar es meramente el prólogo. Un único artículo en un inventario mucho más largo.

—¿Qué más podrías querer? —Retrocedí un paso para mantener distancia entre nosotros.

Ryan examinó el colgante, girándolo entre sus largos dedos, como un joyero evaluando la calidad. —Quiero tres cosas, en realidad. Cosas muy específicas.

Algo en su tono — esa combinación deliberada de despreocupación e intensidad — envió señales de alerta a través de mi sistema nervioso.

—Quiero arruinarte —dijo, articulando cada palabra—. Profesionalmente. Personalmente. Completamente.

La afirmación cayó con una violencia silenciosa, su entrega objetiva más perturbadora que cualquier amenaza gritada.

—Segundo —continuó, acercándose—, quiero follarte. No hacer el amor. No tener sexo. Follarte hasta que no puedas distinguir entre placer y castigo.

Mi estómago se revolvió, la repugnancia mezclándose con algo similar al miedo pero más complicado. —No va a suceder.

—Y tercero… —ignoró mi rechazo como si hubiera comentado sobre el tiempo en lugar de rechazar su proposición grotesca—, quiero hacerte pagar. Por todo lo que tomaste. Todo sobre lo que mentiste. Todo lo que eres.

Metió el colgante en su bolsillo, su mirada sin apartarse de la mía. —Ves, April, devolver esta baratija no borra tu deuda. Simplemente reconoce que existe.

—No te debo nada. —Las palabras salieron más fuertes de lo que sentía.

—¿De verdad? —Su sonrisa apareció, fría—. Extrajiste miles mediante engaño. Explotaste el duelo para ganancia financiera. Robaste una joya familiar. Y ahora estás perturbando lo que he construido con tu madre.

—No te importa ella —repliqué—. Es sólo un peón en cualquier juego enfermo que estés jugando.

—Tu madre es un medio para un fin —convino, su desprecio casual más inquietante que cualquier simulación de afecto hubiera podido ser—. Uno bastante efectivo. Cuidar de ella sería inconveniente e innecesario.

—Al menos eres honesto sobre algo.

—Soy honesto sobre todo, April. Esa es la diferencia entre nosotros. —Ryan se apoyó en su escritorio, la postura de alguien discutiendo estrategia empresarial en lugar de terrorismo emocional—. No pretendo ser algo que no soy. Soy exactamente lo que ves — alguien que quiere satisfacción por los agravios cometidos.

—La estás utilizando.

—Sí. Tal como tú hiciste. —Pareció casi aburrido—. La diferencia es que soy honesto sobre mis motivaciones, si no sobre mis métodos.

Tú le has mentido durante años, financiando tu existencia cómoda mediante engaño mientras fingías ser la hija devota.

La comparación se quedó fea e indeseada entre nosotros.

—¿Y si le contara todo? —desafié—. Sobre nosotros. Sobre tu fantasía de venganza. Sobre esta conversación.

Su cara no registró nada — sin preocupación, sin ira, sólo evaluación serena—. —Entonces le contaría todo sobre ti. Tus estafas. Tus engaños calculados. Cómo financiaste su electricidad y recetas mediante la venta de ti misma a hombres como yo.

—Hemos terminado. —Me giré hacia la puerta.

—No, April. —La voz de Ryan me siguió, suave y segura—. Apenas estamos comenzando.

Lo dejé allí, rodeado de pantallas azules y triunfo silencioso, el colgante seguro en su posesión mientras yo permanecía atrapada en su punto de mira — un objetivo que no tenía intención de liberar.

La verdad se asentó fría y pesada en mi estómago: Ryan Lark no necesitaba cuidar de mi madre para arruinarme. Simplemente necesitaba poseerla, de la forma en que ahora poseía el zafiro — otro trofeo en su colección de territorios conquistados.

Capítulo 17

April

Había dominado el arte de no estar en casa, programando mi existencia en torno a las idas y venidas de Ryan, como una astrónoma rastreando cuerpos celestes malignos. Todo el universo de nuestra casa giraba alrededor de su gravedad tóxica: cuando ocupaba una habitación, yo la evacuaba; cuando su BMW ronroneaba en nuestro camino de entrada, me inventaba recados urgentes por todo Bristol.

Las bibliotecas se convirtieron en mi santuario —no solo la sucursal central donde Ryan me había encontrado por primera vez, sino las más pequeñas escondidas en barrios olvidables. Coleccionaba carnés de biblioteca como raciones de supervivencia, dispersándome por salas de lectura donde nadie se extrañaba de que una joven llegara a la hora de apertura y se marchara al cierre.

—¿Otra vez aquí? —La bibliotecaria de Southmead —Diane, según su placa de identificación— había desarrollado un interés de propiedad en mis apariciones diarias—. ¿Sigues buscando empleo?

—Siempre —mentí, abriendo mi portátil para solicitudes que nunca completaría. La ficción de April buscando trabajo se había convertido en mi actuación más convincente —no para posibles empleadores, sino para el personal de la biblioteca, bien intencionado, que de otro modo podría preguntarse por qué alguien pasaba catorce martes consecutivos leyendo números atrasados de *Bristol Business Monthly*.

Cuando las bibliotecas cerraban, los cafés proporcionaban un refugio caro. Sorbería una sola taza de té hasta que el personal limpiaba notoriamente las mesas cercanas. Luego parques hasta el anochecer, estaciones de autobús hasta que la seguridad me miraba

con recelo, supermercados abiertos veinticuatro horas donde fingía fascinación por la información nutricional de los cereales para desayunar.

Pero eventualmente, inevitablemente, tenía que regresar.

Las luces de la casa brillaban a través de la oscuridad invernal mientras me aproximaba, catalogando señales de ocupación —el BMW de Ryan estacionado con exactitud geométrica, el coche más pequeño de Mamá inclinado descuidadamente a su lado. Sus sombras se movían por la ventana de nuestra sala de estar, pantomima doméstica para los vecinos que creían que éramos una unidad familiar funcional en lugar de gladiadores psicológicos compartiendo tuberías.

Me detuve en la puerta de nuestro jardín, calculando la estrategia de entrada óptima. La puerta de la cocina me posicionaría más cerca de las escaleras, maximizando la velocidad de escape hacia mi dormitorio. La entrada principal requería navegar por la prueba de fuego de la sala de estar —territorio favorito de Ryan para la tortura psicológica informal disfrazada de conversación.

Mi llave giró en la cerradura de la puerta de la cocina, admisión a un lugar que ya no me acogía. El sonido de sus risas procedía de la sala de estar —la de Mamá genuina, la de Ryan fabricada. Me quité los zapatos, preparada para deslizarme como un fantasma por la casa, el espectro de alguien que una vez tuvo allí su hogar.

—¿Eres tú, cariño? —llamó Mamá, arruinando mi entrada invisible.

—Solo yo —respondí, mi voz calibrada para la normalidad a pesar del miedo hirviendo bajo la superficie—. No te levantes: estoy hecha polvo. Me voy directa a la cama.

Demasiado tarde. Ryan apareció en la entrada de la cocina, copa de vino colgando de esos dedos que una vez habían trazado rutas posesivas por mi piel. —¡April! Qué sincronización tan afortunada. Tu

madre estaba diciendo precisamente que apenas te había visto en toda la semana.

Su actuación seguía siendo impecable —novio atento que recibía a la hija pródiga. Solo sus ojos comunicaban el guion real: yo poseo este espacio. Poseo a tu madre. Tu ausencia no cambia nada.

—He estado ocupada. —Me alejé hacia el pasillo, calculando rutas de escape como un animal acorralado.

—La búsqueda de empleo lleva tiempo —concordó Ryan—. Aunque uno se pregunta lo efectiva que podría ser tu estrategia, dada la falta de entrevistas reales.

Mamá apareció detrás de él, mejillas ruborizadas por el vino y lo que posiblemente creía que era contentamiento. —Déjala en paz, Ryan. No todo el mundo encuentra trabajo de la noche a la mañana.

La mano de Ryan se posó en su cintura. —Por supuesto, cariño. Solo me preocupa el bienestar de April. Todo ese tiempo lejos de casa no puede ser saludable.

La cocina se sintió de repente demasiado pequeña, el oxígeno enrareciéndose mientras Ryan se expandía para ocupar todo el espacio disponible. Su presencia tenía un peso físico —denso y sofocante como una intoxicación por mercurio.

—He estado estableciendo contactos —mentí de nuevo, la ficción expandiéndose para acomodar su acusación—. Conociendo gente de marketing. Construyendo relaciones.

—Qué iniciativa —replicó Ryan, la satisfacción parpadeando en sus facciones al obligarme a elaborar mi engaño—. ¿Alguien a quien pudiera conocer?

La pregunta —aparentemente inocente— llevaba una amenaza inconfundible. Sabía exactamente dónde había estado. Las cámaras

que había instalado, la red de ojos que parecía mantener por toda la ciudad —todo monitorizaba mis patéticos intentos de libertad.

—Probablemente no —murmuré y retrocedí otro paso hacia la escapatoria.

—Bueno, no desaparezcas arriba todavía —dijo mamá, su autoridad intentando reafirmarse en un hogar donde todo el poder se había transferido a Ryan—. Apenas te he visto esta semana. Quédate a tomar una copa de vino.

La invitación —genuina de su parte, divertida para él— se quedó suspendida entre nosotros, una granada con el pasador medio sacado.

—Gracias, pero tengo dolor de cabeza —hice un gesto vago hacia el techo, hacia mi santuario del dormitorio con su cerradura frágil y una silla encajada bajo el pomo.

La sonrisa de Ryan se tensó en las comisuras. —Otra vez será, entonces. Aunque eventualmente tendrás que dejar de correr, April. Esto es, después de todo, también tu hogar.

La frase llevaba su gemela oculta: de momento.

Mientras escapaba arriba, capté su susurro final —lo bastante suave como para que solo yo pudiera oír la amenaza bajo su articulación perfecta.

—Sin importar lo lejos que corras durante el día, siempre vuelves a mí por la noche.

Tenía razón. Esa era la matemática cruel de mi existencia. Las bibliotecas cerraban. Los cafés se vaciaban. Los parques se oscurecían y se tornaban peligrosos. Eventualmente, siempre volvía a Larch Crescent, a esta casa que Ryan había colonizado, a esta vida que había desmantelado sistemáticamente.

Estaba reducida a calcular el mínimo de horas requeridas en casa para mantener la ficción de seguir viviendo allí, manipulada hacia una fuga perpetua de mi propia dirección.

Cerré la puerta de mi dormitorio, deslizando la silla bajo el tirador. Mañana me iría más temprano. Me quedaría fuera más tarde. Encontraría nuevas bibliotecas, nuevos cafés, nuevos santuarios temporales.

Pero eventualmente, inevitablemente, volvería.

Nuestro salón se había transformado en un espacio de presentación corporativa, completo con Ryan recostado como un director general preparándose para anunciar despidos. El televisor —antaño el proveedor inocente de competiciones de pastelería y programas sobre inmuebles— ahora mostraba algo mucho más siniestro: el contenido íntimo de mi teléfono proyectado a sesenta y cinco pulgadas.

Me quedé congelada en la puerta, las llaves aún colgando de mis dedos. Martes por la tarde —mamá en el trabajo, Ryan supuestamente en Bath para reuniones. La casa debería haber estado gloriosamente, perfectamente vacía.

—Material de lectura fascinante —dijo Ryan sin girar, su voz llevando ese cadencia de alguien que había estado esperando activar una trampa—. Tu historial de mensajes revela tal… creatividad.

En la pantalla, los mensajes que había enviado a posibles víctimas se desplazaban, créditos de una película de terror en la que había protagonizado sin querer. Mis cuidadosas fabricaciones sobre empresas ficticias. Mis historias de tristeza inventadas sobre

parientes enfermos. Mis peticiones perfectamente calibradas de asistencia financiera que nunca sonaban como las estafas que eran.

—¿Cómo hiciste…?

—La tecnología es notablemente acomodaticia cuando se sabe hacer las preguntas correctas —Ryan gesticuló hacia la pantalla con un mando a distancia que blandía como la batuta de un director—. Aunque debo admitir, tus prácticas de seguridad digital son sorprendentemente inadecuadas para alguien en tu… profesión.

Mi cerebro aceleró atravesando posibilidades —software malicioso instalado mientras dormía, contraseñas extraídas mediante vigilancia, cuentas en la nube comprometidas. Había sido despojada electrónicamente por un amateur con dinero.

—Apágalo —exigí, moviéndome hacia el televisor.

Ryan hizo clic en la siguiente diapositiva —más mensajes, estos a víctimas anteriores. Charles con su Sylvia Plath de primera edición. Daniel con sus inversiones en equipo fotográfico. Nombres y conversaciones que había enterrado en mi cementerio personal de estafas concluidas.

—El enfoque sistemático es impresionante —continuó Ryan—. Identificación de objetivos, evaluación de vulnerabilidad, extracción financiera. Si solo hubieras aplicado tal metodología al empleo legítimo.

Me lancé por el mando. Ryan lo levantó fuera de mi alcance con la crueldad casual de los niños atormentando a compañeros de juego más pequeños.

—Dame eso.—

—¿Cuál es la prisa? Tu madre no llegará hasta dentro de horas. —Su sonrisa contenía todo el calor de una nevera de depósito. —He

preparado una presentación bastante exhaustiva. Ni siquiera hemos llegado a la sección de transacciones financieras.—

La televisión avanzó hacia un nuevo horror: capturas de pantalla de mi aplicación bancaria. Ingresos de hombres cuyos nombres habían aparecido en diapositivas anteriores. Retiradas que coincidían con apariciones sospechosas de dinero en efectivo en el bolso de mamá. Las migajas digitales de mis engaños financieros cuidadosamente construidos.

El pánico se propagó por mi sistema, ardiente y eléctrico. Esto no era sólo una invasión de privacidad, era la demolición sistemática de cualquier negación que hubiera podido mantener con mamá. Con estos recibos, estos intercambios documentados, Ryan podría destruirlo todo.

—¿Qué quieres? —La pregunta fue cruda, sin filtro.—

Ryan pausó el pase de diapositivas en un intercambio de mensajes particularmente incriminador: yo prometiéndole devoción a una víctima cuyo nombre ya había olvidado, él respondiendo con gratitud y transferencias bancarias.

—Compañía. —Dio una palmadita al sofá a su lado. —Siéntate. Mira. Aprende lo que se siente cuando alguien disecciona tu vida y ve la maquinaria bajo tu actuación.—

Permanecí de pie, calculando ángulos entre yo, él y la televisión. —Borra eso. Ahora.—

—¿O qué? —Sus cejas se levantaron. —¿Le dirás a tu madre que he estado fisgoneando? Eso requeriría explicar qué encontré, lo cual no sería muy ventajoso para tu posición.—

Tenía razón, y ambos lo sabíamos. Jaque mate, ejecutado con la meticulosidad de alguien que había planeado varios movimientos hacia adelante.

La televisión parpadeó hacia otra diapositiva: mi aplicación de notas, donde había categorizado a posibles víctimas por riqueza, vulnerabilidad y accesibilidad. El equivalente digital de la sala de trofeos de un asesino en serie, mostrado en alta definición en la pared de nuestro salón.

Algo primitivo tomó el control. No me abalancé por el mando a distancia nuevamente, fui por la fuente de alimentación. El cable de la televisión se arrancó de la toma de corriente con un satisfactorio sonido de muerte electrónica, la pantalla colapsando hacia una oscuridad bendita.

Ryan no se movió del sofá, no intentó detenerme. Su sonrisa se amplió como si hubiera actuado exactamente como se esperaba.

—El contenido digital es notablemente persistente, April. Desenchufar una pantalla no borra lo que existe en servidores, nubes, unidades de copia de seguridad. —Se levantó, alisándose los pliegues invisibles de su camisa inmaculada. —Todo lo que has visto hoy existe en múltiples ubicaciones. Algunas bastante accesibles para tu madre, si surge la necesidad.—

El mando a distancia colgaba de sus dedos como un animal muerto. —Considéralo una vista previa. Una demostración de capacidades más que de intenciones.—

—Chantaje. —Traduje, la palabra inadecuada para la guerra elegante que había construido.—

—Seguro. —Ryan me corrigió, moviéndose más allá de mí hacia la puerta. —Contra lo que quiera contraataque mal concebido que pudiera estar contemplando.—

Se detuvo en el umbral, la victoria evidente en su postura relajada. —He copiado tu huella digital completa, April. Cada estafa, cada mentira, cada manipulación. La evidencia completa de quién eres realmente, archivada y lista para el placer visual de tu madre.—

Después de que se había ido, permanecí en nuestro salón oscurecido, el cable de la televisión aún aferrado en dedos con los nudillos blancos, timada por la tecnología y un hombre con recursos ilimitados para desplegarla.

En algún lugar del éter digital, mis pecados flotaban, como tiburones hambrientos, listos para consumir todo lo que quedara de mi relación con mamá cuando Ryan finalmente decidiera alimentarlos.

El radiador en mi habitación siseaba y golpeaba, un fantasma victoriano con problemas de control de la ira. Estaba sentada en mi colchón de la infancia con las piernas cruzadas, el portátil equilibrado en las rodillas, investigando rutas de escape que se volvían cada vez más desesperadas. Cuidar casas en Escocia. Trabajos de au pair en Nueva Zelanda. Excavaciones arqueológicas en remotas montañas peruanas. En cualquier lugar donde Ryan Lark no pudiera seguirme.

Mi puerta se abrió sin llamar.

Estaba en el marco, su hombro apoyado en la madera. Mi piel se contrajo. Las siete y media de la tarde de un jueves: mamá en su nuevo club de lectura, el que Ryan había «consideradamente» descubierto para ella. El que convenientemente la sacaba de nuestra casa durante tres horas fiables cada jueves.

—¿Alguna vez has oído hablar de llamar? —Cerré mi portátil, protegiendo incluso estos planes de escape tan patéticos.—

—La casa de tu madre. La casa de mi novia. —Ryan entró, cerrando la puerta detrás de él. —Llamar parece innecesariamente formal, dado nuestro historial.—

Lucía diferente esa noche; había abandonado temporalmente su cuidada compostura. Sus ojos tenían una intensidad febril que me recordó a hombres a la hora del cierre en clubs sórdidos, calculando probabilidades y rebajando estándares.

—¿Qué quieres? —pregunté desde la cama, pero me desplacé hacia atrás, creando una distancia que se sentía más simbólica que protectora.

—Ya hemos cubierto esto. —Avanzó más en mi espacio, cada paso deliberado y sin prisa—. Quiero tres cosas muy específicas.

Mi cuerpo recordaba su lista antes de que mi cerebro lo procesase. Destrozarme. Acostarse conmigo. Hacerme pagar. Una trifecta de pesadilla.

—No va a pasar. —Me levanté de la cama, rechazando permanecer en una posición físicamente más baja que la suya, retrocediendo hasta que mi escritorio de la infancia golpeó mis piernas—. Sal de mi habitación.

Ryan sonrió —no su expresión habitual de frialdad, sino algo más crudo. Algo más hambriento.

—Tu confianza está fuera de lugar. —Avanzó hasta que quedé completamente presionada contra mi escritorio, las rutas de escape reduciéndose de lo actual a lo puramente teórico—. Parece que crees que esto es una negociación.

—No es nada. —Sostuve su mirada, el miedo transmuándose en rabia—. Esta conversación no está pasando. Sea cual sea la fantasía enferma que has construido, no se materializa.

Su risa fue suave y genuina —más inquietante que su alegría artificial.

—Mírate. Todavía actuando. Todavía creyendo que controlas la narrativa. —Su mano se extendió, sus dedos trazando mi mandíbula con un contacto ligero como una pluma que contenía más amenaza que una bofetada—. Permíteme ser extremadamente claro sobre nuestra realidad actual.

Aparté mi muñeca de su toque. Me la atrapó, su agarre apretándose lo justo para comunicar poder sin dejar marcas.

—Vamos a acostarnos de nuevo, April. Quizá no hoy, quizá no mañana, pero pronto. Y no porque te lo obligue, —su voz bajó más —, sino porque lo elegirás.

—Delirante. —Escupí y traté de liberarme de su agarre.

Su agarre se mantuvo firme. —No delirante. Estratégico. Lo elegirás porque la alternativa será peor. Porque haré tu existencia tan insoportable que la rendición física parecerá un santuario.

Un escalofrío se propagó por mi pecho que nada tenía que ver con el radiador deficiente.

—Y esto es apenas el principio, —continuó, su voz conversacional, como si discutiese planes de cena en lugar de coacción sexual—. Después de eso viene el trabajo real. El desmantelamiento sistemático de todo lo que crees sobre ti misma. La conversión de April Weston, estafadora confiada, en April Weston, posesión rota.

—Estás enfermo. —La acusación sonó infantil incluso para mis propios oídos.

—Soy metódico, —corrigió, finalmente soltando mi muñeca—. La diferencia entre nosotros no es la moralidad, April. Es el compromiso con el proceso. Tú practicas la manipulación. Yo la he elevado a arquitectura.

Retrocedió, creando un espacio que se sentía más amenazante que su proximidad había sido.

—Podría contarle a Mum todo ahora mismo. —Alcancé mi teléfono—. Terminar este juego retorcido entero.

—Podrías. —Ryan asintió, despreocupado—. Aunque probablemente encuentre mis pruebas documentadas más convincentes que tus acusaciones emocionales. Los mensajes. Los registros bancarios. El rastro digital integral de tus engaños profesionales.

Consultó su reloj —ese reloj obscenamente caro.

—Tu madre debería estar discutiendo el capítulo siete en este momento, —observó—. Algo sobre huérfanos victorianos, creo. Estaba bastante entusiasmada con el tema.

La mención de Mum —sentada inocentemente entre mujeres de mediana edad discutiendo ficción mientras el horror real se desarrollaba en la habitación de su hija— me produjo náuseas físicas.

—Cuando regrese, —continuó Ryan—, estaré abajo, siendo atento, siendo encantador, siendo todo lo que ella cree que soy. Y tú estarás aquí arriba, sabiendo exactamente qué viene pero incapaz de evitarlo sin destruirla.

Se movió hacia la puerta, su misión aparentemente cumplida. —Ese es el equilibrio exquisito que he construido, April. Cada movimiento defensivo que podrías hacer requiere dañar a tu madre. Cada momento de resistencia cuesta su felicidad.

Su mano descansó en el pomo de la puerta. —Te recomendaría que disfrutes de cualquier autonomía física que actualmente poseas. Tiene una fecha de vencimiento que se aproxima rápidamente.

Después de que se fue, permanecí congelada contra mi escritorio, rodeada de recuerdos de la infancia, artefactos de una civilización hace mucho extinta, confrontada con un depredador que había elevado la manipulación más allá del arte hacia algo más cercano a la ciencia.

Por primera vez desde que Ryan había invadido nuestras vidas, consideré lo previamente impensable: contarle a Mum todo. La verdad completa y sin adornos. Mis estafas. Su venganza. Nuestra historia tóxica expuesta, material tan radiactivo, devastando todo lo que toca.

Capítulo 18

April

Nuestra cocina se había transformado en el teatro personal de Ryan – un escenario donde representaba al novio atento para mi madre mientras ensayaba escenarios más oscuros para mí. Desayuno de domingo: los tres dándonos vueltas mutuamente con grados variables de conciencia. Mamá batiendo huevos, Ryan colocando tostadas, yo sorbiendo té templado e intentando calcular velocidad de escape.

—¿Más café, cariño? — Ryan se posicionó detrás de mamá junto a la encimera, la solicitud doméstica personificada.

—Por favor. — Ella sonrió por encima del hombro, la expresión conteniendo una confianza que me enfermaba.

Ryan extendió la mano hacia la cafetera, su otra mano reposando brevemente contra la parte baja de su espalda. El gesto inocente, afectuoso. Nada parecido a lo que vino después.

Mientras mamá se volvía hacia sus huevos, la mirada de Ryan se cruzó con la mía a través de nuestra modesta cocina. Sus ojos contenían ese frío que había aprendido a reconocer – no ausencia de emoción sino su control deliberado. Un científico ajustando parámetros experimentales.

Me levanté para irme, reacia a presenciar cualquier demostración de poder que hubiera planeado para el entretenimiento de hoy.

—No te apresures — protestó mamá, mirando hacia arriba desde sus esfuerzos culinarios —. El desayuno casi está listo.

—No tengo hambre. — Me dirigí hacia la puerta.

Ryan se movió con la eficiencia casual de alguien que había ensayado mentalmente su movimiento. Interceptó mi ruta de salida, tazas de café en la mano, la imagen de la participación útil en el desayuno.

—Tu madre se ha molestado bastante — observó, su voz afinada para la máxima inducción de culpa —. Lo menos que podrías hacer es acompañarnos.

Lo menos que podría hacer. La opción mínimamente decente. Otra capa de manipulación – posicionándose a sí mismo como razonable mientras hacía que mi autoprotección pareciera egoísta.

Mamá se volvió para coger los platos del armario, presentándonos su espalda durante aproximadamente cuatro segundos. Oportunidad identificada, aprovechada, explotada.

La mano de Ryan conectó con mi trasero – no un roce tentativo sino un agarrón deliberado y posesivo. Sus dedos clavándose en la carne a través del fino tejido del pijama, comunicando propiedad en lugar de deseo.

Me aparté bruscamente, la taza de té tintineó en el platillo, el líquido caliente salpicando mi mano. La quemadura apenas registró contra la violación.

Mamá se volvió, la preocupación sustituyendo su habitual alegría matutina. — ¿Qué pasó?

La expresión de Ryan se transformó sin esfuerzo en preocupación solícita. —April parece haberse escaldado con ese té. Torpe con la taza.

—Estoy bien — dije, mi voz aguda, mi piel estremeciéndose donde su mano había estado. No solo el toque sino su implicación – la certeza casual de que podía violar límites impunemente, que la

momentánea falta de atención de mamá creaba oportunidades libres de consecuencias.

—Te has puesto bastante pálida — observó mamá, su radar detectando angustia sin identificar su origen —. Siéntate, traigo un trapo frío.

—De verdad, yo—. Mi voz se quebró, traicionando sistemas emocionales fallando bajo asalto deliberado.

Ryan observaba con interés, midiendo mi respuesta, un doctor monitoreando signos vitales. Esto no era simplemente acoso sexual – era experimentación psicológica. ¿Hasta dónde podía presionar? ¿Cuán completamente podía demostrar control? ¿Cuán a fondo podía comunicar mi impotencia?

Algo caliente e indeseado presionaba detrás de mis ojos. La sensación familiar de lágrimas inminentes, unas que desesperadamente no quería derramar aquí, no frente a él, no para su entretenimiento.

—¿Qué pasa? —la confusión de mamá se transformó hacia alarma genuina, su espátula suspendida a media altura, restos de huevo goteando sobre nuestra encimera nueva (regalo de Ryan, granito, obscenamente cara).

—Nada — logré decir, la mortificación agravando la violación —. Solo – necesito aire.

La expresión de Ryan contenía preocupación perfectamente calibrada, sus ojos azules abriéndose con lo que parecía ser inquietud. — Quizá esté cogiendo algo. Mencionaste que parecía tener fiebre ayer.

No parecía que tuviera fiebre. Mum no había mencionado nada. Otra fabricación para explicar respuestas emocionales incómodas.

—No estoy enferma —dije, mortificada por el temblor en mi voz, por el líquido que se acumulaba a lo largo de mis párpados inferiores—. Solo necesito—

La primera lágrima escapó, dejando un rastro por mi mejilla, un ejército de rendición.

Ryan dio un paso hacia adelante lleno de preocupación, su mano extendida en una parodia de consuelo. —April, si algo te está molestando—

El gesto —procedente de la misma persona que había creado mi angustia— rompió cualquier compostura que me quedara. No solo lágrimas ahora, sino llanto de verdad —el humillante, que desfigura la cara, que he intentado controlar desde la infancia.

—No me toques —siseé, retrocediendo hacia la puerta.

La cara de Mum registró pura perplejidad. —¿April, qué demonios—?

Subí corriendo las escaleras, abandonada la dignidad junto al desayuno, la voz de Ryan siguiéndome —serena, razonable, preocupada—: —Pobre chica. La situación del trabajo debe estar afectándola más de lo que nos dimos cuenta.

En mi dormitorio, puerta cerrada con llave, una silla encajada bajo el pomo, presioné las palmas de las manos contra mis ojos ardientes, reducida a lágrimas. La maestra manipuladora, manipulada hasta sufrir un colapso emocional público.

Este era el verdadero poder de Ryan —no la violación física, desagradable pero supervivible, sino su despliegue estratégico. La aplicación de presión sobre fisuras microscópicas. La certeza de que Mum había presenciado no su transgresión sino mi inexplicable respuesta emocional.

Mi arrebato de llanto se apagó, reemplazado por una comprensión fría y cristalina: este hombre continuaría escalando hasta que algo fundamental se rompiera. O yo, o la confianza de Mum en mí, o ambas cosas.

Se me estaban acabando los números.

El golpe llegó dieciséis minutos después de mi retirada al dormitorio. Tres golpecitos suaves —la firma de Mum, no la percusión imperativa de Ryan. Permanecí inmóvil en mi cama, calculando los riesgos frente a las recompensas de responder. Ignorarla solo amplificaría las preocupaciones. El compromiso significaba explicaciones que no podía dar.

—¿April? —Su voz atravesaba la madera, suave de preocupación—. ¿Puedo entrar?

Me limpié la cara, recogiendo los dispersos fragmentos de mi dignidad. —Solo un minuto.

La silla bajo el pomo de mi puerta arañó el suelo mientras la quitaba —mi patético sistema de seguridad desmantelado para admitir a la única persona de la que nunca había necesitado protección.

Mum estaba en el pasillo, los brazos cruzados no en ira sino en autoconsuelo. Su expresión contenía multitud de emociones —preocupación, confusión, determinación. Se había cambiado de pijama a ropa de verdad, como si la formalidad pudiera ayudar a navegar este territorio emocional inexplorado.

—¿Puedo? —Señaló hacia el interior de mi dormitorio.

Me hice a un lado, cediendo el territorio que había estado defendiendo desesperadamente. Mum entró con esa cautela parental —moviéndose dentro de espacios adolescentes con conciencia de los ecosistemas frágiles. Se encaramó en mi silla de escritorio mientras yo recuperaba la cama, distancia apropiada establecida para conversaciones difíciles.

—¿Qué está pasando, cariño? —Sin preámbulos, sin charla intrascendente. Pregunta directa.

Estudié mis manos, observando las cutículas que había destrozado por nerviosismo. Evidencia física de erosión psicológica. —Nada importante.

—No parecía nada. —Se inclinó hacia adelante, invadiendo la zona neutral entre nosotras—. Estabas alterada. Realmente alterada.

El eufemismo del milenio. Yo había estado desmoronándome como un jersey barato, con los hilos de compostura tirados por los dedos metódicos de Ryan.

—Solo cansada. Estresada por lo del trabajo. —La mentira era automática, poco convincente ni siquiera para mis propios oídos.

—April Elizabeth Weston. —Despliegue de nombre completo —opción nuclear en los arsenales maternales—. Algo está pasando, y claramente no es solo estrés laboral. Háblame.

La invitación respiraba entre nosotras, oportunidad y catástrofe equilibradas por igual.

Cuéntale todo. Termina esta pesadilla. Mira su mundo colapsar junto al mío.

Abrí la boca, preparada para detonar nuestra existencia entera, luego me desmoralicé. ¿Qué diría exactamente? ¿Tu novio una vez me pagó por sexo, ahora me está torturando sistemáticamente como

venganza? ¿Soy en realidad una estafadora profesional que ha pasado años financiando nuestro estilo de vida mediante sofisticados engaños? ¿Por cierto, tus facturas de electricidad las pagué yo manipulando a hombres solitarios con dinero disponible?

La verdad la destruiría. No solo la parte de Ryan en nuestra narrativa retorcida, sino la mía. Quizás especialmente la mía.

—Es complicado —logré decir, mi voz pequeña.

—Descomplícalo. —Mum se movió de la silla a la cama, su proximidad socavando mis defensas emocionales—. Sea lo que sea lo que está pasando, sea lo que te esté molestando, necesita ser abordado. Ahora.

Su mano cubrió la mía, cálida y sólida. El simple contacto —conexión humana genuina sin cálculo estratégico— desbloqueó algo fundamental en mi interior. La presión se acumuló detrás de mis ojos, sistemas emocionales colapsando bajo la simple bondad en lugar de la crueldad deliberada.

—No puedo —susurré, las lágrimas acumulándose sin permiso—. No puedo, simplemente.

—¿Qué no puedes, cariño? —su pulgar trazó patrones en mi palma, el mismo movimiento tranquilizador que había usado cuando tenía siete años con varicela, doce con mi primer corazón roto, dieciséis con ansiedad por exámenes.

—No puedo explicar. No puedo decirte. —Cada palabra era áspera, raspando mi garganta—. No entenderías. No me creerías. No—

Mi voz se fracturó completamente, la compostura colapsando bajo el peso de meses de infierno. No solo lágrimas ahora sino sollozos de verdad —el tipo que remodela tu cara en algo irreconocible, que produce sonidos que nunca transmitirías voluntariamente.

Mum no exigió explicaciones adicionales. No presionó por detalles que no podía proporcionar. En cambio, se acercó más, su brazo rodeando mis hombros con un peso familiar.

—Ven aquí —murmuró y me llevó a su hombro cubierto de cárdigan.

Me dejé caer en su abrazo —no la actuación medida de una hija obediente sino la rendición completa de alguien que se ahoga. Envolví mis brazos alrededor de su cintura, mis dedos agarrando la tela como si pudiera anclarme contra corrientes emocionales que amenazaban con la sumersión completa.

Permanecimos juntas mientras lloraba —no las lágrimas elegantes y fotogénicas de los dramas televisivos sino un llanto desordenado, mocoso e indigno. La mano de Mum se movía en círculos lentos sobre mi espalda, el movimiento sin cambios desde los colapsos de la infancia.

—Sea lo que sea —susurró en mi cabello—, lo solucionaremos.

La confianza en su voz —esa certeza de que los problemas pueden resolverse, las heridas sanarse, los monstruos vencerse— me hizo llorar más fuerte. Algunas situaciones existían más allá de la reparación parental. Algunos monstruos llevaban relojes caros y compartían su cama.

Eventualmente, la tormenta remitió, dejándome hueca y exhausta. Mum sacó pañuelos del bolsillo de su cárdigan —siempre los había llevado, preparada para los momentos más desordenados de la vida.

—¿Mejor? —preguntó, aunque ambas sabíamos que la respuesta era negativa.

Asentí de todas formas, manteniendo la ficción de que la liberación emocional equivale a la resolución de problemas. —Lo siento.

—No te disculpes por los sentimientos. —Metió mi cabello detrás de mi oreja y estudió mi cara con una intensidad incómoda—. Pero tampoco imagines que esta conversación ha terminado. Te estoy dando espacio hoy. Mañana, hablamos en serio.

Mañana. La palabra contenía partes iguales de amenaza y promesa.

Después de que se marchó, me quedé en mi cama, pañuelos agarrados en una mano, el vacío expandiéndose dentro de mi pecho, deshecha por simple afecto, reducida a sollozos infantiles en los brazos de mi madre.

En algún lugar abajo, Ryan esperaba —ajustando, planeando su siguiente movimiento en nuestro juego de ajedrez. Pero por este momento, este único momento suspendido de tarde, había experimentado conexión sin mancillar por consideración estratégica.

Mañana traería requisitos para explicaciones que no podía proporcionar. Hoy contenía solo el calor persistente del cárdigan de Mum contra mi mejilla y el conocimiento de que alguien en esta casa me amaba sin agenda.

La mañana llegó con persistencia incómoda, la luz solar sondeando a través de las grietas de las cortinas como dedos indeseados. Había pasado la noche imaginando escenarios, mapeando árboles de decisión, visualizando resultados que iban desde lo catastrófico a simplemente devastador. La promesa-amenaza de «mañana» había llegado, y permanecía estratégicamente indecisa.

Desde la ventana de mi dormitorio, observé el ritual de partida matutino de Ryan, sus movimientos asemejándose a alguien filmando un vídeo instructivo sobre cómo los hombres exitosos

comienzan su día. Maletín posicionado exactamente en el asiento del pasajero. Guantes alineados en el salpicadero. Llamada telefónica iniciada antes del encendido. El BMW en reversa.

Solo cuando su coche desapareció alrededor de la esquina mis pulmones recordaron su función. Tregua temporal —el depredador ausente de su territorio, dejando a la presa contemplar rutas de escape.

Abajo, Mum trajinaba en nuestra cocina, la domesticidad amplificada como si la actuación de la normalidad pudiera convocarla. Taza de té esperándome en mi lugar habitual. Tostadas dispuestas en patrones geométricos que sugerían que la influencia de Ryan se había filtrado incluso en su preparación del desayuno.

—Buenos días, cariño —ofreció, su voz deliberadamente casual.

Reclamé mi silla designada, aceptando el té que servía como lubricante conversacional. —Buenos días.

El silencio se expandió entre nosotras, preñado de la promesa de ayer de charlas apropiadas. Mum limpió encimeras ya limpias, reorganizó platos impecables, ajustó el ángulo de nuestro tostador —actividades de desplazamiento mientras reunía coraje.

—Sobre lo de ayer... —comenzó ella.

—Reaccioné de forma exagerada —interrumpí, activando mis mecanismos de defensa por defecto—. Estrés. Falta de sueño. Nada significativo.

Su expresión sugería que había anticipado esta evasión y había preparado contramedidas. —April, algo va mal. Lleva siendo así meses. Esta situación entre tú y Ryan...—

—No hay ninguna situación. —La mentira era suave y practicada.

—No insultes mi inteligencia. —Mamá abandonó el pretexto de limpiar la encimera, enfrentándose a mí directamente—. Apenas os habláis. Te vas de las habitaciones cuando él entra. Has desarrollado esa mirada perdida siempre que se menciona su nombre.

Mi té se enfriaba sin tocar, mi estómago rechazando incluso el concepto del consumo. Era el momento, la apertura que había temido y necesitado a la vez. Contarle todo. Acabar con los juegos de poder de Ryan. Drenar la herida infectada de los secretos.

Examiné a mi madre al otro lado de nuestra mesa de cocina, advirtiendo detalles que había pasado por alto sumida en mi egoísmo. Nuevas arrugas alrededor de sus ojos. Hebras de gris sin disculpas multiplicándose entre el rubio. Pero algo más, también: un sutil enderezamiento de su postura, una confianza que había estado ausente durante nuestros años hundiéndonos en la miseria financiera. Ryan le había dado eso, junto con la crema facial cara y la encimera de granito.

La verdad se cernía sobre mi lengua, tóxica y necesaria: tu novio me acosó sexualmente. Me tocó sin consentimiento ayer mientras tú ibas a por los platos. Está destruyendo sistemáticamente mi existencia como venganza por una relación anterior de la que no sabes nada. Ah, y por cierto, soy una estafadora profesional que financié nuestro estilo de vida manipulando a hombres adinerados.

Tragué las palabras, saboreando la bilis. —Es complicado.

—Pues descomplícalo. —La mano de Mamá cubrió la mía, cálida, sólida, maternal—. Sea lo que sea lo que está pasando, lo arreglaremos. Juntas.

Juntas. El concepto casi me hace reír. No había juntas en este escenario, solo destrucción mutua o engaño continuado.

—Solo estoy lidiando con la situación del trabajo. —Había confeccionado una ficción lo bastante cercana a la verdad para sonar

plausible—. Sintiéndome inútil. Inadecuada.

—Oh, cariño. —El alivio inundó sus facciones: problema identificado, por lo tanto, solucionable—. Hoy en día todos luchan por encontrar trabajo. No es un reflejo de tu valor.

Si tan solo supiera lo valiosa que había sido para ciertos hombres, cómo había calculado mi valor en libras por hora de compañía.

—Y Ryan te intimida —continuó ella, bordando mi explicación ficticia con hilos que no había proporcionado—. Eso es comprensible. Es exitoso, establecido. Te hace sentir tu propia situación más agudamente.

La ironía casi me ahoga. Ryan no intimidaba, aterrorizaba. No destacaba mi desempleo, lo armamentizaba. Pero su interpretación creaba una narrativa tan ordenada, tan manejable. Un drama familiar fácilmente resuelto mediante la comprensión y el esfuerzo en lugar del horror desplegándose bajo nuestro techo.

—Algo así —coincidí para que pensara que había aceptado la salida que sin saberlo me había proporcionado—.

Mamá me apretó la mano, la satisfacción evidente en su postura relajada. Problema identificado, categorizado, archivado apropiadamente. —Hablaré con él. Le pediré que sea más sensible con el tema del trabajo.

—No lo hagas —dije demasiado rápido—. Lo último que necesitaba era Mamá abogando por mí, dándole a Ryan munición adicional.

—Tiene buenas intenciones —insistió ella, defendiendo a un hombre que existía solo en su imaginación—. Solo que a veces no entiende cómo es.

La conversación se dirigía hacia territorio peligroso: Mamá pensando que entendía el problema, preparándose para introducir soluciones

que solo complicarían más mi predicamento.

—Necesito lidiar con esto yo sola. —Inyecté la determinación apropiada en mi voz—. Parte de crecer, ¿verdad?

Ella sonrió, el orgullo compitiendo con la preocupación en sus facciones. —Mi chica independiente.

Después del desayuno, me retiré arriba, a partes iguales aliviada y disgustada por aplicar técnicas familiares a mi propia madre. La oportunidad de honestidad se rindió a la autopreservación.

La verdad permaneció encerrada detrás de mis dientes, no solo para la protección de Mamá sino para la mía. Porque bajo mis justificaciones nobles se ocultaba algo más pequeño y más feo: el miedo de que dada una opción entre creer la evidencia documentada de Ryan o mis acusaciones emocionales, Mamá lo eligiera a él.

Me senté en mi cama, observando el horizonte poco inspirador a través de ventanas manchadas por el invierno. Ryan volvería antes del anochecer. Mamá seguiría creyendo que entendía la dinámica de nuestro hogar. Y yo mantendría mi actuación como hija ligeramente problemática en lugar de estafadora profesional siendo sistemáticamente destruida.

El engaño se sentía simultáneamente necesario e imperdonable: una cáscara protectora que preservaba la felicidad de Mamá mientras aseguraba mi continuo atrapamiento. Algunas verdades cuestan demasiado de contar, algunas mentiras demasiado de mantener.

Me había convertido en la arquitecta de mi propio cautiverio.

Capítulo 19

Meg

Algo en mi cocina me parecía mal esta mañana. No se trataba de los cambios evidentes —la cafetera cara de Ryan ocupando la encimera, su especiero alfabetizado sustituyendo mi desorden alegre—. No, era algo más sutil. Un cambio de atmósfera que no podía nombrar exactamente pero que había empezado a notar durante los últimos días.

Me encontraba observando a April observar a Ryan. Ayer, ella había seguido sus movimientos con una vigilancia que me pareció decididamente inusual —calculando distancias, colocando muebles entre ellos, su lenguaje corporal transformándose en su presencia—. Hombros tensos. Ojos escaneando las salidas. Pequeños detalles que de repente se registraban como significativos.

Ryan parecía ajeno a todo, o se hacía el despistado de manera convincente. Su atención hacia mí seguía siendo impecable —recordando detalles sobre mis compañeros, anticipando necesidades antes de que las mencionara—. Pero algo había cambiado, y no podía sacudirme la sensación de que me estaba perdiendo información crucial.

—¿Te vas a esa reunión de inversores? —pregunté mientras él organizaba su maletín.

—A las nueve en Merchant Square —Ryan se ajustó la corbata ya inmaculada—. Debería terminar sobre el mediodía, pero Hargreaves normalmente alarga estas cosas hasta la comida.

Su respuesta contenía la suficiente especificidad para sonar convincente. Demasiado convincente, quizás. El tipo de detalle que

alguien proporcionaba cuando había ensayado una historia en lugar de vivirla.

April estaba encorvada en nuestra mesa, el pan tostado intacto, su atención fija en su plato. Sus dedos golpeteaban nerviosos contra la cerámica, un código sin significado excepto para comunicar ansiedad.

—¿Necesitas algo del centro? —pregunté, manteniendo la normalidad a través de preguntas mundanas.

Ryan comprobó su reloj —ese artefacto obscenamente caro que contradecía su afirmación de ser meramente «cómodo» económicamente—. —No hay necesidad. Aunque quizá podrías coger más de ese café que te gusta. La mezcla etíope.

Me detuve, el tenedor suspendido a mitad de camino a mi boca. Nunca había expresado que disfrutara del café etíope. De hecho, había mencionado justo la semana anterior que prefería el colombiano que había traído a casa anteriormente.

Una pequeña inconsistencia, pero se registraba junto con otras discrepancias recientes —citas que cambiaban de fecha misteriosamente, llamadas telefónicas tomadas en nuestro jardín a pesar de las temperaturas de febrero, mensajes de texto que provocaban borrado inmediato.

—Vale. —Archivé otra anomalía que podría no significar nada o significarlo todo.

—Debería estar de vuelta sobre las tres. —Ryan dirigió esta información exclusivamente hacia mí a pesar de la presencia de April a un metro de distancia—. No me esperes.

Me besó la mejilla, su mano asentándose contra mi cintura. El gesto que hace dos días me habría parecido romántico ahora planteaba

preguntas —¿era el contacto físico genuino o calculado para máxima credibilidad?

Después de que su BMW ronroneara saliendo de nuestro camino de acceso, el silencio se expandió para llenar los espacios que su presencia había ocupado. April permaneció inmóvil en nuestra mesa, la tensión drenándose visiblemente de su postura como alguien que hubiera estado conteniendo la respiración bajo el agua.

—Esa reunión no existe —dije, la sospecha emergiendo completamente formada.

La cabeza de April se levantó de golpe, el shock rompiendo a través de su fachada cuidadosamente mantenida. —¿Qué?

—Ryan. —Mantuve mi voz firme a pesar de la certeza repentina que inundaba mi sistema—. Está mintiendo sobre esta reunión.

Mi hija me estudió con una intensidad inesperada, sus ojos color avellana abriéndose fraccionalmente. —¿Por qué crees eso?

—Mencionó a Hargreaves —el mismo nombre que usó el martes pasado para una reunión completamente diferente—. Comencé a recoger los platos del desayuno. Y anoche dijo que la presentación de inversores no estaba terminada, pero esta mañana no llevaba consigo ningún material de presentación.

Los nudillos de April se pusieron blancos alrededor de su taza. —¿Notaste todo eso?

—Trabajé en administración de oficinas durante quince años. Las narrativas inconsistentes prácticamente brillan en neón para mí. —Los platos cayeron en nuestro fregadero—. Algo va mal. Puedo sentirlo.

La expresión de mi hija contenía alivio, rápidamente sofocado bajo una neutralidad practicada. —Quizá estés pensando demasiado en

ello.

—No. —La certeza se solidificó con cada segundo que pasaba—. He estado deliberadamente sin pensar en ello hasta ahora. La forma en que te mira cuando cree que no estoy mirando. La forma en que te estremeces cuando entra en una habitación.

April permaneció en silencio, ni confirmando ni negando mis observaciones.

—Vale. —Sequé mis manos en un paño de cocina, la decisión cristalizándose—. He terminado de ignorar lo que sea esto.

—¿Qué significa? —Su voz era más pequeña que de costumbre.

—Significa que voy a encontrar algunas respuestas yo misma. —Me dirigí hacia el pasillo, el propósito acelerando mis movimientos.

Cogí mis llaves del coche del cuenco junto a nuestra puerta principal —el de cerámica que April había hecho en la clase de arte de octavo curso, esmaltado en azul irregular, que de algún modo sobrevivió a nuestro apocalipsis financiero.

Salí antes de que April pudiera formular objeciones, el propósito impulsándome hacia mi modesto coche. La temperatura rondaba justo por encima del punto de congelación, la humedad perpetua formando patrones delicados en mi parabrisas.

El BMW de Ryan estaría dirigiéndose hacia Merchant Square si su reunión era genuina. Podría alcanzarlo en los semáforos junto al centro comercial, manteniendo una distancia suficiente para evitar ser detectada. No era un plan perfecto, pero era funcional para su implementación inmediata.

Esto no era un comportamiento racional. Esto no era yo. Sin embargo, aquí estaba, siguiendo a mi novio como una detective privada de pacotilla, la duda fermentando en sospecha.

Aparcó en un pequeño aparcamiento junto a una cafetería de Clifton, que no estaba ni cerca de su oficina ni de ninguno de los proyectos inmobiliarios que había mencionado. Entonces no había reunión de negocios. Ningún cliente.

Solo otra mentira para añadir a nuestra colección creciente.

Aparqué al otro lado de la calle, viéndolo entrar en la cafetería de lujo con la confianza de un cliente habitual. A través de la gran ventana frontal, podía verlo saludar a la barista con familiaridad antes de acomodarse en una mesa en la esquina, mirando su reloj como si estuviera esperando a alguien.

Agarré el volante y consideré mis opciones. Podría irme en coche, pretender que nunca lo había seguido, nunca haber descubierto este engaño. Volver a nuestra casa y continuar jugando a las familias felices.

O podría entrar en esa cafetería y exigir la verdad sobre todo — sobre su supuesta reunión de negocios, sobre su extraño interés en mi hija, sobre las mil pequeñas incoherencias que había estado notando pero ignorando.

Respiré profundo y extendí la mano hacia mi bolso. Basta de pretender. Basta de mentiras.

Hora de obtener respuestas.

La cafetería gritaba dinero —todas máquinas de espresso relucientes y clientes que escribían en MacBooks mientras sorbían lattes de ocho libras. No era el territorio habitual de Ryan, lo que hacía su comodidad aquí aún más inquietante.

Esperé hasta que hubo recibido su café, viéndolo a través de la ventana mientras la barista se lo presentaba. Ryan lo aceptó con el gesto de cabeza con derecho de un cliente habitual, luego volvió a mirar su reloj.

Esperando a alguien. No yo. No clientes.

Mi entrada fue discreta, pero Ryan la sintió inmediatamente. Su postura cambió —un endurecimiento infinitesimal a través de sus hombros, una pausa fraccionaria al levantar su taza. Luego su cara compuso una expresión de grata sorpresa.

—¡Meg! Qué coincidencia tan maravillosa.

Me deslicé en la silla frente a él. —¿Lo es?

—Solo venía a por un café antes de la reunión. —Gesticuló hacia su taza—. Deberías probar su flat white. Utilizan granos de—

—¿Con quién te estás reuniendo?

La pregunta era simple y devastadora. La sonrisa de Ryan se mantuvo fija, pero algo parpadeó tras sus ojos —recalibración.

—Promotores inmobiliarios. Como mencioné.

—¿En una cafetería?

—Discusión preliminar. Informal. —Ladeó la cabeza, estudiándome —. ¿Todo bien?

—Dijiste que estarías en tu oficina.

Otra recalibración. —¿Lo hice? Debo haber olvidado mencionar el cambio de lugar.

—Claro que lo olvidaste.

Se acercó una camarera. No pedí nada. Ryan pidió biscotti, haciendo de novio encantador para nuestra audiencia de uno. Cuando se fue, su expresión se transformó en preocupación.

—Me seguiste.

No era una pregunta. Una observación.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque estás mintiendo —dije, mi voz firme a pesar del circo en mi estómago—. Sobre tus reuniones. Sobre April. Sobre todo.

Su risa sonaba lo suficientemente genuina para engañar a cualquiera que no hubiese pasado semanas catalogando sus variantes. —Eso es absurdo. ¿Sobre qué mentiría?

—Mis pendientes no desaparecieron. Tampoco ninguna pulsera con piedras verdes. Nunca tuve una.

Ryan sorbió su café, ganando segundos para formular su respuesta. —Habría jurado que mencionaste—

—No. La inventaste. —Me incliné hacia adelante—. Igual que inventaste que April rompió mi taza con petirrojo. Todavía está en el armario. Nunca se astilló.

—Quizá me equivocara.

—Nunca te equivocas, Ryan. Eres demasiado— —Me detuve, reconociendo su técnica—. Estás intentando hacerme dudar de ella. ¿Por qué?

La camarera regresó con su biscotti. Ryan le dio las gracias, una actuación de normalidad mientras mi pregunta se pudría entre nosotros.

Cuando estuvimos solos de nuevo, su expresión cambió, la máscara de preocupación cayó para revelar algo más frío.

—Eres más observadora de lo que te di crédito.

—Estás intentando hacerme volverme contra April. Quiero saber por qué.

Ryan partió su biscotti por la mitad. —Tu hija y yo tenemos… historia.

—¿Qué tipo de historia?

—Pregúntale a ella. —Se metió un trozo de biscotti en la boca y masticó con una despreocupación insultante—. A ver si te dice la verdad. Por una vez.

—Cuéntamelo tú. —Mantuve mi voz baja, consciente de los clientes cercanos—. Sea cual sea el juego que estés jugando, quiero que se termine.

Su sonrisa no contenía calidez. —No es un juego, Meg. Es responsabilidad.

—¿Por qué?

—El colgante que April robó. Una joya familiar de mi difunta esposa.

—No lo robó. —Fingí una seguridad que no poseía—. ¿De dónde iba a conseguir algo así?

—De mí. —La voz de Ryan bajó—. Desapareció la misma noche que April visitó mi casa para «arreglar mi ordenador». Una ficción conveniente para ganar acceso.

La implicación tropezó en mi cerebro. ¿April robando a Ryan? ¿Antes de que nos hubiéramos conocido? No tenía sentido.

—Eso es imposible. April no te conocía antes—

—¿Antes de qué, Meg? —Su mirada se intensificó—. ¿Antes de que nos conociéramos en Dawson's? ¿Es eso lo que ella te dijo?

La inquietud se deslizó por mi columna vertebral. —Nos conocimos en el trabajo. Dijiste que me viste en el vestíbulo y—

—Te vi porque reconocí tu apellido. Weston. —Su expresión se endureció—. Hay cosas sobre April que no conoces.

—¿Como qué?

—Cosas que destruirían tu imagen perfecta de ella. —Ni siquiera se molestó en disimular su satisfacción ante mi malestar—. Cosas sobre de dónde venía tu dinero todos esos meses en los que tenías dificultades. Cómo se pagaban las facturas cuando no podías permitirte la electricidad.

La garganta se me contrajo. —April trabajaba en una cafetería.

—¿De verdad? —Su ceja se alzó—. ¿Cuándo fue la última vez que la visitaste allí? ¿Que conociste a sus compañeros? ¿Que la viste en este supuesto lugar de trabajo?

La pregunta era incontestable porque conocía la respuesta: nunca. Ni una sola vez en todos estos meses.

—¿Exactamente qué estás insinuando?

—No estoy insinuando nada. —Sorbió su café—. Te estoy diciendo que tu hija no es quien crees que es. Y cuanto antes lo aceptes, mejor será. Para los dos.

—¿Para los dos? —Repetí—. ¿Qué tiene esto que ver conmigo y contigo?

La sonrisa de Ryan se volvió depredadora. —Todo, Meg. Todo tiene que ver con nosotros. —Se inclinó hacia delante—. Pregúntale a April sobre los hombres a los que ha manipulado. Pregúntale cómo financió tu cómoda existencia todos esos años.

—No te creo.

—Sí me crees. —Su certeza era absoluta—. Por eso me seguiste hoy. Por eso has estado observando cómo la observo. Porque en el fondo, siempre has sabido que algo no estaba bien.

Cogí mi bolso, de repente necesitando aire, necesitando escapar de su mirada penetrante y de las implicaciones de sus acusaciones. Las paredes de la cafetería parecían contraerse alrededor de nuestras personas, el murmullo ambiental convirtiéndose en un zumbido sofocante.

—Tengo que irme.

—¿Tan pronto? —Ryan miró su reloj—. Mi reunión actual no es hasta dentro de diez minutos.

—Hemos terminado aquí.

—Por ahora. —Permaneció sentado y me observó con la atención enfocada de alguien memorizando cada detalle.

Me puse de pie, mis piernas inestables bajo mi peso. —Esta conversación ha terminado.

Ryan permaneció sentado, sorbiendo su café con una casualidad exasperante. —Por ahora. Pero recuerda lo que te dije. Sobre April. —Sus ojos nunca abandonaron los míos—. Algunas verdades no pueden permanecer enterradas para siempre, Meg.

Me giré y caminé hacia la puerta, sintiendo su mirada en mi espalda, un tacto indeseado. Esto no había terminado. Ni mucho menos. Pero

necesitaba salir, necesitaba respirar, necesitaba encontrar a April y exigir respuestas a preguntas que no estaba segura de querer hacer.

Detrás de mí, la silla de Ryan raspó contra el suelo. Me estaba siguiendo. Siempre siguiendo.

El aire golpeó mi cara como algodón mojado, cargado de lluvia inminente. La puerta de la cafetería se cerró detrás de mí, cortando la pretenciosa banda sonora de jazz pero no la sensación de ser cazada.

Tres pasos hacia el aparcamiento y lo oí: el distintivo chasquido de zapatos caros en el pavimento. Ryan, emergiendo de la cafetería exactamente diecisiete segundos después de mí. No lo suficientemente inmediato para parecer persecución, pero lo suficientemente rápido para asegurar que no escaparía.

Aceleré mi paso, mi bolso golpeando mi cadera mientras navegaba alrededor de un cochecito de bebé y un grupo de adolescentes sin nada mejor que hacer en una mañana de entre semana.

—Meg, espera. —Su voz llevaba la autoridad tranquila de alguien acostumbrado a no ser desobedecido—. Estás siendo ridícula.

No me giré. No hice pausa. Mi envejecido Corsa estaba a treinta metros de distancia, un santuario azul de metal abollado y tapicería descolorida.

Sus pasos se aceleraron. —Huir no cambiará lo que es verdad.

Busqué en mi bolso las llaves, los dedos tocando todo excepto lo que necesitaba: lápiz labial, recibos, pañuelos, los detritos de la existencia ordinaria de repente transformados en obstáculos.

—Maldición. —Me detuve en mi coche y vacié el contenido en el capó con movimientos frenéticos.

Ryan apareció a mi lado, su colonia anunciando su presencia antes de que su sombra cayera sobre mis pertenencias dispersas.

—¿Buscas esto? —Levantó mis llaves, balanceándolas entre el pulgar y el índice—. Se cayeron cuando saliste corriendo.

Las arrebaté, retrocediendo contra la puerta del conductor. —Gracias. Ahora vete.

—No hemos terminado nuestra conversación. —Su tono sugería razonabilidad mientras sus ojos comunicaban algo completamente diferente—. Sobre April.

—Necesito hablar con mi hija.

—Por supuesto. —Su sonrisa sugería que había orquestado precisamente este resultado—. Pero ¿quizá deberíamos ir juntos? ¿Presentar un frente unido?

La idea de Ryan y yo confrontando a April me revolvió el estómago hasta convertirlo en cemento. —Prefiero manejar esto sola.

—¿Manejar qué, exactamente? —Se movió más cerca, atrapándome entre su cuerpo y el coche—. Ni siquiera sabes con qué estás lidiando.

—Entonces ilumíname.

—Lo he intentado. Tú saliste huyendo. —Su mano se posó sobre el techo del coche junto a mi cabeza; creó una jaula de traje de lana caro y arrogancia masculina—. April no es quien crees que es. Es peligrosa.

—¿Peligrosa? —La palabra emergió como una risa—. Tiene veinticinco años y mide poco más de metro y medio.

—El tamaño no tiene nada que ver con el potencial de daño. —Los ojos de Ryan se entornaron—. Pregúntate de dónde salió el dinero, Meg. Todos esos meses en los que no podías pagar las facturas. Todas esas misteriosas infusiones de dinero en efectivo. La repentina capacidad de permitirte electricidad y comida sin explicación.

Mi garganta se tensó. La pregunta me había atormentado durante meses: ¿de dónde había sacado April los recursos para rescatarnos repetidamente de la ruina financiera?

—Trabaja mucho.

—¿En qué, exactamente?

No tenía una respuesta que me satisficiera ni siquiera a mí misma.

—Tu hija se especializa en extraer dinero de hombres vulnerables. Se le da bastante bien. —La voz de Ryan descendió a un susurro casi inaudible—. Tiene un don para convertirse en lo que su víctima desea más.

—Estás loco.

—¿Sí? —Su mano libre se desplazó hacia mi cara, sus dedos rozando mi mejilla en una burla de ternura—. ¿Cómo crees que nos conocimos en realidad, Meg?

Me aparté de su contacto. —En el trabajo. En el vestíbulo.

—Después de que ya hubiera encontrado a April. Después de que ya me hubiera marcado como su siguiente víctima. —Su expresión contenía admiración—. Es toda una profesional.

Una mujer que pasaba nos miró, observando la escena con leve interés antes de continuar hacia la cafetería. Para los observadores casuales, podríamos parecer unos amantes teniendo una conversación intensa. Qué británico es apartar la vista del conflicto potencial.

—Tengo que irme. —Inserté la llave en la cerradura, mis dedos temblando.

La mano de Ryan se cerró sobre la mía, no dolorosamente pero con una sujeción inconfundible. —No hasta que entiendas qué está sucediendo. Qué ha estado sucediendo durante meses mientras tú hacías la madre ingenua.

—Retira tu mano —dije, mi voz más firme de lo que me sentía.

—Pregúntale a April sobre Charles. Y Daniel. Y Martin. —Cada nombre entregado como prueba en un procesamiento—. Pregúntale sobre cazar viudos con indemnizaciones de seguros. Pregúntale qué estaba haciendo en mi casa meses antes de que tú y yo nos conociéramos.

Mi mente aceleró a través de implicaciones que no podía permitirme examinar de cerca. El trabajo en la cafetería que nunca parecía tener compañeros específicos u horarios consistentes. El efectivo apareciendo cuando más lo necesitábamos. Las ausencias misteriosas de April y sus explicaciones vagas.

—Estás mintiendo. —La acusación sonó hueca incluso a mis propios oídos.

—¿Por qué lo haría? —Su agarre se tensó ligeramente—. ¿Qué propósito serviría eso?

—No lo sé. No entiendo nada de esto.

—Entonces déjame ayudarte a entender. —Su voz se suavizó hasta algo casi gentil—. Ven a mi casa. Te mostraré pruebas. Transferencias bancarias. Fotos. Mensajes.

La invitación era tóxica y tentadora.

—No. —Me liberé la muñeca—. Me voy a casa. A hablar con April.

Sus ojos se oscurecieron. —Eso sería un error.

—Es mi error cometer.

—¿Sí? —Ryan miró alrededor del aparcamiento casi vacío, luego volvió a mirarme—. ¿Y si te dijera que April ni siquiera está en tu casa? ¿Que está en otro lugar preparando su próximo timo?

—Diría que estás mintiendo. Otra vez.

—Compruébalo. Llámala. —Su confianza me inquietó—. Mira por ti misma.

Vacilé, luego metí la mano en mi bolso, cerrando los dedos alrededor de mi teléfono. La pantalla se iluminó: sin mensajes, sin llamadas perdidas. Marqué el número de April, observando el rostro de Ryan mientras sonaba.

Sin respuesta.

—Está ocupada. —Traté de ignorar la semilla de duda que echaba raíces.

—Se ha ido, Meg. —La voz de Ryan contenía algo como lástima—. Pero puedo llevarte a ella. Mostrarte qué ha estado haciendo realmente todos estos meses.

El aparcamiento de repente pareció vasto y vacío. Los pocos peatones habían desaparecido. Solo Ryan y yo y sus palabras tejiendo redes alrededor de mis certezas.

—Sube a tu coche —dijo, su voz gentil pero firme—. Sígueme. Te lo mostraré todo.

—¿Por qué debería confiar en ti?

—Porque a diferencia de April, no tengo nada que ocultarte. —Abrió más la puerta de mi coche—. ¿Cuál es la alternativa? ¿Ir al trabajo o a una casa vacía y más preguntas?

La lógica guerreó con el instinto mientras estaba paralizada entre opciones. ¿Seguir al hombre en el que ya no confiaba para aprender verdades sobre la hija que quizá nunca hubiera conocido? ¿O volver sola a una casa llena de secretos y mentiras?

—Diez minutos —dijo Ryan, claramente percibiendo mi vacilación—. Dame diez minutos para mostrarte, luego decides.

Miré mi teléfono otra vez. Aún sin respuesta de April.

—Vale —dije, la palabra apenas audible—. Diez minutos.

La sonrisa de Ryan no contenía calor, solo satisfacción. —Sígueme con el coche. Mantente cerca.

Caminó hacia su BMW, y yo me deslicé en el asiento del conductor, la llave de contacto suspendida entre mis dedos. Algo sobre esto se sentía mal —profunda, fundamentalmente mal.

Debería conducir a casa. Ahora. Inmediatamente.

Pero April no respondía. Y las preguntas que Ryan había sembrado se me clavaban como espinas en la mente, sacando sangre con cada intento de rechazarlas.

Su motor arrancó. Las luces parpadearon una vez —una señal para seguir.

Giré la llave, mi coche respondiendo.

La carretera adelante se extendía hacia la incertidumbre, el BMW negro de Ryan abriéndose paso hacia respuestas que no estaba segura de querer, destinos que no podía anticipar.

Diez minutos. ¿Qué podría pasar en diez minutos?

Capítulo 20

April

He pasado tiempo reorganizando mi cajón de calcetines —emparejando calcetines huérfanos, enrollando pantis en cilindros perfectos, disponiéndolo todo según degradados de color. El tipo de actividad sin sentido que ocupa las manos mientras deja el cerebro libre para contemplar el homicidio.

No un asesinato de verdad, por supuesto. Solo la fantasía exquisita de Ryan Lark experimentando un fallo catastrófico del motor en la M4. O quizá asfixiándose con un hueso de aceituna durante uno de sus preparativos culinarios performativos.

La casa se sentía rara sin Mum. Su ausencia creaba un espacio negativo, como un diente recién extraído. Se había ido abruptamente esta mañana, sus ojos evitando los míos con la deliberada concentración de alguien que ocultaba algo significativo.

Mi teléfono mostraba poco más que el más absoluto vacío digital. Tres mensajes sin respuesta a Mum. No es propio de ella. Nada propio de ella.

La puerta delantera se abrió abajo, enviando mi corazón a una arritmia. ¿Los pasos de dos personas? ¿De una?

—¿April? —la voz de Ryan flotó escaleras arriba, empalagosa por su falsa preocupación—. ¿Estás en casa?

Solo él. Sin Mum.

Permanecí en silencio, sopesando opciones. ¿Saltar por la ventana? Dos pisos, probablemente un tobillo roto. ¿Esconderme en el

armario? Patéticamente infantil. ¿Enfrentar al monstruo? Aparentemente mi única opción.

Descendí las escaleras, una prisionera condenada acercándose al cadalso. Ryan estaba de pie en nuestro pasillo, componiendo una expresión de angustia tan fabricada que bien podría haber llevado un código de barras.

—Aquí estás —dijo, escaneándome de pies a cabeza—. Estaba preocupado.

—¿Dónde está Mum?

Colocó sus llaves en el gancho. —Se ha ido unos días.

La declaración era absurda en su transparencia. —¿A dónde?

—A visitar a tu tía a Cardiff.

Mi tía ficticia en Cardiff. La mentira era tan chapucera que rozaba lo insultante.

—Interesante —repliqué, apoyándome contra la barandilla—. Especialmente porque Mum no tiene hermana.

A Ryan se le tensó la sonrisa. —¡Vaya!

—Ni siquiera lo intentas ya, ¿verdad?

Su fachada se resquebrajó por un microsegundo, revelando algo frío debajo. Luego se recompuso, perfecta e impenetrable.

—Tu madre necesitaba espacio —enmendó suavemente—. Para procesar ciertas… revelaciones.

Mi estómago se revolvió. —¿Qué revelaciones?

—Sobre tus actividades extracurriculares. —Se movió hacia la cocina y abrió nuestro frigorífico como si fuese dueño de su contenido—. Sobre cómo has financiado esta encantadora vida tuya.

Hielo se deslizó por mis vértebras, congelando cada disco sucesivamente. —¿Qué le dijiste?

—Solo la verdad. —Sacó ingredientes —tomates, albahaca, ajo, al parecer, con la intención de preparar la comida mientras desmontaba mi vida—. Sobre Charles. Daniel. Martin. —Cada nombre entregado era una embestida de cuchillo—. Sobre cómo me dirigiste específicamente como viudo adinerado.

—Eso no es—

—¿No es qué? —Cortó un tomate—. ¿No es preciso? ¿No es como lo planeaste? ¿O simplemente no es lo que querías que Mami descubriera?

Agarré el marco de la puerta, buscando estabilidad mientras el suelo parecía inclinarse bajo mis pies. —¿Dónde está?

—Segura. —El cuchillo continuó su danza rítmica sobre la tabla de cortar—. A diferencia de ti, de verdad me importa el bienestar de Meg.

—Si le has hecho daño—

—¿Hacerle daño? —Su risa contenía diversión genuina. La única persona que ha dañado a Meg eres tú, April. Años de mentiras. Años de manipulación. Años financiando tu existencia con métodos que la destrozarían si los descubriera.

—La has llevado a algún lugar contra su voluntad.

Ryan recogió los tomates picados en las palmas de sus manos, transfiriéndolos a un cuenco. —Se fue voluntariamente después de

enterarse de lo que es realmente su preciosa hija.

Lancé la mano hacia mi teléfono, desplazándome hasta el contacto de Mum.

—No responderá. —Ryan extendió la mano hacia el aceite de oliva—. Necesita tiempo para adaptarse a su nueva realidad. Una realidad donde su hija es una estafadora profesional que trajo a un depredador a su hogar.

La verdad amarga de su declaración final casi me doblegó las rodillas. Tenía razón en una cosa: yo lo había traído a nuestra puerta, había invitado la catástrofe a nuestras vidas a través de mis propias acciones.

Y ahora Mum se había ido — capturada por el monstruo que yo había creado, a lugares desconocidos, con propósitos que no podía ni empezar a comprender.

Ryan levantó la vista, la satisfacción brillando en sus ojos árticos. — ¿Tienes hambre? Estoy preparando pasta.

El agua golpeaba contra mi cuero cabelludo, lo bastante caliente para abrasar, pero no lo suficiente para limpiar. Me froté hasta que la piel se me enrojeció, como si pudiera lavar la pregunta que me atormentaba: ¿dónde estaba Mum?

La puerta del baño se abrió con un clic.

Me quedé congelada, el jabón resbalando de mis dedos. A través del cristal esmerilado, la silueta de Ryan se recortaba —una mancha oscura contra la luz del baño. Sabía que deberíamos haber puesto un cerrojo en la puerta.

—Ocupado —llamé, mi voz más firme que mis latidos.

—Ya lo veo. —La puerta de la ducha se deslizó hacia atrás. Ryan estaba completamente vestido, las mangas remangadas hasta los codos, su mirada recorriéndome el cuerpo desnudo. —No me hagas caso. Solo estoy admirando lo que ya he pagado.

Crucé los brazos sobre mi pecho. —Sal de aquí.

—Qué hostilidad. —Se apoyó contra el lavabo, sin hacer amago de irse ni de acercarse. —Especialmente considerando nuestro historial. ¿Cuántas veces te vi así en mi baño de Clifton? ¿Cuántas veces yo—?

—¿Dónde está mi madre?

Su sonrisa se tensó. —Decidió que necesitaba un tiempo fuera. Para procesar ciertas… revelaciones sobre su hija.

—Estás mintiendo.

—¿De veras? —Arqueó una ceja. —Se fue de muy buena gana después de nuestra pequeña charla esta mañana. Parecía bastante ansiosa por poner distancia entre ella y esta casa de mentiras que has construido.

El agua seguía bajando por mi espalda mientras nos enfrentábamos —yo desnuda y vulnerable, él vestido y dueño de la situación. El desequilibrio de poder absoluto.

—He llamado a la policía —mentí.

—No, no lo has hecho. —Consultó su reloj. —Porque sabes que cualquier investigación descubriría primero tus propios crímenes. Las estafas. Los robos. Las mentiras.

Alargué la mano hacia una toalla. Ryan se movió más rápido, arrebatándola.

—Aún no —dijo. —Estamos negociando.

—¿Negociando qué?

—Términos de rendición. —Dobló la toalla. —Tú quieres saber dónde está tu madre. Yo quiero… compensación por mis molestias.

Su mirada se deslizó por mi cuerpo, su intención inconfundible. Se acercó, aflojándose la corbata.

—No puedes hablar en serio —dije, mi voz hueca.

—La información tiene un precio, April. —Su mano rozó mi hombro mojado. —Tú me lo enseñaste. Una hora —murmuró contra mi oído. —Entonces recibes una llamada telefónica. Intercambio justo.

Cerré los ojos, el cálculo reemplazando la repulsión. Por Mum. Por respuestas. Por el retorcido juego al que fuera que estuviese jugando, del que tenía que salir con vida.

La luz del baño parpadeó una vez, luego se estabilizó.

Más tarde, envuelta en una toalla en mi cama, me quedé mirando el techo. La pintura se había amarillado en las esquinas, manchas de agua formando patrones como países en un mapa que no podía nombrar.

Los pasos de Ryan resonaban en la planta baja —el sonido de alguien cómodo en la victoria, preparando comida como si nada extraordinario hubiera ocurrido.

Mi piel se sentía ajena, como si perteneciera a alguien más. Otra April. Otra víctima. Otro papel que no había elegido pero que tenía que representar.

Algo en la desaparición de Mum me parecía mal. No se iría sin decirme nada, sin importar lo que Ryan afirmara que había descubierto. Su historia sobre ella 'decidiendo' irse sonaba hueca, como todo lo demás en él.

Esto ya no era sobre deseo ni siquiera sobre venganza.

Esto era sobre posesión.

¿Y la parte verdaderamente aterradora? Esto era solo el comienzo.

Mis dedos se tropezaban con los botones mientras me vestía. Cuatro intentos para asegurar mis vaqueros. Como enhebrar una aguja durante un terremoto.

La ducha había lavado la evidencia física pero no la memoria. No el pacto que había hecho por información que quizá ni siquiera existía.

Presioné mi frente contra el espejo frío, respirando superficialmente para evitar inhalar mi propia vergüenza. En la planta baja, las ollas tintineaban en la cocina —Ryan jugando a las casitas.

Mi teléfono vibró en la mesilla. Un mensaje de texto de un número desconocido:

Tu madre quiere que sepas que está segura. Por ahora.

El hielo inundó mis venas. Escribí con dedos temblorosos:

¿Dónde está?

Tres puntos aparecieron, desaparecieron, reaparecieron:

Pregúntale al hombre que está cocinando pasta en tu cocina.

Borré la conversación, metí el teléfono en el bolsillo y bajé las escaleras como si estuviera atravesando un campo de minas.

Ryan estaba junto a la vitrocerámica, removiendo la salsa con una mano, una copa de vino en la otra. Una parodia de dicha doméstica.

—Llegas en el momento perfecto —dijo sin darse la vuelta—. Está casi listo.

—Alguien me acaba de enviar un mensaje de texto sobre Mum.

La cuchara de madera se pausó a mitad del movimiento. —¿Ah, sí?

—Me ha dicho que te pregunte dónde está.

Reanudó el remover, los hombros relajándose. —Imagino que estará donde decidió ir cuando se marchó esta mañana.

—Ella no se iría sin decírmelo.

—Sin embargo, su dormitorio está medio vacío. Su coche se ha ido. Su teléfono va directamente al buzón de voz. —Echó un vistazo por encima del hombro—. La navaja de Occam, April. La explicación más simple suele ser la correcta.

La garganta se me cerró. —¿Cuál es?

—Te abandonó. —Lo dijo con satisfacción. Hizo una bolsa mientras dormías y se fue sin mirar atrás.

—Pero la vi marcharse, y he estado en casa todo el día. ¿Cómo es posible que...?

Me acerqué a la ventana, escaneando el camino de entrada como si la evidencia pudiera aparecer por arte de magia. Nada de coche de Mum. Ninguna señal de que fuera a volver.

—Estás mintiendo.

—Revisa su armario si no me crees. Medio vacío. Han desaparecido lo esencial. El camisón. Los artículos de aseo. Incluso ese cárdigan horrible que se pone cuando está alterada.

La especificidad me heló la sangre. Él había notado lo que se ponía cuando estaba angustiada. Había catalogado sus hábitos, sus consuelos.

—Esto es solo otro juego para ti —dije, con la voz más firme que mis entrañas.

—No es un juego. Es una rendición de cuentas. —Ryan apagó la vitrocerámica, vertió salsa sobre la pasta—. Tu madre ahora sabe exactamente quién es su hija. Qué ha hecho. Con quién se ha acostado por dinero.

La palma de mi mano ansiaba conectar con su cara. —Si le has hecho daño...—

—Le mostré extractos bancarios. Mensajes de texto. Fotos. —Colocó dos platos en la mesa—. Tu propia evidencia te condenó. Yo simplemente la presenté.

El pánico me trepó por la columna vertebral. —Ella no se iría así sin más.

—¿No? —Su sonrisa se torció. ¿Cuándo se entera de que su hija es una prostituta profesional que apuntaba a hombres por dinero? ¿Qué metió a un depredador en casa? ¿Qué financió su existencia mediante el engaño y el sexo? —Se encogió de hombros. Parece lógico que necesitara espacio.

Me dirigí hacia las escaleras. —Necesito ver su dormitorio.

Ryan hizo un gesto expansivo. —Adelante. La comida esperará.

La puerta del dormitorio de Mum estaba entreabierta. Dentro, el armario estaba abierto de par en par —secciones de perchas vacías donde deberían colgar sus trajes de diario—. Los cajones del tocador sacados, medio vaciados. El cepillo de dientes desaparecido del cuarto de baño incorporado.

Parecía que se había marchado con prisa. Pero no como si la hubieran llevado.

Pero... esto no era posible.

Cuando volví a la cocina, Ryan me había servido vino y estaba sentado esperando, la servilleta sobre el regazo.

—¿Ves? —dijo, el tenedor suspendido sobre la pasta—. Hizo una bolsa y se marchó. Dijo que necesitaba aclararse. Asimilar la traición.

—Ella no...—

—Lo hizo. —Su voz se suavizó a algo casi tierno. Enfrenta los hechos, April. Has sido abandonada.

La palabra me atravesó, activando miedos de la infancia que había enterrado bajo años de cinismo. Papá marchándose. Mum sola luchando.

Me desplomé en la silla frente a él, de repente exhausta más allá de toda medida.

—Come. —Empujó mi plato más cerca—. La comida lo arregla todo.

Una mentira tan obvia que casi me hace reír. Nada arreglaría esto —ni la pasta, ni promesas, ni sea cual sea la satisfacción enferma que Ryan extraía de verme desmoronarme.

Me metí un tenedor de pasta en la boca por la fuerza, sin saborear nada. Mi mente corría a través de posibilidades. ¿La había

manipulado para que se fuera? ¿La había amenazado? ¿Se había ido de verdad o simplemente estaba escondida en algún lugar, un peón en su venganza elaborada?

—Tu cooperación anterior fue apreciada. —Ryan sorbió su vino. Demuestra que eres capaz de negociar racionalmente cuando estás adecuadamente motivada.

Pinché otro pedazo de pasta. —Quiero prueba de que está bien.

—Con el tiempo. —Se secó la boca con la servilleta—. Por ahora, tendrás que confiar en mí.

Confiar. El concepto casi me hace vomitar. Confiar en el hombre que me había chantajeado con el paradero de mi madre. Confiar en el depredador que había invadido nuestro hogar y desmantelado sistemáticamente nuestras vidas.

Afuera, la oscuridad se asentó sobre Larch Crescent. Casas ordinarias con familias ordinarias comiendo cenas ordinarias. Ninguna de ellas albergando al monstruo que había alejado a mi madre.

Tragué pasta que podría haber sido cartón. —Quiero hablar con ella.

—Ella no quiere hablar contigo. —Ryan rellenó su copa de vino. Bastante enfática sobre eso, en realidad. "Dile a April que no se ponga en contacto conmigo. Necesito tiempo." Sus palabras exactas.

Mentiras envueltas en suficiente verosimilitud para escocer. Mum podría necesitar espacio después de enterarse de la verdad, pero nunca entregaría el mensaje a través de Ryan.

Puse el tenedor en la mesa. —Tienes lo que querías. Venganza. Satisfacción. Ahora dime dónde está.

Su sonrisa contenía diversión genuina. —Oh, April. Apenas estamos comenzando.

Capítulo 21

Meg

La conciencia llegó, una invitada indeseada —súbita, intrusiva y portadora de nada más que problemas.

Mis ojos se abrieron de golpe ante sombras desconocidas. No era mi dormitorio. No era ningún cuarto que reconociera. El aire olía mal —una mezcla empalagosa de lavanda artificial y algo vagamente químico.

Intenté frotarme la cara, un hábito de décadas despertándome ante problemas que necesitaban solución. Mi brazo se tensó bruscamente; el metal se clavó en la carne. Un sonido escapó de mí —algo entre un jadeo y un gemido.

Esposada. A la estructura de la cama.

—¿Hola? —mi voz era un graznido, la garganta como papel de lija seco—. ¿Hay alguien aquí?

El silencio respondió, punteado por el zumbido distante del tráfico. En algún lugar más allá de las cortinas pesadas, la vida normal continuaba sin mí. El reloj digital de la mesilla mostraba las 3:39 en números rojos furiosos, marcando el tiempo en una realidad que ya no ocupaba.

Tiré de la atadura de nuevo, con más fuerza esta vez. El metal se hundió más profundamente, el dolor floreciendo a lo largo de mi muñeca. El pánico subió en mi pecho, una cosa viviente con garras y dientes.

—¡Ayuda! —grité, mi voz quebrándose—. ¡Que alguien me ayude!

Nada. Ni siquiera pasos. Solo los números rojos burlones del reloj, ahora mostrando las 3:42.

La habitación se materializó gradualmente mientras mis ojos se ajustaban —decorada con buen gusto, paredes pintadas en beige neutro. Una lámpara reposaba sobre un tocador cercano, apagada pero visible en la poca luz que se filtraba a través de los bordes de las cortinas. Una habitación de invitados, muy probablemente.

Mi mano libre rebuscó a lo largo de la mesilla, buscando cualquier cosa útil —un teléfono, unas tijeras, incluso una maldita horquilla. Nada excepto madera lisa y ese reloj infernal, ahora marcando las 3:43.

Intenté recordar cómo había llegado aquí. La cafetería. La conversación. Siguiendo su coche. Luego… nada. Un espacio en blanco donde debería estar la memoria.

¿Me había drogado? Mi boca tenía un sabor peculiar —metálico y seco, como si hubiera estado chupando monedas.

—Piensa, Meg —me susurré a mí misma, un viejo hábito de cuando April era pequeña y los problemas parecían tener solución.

April. Mi pecho se tensó. ¿Sabía que no estaba? ¿Me estaba buscando? ¿O le habían contado alguna mentira elaborada sobre mi partida repentina?

Probé la esposa de nuevo, esta vez más metódicamente. Unas esposas de calidad —no del tipo de novedad que se vende en tiendas de bromas. Comprenderlo no me sirvió de consuelo.

Al menos mis piernas no estaban atadas. Pequeños favores. Las balanceé hacia abajo de la cama, casi volcándome cuando el mareo me atravesó. Definitivamente drogada, entonces.

La cadena de las esposas hizo ruido contra la estructura de la cama, el sonido obscenamente fuerte en la quietud. No podía moverme más de un pie desde la cabecera —no lo suficiente para alcanzar la puerta o las ventanas.

El sudor brotó a lo largo de mi línea del cabello a pesar del aire fresco. Mi respiración se aceleró, se hizo más superficial. El comienzo de la hiperventilación. Me obligué a ralentizar, contando cada inhalación. Uno, dos, tres, cuatro…

El reloj ahora marcaba las 3:47. Cinco minutos de conciencia en esta pesadilla. Se sentía como horas.

Examiné la restricción bajo la luz tenue. Modelo estándar de la policía, por lo que parecía, no es que fuera una experta. ¿Dónde conseguiría incluso algo así? El pensamiento envió otra ola de náusea a través de mí.

—Estás bien —me mentí a mí misma—. Va a estar bien.

Otro viejo hábito —tranquilizarme cuando la realidad sugería lo contrario. Lo había hecho durante mi divorcio, durante el despido, durante años de terror financiero. Autoengaño practicado.

Me giré para examinar la cabecera donde la esposa estaba sujeta. Madera maciza, cara. Sin barras sueltas convenientes ni juntas frágiles. Sin escape fácil.

Moví mi mano libre a mis bolsillos —vacíos. Por supuesto. Mi teléfono, llaves, cartera —todo se había ido. Estaba totalmente, completamente atrapada.

El pánico que había estado reprimiendo irrumpió, la adrenalina inundando mi sistema. Tiré de la restricción, la desesperación renovada, el metal cortando mi piel, la humedad cálida bajando por mi brazo. Apenas noté el dolor a través de la niebla del terror.

—¡Déjame salir! —grité, abandonando la dignidad—. ¡Por favor! ¡Que alguien me ayude!

Mi voz rebotó en el papel tapiz de buen gusto, regresando para burlarse de mí. Nadie venía. Nadie podía escucharme. Esta habitación, dondequiera que fuera, había sido elegida específicamente por su aislamiento.

Me desplomé contra la cabecera, me faltaba el aliento en jadeos entrecortados. El reloj ahora marcaba las 3:54. Quince minutos de conciencia en cautiverio. ¿Cuántos más me quedaban por delante? ¿Horas? ¿Días?

La oscuridad presionaba, cercana y sofocante. Por primera vez desde que April nació, me permití el lujo del miedo completo, sin censura.

Y entonces hice algo que no había hecho en años.

Comencé a llorar.

Las lágrimas se secaron contra mis mejillas. En la oscuridad, los recuerdos afloraron – indeseados pero inevitables. No de la infancia ni de tiempos más felices, sino de apenas hace unas horas. De seguir el BMW de Ryan por las calles después de nuestro enfrentamiento en aquel café pretencioso.

Lo había perseguido contra todo sentido común, las preguntas sobre April abriéndose paso a través de la cautela. Su coche había girado hacia Clifton, siguiendo la ruta familiar hacia su casa – aquella propiedad georgiana donde había pasado innumerables veladas, creyendo ingenuamente que representaba seguridad, no peligro.

—Pensé que íbamos a ver las pruebas —había dicho, saliendo de mi coche, los nervios zumbando bajo una confianza falsa.

—Mi estudio contiene todo lo que necesitamos —había respondido Ryan, las llaves tintineando en su mano manicurada—. Más eficiente que arrastrar archivos a otro sitio, ¿no te parece?

La casa había aparecido exactamente como siempre – mobiliario de buen gusto, arte costoso, aquel olor persistente a cera de muebles y riqueza. Nada que sugiriera peligro. Nada que justificara el malestar que se arrastraba por mi espina dorsal.

—Tras de mí —había gesticulado, con todos los modales de un caballero e intenciones de depredador.

Lo había seguido hasta su estudio – aquella sala revestida de roble donde siempre había parecido más cómodo. Libros colocados por color en lugar de por contenido alineaban las paredes. La sala de alguien desesperado por parecer intelectual.

—Siéntate —había ordenado e indicado una silla de cuero frente a su escritorio.

—Prefiero estar de pie.

Algo había parpadeado en su cara – la primera emoción genuina que había visto traspasar su máscara cuidada. Irritación.

—Como prefieras. —Se había movido hacia su ordenador, había pulsado varias teclas—. Hablemos de April, ¿te parece? Tu hija tiene bastante talento para el engaño.

—Eso es lo que no paras de decir.

—No decir. Probar. —Había girado la pantalla hacia mí—. Transferencias bancarias de mi cuenta a la suya. Cinco mil libras mensuales, regular como un reloj.

Había contemplado la pantalla, mi estómago contraído. El nombre de April. Su número de cuenta. Sumas que habrían resuelto todos nuestros problemas varias veces.

—Esto no prueba nada —había conseguido decir, aunque la duda ya había echado raíces—. Podrías haberle enviado dinero por cualquier razón.

—Por servicios prestados —había respondido Ryan, su voz bajando a algo feo—. Tu hija tiene un modelo de negocio, Meg. Identifica a hombres adinerados, crea una persona que les resultará irresistible, luego extrae tanto dinero como sea posible antes de desaparecer.

—Estás mintiendo.

—¿Lo estoy? —Había hecho clic en otra pantalla – fotografías esta vez. April en un restaurante que no reconocía, sentada frente a un hombre mayor. April entrando en una casa que no era la nuestra. April vestida con ropa que nunca había visto, sonriendo a alguien fuera del encuadre.

—¿Fotos de vigilancia? —había preguntado, la náusea ascendiendo —. ¿La espiaste?

—Investigué a una ladrona —había corregido, sonando razonable pero monstruoso—. Tu hija me robó más que dinero, Meg. April me apuntó como a un viudo adinerado. Me robó. Luego la encontré – a través de ti.

El hielo se había formado en mis venas. —Nunca te importé.

—No inicialmente, no. —Había cerrado el portátil—. Aunque he llegado a desarrollar cierta apreciación por tus… cualidades.

Había retrocedido hacia la puerta, la autopreservación finalmente superando la curiosidad. —Me voy ahora.

Ryan se había movido con una velocidad sorprendente, bloqueando mi salida. —Me temo que no.

—Quítate de en medio.

—¿Después de haberme tomado todo este tiempo para organizar este encuentro? —Su risa había sido tan afilada como cristal roto—. No lo creo.

Había extendido la mano hacia el pomo de la puerta. Su mano se había cerrado alrededor de mi muñeca, sus dedos hundidos en mi carne.

—Duele —había dicho, mi voz más firme que mi pulso.

—Está pensado para ello. —Su otra mano se había movido hacia mi garganta, su pulgar descansando contra mi arteria carótida—. Siéntate, Meg.

—Suéltame.

Sus dedos se habían apretado incrementalmente, enviando chispas a través de mi visión. —Siéntate. Ahora.

Algo en su tono – una oscuridad que nunca había oído antes – me dijo que esto no era negociable. Había permitido que me guiara hacia la silla, mi mente acelerada a través de opciones que menguaban.

—Mejor —había dicho, soltando mi garganta pero manteniendo su agarre en mi muñeca—. Ahora, vamos a tener una conversación civilizada sobre las actividades de tu hija. Sobre lo que me robó. Sobre cómo vas a ayudarme a recuperarlo.

—No sé nada sobre—

Su palma abierta se había conectado con mi mejilla. No con la suficiente fuerza para dejar marcas, solo lo suficiente para sorprender. Como disciplinar a una mascota desobediente.

—No me mientas —había dicho suavemente—. Nos insulta a ambos.

El hombre que creía haber conocido había desaparecido completamente, reemplazado por este extraño de ojos fríos, la violencia hirviendo bajo la ropa hecha a medida.

—¿Qué quieres? —Había sentido el sabor a cobre donde mis dientes habían cortado el interior de mi mejilla.

—Todo lo que April robó. —Su sonrisa había vuelto, profesional y aterradora.

El resto se difuminó – movimiento, resistencia, algo presionado contra mi cara oliendo a químicos. Luego la oscuridad.

Ahora, esposada a una cama desconocida en lo que debe ser alguna parte oculta de su casa que nunca me había mostrado, comprendí con perfecta claridad.

No era daño colateral en la venganza de Ryan contra April.

Era el arma.

La vergüenza llegó sin ser invitada – una visitante familiar que había albergado demasiadas veces a lo largo de cuarenta y cinco años. Vergüenza por confiar en Ryan. Vergüenza por dudar de April. Vergüenza por terminar esposada a la cama de un extraño como un titular de prensa amarilla esperando a suceder.

Las sombras desconocidas de la habitación no ofrecían consuelo alguno mientras tiraba inútilmente de la cadena. El dolor atravesaba mi muñeca, en carne viva por los repetidos intentos de libertad. Estúpido, esfuerzo derrochador. El tipo de lucha fútil que había caracterizado demasiada parte de mi existencia.

¿Cuándo me había convertido en esta mujer? Esta criatura ingenua y desesperada tan ansiosa por la atención masculina que había pasado por alto todas las señales de alarma. La manera en que Ryan había aparecido en mi vida con una sincronización demasiado perfecta. Cómo sabía cosas de April que no debería saber. Su excesivo interés en nuestras finanzas. Su inserción en nuestro hogar.

Dios, nuestro hogar. April estaba allí sola, sin saber que su madre había sido secuestrada por el monstruo que había traído a nuestra puerta.

April. Mi brillante, misteriosa hija.

Si Ryan decía la verdad —y los extractos bancarios sugerían que así era—, April había estado viviendo una doble vida que no podía empezar a comprender. Objetivo: hombres adinerados. Extracción de dinero. Creación de personas ficticias.

De tal palo tal astilla. Ambas construyendo ficciones convenientes. La mía había sido más simple: fingir que el desastre financiero no era inminente, inventar entrevistas de trabajo que nunca existieron, fabricar optimismo a partir de armarios vacíos y avisos de impago.

Los engaños de April habían sido más elaborados, más rentables, más peligrosos.

Mi muñeca palpitaba bajo las esposas, el metal mordiendo más profundamente con cada intento fallido de libertad. El dolor físico era casi bienvenido —una distracción de los pensamientos sobre April enfrentándose a Ryan sola, sin saber cuál era su verdadera naturaleza, sin saber que su madre había desaparecido.

¿Llamaría a la policía? ¿O asumiría que me había ido voluntariamente, como sin duda Ryan le había dicho?

La casa se sentía vacía a mi alrededor —esa quietud que adquieren los edificios cuando están temporalmente abandonados. Sin pasos. Sin ruidos de cocina. Sin ducha corriendo. Ryan me había dejado sola, confiando en las cadenas de metal y las puertas cerradas.

Necesitaba escapar. No solo intentarlo mientras lloraba patéticamente, sino realmente conseguirlo.

El silencio presionaba contra mis oídos, simultáneamente reconfortante y aterrador. Tiempo para pensar sin la presencia depredadora de Ryan, pero también tiempo para contemplar qué podría hacer a su regreso.

La luz del amanecer se fortalecía alrededor de los bordes de las cortinas, otorgando definición a la habitación. ¿Cuántos otros secretos contenían estas paredes? ¿Cuántas otras mujeres se habían visto atrapadas aquí?

Mi estómago se contrajo por náuseas que no tenían nada que ver con la droga que aún permanecía en mi sistema. April. Necesitaba llegar a April antes de que Ryan lo hiciera.

¿Pero cómo? Las esposas me mordían cruelmente la muñeca con cada movimiento. El cabecero permanecía frustrante y sólido bajo mis dedos. Mi bolso, teléfono, llaves del coche —todo desaparecido, sin duda asegurado en otro lugar de esta casa de los horrores.

Escuché atentamente, reconfirmando que el edificio estaba vacío. Luego, abandonando la dignidad, grité.

—¡Ayuda! ¡Que alguien me ayude!

Mi voz rebotó en el papel pintado de buen gusto, regresando sin respuesta. Sin vecinos corriendo a investigar. Sin transeúntes

preocupados. Solo mis gritos cada vez más roncos disolviéndose en el aire caro de la fortaleza de Ryan en Clifton.

Las lágrimas amenazaban de nuevo —lágrimas inútiles, autoindulgentes que no podía permitirme. Llorar no me liberaría. Llorar no advertiría a April. Llorar no detendría lo que Ryan había planeado.

Me obligué a respirar constantemente, a pensar metódicamente. ¿Qué haría April en esta situación? Mi hija ingeniosa que aparentemente había financiado nuestra existencia a través de elaboradas estafas. Ella no desperdiciaría energía en gritos fútiles o autocompasión.

Las esposas en sí no ofrecían debilidad alguna —de grado policial por su aspecto. El punto de fijación al cabecero parecía igualmente robusto.

¿Quizá la habitación contenía algo útil? Me estiré tanto como me permitía la cadena, examinando mi prisión. La mesilla de noche sin nada más que un reloj digital. La cómoda demasiado lejos para alcanzar. Una puerta de baño contiguo estaba tentadoramente entreabierta, pero podría haber estado a kilómetros de distancia.

Sin horquillas convenientes, sin clips de papel descartados, ninguno de los elementos básicos de las escenas de escape en las películas que había visto.

Solo yo, mi muñeca cada vez más ensangrentada, y la creciente certeza de que Ryan regresaría con algo desagradable planeado para April y para mí.

Fuera, el tráfico matutino zumbaba a lo lejos. Personas conduciendo hacia el trabajo, dejando a los niños en la escuela, viviendo vidas ordinarias de martes. Ninguno de ellos consciente de la mujer de mediana edad esposada a una cama, desesperada por escapar.

¿Qué hora era? El reloj digital marcaba las 8:43. ¿Estaría April despierta ya? ¿Habría notado mi ausencia, considerando que pasaba tanto tiempo en su habitación? ¿Se habría percatado de que no había llegado a casa ayer? ¿Había llamado a mi teléfono? ¿Había comprobado mi habitación? ¿Asumiría que me había ido temprano para trabajar hoy, manteniendo nuestro elaborado baile de ficciones mutuas?

Cerré los ojos, concentrándome en el diseño de la casa de Ryan a partir de visitas previas. Habitación de invitados arriba, presumiblemente. Estudio abajo. Cocina en la parte trasera. Puerta principal con ese ridículo llamador de cabeza de león del que se sentía tan orgulloso.

Si de alguna manera me liberaba de esta cama, tendría que navegar por pasillos desconocidos, encontrar escaleras, localizar una salida. Todo antes de que Ryan regresara de donde quiera que hubiera ido.

¿Y luego qué? Sin teléfono. Sin dinero. Sin coche. Las calles de Clifton llenas de madrugadores que probablemente ignorarían a una mujer desaliñada y frenética con la muñeca ensangrentada.

La magnitud del desafío amenazaba con abrumarme.

No. Un problema a la vez. Primero: librarme de estas esposas. Todo lo demás podía esperar.

Examiné el cabecero más cuidadosamente, mis dedos trazando juntas de madera y accesorios de metal. Tenía que haber una debilidad en algún lugar. Nada hecho por el ser humano era infalible.

—Voy hacia ti, April —le susurré a la habitación vacía—. Solo aguanta.

Si podía oírme o no, no importaba. La promesa me estabilizó, dio propósito a mi desesperación.

Escaparía de esta habitación.

Encontraría a mi hija.

La protegería del monstruo que había traído inconscientemente a nuestras vidas.

Y luego, quizá, finalmente seríamos honestas la una con la otra sobre las ficciones que ambas habíamos estado viviendo.

Capítulo 22

Meg

Diecisiete horas de cautiverio, y ya había pasado por las cinco fases del duelo, más varias rondas de bonificación únicas para víctimas de secuestro. La negación duró aproximadamente treinta minutos. La ira resultó mucho más persistente, regresando en olas cada vez que tiraba contra la pulsera metálica que no cedía.

—No es exactamente como planeaba pasar mi martes —murmuré a la habitación vacía. Mi voz sonaba extraña después de horas de gritar hasta dejarme ronca. Nadie había venido. Nadie me había oído.

Tiré de las esposas de nuevo, añadiendo otra capa de piel cruda a mi colección. El dolor se había vuelto casi reconfortante: un amigo persistente que se negaba a marcharse sin importar lo poco bienvenido que fuera. Mi articulación del hombro se quejaba tras horas pasadas en ángulos antinaturales, mientras intentaba técnicas de escape que había sacado de películas de acción olvidadas.

Ninguna había funcionado. Evidentemente. Si escapar de las esposas fuera sencillo, la población carcelaria sería considerablemente menor.

Había estado registrando el movimiento del reloj digital con la concentración de alguien que monitorizara una bomba de tiempo. Cada minuto que pasaba era victoria y derrota a la vez: la supervivencia continuaba, la libertad se posponía.

La sed se había convertido en mi universo. Mi lengua se sentía como un jersey sin lavar: gruesa, difusa y profundamente desagradable. El vaso de agua reposaba a seis metros de distancia sobre una cómoda. Podría haber estado en Escocia.

—Esto es ridículo —anuncié a nadie—. Tengo cuarenta y cinco años. Trabajo en gestión de propiedades. Organizo sistemas de archivo y recuerdo a los hombres los cumpleaños de sus esposas. No se suponía que debía estar esposada a muebles de dormitorio.

Excepto por aquel fin de semana con el padre de April en 1998, pero eso había sido consensuado y considerablemente más entretenido.

¿Y el pensamiento sobre gestión de propiedades? ¿Habría alguien contactado con April para decirle que no había llegado al trabajo, ayer o hoy?

Había pasado las primeras horas del día gritando hasta quedarme afónica. La primera tarde intentando dislocarme el pulgar como había visto en una película de espías. La última hora oscilando entre trazar venganza y catalogar mentalmente cada elección de vida lamentable que me había llevado a esta prisión inmaculada.

La mayoría de esas elecciones involucraban hombres. Evidentemente.

El tráfico zumbaba fuera de la ventana: sonidos normales flotando hacia arriba para burlarse de mis circunstancias anormales. ¿Cuántos coches habían pasado? ¿Cuántos peatones? ¿Cuántas personas yendo sobre sus vidas ordinarias mientras yo orinaba en una bacía antigua que había encontrado bajo la cama? Ese último detalle se sentía particularmente medieval. Al menos los prisioneros de Enrique VIII tenían un cubo de váter apropiado.

Mi existencia se había contraído a tres puntos: cama, esposas, reloj. Todo lo demás —April, el trabajo, mis patéticos intentos de jardinería en macetas— se sentía cada vez más ficticio. Como libros que hubiera leído en lugar de una vida que hubiera vivido.

Observé el techo, contando grietas diminutas en el yeso. Una se parecía a Donald Trump, si Donald Trump fuera una grieta fina en

pintura cara Farrow & Ball. Otra se parecía a un signo de interrogación, lo cual parecía apropiado dadas mis circunstancias.

Otro minuto sobrevivido.

Cientos más para aguantar antes de… ¿qué? ¿Rescate? ¿Muerte? ¿Una explicación para esta versión de secuestro de boutique hotel?

Cerré los ojos, pero el sueño se negaba a cooperar. Mi cuerpo dolía por intentos de escape, pero mi mente corría como una ardilla cafeinada. Las preguntas rebotaban dentro de mi cráneo, multiplicándose como conejos particularmente entusiastas.

¿Estaba April segura? *Debía* haber notado ya mi ausencia. ¿Me estaba buscando? ¿O la había convencido de que me había ido voluntariamente, abandonándola como su padre nos había abandonado a ambas?

Ese pensamiento dolía más que mi muñeca sangrante.

Tiré de las esposas de nuevo, la furia eclipsando momentáneamente la lógica. Sangre fresca goteó por mi brazo, uniéndose a contribuciones anteriores en las sábanas de algodón egipcio. Estas manchas nunca desaparecerían. Bien.

¿Cómo no había visto quién era realmente Ryan? ¿Cómo había confundido el control con el cuidado? ¿Cómo había ignorado cada señal de advertencia que parpadeaba en neón detrás de aquellos ojos azul gélido?

Probablemente de la misma manera que ignoré las señales sobre los ingresos misteriosos de April. La ceguera selectiva corre en familias, junto con la mala circulación y las líneas de cabello retrocedentes.

Otro minuto de existencia en este infierno elegantemente amueblado.

Mi estómago gruñó, recordándome que seguía inconvenientemente viva. Seguía siendo humana. Seguía necesitando requisitos básicos que mi anfitrión ausente había descuidado proporcionar.

La habitación se oscureció mientras las nubes pasaban por encima, sombras extendiéndose por la alfombra cara. Cuatro paredes, un techo, una puerta que no podía alcanzar, y una ventana a la que no podía acceder. Mi universo se había contraído a aproximadamente sesenta metros cuadrados de encarcelamiento de buen gusto.

—Que se joda todo esto —dije a la habitación silenciosa—. Que se joda él. Que se joda todo.

Pero mi voz carecía de convicción. La bravuconería requería energía, y la mía se había agotado por el miedo, la sed y esa terrible sensación reptante de que nadie vendría a buscarme.

De que podría morir en esta habitación, esposada a esta cama, con únicamente mis arrepentimientos por compañía.

Un día pasó en incrementos microscópicos —cada segundo estirándose como toffee tirado, cada hora un ejercicio en matemáticas existenciales—. El tiempo se movía de manera diferente cuando estabas esposada al mobiliario de otra persona.

Había recorrido todas las emociones disponibles para la víctima de secuestro de mediana edad: pánico, furia, autocompasión, determinación, resignación, y finalmente un aburrimiento peculiar que parecía tremendamente inapropiado. Mi muñeca había evolucionado de dolorosa a insensible a un latido sordo que llevaba un tiempo irregular junto con los latidos de mi corazón.

Las sombras de la habitación se desplazaron mientras el sol migraba a través del cielo. La mañana se convirtió en tarde que se convirtió en noche que se convirtió en una oscuridad tan completa que apenas podía ver mi propio cuerpo bajo sábanas desconocidas.

Sin televisión. Sin radio. Sin libros. Solo el zumbido persistente de una casa manteniendo su temperatura y el ocasional coche pasando por la calle afuera. Banda sonora ambiental de mi pesadilla personal.

En algún momento, había dormido —bolsas intermitentes de inconsciencia puntuadas por momentos de pánico desorientado—. Sueños de April buscando habitaciones vacías. Sueños de llaves que se disolvían al tocarlas. Sueños de Ryan viéndome dormir con esos ojos azules fríos.

Segundo día de cautiverio.

Mi garganta se sentía como papel de lija. Mi estómago había dejado de gruñir y se había asentado en un dolor hueco. La sed eclipsaba el hambre, aunque ambas hacían su presencia incómodamente conocida.

Fuera de la habitación, un sonido —la puerta principal abriéndose—. Pasos en las escaleras.

Ryan había regresado.

Consideré mis opciones: fingir sueño, confrontación, súplica, seducción. Todas parecían igualmente fútiles contra un hombre que se había demostrado a sí mismo como metódicamente desquiciado.

La puerta del dormitorio se abrió de par en par. Ryan estaba enmarcado en la luz del pasillo, su silueta familiar pero monstruosa. Llevaba algo —una bandeja, quizás—.

—Buenos días —aventuré, mi voz agrietada por el desuso.

Sin respuesta. Ni una palabra. Ni siquiera una mirada en mi dirección.

Encendió la lámpara de la mesilla de noche, iluminando su camisa perfectamente planchada, su mandíbula recién afeitada, su expresión cuidadosamente neutra. Un hombre preparándose para un día laboral ordinario, que simplemente había secuestrado a su novia en el camino.

La bandeja contenía tostadas, una manzana y una botella de agua. Desayuno de prisionera, dispuesto con consideración estética. Incluso en la crueldad, Ryan mantenía estándares.

Su colonia se deslizó hacia mí —ese aroma caro que una vez me había parecido atractivo, ahora nauseabundo en su familiaridad—. ¿Cómo había encontrado atractivo a este hombre? ¿Este traje vacío con su habitante hueco?

—¿Por qué estás haciendo esto? —pregunté.

Ryan ajustó sus gemelos —un gesto extrañamente peculiar—. Su anillo de sello atrapó la luz de la lámpara, parpadeando.

Nada. Ni un parpadeo de reconocimiento. Enderezó la botella de agua en la bandeja, alineándola perpendicular al borde del plato. El silencio se extendió entre nosotros, denso como salsa congelada.

—April me estará buscando —intenté de nuevo—. Llamará a la policía.

Permaneció mudo, su expresión tan en blanco como papel de carta caro.

—La gente sabe que estamos juntos. Mis colegas en Dawson's. Se darán cuenta de que falto.

Ryan miró su reloj. Su falta total de reacción se sentía más inquietante que cualquier amenaza podría haberlo sido.

—No puedes simplemente mantenerme aquí indefinidamente —continué, odiando la nota de súplica que se deslizaba en mi voz—. Esto es secuestro. Encarcelamiento. Cargos graves.

Se irguió, cepillando una mota invisible de la manga de su chaqueta. Aún nada. Ni una palabra. Ni un gesto de reconocimiento. Como si estuviera hablando en un idioma que no podía comprender.

Luego se dio la vuelta y se movió hacia la puerta.

—¡Espera! —la desesperación superó la dignidad—. Ryan, por favor. Solo dime qué quieres.

Su mano se detuvo en el pomo de la puerta. Por un momento, pensé que podría hablar —podría ofrecer alguna explicación, alguna demanda, alguna oportunidad de negociación—.

En su lugar, me miró con una expresión de tal despego que congeló las palabras restantes en mi garganta. La mirada que un científico podría dar a un espécimen particularmente desinteresante.

La puerta se cerró detrás de él. Los pasos se retiraron por el pasillo. La puerta principal se abrió, se cerró.

El silencio regresó, más denso que antes.

Miré fijamente la bandeja del desayuno —la oferta muda de Ryan—. La botella de agua tentó mi garganta reseca. Las tostadas se sentaron pálidas y sin mantequilla, la manzana demasiado perfectamente roja, un accesorio en una sesión de fotos.

¿Estaba drogada? ¿Envenenada? ¿O simplemente comida, proporcionada con el cuidado mínimo que se podría mostrar a una planta de interior?

La sed decidió por mí. Extendí la mano hacia el agua con mi mano libre, la destaponé y bebí profundamente. Si contenía algo nefario, que así sea. La deshidratación me mataría tan efectivamente como cualquier juego al que Ryan estuviera jugando.

El agua sabía más dulce que cualquier vino que hubiera consumido nunca.

La comida y el agua saciaron temporalmente mi cuerpo, así que mis pensamientos volvieron a la fuga con renovado empeño. La visita silenciosa de Ryan había confirmado lo que ya sospechaba: la negociación era imposible con un hombre que ni siquiera reconocería mi voz. La libertad llegaría por mis propios esfuerzos o no llegaría.

El reloj marcaba las 9:17. Me esperaban horas antes de la próxima aparición de Ryan, si es que regresaba hoy. Tiempo que podría utilizar para desmantelar esta prisión elegantemente amueblada.

Examiné la cama con renovada determinación. De matrimonio, marco de madera pesado, cabecero robusto. Muebles de calidad, como todo lo demás en la vida cuidadosamente curada de Ryan. Ni tornillos sueltos convenientes ni articulaciones astilladas. Nada que gritase «debilidad aquí».

Pero la física podría funcionar donde los defectos estructurales no lo hacían. La cama, por sustancial que fuese, no podía pesar más de lo que... ¿dos cientos kilos? Menos que algunos ejecutivos para los que había organizado reuniones en Harrington's. Con suficiente impulso, quizá pudiera volcarla hacia un lado. Las esposas seguirían reteniendo mi mano, pero enganchadas a una cama volcada, tendría movilidad. Y movilidad significaba opciones.

Probé la teoría con un empujón suave, meciendo mi peso contra el marco. La cama se desplazó ligeramente, reacia pero no inamovible. Prometedor.

—Bien, entonces —murmuré, apoyándome en el cabecero—. Física y desesperación contra artesanía sueca.

Mi primer intento serio produjo un dolor agudo en la muñeca esposada pero un movimiento mínimo. El marco protestó con un gemido de madera, después se asentó tercamente en su posición.

Volví a intentarlo, lanzando mi peso corporal con más fuerza. El marco se meció más esta vez, casi alcanzando el ángulo crítico antes de que la gravedad se reafirmara. El cabecero golpeó la pared con un ruido que esperaba que los vecinos pudieran oír.

El sudor perlaba mi frente mientras me preparaba para un tercer intento. Esta vez, coordiné mi movimiento, utilizando las piernas para impulsarme desde el colchón mientras simultáneamente lanzaba mi cuerpo hacia un lado.

La cama se volcó —un momento glorioso de victoria mientras la física cooperaba con mi plan—, después el impulso falló. El marco se estrelló hacia atrás, más fuerte que antes. El impacto se propagó a través de mi cuerpo, concentrándose con malicia en mi muñeca esposada.

—¡Maldición! —exclamé, el dolor eclipsando momentáneamente la cautela.

La esposa se había apretado durante mis esfuerzos, los dientes metálicos hundiéndose más profundamente en la carne ya dañada. Un nuevo hilo de calor sugería sangre, aunque no podía ver con claridad en la luz débil.

Otro intento, entonces. Más calculado esta vez. Crearía un movimiento de vaivén, acumulando impulso hasta que la gravedad

se convirtiera en mi aliada en lugar de mi enemiga.

Empujé, tiré hacia atrás, empujé con más fuerza, estableciendo un ritmo. El marco se quejaba de manera inquietante, protestando por estas gimnasias inesperadas. Con cada balanceo, el punto de vuelco se acercaba más. Casi. Casi—

La esposa tiró bruscamente, retorciéndose mientras la cadena se enganchaba torpemente en una parte del cabecero. El metal se hundió en mi muñeca, deslizándose sobre la piel dañada.

El dolor me congeló. Respiré bruscamente, nuevas lágrimas formándose en unos ojos ya rojos e hinchados de anteriores ataques de llanto. No solo por el malestar físico, sino por la aplastante realización de que mi brillante plan solo había empeorado mi situación.

Examiné mi muñeca en la luz débil. La piel se había roto adecuadamente, la sangre filtrándose alrededor de la pulsera metálica. Peor aún, la esposa se había apretado aún más, pellizcando nervios de una manera que enviaba descargas eléctricas por mi brazo con cada movimiento.

La hora del principiante en la convención de magos del escape.

El único éxito que había conseguido era asegurar que Ryan notaría mis esfuerzos en el momento en que regresara. El cabecero ahora estaba de lado, las sábanas enredadas por mis esfuerzos, la sangre manchando el algodón egipcio caro como una prueba de Rorschach para los criminalmente optimistas.

—Bien hecho, Meg —murmuré—. Excelentes dotes para la resolución de problemas. Sobresaliente.

La autoburla: el último recurso de la mujer de mediana edad que había fracasado al ser secuestrada adecuadamente.

Me recosté en las almohadas, acunando mi muñeca herida contra el pecho. El dolor palpitaba al ritmo de mi pulso, cada latido un recordatorio del fracaso. La cama seguía sentada con autosuficiencia en posición vertical, victoriosa en nuestra breve batalla.

Mi mirada recorrió la habitación, buscando inspiración. La botella de agua que Ryan había proporcionado estaba vacía en la mesilla de noche. El plato no contenía nada más que corazón de manzana y migas de tostada. El reloj digital marcaba las 9:43, indiferente a mi sufrimiento.

Veintiséis minutos de esfuerzo. Cero progreso.

Cerré los ojos, el agotamiento abrumándome de repente. No solo cansancio físico, sino la fatiga profunda del miedo sostenido y la esperanza frustrada. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que alguien notara mi ausencia? ¿Cuánto tiempo antes de que April se diera cuenta de que algo iba mal? ¿Cuánto tiempo seguiría Ryan jugando a este juego silencioso?

La esposa parecía apretarse con cada pensamiento, constrictora, una serpiente metálica alrededor de mi muñeca. Había logrado transformar una sujeción incómoda en una tortura genuina a través de mi propio cálculo erróneo.

Un coche pasó, su ruido de motor ascendiendo y después desapareciendo como un pensamiento fugaz. Un día normal para todos los demás en Bristol. Solo otro día laboral. Solo otra mañana.

Mientras dentro de esta habitación elegantemente decorada, una coordinadora de oficina de cuarenta y cinco años sangraba en las sábanas de diseño, habiendo conseguido nada más que autolesionarse en su lucha por la libertad.

Ryan regresaría eventualmente. Vería la evidencia de mi rebelión fracasada. Sabría que había luchado contra sus disposiciones.

¿Y entonces qué? La pregunta daba vueltas en mi mente, un buitre observando a una presa debilitándose.

¿Y entonces qué?

Capítulo 23

April

Cinco días. Ciento veinte horas de la presencia sofocante de Ryan y la ausencia ensordecedora de mamá.

Estaba de pie en la ventana de su dormitorio, mis dedos trazando el contorno polvoriento donde había estado su maceta de lavanda favorita. La habitación se sentía mal —a medio camino entre ocupada y abandonada. Cajones parcialmente vacíos, puertas del armario ligeramente entreabiertas, como si alguien hubiera hecho las maletas con prisa pero no hubiera podido decidir qué versión de sí misma llevarse consigo.

—¿Dónde estás? —susurré al espacio vacío donde mi madre debería haber estado.

La explicación de Ryan había evolucionado con cada día que pasaba. Primero: «Necesita espacio; te ha abandonado». Luego: «Quizá esté quedándose con alguna amiga». Ayer: «Tal vez simplemente ha tenido bastante de tus mentiras, April».

Cada versión entregada con esa misma sonrisa fría que nunca llegaba a alcanzar sus ojos.

Fuera, la ciudad seguía adelante, ajena al tranquilo espectáculo de horror que se desarrollaba en nuestra casa. El gato de la vecina se estiraba perezosamente en el muro de nuestro jardín. El cartero entregaba facturas dirigidas a una mujer que no estaba aquí para abrirlas. Todo normal, excepto por el vacío gigantesco con forma de mamá.

Mi teléfono descansaba pesado en la palma de mi mano, el número de Avon and Somerset Police iluminado en la pantalla. Un toque, y

podría denunciar su desaparición. Un toque, y podría desencadenar la maquinaria burocrática de la preocupación.

Un toque, y tendría que explicarlo todo.

«Sí, oficial, mi madre ha desaparecido después de que su novio descubriera que lo he estafado por miles de libras haciéndome pasar por interesada en él sexualmente. ¿Y ese novio? Ahora está viviendo en nuestra casa, viéndome ducharme y posiblemente teniendo a mi madre encerrada en algún lugar contra su voluntad. Pero no puedo probarlo del todo, ¿ves».

El problema de ser una mentirosa profesional era que eventualmente creabas una realidad que nadie creería si dijeras la verdad. Había construido mi propia trampa perfecta, ladrillo a ladrillo, mentira a mentira.

Ryan entró sin llamar, porque la privacidad se había convertido en otro lujo que no podía permitirme.

—¿Vas a algún lado? —preguntó, notando mi bolso agarrado con fuerza en mi mano.

—Buscando a mi madre —respondí, mi voz plana—. Ya que no querrás decirme dónde está.

Se apoyó contra el marco de la puerta, la imagen de la confianza relajada. —Te lo he dicho repetidamente. Se fue por su propia voluntad.

—Y yo te he dicho repetidamente que eso es mentira.

Su sonrisa se tensó una fracción. —Qué lenguaje. Tu madre estaría decepcionada.

—Mi madre estaría aquí.

—¿De verdad? —Ajustó su reloj—. ¿Después de descubrir lo que realmente eres? ¿Después de enterarse de cómo has financiado tu cómoda existencia todos estos años?

Pasé junto a él, mi hombro conectando deliberadamente con su pecho. Una pequeña rebelión, patética en su ineficacia.

En la habitación de mamá, removí sus cosas por centésima vez, buscando pistas, señales, cualquier cosa que me dijera dónde había ido —o la habían llevado. Su cepillo de pelo todavía tenía mechones atrapados en las cerdas. El libro que estaba leyendo seguía abierto en su mesita de noche, como si hubiera simplemente salido y volvería en cualquier momento a terminar el capítulo.

Ryan apareció de nuevo en el marco de la puerta, observando. —¿Qué esperas encontrar exactamente?

—Pruebas.

—¿De qué? ¿De que te ha dejado? ¿De que no podía soportar la vista de su hija después de enterarse de que es una puta de mierda?

Cerré de golpe el cajón. —Nunca fui una prostituta.

—¿No? ¿Cómo llamarías a alguien que tiene sexo por dinero, entonces?

—Una superviviente —escupí, girándome para enfrentarlo—. Y ella no se iría sin despedirse, sin importar lo que te hayas inventado sobre mí.

Algo parpadeó en su cara —satisfacción, quizá, ante mi creciente desesperación—. La gente rara vez se comporta como esperamos cuando se enfrenta a verdades desagradables.

Cogí mi chaqueta de la cama. —Voy a encontrarla.

—¿Dónde? Bristol tiene más de medio millón de personas. Podría estar en cualquier parte.

—Entonces la buscaré en todas partes.

Su risa me siguió escaleras abajo, un sonido como cristal caro rompiéndose. —Dale mis saludos cuando la encuentres. Dile que echo de menos nuestras conversaciones.

Afuera, la lluvia mojaba mi cara mientras estaba de pie en la parada del autobús, comprobando horarios en mi teléfono. Cinco días. ¿Dónde desaparecía una mujer de mediana edad con finanzas limitadas y conexiones aún más limitadas durante cinco días?

La respuesta se presionaba contra mi consciencia, fea e insistente: a ningún lado. Al menos no voluntariamente.

Subí al autobús, mi mente acelerada a través de posibilidades. Si Ryan la tenía en algún lado, sería privado, controlado, parte de su venganza meticulosamente planeada.

A través de la ventana mojada por la lluvia, lo vi observando desde nuestra casa, el teléfono pegado a la oreja, su expresión indescifrable tras el cristal.

En algún lugar de Bristol, mi madre estaba esperando. Y esta vez, no le fallaría.

Las calles brillaban bajo la llovizna de la tarde, ese tipo de lluvia que no se compromete a ser verdadera pero que igual te arruina el día. Había pasado tres horas recorriendo los lugares favoritos de Mum: el vivero donde había trabajado en su día, la biblioteca donde había presentado innumerables solicitudes de empleo en ordenadores

prestados, incluso esa cafetería cerca de Dawson's donde a veces se permitía un café caro cuando el presupuesto lo permitía.

Nada. Ni un susurro, ni un avistamiento, ni una sola persona que la hubiera visto en cinco días.

—¿Mujer rubia, de cuarenta y pocos? —El camarero de la cafetería de Dawson's se encogió de hombros, ya mirando más allá de mí hacia la cola que se formaba. —No sabría decirte, cielo. Aquí pasan cientos cada día.

Por supuesto que no se acordaba. Mum había perfeccionado el arte de ser olvidable, un mecanismo de supervivencia desarrollado durante años de humillación financiera. No destaques. No causes problemas. No les des una razón para recordar tu cara cuando no puedes permitirte el segundo café.

Fuera de Greenleaf Garden Centre, acorralé a su antiguo jefe, un hombre cuya carta de despido nos había precipitado al abismo financiero que me había llevado a Ryan en primer lugar.

—¿Margaret Weston? —Se frotó la barbilla teatralmente. —No, no he visto a Meg en meses. No desde la, eh, reestructuración. —Su mirada se deslizó, como el aceite sobre el agua. —¿Todo está bien?

—Desapareció —dije con frialdad.

—¿Has probado con la policía?

Casi me río. La policía. Como si fueran a ayudar a la hija cuyas actividades criminales habían creado esta pesadilla. Como si fueran a creer cualquier cosa que les dijera.

—Solo es un malentendido —mentí. —Probablemente esté con amigos.

Amigos. Otra ficción. El círculo social de Mum se había contraído con cada despido, cada factura que no podíamos pagar, cada invitación que había rechazado porque no podíamos permitirnos la botella de vino que se lleva a las cenas.

Park Street se extendía ante mí, una cuesta llena de tiendas de diseño y cafeterías donde gente con dinero buscaba cosas que no necesitaba. Un BMW negro pasó lentamente, moviéndose más despacio que el tráfico circundante. No ralentizando para encontrar aparcamiento ni para girar. Ralentizando para observar.

Ryan, por supuesto. Monitorizando mis patéticos intentos de investigación. Su cara permanecía impasible tras el parabrisas, pero sentía su satisfacción irradiando a través del cristal. El cazador observando los esfuerzos fútiles de su presa.

Me refugié en una librería, fingiendo hojear guías de viaje, como si la fuga fuera posible, como si pudiera simplemente seleccionar un destino y desaparecer de esta pesadilla. El BMW se quedó fuera, su motor caro ronroneando con la satisfacción de un depredador que sabe que su presa está acorralada.

Cuando salí diez minutos después, se había ido. O eso parecía. Con Ryan, la ausencia no significaba nada. Siempre estaba observando, incluso cuando era invisible.

En Dawson Property Management, me quedé merodeando al otro lado de la calle, estudiando el edificio donde Mum había encontrado una salvación financiera momentánea. Mujeres con atuendo de oficina sensato entraban y salían. Ninguna me miraba. Ninguna sabía que la hija de su colega era la arquitecta de su desaparición.

—Perdona —me acerqué a una joven mujer que salía para comer. — ¿Buscas a Meg Weston?

Frunció el ceño, apretando más su bolso. —¿A quién?

—Margaret Weston. Asistente de dirección. Empezó hace unos meses.

El reconocimiento llegó. —¡Oh, Meg! Llamó diciendo que estaba enferma el lunes. No la he vuelto a ver. —Miró el reloj impaciente. —Recursos Humanos podría saber más.

—¿Parecía preocupada recientemente? ¿Molesta por algo?

La expresión de la mujer cambió de la impaciencia a la sospecha. —¿Quién eres exactamente?

—Su hija.

—¿No deberías saber dónde está tu propia madre?

La pregunta cortó más profundo de lo que ella podía entender. Murmuré las gracias y me retiré, la vergüenza ardiendo más intensamente que cualquier fiebre.

Llamó diciendo que estaba enferma. Otra de las mentiras de Ryan. Otro hilo en su tapiz de engaño.

El BMW negro reaparció dos calles más adelante, manteniéndose a mi ritmo mientras caminaba. Sin esconderse más. Sin pretender que esto fuera coincidencia. Solo persiguiéndome abiertamente, retándome a armar un escándalo, a llamar la atención, a comportarme como alguien con algo que ocultar.

Mi teléfono vibró en mi bolsillo. Un mensaje de texto de un número desconocido:

Sigue buscando. Está más cerca de lo que crees.

Miré hacia arriba. El BMW había desaparecido de nuevo. Ryan jugando conmigo, agitando esperanza.

La ciudad se arremolinaba a mi alrededor: gente yendo a comidas tardías, reuniones de la tarde, vidas normales desenvolviéndose en sus patrones predecibles. Nadie notaba a la mujer de pie, congelada en la acera, un teléfono agarrado con los nudillos blancos, el terror expandiéndose en su pecho.

Más cerca de lo que crees.

¿Qué juego retorcido era este? ¿Estaba Mum realmente cerca? ¿La estaba manteniendo Ryan en algún lugar por el que ya había pasado? ¿O era solo otro juego mental, otro giro del tornillo?

Guardé el teléfono en el bolsillo y continué caminando, sintiendo los ojos de Ryan sobre mí aunque su coche no estuviera a la vista. Esto ya no se trataba solo de encontrar a Mum. Se trataba de sobrevivir el tiempo suficiente para salvarla.

Porque algo estaba muy mal en este juego de gato y ratón. Y empezaba a temer que Mum y yo fuéramos simplemente ratones, corriendo a través de un laberinto diseñado por un depredador que había decidido nuestro destino mucho antes de que supiéramos que estábamos jugando.

Siete días ya. Una semana completa de la ausencia de Mamá extendiéndose como una cicatriz a través de mi vida. Dos días más de búsqueda no habían arrojado nada más que ampollas y la certeza creciente de que algo indecible había sucedido.

Estaba sentada en un banco de Queen Square, observando a las palomas pelearse por un envoltorio de sándwich abandonado. Mi reflejo en el escaparate de una tienda enfrente se parecía al de una

desconocida — con los ojos hundidos, desaliñada, perseguida. El tipo de mujer por la que la gente cruzaba la calle.

Ryan había empezado a dejar abierta la puerta del dormitorio de Mamá, una invitación a atormentarme con su continua ausencia. La noche anterior, lo había encontrado sentado en su cama, hojeando su novela romántica de bolsillo.

—Tiene un gusto literario horroroso —había observado, su atención nunca apartándose de la página—. Aunque supongo que eso explica su gusto en hombres. Y en hijas.

Había cerrado la puerta de un portazo, su risa suave siguiéndome por el pasillo.

Mi teléfono pesaba en mi palma, el número de la Policía de Avon y Somerset en espera pero aún sin marcar. ¿Qué diría siquiera? La verdad parecía demasiado absurda, demasiado enrevesada. Demasiado reveladora de mis propios crímenes.

«Hola, ¿policía? Necesito denunciar a una persona desaparecida. Mi madre. Desapareció después de que su novio se enterara de que le había estafado miles de libras fingiendo estar interesada en él sexualmente. Sí, así es. Soy una estafadora profesional que se dirige a hombres adinerados. Llevo años haciéndolo. Oh, y esta víctima se ha mudado a nuestra casa y podría estar reteniendo a mi madre en cautiverio en algún lugar, pero no puedo probarlo porque, bueno, soy una mentirosa conocida que ha cometido múltiples fraudes».

Eso iría de maravilla.

Pero ¿qué opción me quedaba? Siete días. La gente no desaparecía durante siete días a menos que algo catastrófico hubiera sucedido. O a menos que estuvieran siendo retenidos contra su voluntad.

La comisaría de policía de Trinity Road estaba a solo veinte minutos a pie de aquí. Podría estar sentada enfrente de un agente en media

hora, confesándolo todo, cambiando mi libertad por la posibilidad de encontrar a Mamá.

Un BMW negro pasó por la plaza por tercera vez en una hora. De nuevo ni siquiera intentando ser sutil. Ryan burlándose de mí con su vigilancia, recordándome que cada movimiento que hacía existía dentro de su conocimiento.

Me levanté, guardando mi teléfono sin hacer la llamada. Aún no. Hoy no. Pero pronto, si nada cambiaba.

El autobús de vuelta a Larch Crescent estaba casi vacío — solo yo y una mujer anciana agarrándose a sus bolsas de la compra como si fueran salvavidas. Me estudió con la curiosidad de los muy viejos, que se han ganado el derecho de mirar fijamente a los desconocidos.

—¿Te encuentras bien, cariño? —preguntó cuando me moví hacia la salida—. Pareces hecha polvo.

—Bien —mentí—. Solo cansada.

Nuestra casa se recortaba al final de la calle, ventanas oscuras a pesar de la hora temprana de la tarde. El BMW de Ryan brillaba por su ausencia en el camino de acceso. Un raro momento de soledad me aguardaba, aunque fuera brevemente.

Dentro, el vacío presionaba contra mí — no solo la ausencia de Mamá, sino la ausencia de normalidad, de seguridad, de cualquier futuro que pudiera soportar contemplar.

El calendario de la cocina llamó mi atención — la caligrafía ordenada de Mamá marcando citas, turnos, la pequeña arquitectura de su vida ordenada. El próximo martes, había rodeado en rojo: «Seguimiento con el Dr. Peters, 10:30».

Trazé la escritura con la punta del dedo. No faltaría a una cita con el médico. No Mamá, quien se aproximaba a los temas médicos con devoción religiosa después de su anterior susto de salud. Si no estaba de vuelta el martes, era genuinamente incapaz de regresar.

Mi mirada se desplazó hacia el folleto de la comisaría pegado a nuestro frigorífico con un imán con forma de fresa. El número no urgente mostrado de manera prominente en su portada. Tres dígitos simples entre mí y una posible catástrofe.

Alargué la mano hacia mi teléfono de nuevo, mi dedo suspendido sobre el primer número. Una llamada. Una confesión. Una oportunidad para salvar a Mamá antes de que lo que Ryan tenía planeado llegara a su conclusión.

La puerta principal se abrió, sus zapatos caros haciendo clic contra las baldosas del pasillo. Mi momento de decisión se evaporó como la niebla matinal.

—¿Planeando una llamada? —Ryan apareció en el vano de la puerta. Sus ojos parpadearon hacia mi teléfono, luego hacia el folleto de policía en el frigorífico—. No te lo recomendaría.

—¿Por qué no? —desafié, mi pulgar aún suspendido sobre el teclado —. ¿Asustado de lo que podría decirles?

Su sonrisa no contenía nada más que confianza. —Me asusta lo que podrían decirte, April. Lo en serio que se toman los denuncios de defraudadores conocidos. Lo que es un delito presentar una denuncia falsa de desaparición.

—No sería falsa.

—¿No? —Colocó sus llaves en la encimera—. Tu madre se fue por su propia voluntad. Tengo mensajes de texto que lo demuestran. Testigos que la vieron marcharse. Vídeo de seguridad de mi edificio mostrándola salir después de nuestra conversación.

Mi estómago se desplomó. —Has fabricado pruebas.

—He preservado la verdad —corrigió, acercándose—. La policía verá una hija desesperada inventando fantasías de secuestro para explicar el abandono de su madre. Verán a una estafadora intentando una última estafa.

Tenía razón. Por supuesto que tenía razón. Nadie me creyó sobre él — el hombre de negocios respetable con su rastro documental cuidadosamente construido contra la hija sin credibilidad y un historial de engaño.

Bajé mi teléfono, la derrota asentándose sobre mí como un sudario.

Capítulo 24

Meg

La deshidratación tenía sabor – metálico y polvoriento, como lamer una moneda encontrada bajo un sofá olvidado. Después de nueve días esposada a esta cama con solo vaciados ocasionales del «orinal», me había vuelto íntimamente familiar con ese sabor. Recubría mi lengua como pintura barata, transformando la saliva en algo viscoso y ajeno.

La botella de agua en la mesilla de noche estaba burlonamente vacía. Él había aparecido por última vez hace veintiséis horas, entregando su ofrenda silenciosa de tostadas y manzana, luego desapareciendo sin una palabra. Desde entonces, nada. Sin comida. Sin agua. Sin reconocimiento de que una mujer de mediana edad se estaba marchitando lentamente en su dormitorio de invitados.

¿Era esto deliberado? ¿Una nueva fase en el juego retorcido que había ideado? ¿O simplemente se había olvidado de mí, su atención desviada hacia algún tormento fresco para April?

April. Nueve días de separación habían cristalizado ciertas verdades que había estado evitando durante años. El efectivo misterioso que aparecía cuando los recibos acechaban. Las explicaciones vagas sobre horarios de trabajo.

Yo había sabido, ¿verdad? Quizá no los detalles. Quizá no los métodos. Pero había sabido que algo no andaba del todo bien con nuestra resurrección financiera. Había sabido y elegido la ignorancia porque la alternativa – cuestionarme, confrontarme, reconocer – parecía insoportable.

Ahora estaba pagando esa ceguera deliberada. Ambas lo estábamos.

Mi muñeca palpitaba bajo la esposa, la piel rozada y rezumante. Nueve días de lucha fútil habían transformado la sujeción de mero confinamiento a tortura activa. El borde del metal había cortado más profundamente con cada intento de libertad, creando una herida circular que nunca tuvo la oportunidad de cicatrizar.

Me moví, buscando cualquier posición que pudiera ofrecer un alivio momentáneo. Nada ayudaba. El dolor se había convertido en una entidad separada, algo vivo y malévolo que se alimentaba del movimiento y la inmovilidad por igual.

—Basta —susurré a la habitación vacía, mi voz entrecortada por el desuso y la sed—. Solo ya está bien.

El reloj digital marcaba las 3:19 p.m. Otra tarde arrastrándose hacia otra noche, idéntica a las últimas ocho. El tiempo había perdido significado, segmentado únicamente por sus apariciones esporádicas y la calidad cambiante de la luz alrededor de los bordes de las cortinas.

Tiré experimentalmente de la esposa, ignorando la nueva oleada de dolor. Nada había cambiado – la sujeción seguía firme, el cabecero sólido, mi cautividad absoluta. Sin embargo, algo en mí se negaba a aceptar esta realidad, se negaba a creer que esta habitación de invitados insípida se convertiría en mi tumba.

April no pararía de buscar. April me encontraría. April—

¿Pero lo haría? Si él la hubiera convencido de que me había ido voluntariamente, ¿estaría ni siquiera buscando?

El pensamiento desencadenó algo dentro de mí – una grieta en cimientos que creía sólidos. Un único sollozo escapó, sorprendente en su ferocidad. Luego otro. Luego una inundación, imparable y humillante.

Lloré por April, sola con un monstruo vistiendo la máscara de un hombre de negocios respetable. Lloré por mí misma, encadenada a muebles caros mientras la vida continuaba sin mí. Lloré por los años fingiendo que estábamos saliendo adelante cuando simplemente estábamos sobreviviendo, por la ficción de normalidad que habíamos construido a partir de los restos del desempleo y la enfermedad y el abandono.

Principalmente, lloré porque dolía. Porque tenía sed. Porque los seres humanos no fueron diseñados para estar atados como animales, para usar orinales, para preguntarse si hoy era el día en que serían recordados o el día en que serían completamente olvidados.

Las lágrimas eran una indulgencia – humedad preciosa que no podía permitirme perder. Sin embargo, continuaron, mi cuerpo rindiéndose a sus últimas reservas ante este motín emocional.

—Detente —me dije a mí misma, la orden emergiendo como un hipo húmedo—. Detente ahora mismo, Margaret.

No me había llamado Margaret en décadas. No desde los primeros días del trabajo de oficina, cuando imaginaba un futuro de ascensos y planes de pensión y vacaciones en el extranjero. Antes de que la vida encogiera mi nombre junto con mis expectativas.

Afuera, una puerta de coche se cerró de golpe. Las voces se filtraron – vecinos, quizá, o visitantes a otra casa en esta tranquila calle de Clifton. Gente normal viviendo vidas normales, completamente ajena a la mujer esposada a una cama.

¿Podrían oír si gritara? Lo había intentado, por supuesto. Había gritado hasta enronquecer durante los primeros días del cautiverio. Nadie había venido. Los muros de esta casa cara habían sido diseñados para mantener el sonido dentro con la misma efectividad que mantenían la ayuda afuera.

Mi estómago gruñó de hambre, una molestia lejana comparada con la agonía cruda de mi muñeca y la sed persistente que se había convertido en mi mundo entero. ¿Cuánto tiempo podía una persona sobrevivir sin agua? Tres días, había oído en algún lugar.

Contemplé la botella de agua vacía, recordando cómo había consumido ávidamente su contenido ayer, sin saber que sería mi último trago durante más de un día. Si lo hubiera sabido, ¿la habría racionado? Probablemente no. La sed no negocia con la planificación futura.

La luz de la tarde se desplazó, proyectando sombras alargadas sobre la alfombra desconocida. Otro día terminando. Otra noche acercándose. Otra eternidad de oscuridad donde los minutos se estiraban a horas y las horas a vidas.

Cerré los ojos, demasiado agotada para mantener una vigilia contra la nada. Las lágrimas continuaban, silenciosas ahora, trazando senderos por las sienes hacia un cabello que no había visto champú en nueve días.

En algún lugar, April estaba buscando. Tenía que estarlo. Mi brillante e ingeniosa hija que nos había mantenido a flote mediante métodos que había preferido no examinar demasiado de cerca. No creería que simplemente me había marchado. No aceptaría sus mentiras.

¿O sí?

La duda circulaba como un buitre, paciente y persistente. ¿Y si creía que la había abandonado? ¿Y si pensaba que no podía enfrentarme a la verdad sobre sus actividades? ¿Y si había renunciado, había aceptado mi desaparición como rechazo en lugar de secuestro?

Mi respiración se aceleró, aproximándose a la hiperventilación. La habitación se inclinó hacia un lado, luego se enderezó con una brusquedad nauseabunda. Deshidratación o pánico – los síntomas indistinguibles conforme la conciencia vacilaba.

—Por favor —susurré al aire vacío, a cualquier deidad que pudiera estar escuchando, a April que no podía oírme—. Por favor, encuéntrame.

El reloj digital parpadeó hasta las 3:20 p.m. Un minuto pasó. Una eternidad por delante.

El sonido de una llave en la cerradura me sobresaltó del espacio gris entre el sueño y la inconsciencia. No es que hubiera estado durmiendo de verdad – más bien a la deriva, mi mente desatada de un cuerpo que se había convertido en nada más que sed y dolor.

Entró sin saludar, sin reconocimiento alguno, la misma actuación silenciosa que había mantenido durante nueve días. La bandeja habitual equilibrada en sus manos manicuradas, la rutina habitual del captor alimentando al cautivo.

Entonces se detuvo. Su mirada recorrió la escena – el cabecero descolocado, las sábanas arrugadas, la funda de almohada manchada de sangre donde había descansado mi muñeca destrozada. Pruebas de mi patético intento de fuga expuestas al desnudo.

Algo cambió en su expresión. No ira. Nada tan simple o humano. Más bien una revaluación clínica, un científico anotando resultados inesperados en un experimento.

Colocó la bandeja sobre la cómoda – no en la mesilla de noche, no a mi alcance. Una desviación deliberada de la rutina que envió hielo disparado a través de mis venas.

—Ingeniosa —dijo, la palabra cayendo en el silencio de la habitación, una piedra en aguas tranquilas—. De tal palo, tal astilla.

Su voz me impactó después de días de silencio. Sonaba exactamente como la recordaba de nuestras citas de café, nuestras cenas, nuestras tranquilas tardes viendo televisión. Agradable. Controlada. Completamente divorciada de la realidad monstruosa de lo que estaba haciendo.

—Por favor —logré decir, mi garganta tan seca que la palabra fue un susurro ronco—. Agua.

Se acercó a la cama, examinando el cabecero. —Casi lo consigues. Unos centímetros más y podrías haber inclinado el marco lo suficiente para deslizarte hacia la libertad.

Sus dedos trazaron la madera donde mis esfuerzos habían dejado marcas. El gesto llevaba una intimidad que hizo que mi piel se erizara.

—Bastante impresionante para una mujer de tu edad.

Mi edad. Como si cuarenta y cinco fuera antiguo. Como si las mujeres de mediana edad debieran aceptar el cautiverio con dignidad tranquila en lugar de luchar con cada recurso disponible.

—El agua —intenté de nuevo—. Por favor.

Me ignoró, su atención fija en la esposa alrededor de mi muñeca. —Esto se ha aflojado. Inaceptable.

Antes de que pudiera protestar, sus dedos se cerraron alrededor de la pulsera de metal, ajustando algo que no podía ver. La esposa se apretó, mordiendo más profundamente en la carne ya destrozada.

Jadeé, manchas negras bailando por mi visión. El dolor trascendía categorías, convirtiéndose en algo elemental y consumidor.

—¿Demasiado apretada? —preguntó, su voz tan agradable como si hubiera preguntado sobre una comida de restaurante—. No, creo que es apropiado. Seguro sin cortar completamente la circulación.

Retrocedió, admirando su trabajo con la satisfacción de un trabajo bien completado. Mi muñeca palpitaba al ritmo de mi pulso, cada latido enviando nuevas olas de agonía por mi brazo.

—Me has decepcionado, Meg —continuó, moviéndose hacia la bandeja que había colocado fuera de mi alcance—. Pensé que teníamos un entendimiento. Permaneces sumisa; yo proporciono necesidades básicas.

Levantó la botella de agua, sosteniéndola donde pudiera verla pero no tocarla – una crueldad transparente que coincidía con el resto de su persona cuidadosamente construida.

—Las acciones tienen consecuencias. Seguramente ¿enseñaste eso a April mientras crecía? Aunque la evidencia sugiere lo contrario.

Devolvió la botella a la bandeja, luego recogió todo – agua, comida, el sustento básico que había estado anticipando durante horas – y se dirigió hacia la puerta.

—No —croé, el pánico anulando la dignidad—. Por favor, no.

Se detuvo, girándose con una expresión de pesar educado. —Veinticuatro horas sin provisiones. Un recordatorio de tu posición aquí.

—Ya estoy deshidratada —odiaba la nota suplicante en mi voz—. Eres un hombre de negocios, no un asesino.

Algo parpadeó en sus facciones – no del todo diversión, no del todo ira. —Malentiendes la situación completamente. Esto no se trata de ti, Meg. Nunca lo ha sido.

—Entonces déjame ir. Sea cual sea el punto que le estés haciendo a April, ya lo has hecho.

—¿De verdad? —inclinó la cabeza, considerando—. No creo que haya comprendido del todo la lección aún. Aunque ciertamente está buscándote con una determinación admirable.

El conocimiento de que April estaba buscándome – que no había aceptado la ficción de mi partida voluntaria – envió una oleada de esperanza a través de mi cuerpo agotado.

—Me encontrará —dije, mi voz más fuerte de lo que me sentía—. Lo averiguará.

—Quizás. —Su sonrisa no contenía nada más que certeza—. De hecho, cuento con ello.

Se acercó a la cama nuevamente, inclinándose hasta que su rostro se cernía a centímetros del mío. Su colonia – una vez apetecible, ahora nauseabunda – me envolvió en una niebla cara.

Sus labios casi tocaban mi oído, su aliento cálido contra una piel que no había sentido nada gentil en días. Susurró algo entonces – palabras destinadas únicamente a mí, sílabas que se deslizaron en mi consciencia en forma de serpientes venenosas.

Me aparté con un espanto que brotó fresco a pesar del agotamiento.

Se irguió, su máscara profesional firmemente recuperada. —Veinticuatro horas —repitió y señaló el reloj digital—. Volveré mañana a esta hora exacta. Asumiendo buen comportamiento, se reanudarán las provisiones.

La puerta se cerró detrás de él con ese mismo chasquido suave que había llegado a temer: el sonido de la cautividad renovada, del aislamiento continuado, del desequilibrio de poder mantenido con cuidado meticuloso.

Clavé la mirada en el espacio vacío donde había estado la bandeja, con la lengua reseca pegada al paladar. Veinticuatro horas más sin agua. Sin comida. Con nada más que dolor y esas palabras susurradas dándome vueltas en la mente.

El reloj parpadeó hasta las 4:03 p.m.

Veintitrés horas y cincuenta y siete minutos por delante.

La mente humana era notablemente adaptable al horror. Después de haber estado esposada a una cama cara durante diez días, incluso la certeza de la muerte inminente se había convertido en algo que podía catalogar junto a la sed y el dolor: simplemente otro hecho desagradable en una colección creciente.

Seis palabras. Eso era todo lo que había susurrado. Seis palabras que habían transformado mi cautividad de tormento en cuenta atrás.

—Las mataré a las dos pronto.

No una amenaza. Un calendario. Una línea de tiempo. Una promesa entregada con el mismo tono que habría usado para confirmar reservas de cena.

La luz de la tarde había desaparecido hace mucho tiempo, dejándome sola con la oscuridad y esas seis palabras. Circulaban por mi consciencia como tiburones probando debilidades, buscando puntos de entrada donde pudieran destruir lo que quedaba de mi esperanza.

April. También mataría a April. Mi hija brillante, dañada y ingeniosa que había pasado años manteniéndonos a flote mediante métodos que había preferido no comprender.

Pero sí que había comprendido, ¿verdad? Quizá no los detalles específicos, pero la esencia. El dinero misterioso que aparecía cuando la electricidad amenazaba con desaparecer. Las explicaciones vagas sobre horas extra y propinas que nunca se alineaban bien con el trabajo en una cafetería. Las voces de hombres que a veces se filtraban a través de la pared de su dormitorio a altas horas de la noche, profesionales y medidas, discutiendo cifras que no sonaban nada a conversación social.

Había sabido y elegido la ignorancia. Había aceptado los milagros financieros sin cuestionar su origen. Había aparentado no ver la evidencia que estaba a la vista.

Hace tres años, había encontrado recibos de ropa de diseñador que April no podía permitirse con el salario de una cafetería. El año pasado, la había oído practicando acentos diferentes en su dormitorio: británico refinado, americano, algo vagamente europeo. No hace tanto, había descubierto extractos bancarios que mostraban depósitos que transformaban nuestra aritmética de desesperación en algo que se aproximaba a la comodidad.

Cada vez, había elegido el silencio. Cada vez, había enterrado las preguntas bajo la gratitud por habitaciones cálidas y alacenas llenas y prescripciones recogidas sin vergüenza.

¿Qué clase de madre hacía eso? ¿Qué clase de madre aceptaba la salvación sin cuestionar su fuente? ¿Qué clase de madre permitía que su hija se convirtiera en algo irreconocible mientras fingía que nada había cambiado?

La que había pasado años aterrada por quedarse sin hogar. La que había saltado comidas para que su hija comiera. La que había visto la determinación de su hija de sobrevivir y la había confundido con fortaleza en lugar de desesperación.

Me cambié de posición, la esposa mordiendo más profundamente en la carne que hacía mucho tiempo que se había rendido al metal. El

dolor existía en algún lugar distante ahora, informado por terminaciones nerviosas que parecían cada vez más desconectadas de mi consciencia.

La deshidratación había progresado más allá de la sed hacia algo más profundo. Mis pensamientos llegaban fragmentados, desarticulados, piezas de puzle de diferentes juegos forzadas juntas. La habitación se inclinaba en ángulos extraños siempre que movía la cabeza, los objetos dejaban rastros en la oscuridad.

¿Sufriría April de la misma manera? ¿La mantendría cautiva como me había hecho a mí, midiendo su declive con interés? ¿O su final sería más rápido, más decisivo, un castigo diseñado específicamente para la mujer que se había atrevido a estafar a un manipulador profesional?

—Lo siento —susurré a la oscuridad, mi voz apenas audible ni siquiera para mí misma—. Por todo.

Por la ficción que habíamos mantenido juntas. Por las preguntas que nunca había hecho. Por la madre que había fracasado en ser: la que debería haber encontrado trabajo legítimo, la que debería haber protegido a su hija de convertirse en alguien que veía el engaño como supervivencia.

El reloj digital brillaba rojo en la oscuridad: 3:47 a.m. Casi doce horas desde que se había ido con esas seis palabras, consciencia deteriorándose, y la certeza de la muerte inminente.

Fuera, Bristol dormía: gente ordinaria en camas ordinarias, soñando sueños ordinarios sin mancha de cautividad o cuenta atrás. Ninguno sabía que en una casa de lujo en Clifton, una madre había sido condenada a ejecución por crímenes de desesperación y negación.

Cerré los ojos. Detrás de mis párpados, April apareció: no como la mujer compleja en la que se había convertido, sino como la niña de diez años que una vez había pasado tres semanas haciendo una

tarjeta del Día de la Madre con materiales recuperados, determinada a crear algo hermoso de la nada.

Siempre había sido así. Ingeniosa. Adaptable. Encontrando valor donde otros solo veían basura. ¿Cómo se había transformado eso en dirigirse a hombres vulnerables? ¿Cuándo la supervivencia se había convertido en algo más oscuro?

—Las mataré a las dos pronto.

Seis palabras entregadas con certeza tranquila. Sin emoción, sin crueldad, solo un hombre de negocios esbozando la conclusión de una transacción que había sido inevitable desde el principio.

El reloj parpadeó a las 3:48 a.m. Otro minuto sobrevivido. ¿Cuántos quedaban antes de que su promesa alcanzase cumplimiento?

Capítulo 25

April

La verdad tenía un olor: hormigón mojado y monedas de cobre. Podía sentirlo ahora, bajo la colonia cara que Ryan llevaba y las mentiras que había estado propagando por toda nuestra casa durante días. Mamá nunca se iría sin decírmelo. No Meg Weston, quien había pasado dieciséis años construyendo una fortaleza de fiabilidad alrededor de mi infancia.

Me senté en el borde de la cama, mirando fijamente el calendario que había robado de la cocina. Diez días de ausencia. Diez días de explicaciones cada vez más elaboradas de Ryan. Diez días de certeza cada vez mayor de que algo iba terriblemente, profundamente mal.

—Solo necesita espacio —me había dicho Ryan ayer de nuevo, su voz rezumando una simpatía artificial—. Enterarse de que tu hija es una timadora profesional es bastante impactante para el sistema.

Tracé la letra de Mamá en el calendario, los bucles y puntos familiares sobre cada «i». Mamá, quien una vez había caminado tres millas en una tormenta de nieve para llegar al trabajo porque faltar a un turno podría significar no poder pagar la renta. Mamá, quien había pasado dieciséis años asegurándose de que nunca sintiera el abandono que mi padre había infligido tan casualmente. Mamá, quien había construido ficciones elaboradas sobre entrevistas de trabajo mientras yo había construido personalidades elaboradas para hombres adinerados.

Éramos mentirosas, las dos, pero nuestras decepciones servían a un propósito común: la supervivencia.

No se iría. No voluntariamente. No sin explicación. No sin despedirse. No sin la estrategia de salida cuidadosa que planearía

incluso para un viaje de fin de semana a la costa.

Fuera de la ventana de mi habitación, el mundo seguía adelante con su indiferencia habitual. Vecinos recogiendo contenedores. Una furgoneta de reparto ralentí. Un niño llorando por algo trivial y momentáneo. Nadie consciente de la catástrofe silenciosa que se desvelaba en nuestra casa anodina.

El sonido de Ryan moviéndose en la planta baja se infiltraba en mis pensamientos: esa cadencia de zapatos caros contra suelos baratos, la confianza tranquila de un depredador que creía que la caza ya estaba ganada.

Necesitaba confrontarlo. Hoy. No los argumentos circulares que habíamos estado teniendo donde él eludía y condescendía y yo me retiraba a lamer heridas que había infligido con precisión. Esta vez sería diferente.

Mi teléfono estaba pesado en mi palma, el número de emergencia en cola pero aún no marcado. ¿Qué habría dicho siquiera? La verdad parecía demasiado absurda, demasiado enmarañada, demasiado reveladora de mis propios crímenes.

No. Antes de la policía, antes de la intervención externa, necesitaba certeza. Necesitaba mirar a Ryan a los ojos y preguntar una vez más dónde estaba Mamá. Observar su cara cuando respondiera. Estudiar los indicios microscópicos que había pasado años aprendiendo a identificar en las víctimas: el estrechamiento alrededor de los ojos, la pausa fraccionaria antes de una sinceridad falsa, el cambio sutil en la respiración que traicionaba incluso al mentiroso más practicado.

Diez días eran inconcebibles. Diez días significaban que algo había ido terriblemente mal. Diez días significaban que cualquier juego que Ryan estuviera jugando se había movido más allá de la venganza hacia un territorio que no podía permitirme contemplar.

El sonido de armarios abriéndose y cerrándose se filtraba desde la cocina. Ryan preparando cena, jugando a la casita, manteniendo la ficción de que esta situación era temporal, manejable, normal.

Basta de esperar. Basta de dar vueltas. Lo confrontaría esta noche. Empujaría pasadas las evasiones y exigiría verdad en lugar de ficciones plausibles. Empujaría hasta que algo se rompiera: su compostura, su historia, o lo que quedara del frágil alto el fuego que habíamos establecido.

Porque Mamá no se iría. No voluntariamente. No sin advertencia. No sin llevarse su pulsera favorita y la novela romántica tonta que había estado leyendo con tanto placer culpable.

Algo había sucedido. Algo que Ryan estaba ocultando bajo su barniz perfecto y su condescendencia practicada. Algo que hacía que el tiempo pareciera de repente, opresivamente finito.

Guardé el calendario debajo de mi almohada, un talismán de la presencia perdurable de Mamá en una casa que se sentía cada vez más extraña. Afuera, la oscuridad se reunía, envolviendo nuestro hogar en un sudario.

Diez días se extendían detrás de mí. ¿Cuántos más se cernían adelante? ¿Cuánto tiempo antes de que lo que Ryan había planeado alcanzara su conclusión inevitable y terrible?

Me puse en pie, decisión tomada. Nada más de esperar. Nada más de esperanza. Esta noche enfrentaría a Ryan y exigiría respuestas. No tenía estrategia, no tenía ventaja, nada excepto la certeza en los huesos de que el tiempo se acababa.

Por Mamá. Por mí. Por lo que quedara de la familia dañada que habíamos construido por necesidad y desesperación.

Encontré a Ryan en el salón, un vaso con algo ámbar equilibrado sobre la rodilla. Se había acomodado en el sillón favorito de mamá, las piernas cruzadas por los tobillos como si posara para el perfil de una revista de negocios.

—Necesitamos hablar —dije, merodeando en el vano de la puerta como una adolescente a punto de confesar un toque de queda incumplido.

Su mirada permaneció fija en el teléfono, el pulgar desplazándose con una parsimonia exasperante. —¿De verdad?

—Han pasado diez días.

—Tus dotes de observación siguen siendo impecables. —Levantó la vista por fin, su expresión arreglada en una preocupación fingida—. Aunque habría pensado que ya estarías acostumbrada a que la gente desaparezca. Dado tu padre. Dada tu profesión.

Avancé más en la habitación, necesitando proximidad para leer sus microexpresiones. —Dime dónde está.

—¿Aún con esto? —Suspiró, el sonido creado para máxima condescendencia—. Te lo he dicho repetidamente. Se fue. Voluntariamente. Después de descubrir exactamente qué es lo que ha estado haciendo tu hija para financiar vuestra cómoda existencia.

—No te creo.

—Ese no es mi problema. —Tomó un sorbo de su vaso, sus ojos nunca abandonando los míos—. Tus problemas de confianza son asunto entre tú y el terapeuta que eventualmente necesitarás.

Mis dedos se cerraron en puños involuntarios. —Mamá no se iría sin despedirse.

Ryan dejó su vaso. —Y sin embargo, hizo precisamente eso. Quizás no conoces a Margaret Weston tan bien como imaginas.

El uso de su nombre completo —un nombre que mamá misma rara vez utilizaba— envió hielo por mis venas. Una táctica, distanciándola de mí, reclamando conocimiento que no podía poseer.

—La he conocido toda mi vida.

—Y yo la he conocido de forma más íntima en meses que tú en años. —Su sonrisa no contenía nada más que malicia—. La gente revela diferentes versiones de sí misma a diferentes audiencias, April. Deberías comprenderlo mejor que nadie.

Se levantó de repente, el movimiento tan fluido e inesperado que me encontré retrocediendo. Su altura —algo que nunca había notado particularmente antes— parecía exagerada en nuestro modesto salón, su presencia expandiéndose para llenar el espacio disponible.

—Esta obsesión con el paradero de tu madre se está volviendo tedioso. —Su voz bajó a algo más tranquilo, más peligroso—. Ella eligió irse. Eligió no contactarte. Acepta la realidad y sigue adelante.

—No es realidad. Es la ficción que hayas construido.

Movimiento equivocado. Su expresión se transformó, su máscara profesional resbalando para revelar algo depredador debajo. Cerró la distancia entre nosotros en dos zancadas, dominándome con su altura.

—¿Me acusas de mentir? —La pregunta era suave como el terciopelo, afilada como el cristal roto—. ¿Tú? ¿La mujer que ha construido una carrera entera sobre el engaño?

Mantuve mi posición a pesar de las alarmas sonando en mi sistema nervioso. —Sí.

Su mano salió disparada, sus dedos rodeando mi brazo superior —sin presión suficiente para dejar moratones, apenas lo bastante para comunicar control absoluto.

—Escúchame bien, April, porque no me repetiré. —Su aliento olía a whisky caro y algo más —excitación—. Tu madre descubrió qué eres. Qué has hecho. Con quién lo has hecho. No podía soportar verte. Se fue. Fin de la historia.

—Me estás haciendo daño.

—¿De verdad? —Su agarre se tensó fractoriamente—. Esto no es dolor, April. Esto es meramente incomodidad. Una distinción importante que harías bien en recordar.

La amenaza se cernía entre nosotros, sin adornos y descarada. No solo sobre mi brazo, sobre algo más grande, nubes de tormenta aproximándose en el horizonte.

—Si le has hecho algo—

—¿Hacerle algo? —Rió, el sonido sin nada de humor—. Qué imaginación posees. Aunque supongo que es un requisito ocupacional para mujeres en tu línea de trabajo.

Sus dedos liberaron mi brazo con lentitud deliberada. Resistí la urgencia de frotar el lugar donde su agarre había dejado una impresión —cinco óvalos pálidos contra piel enrojecida.

—No te mentiría, April. —Su voz se suavizó a algo casi gentil, lo que de alguna manera me aterró más que su ira—. ¿De qué serviría eso? No tengo nada que ganar manteniendo en secreto el paradero de tu madre.

—Entonces ¿por qué no me ayudas a encontrarla?

—Porque no quiere ser encontrada. —Ajustó sus puños, el gesto absurdamente normal después de tal agresión desnuda—. Particularmente no por ti.

Estudié su cara, buscando indicios que había pasado años aprendiendo a identificar —el parpadeo de los ojos de la fabricación, el trago de garganta sutil de la ocultación. Nada. O estaba diciendo la verdad, o era el mentiroso más consumado que había conocido.

Y había conocido a muchas. Incluyendo la que me miraba desde el espejo.

—Esta conversación ha terminado —dijo, volviendo al sillón de mamá, recuperando su whisky—. Te sugiero que te concentres en reconstruir tu vida en lugar de perseguir fantasmas. Tu madre se ha ido. Acéptalo.

Me quedé paralizada, el cálculo reemplazando al miedo. Ryan estaba ocultando algo —su reacción exagerada lo traicionaba. Pero ¿qué? ¿Dónde estaba mamá? ¿Y hasta dónde llegaría para mantener cualquier ficción que hubiera construido?

La respuesta se materializó con escalofriante claridad: hasta donde fuera necesario. Esto ya no se trataba solo de venganza. Era algo más oscuro, algo que aún no podía definir pero que sentía aproximarse, una sombra alargándose con la puesta de sol.

Me retiré del salón, mi piel eléctrica por la adrenalina, la mente acelerada con posibilidades —ninguna de ellas tranquilizadora, todas ellas urgentes.

Mamá estaba en algún lugar. Y Ryan sabía exactamente dónde.

La noche se arrastraba por nuestra casa, una niebla venenosa. Cada tabla del suelo que crujía, cada tubo del radiador que tictacaba — sonidos que había conocido toda mi vida — ahora parecían extraños, amenazantes. La casa misma se había convertido en cómplice de cualquier juego que Ryan estuviera jugando.

Me senté en el borde de mi cama, escuchando cómo se movía por el dormitorio de Mum que estaba al lado. Los sonidos suaves de los cajones abriéndose y cerrándose. El chirrido de las bisagras del guardarropa. Los pasos medidos de un hombre cómodo en espacios que no le pertenecían.

Diez días. Diez noches de esta domesticidad retorcida. Diez tardes fingiendo que éramos sólo un hogar inusual en lugar de depredador y presa compartiendo horarios de baño y espacio de cocina.

Su confrontación en el salón había dejado hematomas invisibles en mi psique. No sólo su agarre en mi brazo, sino la absoluta certeza en sus ojos cuando había insistido en que Mum se había marchado voluntariamente.

Mi teléfono mostraba las 23:47. Otra noche sin dormir se extendía ante mí, una condena. Me cambié de ropa poniéndome el pijama de franela — el que Mum me había regalado la pasada Navidad, no los de seda comprados con dinero de Ryan — y esperé, contando sus pasos, rastreando sus movimientos a través de las paredes finas que nos separaban.

A las 00:23, la puerta del dormitorio de Mum se cerró con un clic. Le di otros veinte minutos más, observando cómo los minutos digitales cambiaban con una lentitud exasperante. Cuando el único sonido era

el zumbido distante del tráfico nocturno y el ocasional crujido de los cimientos asentándose, me moví.

El baño estaba vacío, la luz de la luna cortando a través de la pequeña ventana sobre la ducha. Había registrado esa habitación minuciosamente en esos primeros días frenéticos después de que Mum desapareciera — abriendo el armario, revisando bajo el lavabo, incluso mirando detrás del antiguo tanque del inodoro donde a veces escondíamos dinero de emergencia. Nada. Ningún signo de los medicamentos que había tomado religiosamente durante tres años.

Había interpretado su ausencia como evidencia de que ella los había empacado antes de marcharse. Una conclusión lógica que, sin embargo, me había preocupado. Mum era obsesivamente organizada respecto a su salud después de su susto. Mantenía un horario de dosificación.

Cerré la puerta con cuidado, encendí la luz y comencé mi ritual nocturno. Dientes cepillados. Cara lavada. Una rutina mientras mi mente trabajaba en el rompecabezas de la ausencia de Mum y la presencia inexplicable de Ryan.

Mientras extendía la mano hacia la toalla de manos, derribé la bolsa de artículos de tocador de Ryan de su lugar en la repisa. Cayó al suelo con un golpe sordo, su contenido derramándose por las baldosas — una navaja cara, una botella de colonia, un champú de tamaño de viaje.

Y tres frascos de pastillas naranjas con receta.

Mi corazón se detuvo, y luego volvió a latir al doble de velocidad. Me agaché, mis manos temblando mientras cogía la botella más cercana. La etiqueta confirmó lo que ya sabía: Margaret Weston. Amlodipino. Tomar una tableta diaria.

La medicación para la presión arterial de Mum.

La segunda botella: sus píldoras para el colesterol. La tercera: la medicación contra la ansiedad que tomaba en días particularmente difíciles.

Me senté sobre mis talones, las botellas frías en mi palma, las implicaciones inundando mi cerebro como agua helada. Estas deberían haber estado con Mum. Habrían estado con Mum, si ella se hubiera marchado voluntariamente. No podía funcionar sin el régimen diario que había seguido desde su hospitalización.

Sin embargo, aquí estaban, escondidas en la bolsa de artículos de tocador de Ryan. Trofeos. O evidencia.

Pero si sus medicamentos habían estado aquí todo el tiempo, y ella los necesitaba para vivir… diez días sin ellos tendrían consecuencias. Serias. Potencialmente fatales.

A menos que Ryan estuviera mintiendo sobre cuánto tiempo hacía que ella se había ido. A menos que ella tuviera otro suministro en algún lugar. A menos que…

Las posibilidades se multiplicaban, cada una más inquietante que la anterior. Mi cerebro se esforzaba por encontrar explicaciones que no terminaran con Mum herida o algo peor. Tenía que haber una respuesta racional. Tenía que haberla.

Con mis manos aún temblando, me puse de pie, la certeza cristalizándose en resolución. Esto no podía esperar hasta la mañana. No podía posponerse otro minuto. No con estas botellas y las implicaciones que conllevaban.

Mum no se había marchado voluntariamente. No podía haberlo hecho. No sin estas.

Lo que significaba que Ryan le había hecho algo. La había llevado a algún lugar. La estaba guardando en algún lugar.

La pregunta que me había acosado durante diez días cambió de «¿por qué se marchó?» a «¿dónde la están reteniendo?» Sabía cuál parecía ser la respuesta obvia, pero quizá era *demasiado* obvia. A menos que… no.

Apreté las botellas con más fuerza, mis nudillos blanqueándose alrededor del plástico naranja. Evidencia. Palanca. Munición para una confrontación que ya no podía posponerse hasta la luz del día.

No esperaría hasta la mañana. No le daría a Ryan otra noche de superioridad burlona mientras Mum estaba Dios sabe dónde sin la medicación que necesitaba urgentemente.

Me moví hacia su dormitorio, el corazón martilleando contra mis costillas con tanta fuerza que estaba segura de que lo oiría a través de la puerta. No más darnos vueltas el uno al otro con amenazas veladas y una negación plausible. No más fingir que éramos algo que no fuéramos — depredador y presa atrapados en una farsa doméstica.

Tres frascos de pastillas con receta. Tres pruebas irrefutables de que todo lo que me había dicho era una mentira.

Levanté la mano para llamar, luego me pausé, reuniendo valor como armadura en torno a mi cuerpo tembloroso. Lo que viniera después cambiaría todo. Potencialmente revelaría verdades para las que no estaba preparada.

Pero no podía dar la vuelta. No ahora. No con la medicación de Mum apretada en mi puño y la certeza de que el tiempo se acababa.

Si Mum aún estaba viva, necesitaba estas. Me necesitaba a mí.

Y si no lo estaba…

Aparté ese pensamiento, levanté mi puño, y llamé.

Capítulo 26

April

La puerta se abrió antes de que mis nudillos golpearan por segunda vez. Ryan estaba allí con pijama de seda que probablemente costaba más que nuestro recibo de la luz mensual, luciendo completamente despejado en lugar de molesto por haberlo despertado.

—¿Revelación nocturna? —Su voz llevaba ese timbre de diversión que me sacaba de quicio—. Qué emprendedor.

Le tendí los botes naranjas hacia delante, talismanes contra el mal. —Explica estos.

Sus ojos parpadearon hacia los medicamentos, luego volvieron a mi cara con tal desenfado que casi podía oír los engranajes girando detrás de su expresión perfectamente compuesta.

—Ah. —Se apoyó en el marco de la puerta, cruzándose de brazos—. Has estado husmeando.

—Estas son las recetas de mi madre. —Agité los botes para enfatizar, las píldoras dentro haciendo clic contra el plástico como pequeños huesos—. Las que necesita para sobrevivir.

—No puede sobrevivir. —Repitió mis palabras con la entonación de quien prueba su sabor—. Bastante dramático, ¿no crees?

—Necesita estos a diario. Para el corazón. Para su—

—Presión arterial. Colesterol. Ansiedad. —Los enumeró—. Sí, estoy bien familiarizado con los requisitos farmacéuticos de tu madre.

Una ola de náusea me arrolló. —Si se fue voluntariamente, ¿por qué sus medicamentos siguen aquí?

Ryan suspiró, el sonido diseñado para comunicar condescendencia máxima. —Un descuido.

—¿Un descuido? —Reí, el sonido bastante agudo para sorprendernos a ambos—. Mamá olvidaría su propio nombre antes que olvidar estos.

—Las personas en angustia emocional toman decisiones curiosas. —Su mirada siguió siendo evaluadora—. Descubrir que tu hija es esencialmente una prostituta tiende a alterar las prioridades.

La palabra impactó, un bofetón contundente. Me acerqué más, negándome a ceder. —¿Dónde está?

—Ya hemos pasado por este tedio repetidamente, April. —Miró su reloj, un gesto de puro teatro—. Tu madre se fue. Sin sus medicamentos, aparentemente. Guardarlos fue simplemente… cortesía.

—¿Cortesía? —Mi voz subió a pesar de mi esfuerzo por controlarla—. Podría estar muriendo sin estos.

—Si los necesitaba desesperadamente, se habría puesto en contacto contigo. O con su médico. —Su sonrisa se tensó en los bordes—. La ausencia de tal contacto sugiere una capacidad de recuperación remarcable, o una indiferencia remarcable hacia su propia supervivencia.

—O que no puede contactar a nadie. —Repliqué—. Porque alguien se lo está impidiendo.

Algo cambió detrás de los ojos de Ryan —satisfacción, quizás, por haberme llevado a articular el miedo que me había estado royendo las entrañas durante días—.

—Esa es una acusación bastante seria. —Se irguió, el movimiento lento y deliberado como un depredador que se despereza—. Uno

podría incluso llamarlo calumnia.

—Esconder la medicación vital de alguien podría considerarse un intento de asesinato.

La risa de Ryan fue genuina esta vez, el sonido rebotando en las paredes del pasillo como algo sólido. —¿Asesinato? ¿Ahora hemos llegado a asesinato? Vaya, qué imaginación.

Pero no lo negó.

Apreté los botes con más fuerza, el plástico clavándose en mi palma. —Voy a llamar a la policía.

—¿Con qué pruebas? ¿Tres botes de píldoras que yo, como pareja de tu madre, guardaba para mantenerlas a salvo? —Negó con la cabeza—. Considera tu posición, April. Una estafadora conocida acusando a un empresario respetable de… ¿exactamente qué? ¿Secuestro? ¿Asesinato?

La verdad de sus palabras se hundió en mi vientre como plomo. ¿Qué pruebas tenía más allá de medicamentos que podrían explicarse fácilmente con una ficción razonable? ¿Qué credibilidad poseía contra un hombre cuya existencia entera estaba construida para parecer respetable?

—Quiero saber que está segura. —Logré decir, odiando cómo mi voz se quebró en la última palabra.

Algo parecido a la piedad destelló en las facciones de Ryan. —Todos queremos cosas, April. Seguridad. Venganza. Absolución. —Extendió la mano, sus dedos rozando mi mejilla—. Algunos de nosotros incluso conseguimos lo que queremos, eventualmente.

Me aparté bruscamente, su tacto dejando huellas invisibles en mi piel. —Estos pertenecen a mi madre. Me los llevo.

—Por supuesto. —Se echó hacia atrás y gesticuló expansivamente—. Aunque me pregunto de qué utilidad te serán.

La implicación fue tácita pero inconfundible.

—Si le has hecho daño—

—Duerme bien, April. —Me cortó, ya cerrando la puerta—. Mañana es otro día de incertidumbre, ¿verdad?

La puerta se cerró con un clic, dejándome sola en el pasillo con tres botes naranjas y la certeza creciente de que el tiempo se estaba agotando.

Para mamá.

Para mí.

El sueño nunca llegó. En lugar de eso, pasé las horas antes del amanecer contando latidos y catalogando razones por las que la historia de Ryan no podía ser posiblemente verdad. Los medicamentos de mamá estaban en mi mesita de noche, botes naranjas brillando como balizas tóxicas cada vez que los faros de un coche barrían la pared de mi dormitorio.

A las seis había abandonado cualquier pretensión de que el descanso fuera posible. Me trasladé a mi ventana, la frente pegada al cristal frío, observando cómo la oscuridad se retiraba de Larch Crescent. La calle tenía el mismo aspecto de siempre —casas adosadas de pie una junto a la otra, cubos de basura aguardando la recogida, un gato del barrio deslizándose furtivo por la tapia del jardín.

Ryan salió de nuestro baño a las 6:47, recién duchado, el pelo húmedo en las sienes. Pasó por delante de mi habitación sin reconocimiento alguno, silbando alguna melodía clásica que probablemente tenía un nombre pretencioso que incluía números de opus.

Le seguí a distancia segura, merodeando en la puerta de la cocina mientras preparaba café. Prensa francesa, no instantáneo. Granos que había traído de su casa en Clifton, no la marca de supermercado que Mum compraba cuando se sentía derrochadora.

—¿Dormiste bien? —preguntó con la espalda hacia mí, la pregunta cargada de la certeza de que no había sido así.

—Maravillosamente. —Me apoyé en el marco de la puerta, los brazos cruzados para ocultar su temblor—. Pareces notablemente cómodo para ser un rehén, según tú.

Sus hombros se tensionaron levemente—la única indicación de que mis palabras habían impactado—. —¿Rehén? Eso es una interpretación novedosa de nuestro acuerdo.

—¿Cómo lo llamarías tú?

—Cohabitación temporal. —Se giró, la taza de café equilibrada en la palma como algo precioso—. Aunque debo admitir que el alojamiento no es lo que estoy acostumbrado.

Hice un gesto alrededor de nuestra cocina —el laminado desgastado, los electrodomésticos antiguos, las señales visibles de vidas vividas con restricción financiera—. Lo siento, no está a la altura de tus exigentes estándares. Siéntete libre de irte cuando quieras.

—¿Y perderme nuestras estimulantes conversaciones matutinas? — Su sonrisa no contenía nada más que aristas afiladas—. Ni en sueños.

Pasó junto a mí hacia la mesa, su proximidad enviando corrientes eléctricas de repugnancia por mi piel. Cada movimiento controlado, un hombre que nunca había experimentado la ansiedad de elegir entre electricidad y comida.

—¿Tienes trabajo hoy? —pregunté, la pregunta mundana bizarra en su normalidad.

—En realidad, estoy trabajando desde casa hasta el mediodía. —Sorbió su café, su expresión sugiriendo que era simultáneamente lo mejor y lo peor que había probado en su vida—. Aunque pensé que podría darme una vuelta primero. Despejar la mente.

—Una vuelta. —La palabra se sentía absurda en nuestra cocina—. Qué victoriano de tu parte.

Ryan consultó su reloj. —No hay nada victoriano en necesitar aire fresco, April. Particularmente dada la sofocación de esta casa.

La crueldad casual impactó. Me giré hacia la encimera, ocupándome con tostadas que no quería, necesitando algo que hacer con las manos además de borrar esa expresión de suficiencia de su cara.

—Creo —continuó, su voz contemplativa—, que hemos llegado a un punto muerto, por así decirlo. Tú con tus frascos de píldoras y tus acusaciones descabelladas. Yo con mi paciencia y mi incómoda cama.

Me giré, el cuchillo de pan agarrado quizá demasiado fuerte. —Podrías poner fin a esto diciendo dónde está.

—Y tú podrías aceptar la realidad en lugar de construir fantasías elaboradas de secuestro. —Se levantó, ajustando su traje—. Todos hacemos elecciones, April.

Sus llaves del coche estaban sobre la encimera junto a su taza vacía —la llave elegante con el logo de BMW atrapando la luz matutina.

No tiradas descuidadamente sino colocadas con precisión deliberada, como todo lo que hacía Ryan.

—Disfruta de tu paseo —dije, mi voz rezumando dulzura falsa—. Quizá te encuentres con Mum paseando por la calle.

Algo parpadeó en sus facciones —molestia, quizá, ante mi continuo desafío—. Tu persistencia sería admirable si no fuera tan completamente equivocada.

Recogió su cartera y teléfono, sus movimientos sin prisa. —De vuelta en treinta minutos. Intenta no trabajarte a ti misma hasta un episodio psiquiátrico mientras me voy.

La puerta principal se cerró detrás de él, y a través de la ventana de la cocina, lo observé bajar por nuestro sendero del jardín, girando a la izquierda hacia el pequeño parque al final de Larch Crescent. Su postura seguía siendo irritantemente perfecta incluso en retirada.

Sus llaves seguían sobre la encimera.

Las miré fijamente, mi cerebro esforzándose por procesar esta anomalía en el comportamiento meticuloso de Ryan. Nunca olvidaba nada. Nunca cometía errores descuidados. Nunca dejaba posesiones importantes desatendidas.

A menos que no fuera descuido en absoluto.

Me acerqué a las llaves con cautela, como si de repente pudieran animarse y escurrirse. El metal se sintió frío contra la palma, inesperadamente pesado para objetos tan pequeños.

El BMW seguía en nuestro camino de entrada, brillando negro y depredador bajo la luz matutina. Un vehículo diseñado para intimidar tanto como para transportar.

¿Era esto una prueba? ¿Una trampa? Ryan no cometía errores ni dejaba aberturas. Operaba con la misma precisión que sus elecciones de vestuario.

Pero por primera vez en once días, sentí esperanza.

Porque la gente confiada no se pone a prueba a sí misma.

La gente confiada no se preocupa por lo que podría descubrirse en su ausencia.

Y Ryan, a pesar de todo su control, me acababa de entregar las llaves de su reino. Deliberada o no, ahora tenía treinta minutos para descubrir qué secretos podría contener su coche.

Treinta minutos para encontrar evidencia de qué le había sucedido a Mum.

Treinta minutos que podrían determinar si vivía o moría.

Apreté las llaves con más fuerza, los bordes del metal mordisqueando mi palma. Sea cual sea el juego que Ryan estuviera jugando, tenía reglas que no podía descifrar y apuestas que no podía soportar contemplar.

Pero estaría condenada si desperdiciara esta oportunidad inesperada intentando entender sus motivaciones en lugar de aprovechar su ausencia.

Nunca había registrado un coche en busca de evidencia antes. Los detectives de verdad probablemente tenían técnicas —enfoques metódicos, equipamiento profesional, guantes de látex para evitar la

contaminación. Yo tenía manos temblando y veintisiete minutos restantes antes de que Ryan regresara.

El mando del BMW desbloqueó el vehículo con un obediente chirrido, sus luces interiores parpadeando al despertar, un animal despertado de la hibernación. Dudé en la puerta del conductor, de repente consciente de que sea lo que encontrara—o no encontrara—cambiaría todo. El gato de Schrödinger: hasta que mirara dentro, Mum estaba tanto viva como muerta, tanto víctima como fugitiva.

—Venga, acaba de una vez —murmuré, tirando de la puerta hacia mí. El olor me golpeó primero: cuero caro mezclado con la colonia de Ryan, un aroma que en su día me había parecido sofisticado pero que ahora registraba como depredador. El interior brillaba con la suficiencia de la ingeniería alemana, todo aluminio cepillado y superficies táctiles diseñadas para hacer sentir al conductor superior a las preocupaciones de los peatones.

Comencé por los lugares obvios: guantera (documentos del vehículo, manual del propietario, un paquete de caramelos de menta), consola central (cambio suelto, recibos de aparcamiento, un bolígrafo Montblanc), bolsillos de las puertas (nada más que un mapa callejero de Bristol doblado). Todo irritantemente normal. Todo diciéndome absolutamente nada sobre el paradero de Mum.

El reloj del salpicadero marcaba las 7:16. Veintiún minutos restantes.

Me trasladé al asiento trasero, deslizando las manos entre los cojines, mis dedos explorando grietas donde podría ocultarse una prueba. Nada más que pelusas y una moneda de una libra olvidada. El cierre del maletero cedió a mis presiones frenéticas, exponiendo un espacio tan prístino que podría no haber sido nunca utilizado.

Mi frustración aumentaba con cada compartimento vacío. ¿Qué había esperado? ¿Una confesión escrita en papel con membrete de BMW? ¿Un mapa con «Meg Weston retenida aquí» amablemente marcado en rojo?

Regresé al asiento del conductor, la desesperación haciendo mis movimientos más torpes. El coche era demasiado limpio, demasiado ordenado. Como el propio Ryan, no revelaba nada que no tuviera la intención de revelar.

Entonces noté el teléfono.

Estaba encajado entre el asiento del pasajero y la consola central, casi invisible en su funda negra. No era el elegante iPhone de Ryan que le había visto usando constantemente. Algo más barato, más antiguo, con un protector de pantalla agrietado y un arañazo familiar en la parte trasera.

El teléfono de Mum.

Cerré los dedos alrededor de él, la sensación siendo a la vez eléctrica y nauseabunda. El dispositivo que nunca se separaba de su posesión —su salvavidas hacia el mundo, su calendario, su conexión conmigo— abandonado en el coche de Ryan como basura olvidada.

Mis manos temblaban mientras lo examinaba, los recuerdos inundándome —Mum comprobando ansiosamente las llamadas sobre solicitudes de empleo, sacando fotos de sus plantas de lavanda que se debilitaban, desplazándose por vídeos ridículos de gatos que le hacían reír de una manera que nada más podía. El arañazo en la parte trasera había ocurrido la Navidad pasada cuando lo dejó caer al alcanzar los guantes de horno. Casi había llorado hasta que le aseguré que seguía funcionando perfectamente.

Esto no era solo una prueba. Era una extensión de ella. Algo que valoraba, protegía, necesitaba.

Presioné el botón de encendido, rezando por que tuviera batería. La pantalla permaneció oscura. Muerto, como mi esperanza de encontrar mensajes que pudieran explicar su desaparición.

Pero el teléfono en sí era prueba suficiente. Prueba de que Ryan había mentido sobre todo. Mum nunca se marcharía voluntariamente sin esto. Nunca.

Una suerte de euforia febril me recorrió, enredándose con el miedo en mi estómago. Finalmente —algo concreto. Algo que no podía ser explicado con las ficciones razonables de Ryan. Algo que probaba lo que siempre había sabido pero egoístamente no había actuado: Mum no se había marchado voluntariamente.

Lo que significaba que estaba en algún lugar. ¿Viva o...? No podía completar el pensamiento.

Apreté el teléfono más fuerte, mi visión borrándose con lágrimas inesperadas. Once días sin su voz, su risa, su eterno optimismo que siempre me había parecido tan fuera de lugar pero tan esencial para nuestra supervivencia. Once días de preguntarme, preocuparme, buscar sin dirección.

Y ahora este pequeño rectángulo de plástico y circuitería —su conexión con el mundo, su diario, su vínculo con la realidad— sentado olvidado en el coche inmaculado de Ryan.

Se sentía simultáneamente como victoria y perdición. Porque encontrar su teléfono significaba que estaba verdaderamente en problemas. Significaba que Ryan le había hecho algo. Significaba que el tiempo se agotaba —o tal vez ya había expirado.

Metí el teléfono en mi bolsillo, mis manos aún temblando. El reloj del salpicadero marcaba las 7:24. Trece minutos hasta que Ryan debería regresar. Trece minutos para decidir qué hacer con este descubrimiento.

¿La policía? Querrían más que un teléfono. Querrían una explicación de por qué no la había denunciado como desaparecida antes. Querrían saber sobre mi propio historial, mis estafas, mis crímenes.

¿Amigos? Mum no tenía ninguno tras años de retracción financiera. Su mundo se había encogido con cada revés, cada decepción, hasta que contenía poco más allá de nuestra casa y su esperanza obstinada en días mejores.

¿Quién más? ¿Quién creería a la hija con un historial de engaño sobre el respetable hombre de negocios con su cuidadosa pista de papel y su sinceridad practicada?

Necesitaba pensar. Necesitaba planificar. Necesitaba actuar antes de que Ryan regresara y se diera cuenta de lo que había encontrado.

Salí del BMW, cerrándolo cuidadosamente con el mando a distancia. La luz solar de la mañana bañaba nuestra calle anodina, los vecinos comenzando sus días con rutinas ordinarias. Ninguno de ellos tenía ni idea sobre la prueba que ardía en mi bolsillo, la revelación que había transformado la sospecha en certeza.

El teléfono de Mum se sentía vivo contra mi muslo, conteniendo de alguna manera su esencia en sus circuitos muertos y pantalla agrietada. Por segunda vez en once días, tenía algo tangible que me conectara con ella. Algo que probaba que mis instintos habían estado en lo cierto todo el tiempo.

Ryan le había hecho algo. La había llevado a algún lugar. La estaba manteniendo en algún lugar.

Me giré hacia nuestra casa, mi mente acelerada con nuevo propósito. Necesitaba cargar el teléfono, ver qué mensajes podría contener. Necesitaba formar un plan que no terminara con el triunfo de Ryan y mi derrota.

—¿Has encontrado algo interesante?

La voz detrás de mí envió agua helada por mis venas. Me giré lentamente, encontrando a Ryan de pie en la esquina de la casa, los

brazos cruzados, su expresión arreglada en diversión pero conteniendo solo furia fría.

—Solo buscaba algo de mi coche —mentí, las palabras teniendo un sabor cobrizo en mi lengua.

—*Mi* coche —corrigió, moviéndose más cerca con la confianza pausada de un depredador que sabía que la fuga era imposible—. Que parece que has estado explorando bastante minuciosamente.

Su mirada se posó en mi bolsillo, donde el contorno del teléfono de Mum era apenas visible bajo la tela de mis vaqueros. Su expresión cambió —recalculación, quizá.

Capítulo 27

Meg

La conciencia llegó en fragmentos, como trozos de cerámica rota que no conseguía encajar. Los números rojos del reloj digital flotaban ante mis ojos – las 14:14. Otra tarde en cautiverio, aunque el tiempo se había convertido en un concepto teórico en lugar de algo que midiera mi vida.

Once días. ¿O eran doce? El recuento se desdibujaba conforme la deshidratación apretaba su puño. La lengua se sentía áspera, como papel de lija pegado al paladar. Tragar se había convertido en un ejercicio fútil, y mi garganta hacía clic secamente con cada intento. Que me faltara la medicación no me mataría, pero ciertamente me hacía sentir débil y temblorosa.

Tiré débilmente de la esposa. El movimiento envió un rayo a través de mi brazo, pero el dolor se registró como lejano, como si alguien describiera una herida a través de una mala conexión telefónica. La carne viva alrededor de mi muñeca había dejado de sangrar, lo que podría haber sido una buena señal si no supiera que significaba que me quedaba muy poca humedad para sangrar.

Muerte por deshidratación. No es como imaginaba mi salida. Aunque honestamente, ¿qué directora de oficina de mediana edad se plantee su propia muerte? Estábamos demasiado ocupadas organizando las vidas de otros para contemplar el final de las nuestras.

El período de castigo de veinticuatro horas se había extendido mucho más allá de su límite. Quizá había sido olvidada completamente, mi sentencia de muerte adelantada en algún calendario ejecutivo.

Mis pensamientos se dispersaron como pájaros asustados cuando intenté concentrarme. April. Necesitaba pensar en April. Mi hermosa y dañada hija que había convertido el engaño en moneda porque yo había fallado en mostrarle alternativas mejores.

—Trabajazo, Margaret —susurré a la habitación vacía—. Crianza de categoría superior absolutamente.

Una risa débil escapó de mí, el sonido apenas reconocible como humano. Humor de última hora: el último refugio de la mujer británica moribunda.

Intenté de nuevo humedecerme los labios, pero la lengua se sentía como si fuera un hardware extraño instalado en mi boca. La habitación se balanceaba cada vez que movía la cabeza, los muebles dejando rastros fantasmales en mi visión. Las alucinaciones no estarían lejos.

Había leído una vez que la deshidratación mataba en etapas. Primero la sed, luego el agotamiento, luego el delirio. Luego el fallo orgánico. ¿En qué etapa estaba? El hecho de que aún pudiera contemplar la pregunta sugería que no había alcanzado las fases finales. Pequeñas misericordias.

Una sirena aulló en la distancia, su sonido subiendo y bajando, reminiscente de una ambulancia de juguete infantil. ¿Me encontraría un servicio de emergencia real? Risible. Cualquier vecino preocupado o visitante al azar sería recibido con explicaciones perfectas. Un cajón de calcetines meticulosamente ordenado sugería contingencias igualmente meticulosas para invitados inesperados.

Mi mirada derivó hacia la ventana. La luz de la tarde presionaba contra las cortinas, decidida a entrar pero denegado el acceso, muy parecido a la ayuda o la esperanza o cualquier posibilidad de rescate.

Estaba tan segura de que April me encontraría. Mi hija ingeniosa que nos había mantenido a flote a través de medios que yo había pretendido no comprender. Pero once (¿doce?) días habían pasado. O bien ella creía la ficción sobre mi partida voluntaria, o – el pensamiento se posó tan pesado como hormigón en mi estómago – ella había conocido un destino similar.

La habitación se inclinó bruscamente, luego se enderezó. La negrura se arrastró hacia los bordes de mi visión, retrocediendo cuando parpadeaba pero regresando con refuerzos cada vez. Mi latido cardíaco aleteó erróneamente, como un pájaro luchando contra un puño que se cerraba.

Esto era, entonces. El gran final de Meg Weston: muriendo atada a muebles caros en una casa que valía más que todo lo que había ganado en mi vida. De alguna manera apropiado para una mujer que había pasado años fingiendo que el desastre financiero no era inminente.

¿Qué escribirían en mi obituario?

Margaret Weston, 45, murió de deshidratación mientras estaba esposada a una cama. Le sobrevive su hija, que nunca supo que su madre estaba siendo retenida cautiva por un psicópata.

No exactamente el legado que esperaba dejar.

El reloj digital parpadeó a las 14:15. Un minuto pasó. Sesenta segundos más cerca del fin que me esperaba. Mi cuerpo se sentía imposiblemente pesado, como si la gravedad hubiera doblado su tirón específicamente en mis extremidades. Incluso mantener los ojos abiertos requería un esfuerzo monumental.

Si los cerraba, ¿volvería a abrirlos? La pregunta flotó a través de mi mente, curiosamente desprovista de miedo. Quizá esto era aceptación – la etapa final de morir. No paz exactamente, sino resignación ante lo inevitable.

Pensé en April una última vez – no como la mujer compleja en la que se había convertido, sino como la determinada niña de ocho años que había pasado tres días aprendiendo a montar en bicicleta sin ruedines, rechazando la ayuda, insistiendo en dominarlo sola. Esa feroz independencia que tanto me había preocupado como maravillado.

Ella no dejaría de buscar. No creería que me había ido.

¿O sí?

Mis párpados se rindieron a la insistencia de la gravedad. La habitación desapareció, reemplazada por una oscuridad flotante que parecía casi reconfortante en su totalidad.

¿Se aproximaba la muerte o era simplemente una pérdida de conocimiento? La distinción de repente parecía académica, una cuestión para filósofos en lugar de directoras de oficina agonizantes.

Mi último pensamiento coherente fue el de April encontrando esta habitación demasiado tarde, descubriendo lo que quedaba de su madre esposada a una cama.

Lo siento, intenté decir, pero no salió sonido alguno.

Luego nada en absoluto.

La oscuridad retrocedió, reemplazada por una claridad peculiar que resultaba errónea de algún modo, como película fotográfica sobreexpuesta. La habitación parecía más nítida de lo que había estado en días, los colores demasiado vibrantes, los bordes demasiado definidos.

Y April de pie al pie de la cama.

Mi hija –mi maravillosa, dañada e ingeniosa hija– llevando ese jersey oversize que solía favorecer y una expresión que no podía descifrar completamente. No horror al encontrar a su madre esposada a una cama. No shock ante mi estado deteriorado. Solo una evaluación tranquila, como si estuviera catalogando artículos en una venta de saldo.

—Me encontraste —logré decir con voz áspera, las palabras raspándome la garganta.

April inclinó la cabeza, estudiándome. —Te ves fatal.

Una risa burbujó, sorprendente en su genuina diversión. Típico de April saltarse las cortesías incluso durante operaciones de rescate.

—Deshidratación —conseguí decir—. No es lo mejor para el cutis.

Se acercó más, instalándose en el borde de la cama. Sin hundimiento del colchón bajo su peso. Sin crujido de muelles. Solo April, de repente allí, imposiblemente presente.

—¿Llamaste a la policía? —traté de enfocar mientras su silueta se iluminaba ligeramente, calor emanando del asfalto del verano.

—Lo resolví —dijo, ignorando mi pregunta—. Dónde estabas. Qué hizo él. Todo.

Mi garganta reseca se contrajo dolorosamente. —¿Cómo?

—Tus medicamentos. Los guardaba en su bolsa de aseo. Descuidado. —Su boca se curvó en una sonrisa—. Suele ser más cuidadoso.

Intenté incorporarme, y la esposa me tiró brutalmente hacia atrás. April observaba, sin hacer movimiento alguno para ayudar, no

apartaba la vista de mis forcejeos.

—La llave —dije—. Necesitas encontrar la llave.

Negó con la cabeza, un gesto extrañamente mecánico. —Aún no. Primero necesitamos hablar.

—¿Hablar? —La palabra fue un graznido desesperado—. April, me estoy muriendo. Agua. Policía. Ambulancia. Hablar viene después.

—Después —repitió, la palabra hueca—. Se nos acabaron los «después», mamá.

Algo frío se deslizó por mis entrañas. Esto no era correcto. Nada de esto era correcto. April no se sentaría tranquilamente discutiendo plazos mientras yo me marchitaba ante sus ojos.

—¿Qué sucedió? —susurré—. ¿Te hizo daño?

Sonrió adecuadamente entonces, la expresión fantasmal e insólita en sus facciones. —Supe qué era desde el principio. Lo elegí específicamente como objetivo.

—April—

—Me convertí en exactamente lo que él quería —continuó, su voz extrañamente plana—. Me convertí en la trampa de miel perfecta. Le extraje miles. Estaba ganando.

La realización amaneció con claridad nauseabunda. Esto no era April. No la April real. Era el regalo de la deshidratación: alucinaciones empaquetadas como salvación, el intento final y desesperado de mi cerebro de dar sentido a la muerte que se aproximaba.

Sin embargo, no podía evitar responder a la aparición. —No podrías haber sabido de qué era capaz.

—¿No podía? —La risa de No-April sonaba errada, algo robótico aproximando la diversión humana—. Soy una profesional, mamá. Evalúo riesgos. Evalúo vulnerabilidades. Vi el peligro y lo ignoré porque la recompensa era demasiado tentadora.

Mi visión se tambaleó, la silueta de No-April borrándose en los bordes, luego solidificándose de nuevo. El reloj digital marcaba las 19:19. El tiempo estirándose y comprimiéndose como elástico barato.

—Nada de esto es tu culpa —le dije a la alucinación, necesitando creerlo yo misma.

—Todo es mi culpa. —Se puso de pie y se movió con suavidad antinatural—. Lo llevé a nuestras vidas. Le robé. Lo subestimé.

—April—

—Te maté.

Las palabras se quedaron flotando en el aire entre nosotras, terribles en su simplicidad.

—Aún no estoy muerta. —Convoqué desafío desde reservas que no sabía que poseía.

No-April sonrió tristemente. —Casi.

Comenzó a desvanecerse, los bordes disolviéndose, azúcar en té caliente. Primero los pies, luego las piernas, el torso, los hombros, hasta que solo su cara permaneció, suspendida en la habitación que se oscurecía, algún gato de Cheshire grotesco.

—¡Espera! —llamé, la desesperación superando el conocimiento de que nada de esto era real—. ¡No me dejes!

—Nunca te encontré —susurró su voz incorpórea—. Busqué en todas partes menos aquí.

Luego nada. El aire vacío donde mi hija alucinada había estado. La habitación regresó a su sórdida realidad –paredes beige, cortinas pesadas, el reloj digital persistente marcando ahora las 19:21.

Dos minutos. La visita completa había durado dos minutos, sin embargo se sintió como horas. Mi mente, que se deshacía como un jersey de lana barata, los hilos de cordura tirados sueltos por la deshidratación y el aislamiento.

—No es real —susurré a la habitación vacía—. Nada de esto es real.

Pero la conversación perduró, más sustancial de lo que tenía derecho a ser. ¿Había simplemente expresado mis miedos más profundos a través de una April imaginaria? ¿O estaba mi cerebro muriendo ofreciendo absolución a mi hija ausente?

De cualquier forma, estaba sola de nuevo. Más completamente que antes, la falsa compañía haciendo la soledad más cortante por comparación.

Afuera, la tarde se reunió, la luz retrocediendo de un mundo que quizás nunca volvería a ver. Cerré los ojos, rindiéndome a la oscuridad que pinchaba mi consciencia con insistencia cada vez mayor.

Si April aparecía de nuevo –real o imaginada– quizás no estuviera despierta para verla.

El sonido me arrastró desde la inconsciencia —un golpe sordo desde algún lugar abajo, seguido de pasos. Deliberados, medidos. La

cadencia de zapatos caros sobre suelo de madera.

Forcé mis ojos a abrirse, mi visión luchando por enfocarse en la luz tenue. El reloj digital marcaba las 21:43. La noche había reclamado completamente el cielo mientras yo derivaba a través de los difusos confines de la deshidratación.

Otro sonido —un armario cerrándose. El tintineo del cristal contra cristal. Ruidos domésticos que parecían obscenos en su normalidad.

Ryan moviéndose por abajo, preparándose quizás una copa vespertina. Siguiendo los movimientos de la vida ordinaria mientras yo me marchitaba en su habitación de invitados.

¿O no?

El pensamiento llegó con una claridad inquietante. ¿Estaba escuchando movimiento real, o mi cerebro deteriorado había progresado hacia alucinaciones auditivas? Después de la visita de April —esa conversación dolorosamente realista con una hija que no estaba ahí— no podía confiar en mis sentidos.

—¿Hola? —llamé, la palabra emergiendo apenas como un susurro.

Sin respuesta. Solo más sonidos desde abajo —agua corriendo, la puerta del refrigerador abriéndose y cerrándose. Alguien jugando a vivir en la cocina de un hombre que mantenía mujeres esposadas en su habitación de invitados.

Si fuera real, si Ryan estuviera realmente abajo, ¿debería gritar más fuerte? ¿Pedir agua, suplicar piedad, exigir mi liberación? ¿O eso simplemente le recordaría mi existencia y aceleraría el calendario que hubiera establecido para mi muerte?

Mi cerebro se sentía como estática de radio, pensamientos llegando fracturados y desconectados. Difícil mantener nada sustancial

durante más de segundos antes de que se disolviera en niebla mental.

Los pasos se movieron desde la cocina al pasillo, luego silencio. Tensé el oído, insegura de si quería ser detectada o que continuara el olvido. Ambas opciones parecían igualmente aterradoras.

—No está ahí —susurré para mí misma, el sonido de mi propia voz extraño e irreconocible—. Nada de esto es real.

Sin embargo, los sonidos habían poseído tanta especificidad —no ruidos domésticos vagos, sino la sinfonía de alguien preparándose un cóctel vespertino. Cubitos de hielo cayendo en cristal. El glugluglú distintivo del líquido de botella a vaso. La exhalación tranquila de alguien acomodándose en una silla cómoda.

Mi alucinación tenía una atención al detalle notable.

O quizás no fuera alucinación en absoluto. Quizás Ryan estuviera efectivamente abajo, realizando su rutina vespertina normal mientras yo permanecía olvidada arriba, un cabo suelto inconveniente que aún no había decidido cómo atar.

La incertidumbre era su propia forma de tortura —no saber qué era genuino y qué era fabricado por una mente cada vez más desvinculada de la realidad.

Tiré de la esposa, el movimiento automático en lugar de estratégico. El dolor atravesó mi muñeca, más sordo que antes pero aún suficiente para confirmar que permanecía firmemente atada a muebles caros.

¿Cuánto faltaba para que mi cuerpo se rindiera completamente? ¿Antes de que la deshidratación reclamara lo que quedaba de mi consciencia? ¿Antes de que Ryan decidiera acelerar el proceso?

Más sonidos desde abajo —una puerta abriéndose, pasos en el pasillo, luego silencio de nuevo. El silencio parecía absoluto, presionando contra mis tímpanos como si fuera capaz de ejercer presión física.

—Di algo —susurré a la habitación vacía—. Solo para demostrar que eres real.

Sin respuesta. Por supuesto que no. Las alucinaciones no aceptaban peticiones.

Cerré mis ojos, intentando separar la entrada sensorial real de las invenciones desesperadas de mi cerebro. El brillo rojo del reloj digital penetraba mis párpados. La mordedura persistente de la esposa contra la carne viva. El zumbido distante de una casa acomodándose para la noche.

Todo parecía genuino. Todo podría ser fabricación.

Mi mente derivó hacia April de nuevo —no la alucinación que había aparecido antes, sino mi hija real. ¿Me estaba buscando? ¿Había descodificado la ficción elaborada de Ryan? ¿O había aceptado su historia sobre mi partida voluntaria, quizás aliviada de estar sin la carga de una madre que había fracasado al proporcionar tanto seguridad financiera como guía moral?

El pensamiento me envió dolor más agudo que cualquier incomodidad física.

Abajo, un vaso se rompió —el sonido distintivo del cristal encontrándose con suelo de madera con resultados catastróficos. Luego maldiciones, las palabras amortiguadas pero el sentimiento claro.

¿Real o imaginado? El debate parecía cada vez más académico. ¿Qué diferencia hacía si mi torturador estaba físicamente presente o era meramente un producto de mi consciencia desintegrándose?

El reloj digital cambió a las 21:47. Cuatro minutos cuestionando la realidad. Cuatro minutos más cerca de cualquier fin que me esperara.

Intenté evocar a April de nuevo —no la April real, que permanecía frustrante ausente, sino la alucinación. Incluso una conversación con una figura fantasmal parecía preferible a este aislamiento.

Nada. Mi cerebro, al parecer, había agotado su capacidad para la fabricación compleja. Ahora solo ofrecía sonidos desconectados y confusión creciente.

«Morir con dignidad» parecía el tipo de cosa que la gente discutía en cenas, imaginando salidas elegantes acompañadas de palabras finales profundas. La realidad era considerablemente menos digna — esposada a la cama de un extraño, insegura de si los sonidos de movimiento abajo eran reales o alucinación, incapaz de distinguir entre abandono real y compañía imaginada.

Derivé de nuevo, la consciencia retrocediendo como una marea menguante. La oscuridad parecía casi acogedora en su completitud, ofreciendo alivio de preguntas sobre realidad versus fabricación.

Si Ryan estaba efectivamente abajo, que viniera arriba y me encontrara muerta para todo lo que importaba.

Si no estaba, si nada era real excepto esta cama y esta esposa y este cuerpo fracasado, entonces la distinción no tenía sentido de todas formas.

Los sonidos desde abajo se desvanecieron, reemplazados por el zumbido persistente de una mente apagándose en etapas cuidadosas.

Real o imaginado, se me agotaba el tiempo.

Capítulo 28

April

Sus dedos se cerraron alrededor de mi muñeca como una pulsera de hierro —presión, control absoluto—. El teléfono en mi bolsillo quemaba mi muslo como si fuera radiactivo.

—Dentro —dijo Ryan, su voz tan queda que apenas perturbaba el aire matutino—.

El silencio siempre es peor que los gritos. El silencio significa cálculo.

Consideré la posibilidad de echar a correr. Una consideración inútil con zapatillas baratas contra un hombre que probablemente hacía atletismo competitivo en algún club exclusivo donde servían agua con pepino y discutían paraísos fiscales. Además, ¿adónde iría? Los vecinos denunciarían antes a la mujer que parecía loca que al empresario respetable en su traje a medida.

Me impulsó hacia nuestra puerta de entrada, su mano dejando fantasmas con forma de dedos sobre mi piel. El pasillo parecía anormalmente largo, como esos sueños en los que los pasillos se estiraban interminablemente cuanto más desesperadamente necesitabas alcanzar la salida.

—Te di oportunidad —dijo Ryan, cerrando la puerta con el pie—. Casi te la puse en bandeja. Y aun así me decepcionas.

Mi voz fue más firme de lo esperado. —¿Dónde está mi madre?

La risa de Ryan tenía todo el calor de un congelador de la morgue. —¿Aún con esta cantinela aburrida? Esperaba que encontrar su teléfono satisficiera tus fantasías de detective aficionada.

—Lo dejaste deliberadamente.

—¿Ah, sí? —Sus cejas se levantaron—. Qué teoría tan interesante. Quizá sea simultáneamente un maestro del secuestro y lo bastante descuidado como para dejar pruebas en mi propio vehículo.

Soltó mi muñeca con un ligero empujón que me hizo chocar contra la pared. El teléfono se me clavó en la cadera, prueba concreta de que todo lo que me había contado estaba fabricado con hilo de oro.

—Dámelo. —Extendió la mano, la palma hacia arriba, como un director de escuela esperando un juguete confiscado—.

—Vete al infierno.

Respuesta equivocada. Su expresión no cambió, pero algo se movió detrás de sus ojos —el seguro de un arma cargada desbloqueándose —.

Su movimiento fue fluido, económico. Un momento de pie con postura aristocrática, el siguiente lanzándome hacia las escaleras con una fuerza tal que mis pies se levantaron del suelo momentáneamente. Caí sobre el primer peldaño, el dolor extendiéndose por mi hombro y cadera.

—Qué tendencias tan dramáticas —observó, enderezando su puño de camisa—. Siempre la función contigo, April. Siempre esa resistencia innecesaria.

Retrocedí gateando por las escaleras, la dignidad abandonada por supervivencia. El teléfono se deslizó de mi bolsillo, cayendo sobre el peldaño entre nosotros con un estrépito.

Ambos nos quedamos inmóviles, mirando el dispositivo agrietado como si fuera una granada sin seguro.

—Ah —dijo Ryan, sus labios curvándose en una sonrisa—. Aquí está.

Se inclinó para recogerlo, sus movimientos sin prisa. Sus dedos se cerraron alrededor del teléfono con satisfacción de propiedad.

—Meg debería ser más cuidadosa con sus pertenencias. —Guardó el dispositivo en el bolsillo—. Dejarse cosas en los coches. Bastante descuidado para una mujer tan concienzuda habitualmente.

—Nunca va a ningún lado sin él.

—Sin embargo, evidentemente lo hizo. —Hizo un gesto expansivo alrededor de nuestro pasillo vacío—. A menos que creas que he fabricado pruebas de su marcha voluntaria.

La pregunta rezumaba burla. Porque, por supuesto, eso era exactamente lo que creía. Lo que sabía.

—Ve a tu habitación, April. —Su voz adoptó un tono suave y letal—. Antes de que esta mañana se vuelva significativamente más desagradable.

—Quiero—

—Lo que quieres —interrumpió, cada palabra cargada de peso— es cada vez más irrelevante. Tu madre se fue. Su teléfono se quedó. Fin de la historia.

Subió un peldaño, su zapato pulido brillando bajo la luz del pasillo. Retrocedí instintivamente, mi cerebro animal reconociendo al depredador avanzando.

—Este pequeño juego de detective —subió otro peldaño— se ha vuelto tedioso. Casi patológico, en realidad. Quizá deberíamos hablar de ayuda profesional.

Mi espalda golpeó la pared, las rutas de escape evaporándose. —Estás loco.

—La proyección es un mecanismo psicológico tan fascinante. —Otro peldaño—. Atribuir tu propia inestabilidad a otros.

Cuatro peldaños entre nosotros ahora. Tres. Dos.

—Tu dormitorio —repitió—. Ahora. Los dos tenemos trabajo que hacer hoy, y este teatro de aficionados nos está robando tiempo valioso.

Metió la mano en el bolsillo, los dedos cerrándose alrededor de algo que no podía ver. El gesto contenía tal amenaza deliberada que se me secó la boca.

—No me hagas pedírtelo de nuevo.

Me di la vuelta y subí corriendo las escaleras, abandonando toda dignidad, el terror impulsándome hacia el falso santuario de mi dormitorio. Detrás de mí, la risa suave de Ryan me perseguía como un perfume caro —sutil, penetrante, imposible de eludir.

La puerta del dormitorio se cerró detrás de mí con un chasquido que sonó como una campana de funeral.

Mi dormitorio se había transformado en una celda de prisión dorada. Las cuatro paredes familiares ahora parecían estar contrayéndose, el oxígeno adelgazándose con cada respiración frenética. Probé el pomo de la puerta —por si acaso la crueldad de Ryan incluía una vena de olvido.

Cerrada. Obviamente cerrada. Cerrada con esa firmeza que quería decir: la hora de los aficionados ha terminado, cariño.

Pegué la oreja a la madera, esforzándome por escuchar sonidos más allá de mi confinamiento. Nada más que el zumbido electrónico tenue de nuestro viejo frigorífico y mi pulso golpeando en mis tímpanos.

El alféizar de la ventana ofrecía poco consuelo mientras me encaramaba allí, la frente presionada contra cristal que necesitaba limpiarse hace meses. Fuera, Larch Crescent continuaba su desfile matutino —mujeres empujando carritos de bebé, hombres con uniformes de trabajo fumando cigarrillos previos al viaje, furgonetas de reparto descargando paquetes que contenían cosas que la gente quería pero no necesitaba.

Ninguno de ellos miró hacia nuestra casa. Ninguno notó a la mujer gritando en silencio detrás del cristal del segundo piso.

Mi habitación —antes santuario, ahora prisión— contenía todos los restos de una vida interrumpida. Libros de texto universitarios que había abandonado cuando surgieron oportunidades más lucrativas. Baratijas de la infancia que Mum había insistido en guardar. Una caja de zapatos llena de recibos de mis primeros engaños, oculta bajo las tablas del suelo donde ella nunca miraría.

Mum. Dios, Mum.

¿Dónde estaba ahora? La pregunta daba vueltas en mi cerebro como un buitre, implacable y nauseabunda. ¿Tenía frío? ¿Hambre? ¿Estaba consciente? Las posibilidades se multiplicaban, cada una más horrible que la anterior.

Caminé por la geografía limitada de mi dormitorio, contando pasos para mantener mi cordura intacta. Cinco zancadas de la ventana a la puerta. Tres de la cama al escritorio. Un universo minúsculo de espacio insuficiente.

—Te encontraré —susurré al aire vacío, como si Mum pudiera de alguna manera escucharme a través de cualquier barrera que nos

separase—. Te lo prometo.

Promesas vacías de una mentirosa profesional. La ironía no se me pasaba por alto.

El reloj digital de mi mesita de noche avanzaba con una regularidad exasperante. 9:47. 10:16. 11:32. Tiempo medido en ansiedad y caminatas inútiles.

Probé la ventana —pintada hace años cuando Mum se preocupaba por las corrientes de aire que afectaran nuestra factura de calefacción. Tendría que romperla para escapar, y la caída de quince metros a hormigón abajo ofrecía su propio disuasivo.

Hacia media tarde, había construido catorce escenarios diferentes de lo que podría estarle pasando a Mum. Cada versión tenía a Ryan como el villano, sus movimientos y su ira controlada dirigidos hacia la mujer que me había criado prácticamente sola, que había saltado comidas para que yo comiera, que había mantenido el optimismo frente al desastre financiero.

La mujer que había puesto en peligro con mi arrogancia.

Los estafadores profesionales no se suponía que sintieran culpa. Se suponía que veíamos a nuestras víctimas como participantes dispuestos en su propio engaño, su avaricia o lujuria o ego haciéndolos cómplices de todo lo que extraíamos de ellos.

Pero Mum no era una víctima. Era daño colateral en un juego que había jugado mal, una víctima civil en una guerra entre depredadores.

Conforme la oscuridad se filtraba a través de mi ventana, transformando la habitación en miseria en escala de grises, me encontré haciendo algo que no había hecho desde la infancia —rezando. No a ninguna deidad específica, solo a cualquier fuerza cósmica que pudiera estar escuchando.

—Por favor, mantenla a salvo —susurré, avergonzada por mi desesperación pero incapaz de detenerme—. Por favor, déjala estar viva.

El silencio que respondió parecía particularmente cruel.

Me acurruqué en mi cama, llevándome las rodillas al pecho como había hecho de niña durante las tormentas. En aquella época, Mum aparecería con chocolate caliente e historias sobre chicas valientes que no tenían miedo a nada. ¿Quién aparecería ahora? ¿Quién nos salvaría a cualquiera de nosotras del monstruo que había invitado a nuestras vidas?

La noche se profundizó fuera de mi ventana, las farolas creando halos naranjas que apenas penetraban la penumbra de mi prisión. Los coches regresaban a los garajes. Los televisores resplandecían en las ventanas vecinas. La vida normal continuaba mientras la mía se había fracturado en antes y después.

Antes: mentirosa profesional con una ética cuestionable pero un éxito indiscutible.

Después: prisionera en mi propia casa, mi madre desaparecida, posiblemente muriendo en algún lugar mientras yacía inútilmente en mi cama.

Presioné las palmas sobre mis ojos hasta que se formaron patrones de caleidoscopio. La presión casi lograba distraerme del remordimiento que me carcomía y del miedo que se habían convertido en mis compañeros constantes.

Han pasado días desde que Mum desapareció. ¿Cuánto más tiempo podría sobrevivir a todo lo que Ryan tenía planeado? ¿Cuánto más tiempo podría mantener la cordura en esta habitación cerrada, imaginando su sufrimiento?

El tiempo se dilataba y se contraía, los minutos parecían horas, las horas se condensaban en momentos de pánico puro y concentrado.

Debí de haberme adormecido en un sueño inquieto, porque el sonido de una llave en la cerradura me devolvió a la conciencia de golpe, el corazón martilleando contra mis costillas como algo desesperado por escapar.

La puerta comenzó a abrirse, y con ella, lo que fuese que viniese después en esta pesadilla.

La puerta se abrió con una lentitud teatral, como si sus bisagras comprendieran su papel en la construcción de la tensión. Ryan entró, impecable como siempre —ni una arruga en la camisa, ni un pelo fuera de lugar—. El empresario perfecto, si ignorabas el brillo de sus ojos, que sugería que disfrutaba con la crueldad.

—¿Cómoda? —Cerró la puerta tras de sí con un clic suave que sonó extrañamente definitivo.

Permanecí pegada a la pared, creando la máxima distancia entre nosotros. —¿Dónde está?

Ryan ignoró la pregunta, su mirada recorriendo mi dormitorio. Examinaba todo —los pósters decolorados, los muebles de segunda mano, los libros de universidad acumulando polvo— como un antropólogo estudiando artefactos de una cultura primitiva.

Se acercó a mi cama, bajándose sobre el borde. El colchón apenas se hundió bajo su peso, como si hasta la gravedad dudara en imponerse sobre él.

—Necesitamos discutir nuestro acuerdo. —Se alisó una arruga invisible de los pantalones—. Las condiciones de nuestra convivencia de ahora en adelante.

—No hay ningún acuerdo —repliqué, mi voz más firme que mi pulso —. Solo dime dónde está mi madre.

Ryan sonrió —la expresión de alguien que había estudiado las emociones humanas pero nunca llegó a dominar su reproducción—.

—Tu madre está exactamente donde debe estar —dijo—. Como lo estás tú. Aquí. Bajo mi supervisión.

—No voy a quedarme encerrada en esta habitación.

—¿No? —Sus cejas se alzaron—. Tus alternativas parecen notablemente limitadas, April. La policía no te creerá. Los vecinos no intervendrán. Los amigos —hizo una pausa, un atisbo de satisfacción asomando a su rostro—, bueno, los estafadores profesionales no cultivan amistades genuinas, ¿verdad?

Tenía razón, lo cual me hizo odiarlo más.

—Eres mía ahora —continuó, su voz bajando a algo íntimo y horrible —. Mi posesión. Mi proyecto. Mi pequeña sirviente doméstica.

La palabra «sirviente» emergió con un énfasis sibilante que me provocó un escalofrío.

—No soy posesión de nadie —dije, aunque la protesta sonó hueca.

Ryan rió —un sonido genuino que de algún modo contenía más amenaza que su sonrisa artificial—. «Todos pertenecemos a alguien, April. Los empleados a los empleadores. Los ciudadanos a los gobiernos. Los hijos a los padres». Sus ojos fijaron los míos. «Las hijas a los hombres que controlan el destino de su madre».

Mi estómago se retorció, ácido quemándome la garganta. —¿Qué le has hecho?

—Nada irreversible. Aún. —Examinó sus uñas manicuradas—. Su bienestar continuado depende enteramente de tu cooperación.

—¿Cooperación en qué?

—Tareas domésticas simples. —Hizo un gesto vago alrededor de la habitación—. Cocinar. Limpiar. Atender a mis necesidades. Obedecer sin cuestionar.

—¿Quieres una asistenta? —La pregunta salió incrédula, rayando en lo histérico.

—Quiero obediencia —corrigió, su voz endureciéndose—. Quiero ver a la gran estafadora reducida a servir al hombre al que intentó manipular. Quiero que experimentes lo que se siente al ser poseída de manera absoluta, completa.

Se puso de pie, sus movimientos fluidos y económicos. «Tu madre está viva. Por ahora. Su existencia continuada depende de tu aceptación de nuestra nueva dinámica».

—¿Y si me niego?

La expresión de Ryan permaneció neutral, casi aburrida. —Entonces la recibes pieza a pieza. Comenzando con los dedos, creo. Son relativamente indoloros de remover con las herramientas adecuadas.

La náusea se intensificó, la bilis subiendo por mi garganta. Esto ya no era venganza. Era algo más oscuro, algo que existía más allá de los límites del comportamiento humano normal.

—Estás loco —susurré.

—La cordura es relativa —replicó—. ¿Está loco el león por cazar a la gacela? ¿Está loca la araña por atrapar a la mosca?

Se dirigió hacia la puerta, cada paso medido. «Tienes hasta mañana por la mañana para ajustar tu perspectiva. O abrazas tu nuevo rol como mi devota sirviente, o recibes el dedo índice de tu madre con el desayuno».

La puerta se cerró tras él. El cerrojo se enganchó —un pequeño sonido mecánico que de algún modo contenía todo el horror de mi nueva realidad—.

Me deslicé hacia abajo por la pared hasta golpear el suelo, mis piernas ya incapaces de sostener mi peso. El juego había evolucionado más allá del estafador y la víctima, más allá del depredador y la presa. Esto era algo antiguo y terrible —un hombre que creía que la posesión de mujeres era su derecho de nacimiento —.

Y en algún lugar de Bristol, mamá estaba pagando el precio de mi error de cálculo.

La mañana de repente parecía tanto demasiado lejana como demasiado cercana. Horas de tormenta de espera, seguidas por una elección que no era elección alguna.

Capítulo 29

April

Dos días de «esclavitud doméstica» me habían enseñado exactamente tres cosas: una, los calcetines de Ryan estaban organizados por densidad de hilo en lugar de color; dos, prefería los platos del desayuno calentados a treinta y siete grados; y tres, la humillación era una forma de arte que él había perfeccionado.

—No es lo suficientemente bueno —dijo, inspeccionando el lavamanos del baño que acababa de pasarme cuarenta minutos fregando. Su dedo recorrió una mota imaginaria visible solo para el obsesivo—. Hazlo de nuevo.

Me mordí la lengua para contener palabras que hubieran resultado en que uno de los dedos de mamá llegara por entrega especial. En su lugar, asentí, la buena pequeña criada en su mortificante atuendo —un disfraz de sirvienta obscenamente corto que había presentado esa mañana con la suficiencia de un gato dejando un pájaro destrozado en la puerta.

—Y esta vez, asegúrate de llegar bien a las esquinas—. Tocó la porcelana con su pluma Mont Blanc, dejando una marca microscópica que se esperaría que eliminara. La belleza de la limpieza adecuada está en los detalles, April.

La belleza de la limpieza adecuada. Como si él hubiera sostenido alguna vez un cepillo de fregar en su vida.

Cuando se fue, me agarré al borde del lavabo con los nudillos blancos por la tensión, sin saber si estaba viva, apenas viva, o en ese terrible espacio entre la vida y la muerte donde la esperanza se convierte en su propia forma de tortura.

—Me gustaría que desempolvaras la sala de estar —gritó Ryan desde el pasillo—. A conciencia.

Salí del baño para encontrarlo examinando su reloj.

—¿Algo más, Su Majestad? —pregunté, el sarcasmo escapándoseme antes de que la autopreservación pudiera atraparlo.

Su sonrisa se tensó en las comisuras. —De hecho, sí. El suelo de la cocina necesita fregarse. A gatas, creo. La fregona moderna simplemente no llega adecuadamente a las esquinas.

La instrucción no era sobre limpieza. Era sobre verme gatear.

—Tengo una conferencia telefónica en veinte minutos—. Se ajustó la corbata ya recta. Espero ver un progreso significativo cuando regrese.

La puerta de entrada se cerró, dejándome sola en nuestra casa que ya no parecía hogar. El ridículo disfraz se subía con cada movimiento, la tela sintética rasguñando una piel que no había conocido comodidad real en días.

Arrastré los suministros de limpieza hacia la sala de estar, meditando cuántos años cumpliría por blanquear los trajes Armani de un hombre. Probablemente menos que por lo que él le había hecho a mamá, pero había perdido el apetito por la moralidad relativa en algún punto entre fregar el inodoro y pulir sus zapatos.

Pasé el plumero rápidamente por las estanterías, por los volúmenes que mamá había coleccionado de tiendas benéficas, con los lomos desgastados más por el afecto que por su valor. Cada uno guardaba recuerdos: el manual de jardinería que había estudiado religiosamente, las novelas románticas que fingía no amar, las guías de bricolaje que había seguido con más entusiasmo que habilidad.

Había dado por sentada esta casa, esta vida. Había construido ficciones elaboradas para escapar de ella, sin darme cuenta de que la ficción se convertiría en realidad de la forma más horrible posible.

La puerta de entrada se abrió sin previo aviso —Ryan regresando más temprano de lo esperado. Me enderecé inmediatamente, el desempolvador agarrado como un escudo, el absurdo disfraz de repente sintiéndose más expuesto que la desnudez real.

—Informe de progreso —exigió, su mirada viajando sobre mis piernas desnudas. No deseo. Algo más frío, más analítico. La mirada de alguien evaluando ganado.

—El salón, a medias —respondí con voz firme a pesar del bochorno que me subía por el cuello—. Después, la cocina.

Asintió, satisfacción evidente en la leve curvatura de sus labios. —Cambio de planes. La cocina puede esperar. He decidido que mis zapatos necesitan atención. Todos ellos.

El hombre poseía diecisiete pares de pesadillas de cuero italiano hecho a mano, cada una requiriendo pulimentos y cepillos específicos como mascotas temperamentales.

—Ahora, por favor—. Hizo un gesto hacia el pasillo—. ¿Y April?

Me di la vuelta, aferrada al mango de madera del plumero.

—No olvides arrodillarte adecuadamente. La postura lo es todo.

Mientras reunía los pulimentos y cepillos, organizándolos con la reverencia que exigía, entendí que esto nunca fue sobre limpieza. Nunca fue sobre servicio doméstico. Esto era sobre ver a la mujer que una vez tuvo poder sobre él reducida a servilismo costurado.

De rodillas con betún de zapatos, vistiendo encaje sintético y sumisión sintética, pensé en mamá, dondequiera que estuviera, y

tragué mi orgullo como medicina amarga. Me arrodillé ante el primer par de brogues de Oxford y comencé a pulir.

Cualquier dignidad que sacrificara sería un precio menor por su supervivencia.

Si es que seguía viva para salvarla.

La noche cayó sobre nuestra prisión, una invitada no deseada que no comprendía los códigos sociales. Había pasado el día transformándome de estafadora profesional a limpiadora profesional, con las rodillas en carne viva por fregar azulejos, los dedos arrugados por las distintas soluciones de limpieza que olían a pino artificial y sometimiento.

Ryan se recostaba en nuestro sofá—el sofá de Mum, técnicamente, comprado durante una rara racha de bonanza financiera hace tres años—, sorbiendo whisky de una copa de cristal que había traído desde su fortaleza en Clifton. La corbata la llevaba aflojada exactamente un centímetro, el botón superior desabrochado. El retrato perfecto de la opulencia relajada, si ignorabas la astucia glacial que brillaba tras sus ojos.

—Has hecho un buen trabajo hoy —dijo, examinando mi trabajo con el desprendimiento de un inspector de sanidad en una kebabería cuestionable—. Casi adecuado.

Permanecía incómodamente en el umbral, aún vistiendo el disfraz humillante que había proporcionado, desesperadamente ansiando una ducha y ropa que cubriera más del treinta por ciento de mi anatomía.

—¿Puedo ir a la cama ahora? —Odiaba el tono de súplica que se colaba en mi voz.

Ryan hizo girar el whisky en la copa, observando cómo el líquido ambarino creaba pequeños remolinos contra el cristal. —Aún no. Creo que deberíamos discutir el alcance completo de tus… deberes domésticos.

Mi estómago se contrajo como si intentara digerir alambre de púas. Sabía exactamente qué significaba «alcance completo» en el vocabulario perfectamente acicalado de Ryan.

—Ven aquí—. Golpeteó el sofá junto a él.

Crucé el salón con movimientos rígidos, cada paso una negociación entre la autopreservación y la protección frágil que mi conformidad ofrecía a Mum. La almohada del sofá apenas se hundió cuando me posé en su borde, manteniendo la máxima distancia sin rechazarlo abiertamente.

La mano de Ryan se posó en mi rodilla, los dedos frescos y secos sobre la piel febril. —Creo que ha llegado el momento de reanudar ciertos aspectos de nuestro anterior acuerdo.

—No—

—La salud de tu madre depende de tu cooperación, April. Su voz se mantuvo conversacional, como si discutiera el clima en lugar de coerción sexual. ¿Seguramente eso merece un pequeño inconveniente?

Miraba fijamente su mano en mi rodilla, las uñas impecables, el reloj caro marcando los segundos de mis opciones rápidamente menguantes. Sus dedos trazaban pequeños círculos sobre mi piel, creando piel de gallina que no tenía nada que ver con el deseo y todo con la repugnancia.

—No puedo —dije, las palabras apenas audibles.

Sus dedos detuvieron su exploración circular. —¿No puedes o no quieres?

—No puedo. —Alcé la vista, encontrando su mirada directamente—. Estoy menstruando.

La palabra era vergonzosamente biológica en el universo aséptico de Ryan. Su expresión cambió sutilmente —el asco asomó a sus facciones antes de que recuperara el control.

—Qué conveniente. —Retiró su mano como si hubiera descubierto algo desagradable pegado a su zapato.

—La biología rara vez considera la conveniencia. Envolví mis brazos alrededor de mí, creando armadura frágil de piel desnuda—. Pregúntale a cualquier mujer.

Ryan me estudió con un interés renovado, como si de repente me hubiera transformado de mueble a puzle. —¿Y se supone que simplemente debo aceptar esta excusa?

—No es una excusa. Es una realidad física. Hice un gesto vago hacia abajo—. Siéntete libre de verificarlo si no me crees. Te recomendaría guantes de goma y posiblemente un traje de contención. El segundo día tiende a parecer una escena de crimen.

La descripción explícita logró lo que la dignidad no pudo —Ryan se retiró físicamente, creando unos benditos centímetros de espacio adicional entre nosotros. Por su cara pasó una fascinante serie de microexpresiones: asco, sospecha y, finalmente, aceptación a regañadientes.

—¿Cuánto tiempo típicamente dura esta… situación para ti? —preguntó, su voz desapegada.

—Cinco días mínimo. Siete si estoy estresada—. Encogí de hombros y añadí conversacionalmente. El estrés tiende a extender la duración. Hecho médico.

—Entiendo—. Ryan enderezó su corbata ya recta. En ese caso, pospondremos este aspecto de tus deberes.

—Qué considerado —murmuré, el alivio haciéndome momentáneamente temeraria.

Sus ojos se estrecharon por mi tono. —No confundas la repugnancia biológica con misericordia, April. Esto meramente pospone lo inevitable.

Se puso de pie, ajustándose los puños. —Puedes ducharte e irte a descansar por la noche. El horario de mañana incluye las ventanas. Todas ellas.

El despido era insultante, infantilizador, y absolutamente bienvenido. Me retiré hacia las escaleras antes de que pudiera reconsiderarlo, cada paso una pequeña victoria en una guerra que aún estaba perdiendo por completo.

—¿April? —Me llamó.

Me giré, mi estómago flexionándose con una renovada aprensión.

—Recuerda que el bienestar continuado de tu madre depende enteramente de tu cooperación. En todos los aspectos. —Su sonrisa no contenía nada más que certeza ártica—. Eventualmente.

La amenaza me siguió escaleras arriba, mordiéndome los talones como un terrier particularmente persistente, sus dientes afilados contra el alivio temporal que mi menstruación ficticia había proporcionado.

El sueño nunca llegó — solo fragmentos irregulares de conciencia interrumpidos por pesadillas donde Mum pedía ayuda desde lugares a los que no podía llegar. La ducha había arrastrado capas de residuo de productos de limpieza, pero no la película grasienta de degradación que se adhería a mi psique tras un día enfundada en el humillante disfraz de Ryan.

Me había puesto los pijamas más viejos y desfavorecedores que poseía — franela gastada con personajes de dibujos animados decoloridos que en su día habían sido reconocibles. Armadura de quien desesperadamente no quería resultar sexy.

La puerta del dormitorio se abrió sin previo aviso. Ryan estaba en el marco, su silueta un contraste marcado contra la luz del pasillo. Dos horas desde que me había retirado al piso de arriba, y aparentemente él había empleado ese tiempo marinando en whisky caro y derecho tóxico.

—He estado pensando — dijo, su voz llevando la dicción de alguien esforzándose mucho por parecer sobrio — en tu… situación femenina.

Me incorporé en la cama, presionando mi espalda contra la pared, creando la máxima distancia posible. — Qué suerte tienes. La mayoría de los hombres evitan contemplar la menstruación como si fuera radiactiva.

Él entró en la habitación, cerrando la puerta. — ¿Sabes qué separa a los sofisticados de la gente corriente, April?

—¿La fontanería interior?

—La adaptabilidad — se movió más cerca, cada paso demasiado fluido, demasiado controlado para resultar cómodo — la capacidad de ajustar las propias expectativas a las circunstancias cambiantes.

Mis dedos se curvaron en las sábanas como si pudieran ofrecer protección. — Fascinante. ¿Esto es una charla TED o solo filosofía tardía?

—Tras considerarlo — continuó, ignorando mi pregunta — he decidido que tu inconveniente biológico temporal no tiene por qué interferir en nuestro acuerdo.

El hielo se formó en mis venas. — Creí que habíamos acordado posponer.

—Tú sugeriste. Yo consideré. Rechacé —se sentó en el borde de mi cama con la confianza casual de alguien que creía que todo en la habitación —incluida yo— le pertenecía— hay alternativas para tales asuntos.

—También hay alternativas para la decencia humana básica, pero la mayoría de las personas no las exploran.

Su mano aterrizó en mi tobillo, sus dedos frescos a través de la franela. — El bienestar de tu madre depende de tu cooperación, April. Seguro que no has olvidado ese detalle, ¿verdad?

Retiré la pierna bruscamente. — ¿Qué pensaría tu madre de esto, Ryan?

Su expresión se congeló, su mano suspendida donde había estado mi tobillo. — ¿Disculpa?

—Tu madre. La mujer que te educó — me incliné hacia delante para presionar la ventaja momentánea — ¿estaría orgullosa de su hijo amenazando a una mujer indefensa para obligarla a mantener

relaciones sexuales? ¿Sería esa una historia que compartirías en las reuniones familiares?

Algo cambió detrás de sus ojos — no culpa exactamente, pero incomodidad. Como si hubiera localizado una magulladura que había olvidado que tenía.

—Mi madre es irrelevante para esta discusión — dijo, su voz de repente frágil.

—¿De verdad? Porque estoy bastante segura de que ninguna mujer educa a su hijo esperando que crezca siendo el tipo de hombre que secuestra a la madre de alguien y chantajea a su hija para que ceda a la sumisión sexual.

Su mandíbula se tensó, un músculo parpadeando bajo la piel perfectamente suave. — No sabes nada de mi familia.

—Sé que la gente decente no produce hombres que amenazan con quitarle dedos a las mujeres cuando no salen con la suya — me rodeé las rodillas con los brazos, creando una barrera física entre nosotros — ¿Qué diría tu padre de esa táctica de negociación?

Ryan se levantó abruptamente, su rostro transformado por la rabia pero infinitamente más frío. — Mi padre está muerto.

—El mío también —respondí— le había dicho esto cuando lo conocí por primera vez así que tenía que mantener la mentira— pero aún así considero qué le haría avergonzarse de mí.

El silencio se extendió entre nosotros, cargado de amenazas no pronunciadas y vulnerabilidad inesperada. Por primera vez desde que comenzó esta pesadilla, Ryan pareció momentáneamente desequilibrado, como si hubiera encontrado una grieta en su fachada perfectamente construida.

—Esta conversación ha terminado — dijo finalmente y se ajustó los puños de la camisa — revisaremos tus deberes cuando estés… funcional de nuevo.

—Funcional — repetí la palabra como examinando algo enfermizo — qué clínico por tu parte.

—Ten por seguro, April, que este respiro temporal no cambia nada — su compostura se recompuso con esfuerzo visible — la situación de tu madre sigue siendo la misma. Tu cumplimiento sigue siendo innegociable.

Se movió hacia la puerta, sus pasos ligeramente menos precisos que de costumbre. — Duerme bien.

—¿Ryan? — lo llamé, envalentonada por este pequeño triunfo.

Se detuvo, su mano en el pomo de la puerta, sin girarse.

—Cuando hables con tu madre la próxima vez, dile lo que has estado haciendo. Me fascinaría oír su respuesta.

La puerta se cerró con la suficiente fuerza como para hacer vibrar el marco — la primera manifestación genuina de emoción que había presenciado de él. No es una victoria exactamente, pero un descubrimiento: bajo el exterior glacial de Ryan vivía alguien capaz de resultar herido. Alguien con vulnerabilidades que aún no había mapeado.

Me deslicé bajo las sábanas de nuevo, mi mente acelerada con esta nueva información. Familia. Madres. Padres. Estos no eran solo detalles biográficos — eran puntos de presión.

Y los puntos de presión podían ser explotados.

Capítulo 30

Meg

La oscuridad se había convertido en una compañera ahora, más fiable que la conciencia. Derivaba a través de ella, una barca sin ancla, ocasionalmente varada en orillas de lucidez antes de que la marea me arrastrara de vuelta.

—Tienes un aspecto absolutamente horrible —dijo April.

Estaba de vuelta, encaramada en el borde de la cama con la postura de alguien incómodo con la inmovilidad. No mi hija real, solo el departamento creativo de la deshidratación fabricando pesadillas disfrazadas de consuelo.

—No eres real —murmuré, con la lengua raspándose contra unos dientes a los que les hubiese crecido moho.

—Obvio —la April alucinada puso los ojos en blanco con el dramatismo preciso que había presenciado desde sus años de adolescencia—. Pero soy la única compañía que tienes, así que quizá no seas grosera.

Catorce días. ¿O quince? Los números se difuminaban como acuarelas dejadas bajo la lluvia. Mi muñeca había evolucionado más allá del dolor hacia algo trascendente, terminaciones nerviosas enviando información que mi cerebro ya no procesaba.

Ryan había reanudado sus visitas silenciosas, trayendo el agua justa para mantenerme viva, tazas medidas entregadas con precisión científica. Nunca lo bastante para saciar, solo lo bastante para prevenir la muerte. Un hombre calibrando la tortura con exactitud matemática.

—Va a matarme —le dije a mi hija imaginaria.

—Probablemente —April examinó sus uñas, un gesto que había perfeccionado a los trece años—. A menos que consigas salir de aquí primero.

Me reí, un sonido como papel de lija contra óxido. —Brillante plan. Solo me desharé de estas esposas con mis poderes psíquicos y bajaré tranquilamente para tomar un té.

—El sarcasmo no te sienta bien —se puso de pie, moviéndose alrededor de la habitación—. Nunca te ha sentado bien.

La alucinación se inclinó más cerca del buró, examinando la lámpara. —Necesitas pensar fuera de lo convencional, mamá.

—¿Qué convención? Estoy esposada a una cama.

—Exactamente. ¿Y cuál es lo único que la gente siempre nota? —Hizo un gesto dramático hacia el techo.

Seguí su mirada hacia arriba, mi cerebro esforzándose por formar pensamientos coherentes. —¿Polvo?

—Humo, mujer imposible. Detectores de humo. Servicios de emergencia —habló con una lentitud exagerada, como si explicase ciencia de cohetes a una niña pequeña particularmente lenta—. Crear humo, activar alarmas, alguien viene a investigar.

La comprensión llegó con una lentitud humillante. —Podría pedir ayuda.

—Dale un premio a la señora —April cruzó los brazos y esperó a que alcanzase su genialidad fantasmal.

—¿Cómo? —Levanté mi mano libre, mostrando dedos que temblaban—. No puedo exactamente empezar a frotar palos.

—Usa la lámpara —asintió hacia el buró—. Pon la almohada encima. La tela se calienta, empieza a humear.

Miré la lámpara, una de esas elegantes lámparas de mesilla de noche con una pantalla de tela y un bombillo que generaba calor real, a diferencia de los eficientes energéticamente en mi modesta casa.

—Podría provocar un incendio —dije, la duda nublando mi mente ya de por sí brumosa.

—¿Tienes algo más que hacer? —April gesticuló hacia mi estado esposado—. ¿Una cita urgente quizá?

Tenía un punto. Mi hija alucinada era irritantemente lógica.

—¿Y si nadie viene? —Mi voz sonaba distante, como alguien llamando desde otra habitación.

—¿Entonces no estás peor de lo que estás ahora, verdad? —Se encogió de hombros despreocupadamente—. Muriendo lentamente o muriendo rápido, al menos la segunda opción implica hacer algo.

La lámpara estaba justo al alcance. Necesitaría estirarme, empujar mi cuerpo más allá de lo que días de cautiverio lo habían reducido. La almohada estaba más cerca, la que Ryan había proporcionado con consideración por la comodidad humana básica mientras negaba la humanidad real.

—Te das cuenta —dije entre respiraciones difíciles— de que estoy recibiendo consejo de emergencia de una alucinación.

—Te das cuenta —respondió April— de que los pobres no pueden elegir.

Observé el interruptor de la lámpara, calculando. Aún no. No hasta que estuviera segura de que Ryan no volvería para su visita

programada.

—Necesitaré cronometrarlo perfectamente —susurré.

—Obvio —dijo April, su forma desvaneciéndose mientras mi momentánea lucidez se desvanecía—. Espera hasta que se vaya para el día. Asegúrate de que la almohada esté directamente sobre el bombillo cuando lo hagas.

Asentí, los comienzos de un plan formándose a través de la bruma de la deshidratación. —El relleno sintético debería humear rápidamente.

—Exactamente. Y humo significa alarmas. Alarmas significan gente. —La voz de April se volvió más débil mientras se disolvía en las sombras—. Solo asegúrate de que tienes fuerzas cuando llegue el momento.

—¿Y si no funciona? —pregunté al aire donde había estado.

Sin respuesta. Mi alucinación me había abandonado, dejando solo el eco de su voz inexistente y el peso de un plan desesperado.

Seguía esposada, seguía débil por días de privación, seguía atrapada en una casa con un hombre que coleccionaba mujeres como trofeos de caza. Pero ahora tenía algo que no había poseído en días.

Propósito.

El reloj digital parpadeaba en la oscuridad: 3:14 a.m.

Demasiado pronto. Ryan podía seguir aún en casa, podía oír la alarma antes que nadie. Tenía que esperar a la mañana, a que se marchara, al momento en que los vecinos estuvieran lo bastante despiertos como para notar una emergencia.

Me acomodé de nuevo contra las almohadas, conservando la poca fuerza que me quedaba. Por primera vez en días, el sueño llegó con facilidad. Me envolvía el consuelo de tener algo que se parecía vagamente a la esperanza.

Mañana, prendería fuego al mundo.

O, al menos, a una almohada.

La mañana llegó con la acostumbrada entrega silenciosa de Ryan: agua medida al mililitro, tostadas cortadas a la perfección. Su rutina tenía la previsibilidad de un reloj caro. La agenda de un hombre de negocios con el sadismo anotado a lápiz entre las conferencias telefónicas.

Seguí sus movimientos por el sonido: el compás del cuero italiano contra la tarima, el susurro de las mangas de algodón egipcio, el zumbido casi imperceptible que emitía al revisar su agenda. Todo normal. Todo sugería que el día transcurriría según su meticulosamente aburrido plan.

Escuché la puerta principal, contando los segundos hasta ese sonido inconfundible de bisagras caras y la marcha de Ryan. Cuando por fin llegó —el clic suave del cerrojo al encajarse— empecé a contar hasta trescientos. Cinco minutos para asegurarme de que no se había olvidado de nada, de que no volvía a por un reloj o una cartera olvidados.

A las 9:07, hice mi jugada.

La lámpara permanecía de guardia en la mesilla, su pantalla discreta y la bombilla estratégicamente situada esperando pacientemente

para convertirse en mi improbable salvadora. Con los dedos temblorosos, me estiré hacia el interruptor, el grillete tirando con dolor de mi muñeca en carne viva. Un clic y la luz inundó la habitación, cegando temporalmente unos ojos acostumbrados a la penumbra.

Lo siguiente fue la almohada: fibra sintética, hipoalergénica, cara como todo lo demás en el mundo de Ryan. La coloqué torpemente sobre la lámpara con la poca fuerza que quedaba en mi brazo desnutrido, asegurándome de que la tela estuviera en contacto directo con la bombilla.

Luego vino la parte difícil. Esperar.

Al principio no pasó nada, más allá de un calor gradual bajo la palma de la mano. Luego llegó un olor: fibras sintéticas protestando contra el calor antinatural. Después, hilos de humo gris, tímidos como la niebla matinal, que se enroscaban hacia el techo.

—Vamos —apremié, con la voz apenas audible—. Solo un poco más.

El humo se espesó obediente, alentado por mi desesperación. El gris se volvió carbón, los hilos se hicieron nubes. La tela humeaba más que ardía, ideal para mis propósitos. El fuego me mataría antes de que llegara ayuda; el humo podía realmente salvarme.

Conté los segundos, cada uno marcado por una respiración cada vez más trabajosa a medida que los vapores acres se adueñaban de la habitación. Treinta. Cuarenta y cinco. Sesenta.

El detector seguía obstinadamente en silencio.

—Por favor —susurré a aquel disco de plástico blanco del techo—. Limítate a hacer tu maldito trabajo.

Como si se sintiera ofendido por mi impaciencia, la alarma estalló de pronto en chillidos electrónicos: un sonido tan violentamente alto

que se sentía como una agresión física después de tantos días de silencio impuesto. Perfecto. Maravilloso. Una salvación que taladraba los oídos.

El humo se arremolinó hacia el techo en columnas cada vez más densas. Retiré la almohada de la lámpara y la dejé caer al suelo, donde siguió con su protesta humeante contra la decoración perfecta de Ryan. La alarma aullaba sin tregua, sin duda audible para los vecinos, para los transeúntes, para cualquiera que pudiera acercarse a investigar.

Alguien vendría. Tenía que venir.

Me retorcí contra el grillete, el metal hundiéndose aún más en la carne viva y supurante. La ventana me provocaba desde el otro lado de la habitación: una distancia imposible cuando estás encadenada a una cama. Todo lo que podía hacer era quedarme tendida ahí, indefensa, mientras el humo se reunía a mi alrededor como un sudario.

Los minutos se estiraron, cada uno marcado por el chillido persistente de la alarma y mi oxígeno menguante. ¿Cuánto tardaría alguien en llamar a los servicios de emergencia? ¿Cuánto tardaría la curiosidad o la preocupación en llevar a un vecino a la puerta de Ryan?

El humo se espesó aún más, cubriéndome los pulmones con cada bocanada superficial. La vista se me nubló: en parte por las lágrimas, en parte por la falta de oxígeno, en parte por el telón gris que descendía a mi alrededor. La alarma seguía gritando, implacable.

Desde mi posición fija en la cama, solo alcanzaba a ver una rendija del mundo exterior por la abertura de las cortinas: un fragmento de cielo, las ramas superiores de un árbol, nada que ofreciera salvación. Ninguna manera de hacer señales, ninguna manera de hacerme ver. El grillete me mantenía en mi sitio con la firmeza del hormigón, y mi

cuerpo se volvía cada vez más irrelevante a medida que el humo reclamaba más territorio en mis pulmones.

—Por favor, que alguien lo oiga —susurré al aire que se espesaba—. Cualquiera.

La alarma continuó con su grito inútil hacia un mundo al que no le importaba escuchar. Mi apuesta estaba fallando. El humo se había convertido en un arma de doble filo: generaba ruido, pero me robaba el oxígeno que tanto necesitaba. Cada respiración era más superficial que la anterior, y la oscuridad se agolpaba en los márgenes de mi visión.

¿Cuánto tardaría Ryan en volver? ¿Cuánto tardaría en descubrir mi patética rebelión? ¿Cuánto empeoraría mi cautiverio después de este intento de fuga fallido?

Tiré débilmente del grillete, más por costumbre que por esperanza. La almohada seguía humeando sobre la moqueta, soltando vagos rizos grises. La alarma chillaba encima de mí, burlándose de mi fe en la curiosidad innata de la humanidad.

Nadie venía. Ni vecinos curiosos, ni transeúntes preocupados, ni servicios de emergencia. Solo yo, sola con el humo y el ruido y la constatación de que mi plan desesperado no había logrado nada salvo asfixiarme a mí misma.

Cerré los ojos. La consciencia empezó a escurrirse, la oscuridad se acumuló, un alivio bienvenido. El grillete tiró de mi muñeca, y mi cuerpo se fue quedando lentamente flácido, mientras la gravedad reclamaba la poca resistencia que quedaba.

La alarma pareció desvanecerse, aunque no sabía si se había apagado o si era mi oído el que fallaba. El humo me abrazó como un viejo amigo, envolviendo unas extremidades demasiado pesadas para moverse.

Mi último pensamiento coherente fue para April, no la alucinación que había sugerido este plan condenado, sino mi hija real. Mi hija fantástica, ingeniosa, que nunca sabría qué le había pasado a su madre.

—Lo siento —susurré, sin dirigirme a nadie en concreto.

La oscuridad me reclamó por completo, y la alarma, el humo y el dolor se desvanecieron en una nada misericordiosa.

La alarma continuaba su alarido electrónico, cada gemido clavándome dagas en los tímpanos irritados por el humo. Había perdido la noción de cuánto tiempo había pasado —¿cinco minutos? ¿Diez? El tiempo perdía significado cuando me ahogaba en relleno sintético de almohada y esperanza menguante.

Mis pulmones ardían con cada respiración superficial. El humo se había espesado más deprisa de lo esperado, una manta gris-blanca descendiendo del techo a la cama con propósito asfixiante. Demasiado efectivo. Mi plan desesperado funcionaba demasiado bien, demasiado rápido.

Justo cuando la consciencia se esfumaba, la puerta del dormitorio se abrió con tanta violencia que rebotó contra la pared. Ryan estaba enmarcado en el umbral, su silueta extrañamente distorsionada por el humo —un demonio manifestándose a través de la niebla de fuego infernal.

—Mujer insípida —dijo, su voz apenas audible bajo la alarma que chillaba.

Traté de responder, pero mi garganta dañada por el humo produjo solo un débil rasguño. Ryan se movió a través de la neblina, arrancando la almohada humeante del suelo y pisoteando ascuas con sus ridículos zapatos hechos a mano.

Se acercó a la ventana, abriéndola de par en par. El aire fresco se precipitó hacia adentro —una bendita invasión que a la vez me salvaba y me condenaba. Mis pulmones succionaban ansiosamente oxígeno mientras mi cerebro registraba lo obvio: Ryan había regresado mucho antes de lo esperado. Mi plan había fracasado por completo.

—Me ausento diez minutos —dijo, su voz mortalmente tranquila mientras silenciaba la alarma con un golpe en su panel de control—, ¿y intentas quemar mi casa?

—No quemar —conseguí articular a través de cuerdas vocales dañadas—. Señalar.

Su risa no contenía humor alguno. —¿Señalar a quién, exactamente? ¿A los vecinos que no están en casa? ¿Al cartero que ya ha completado sus rondas? —Se acercó más, cerniendo sobre la cama como una nube de tormenta cara—. ¿O quizá a alienígenas pasando por encima?

No dije nada. ¿Qué defensa podría importarle a un hombre que mantenía a mujeres esposadas a camas?

—Te he subestimado —ajustó sus puños ya perfectos—, un gesto tan incongruentemente normal que rozaba lo cómico—. Una rareza de error de cálculo por mi parte.

Su compostura era de algún modo más aterradora que cualquier rabia hubiera podido ser. Un hombre gritando podía predecirse; un hombre tranquilo ideando castigo era infinitamente más peligroso.

—Tiempos desesperados —logré susurrar.

—Sin duda —examinó los daños—. Aunque quizá no tan desesperados como lo que viene después.

Mi piel se encogió como plástico de envoltorio en llamas. Ahí estaba —la promesa de escalada, la seguridad de que lo que vendría después haría que mi situación actual pareciese lujosa en comparación.

—Los vecinos... —comencé.

—No notaron nada —sonrió sin calidez—. La Sra. Harrington del número doce es profundamente sorda. El número dieciséis está en Portugal.

Había cartografiado las debilidades de su vecindario con la precisión de un estratega militar. Claro que lo había hecho. Hombres como Ryan no dejaban nada al azar.

—La alarma de humo no está conectada a servicios de emergencia —circuló alrededor de la cama, como un curador de museo examinando una exhibición decepcionante.

Se detuvo en la ventana, cerrando las cortinas después de dejar salir lo peor del humo.

—Tu hija continúa decepcionando —había cambiado de tema con la abrupta velocidad de alguien cambiando canales de televisión—. Aunque se ve atractiva con ese ridículo uniforme de criada.

El hielo se formó en mis pulmones dañados. April. Había hecho algo con April.

—Si le has hecho daño—

—¿Hacerle daño? —Parecía genuinamente divertido por la sugerencia—. La he empleado. Le he dado propósito. Estructura. Consecuencias por sus numerosas transgresiones.

El desapego frío en su voz me decía más de lo que cualquier explicación detallada podría haberlo hecho. April estaba viva pero sufriendo. Controlada pero no dañada físicamente —aún. Un juguete con el que jugaba en vez de romperlo.

Pequeñas misericordias de un hombre incapaz de misericordia verdadera.

Ryan se movió hacia la mesilla de noche, examinando la lámpara. —Artesanía italiana. Irreemplazable, realmente.

—A diferencia de mujeres de mediana edad —dije.

Su sonrisa se tensó en las comisuras. —Exacto.

Se giró para enfrentarme completamente, con las manos entrelazadas detrás de la espalda, un director preparándose para reprender a un estudiante decepcionante. —Creo que las consecuencias son una parte esencial de la educación, Margaret. ¿No estás de acuerdo?

El uso de mi nombre completo —un nombre que había abandonado hace décadas— envió terror fresco deslizándose por mis venas. Esta era la falsa familiaridad de los verdaderamente peligrosos.

—Déjame adivinar —raspé—. ¿Sin cena esta noche?

Su risa contenía diversión genuina. —Tu humor bajo presión es casi admirable —y la risa desapareció tan rápido como había llegado—. Pero lamentablemente desplazado.

De su bolsillo, sacó algo pequeño que brillaba bajo la luz tenue. Una llave, me di cuenta. La llave de las esposas.

La esperanza floreció brevemente, luego murió; la volvió a meter en su bolsillo sin usarla.

—Dos días —anunció, su voz cortante y de negocios—. Sin comida. Sin agua. Sin luz. —Hizo un gesto hacia la lámpara—. Ya que has demostrado usos tan creativos para los electrodomésticos, disfrutarás de una experiencia libre de tecnología por el futuro previsible.

Dos días sin agua. Después de días de deshidratación, esto no era castigo. Esto era ejecución por negligencia.

—Me matarás —dije, mi voz práctica en lugar de suplicante.

—Quizá. —Ajustó su corbata—. Considéralo un experimento en la resistencia humana. ¿Cuánto tiempo puede Margaret Weston sobrevivir sin necesidades básicas? La ciencia es tan fascinante, ¿verdad?

Se movió hacia la puerta, pausando en el umbral. —Tendré cena con tu hija esta noche. Le daré tus saludos.

La puerta se cerró, seguida de nuevos sonidos —metal contra metal, el clic distintivo de una cerradura de seguridad, luego algo más pesado siendo movido contra la puerta. Barricada. Olvidada.

La oscuridad descendió tan completamente como mi esperanza.

Capítulo 31

April

La noche se envolvía alrededor de nuestra casa. Me senté cruzada de piernas sobre la cama, catalogando mentalmente cada una de las vulnerabilidades que Ryan había revelado durante nuestro retorcido baile de servidumbre doméstica. El ridículo uniforme de criada yacía hecho una bola en la esquina, donde lo había lanzado tras la representación de hoy de «Cenicienta va al infierno».

La oscuridad se sentía extrañamente reconfortante mientras trazaba patrones en la funda de mi edredón, el algodón barato gastado por años de lavados con detergente de oferta. Había pasado tanto tiempo intentando escapar de esta casa, de esta vida, de este código postal. Ahora daría cualquier cosa por recuperarlo — solo mamá y yo contra el mundo, fingiendo que no nos ahogábamos mientras en realidad nos manteníamos a flote con bastante soltura, muchas gracias.

—Piensa, April —susurré a las sombras—. Es solo un hombre. Los hombres tienen debilidades.

La fachada de Ryan se había resquebrajado una vez — cuando mencioné a su madre. Esa única referencia lo había transformado de sociópata controlado a algo casi humano, aunque solo por unos segundos. No era mucho, pero las grietas microscópicas se convertían en cañones si aplicabas la presión adecuada.

Me acerqué a la ventana, apoyando la frente contra el cristal. Afuera, la vida nocturna zumbaba con una energía lejana — gente viviendo vidas ordinarias, teniendo problemas ordinarios, bebiendo para olvidar decepciones ordinarias. No sabían que una mujer estaba de pie en su ventana de dormitorio contemplando cómo derrotar a un monstruo sin convertirse en uno ella misma.

¿Dónde estaba mamá? La pregunta daba vueltas en mi cerebro, un buitre famélico escarbando lo que quedaba de optimismo. Ryan la tenía en algún lugar — lo suficientemente cerca para visitarla regularmente, lo suficientemente privado para mantenerlo oculto. Su casa de Clifton parecía evidente, pero nunca sería tan descuidado.

A menos que esa fuera exactamente la razón por la que era perfecta.

Oculta algo a la vista de todos. Estafa básica. Debería saberlo — había pasado años convirtiéndome en exactamente lo que los hombres ricos querían, luego desaparecía con su dinero y su orgullo.

—Se acabó el tiempo de principiantes —le dije a mi reflejo en la ventana. La mujer que me devolvía la mirada parecía extraña — ojerosa, de facciones afiladas, algo salvaje acechando bajo el agotamiento. La mentirosa profesional transformada en hija desesperada.

Había estado jugando a la defensiva desde que comenzó esta pesadilla — reaccionando a los movimientos de Ryan, adaptándome a sus reglas, cediendo terreno mientras esperaba una intervención milagrosa, reducida a esperar en lugar de calcular. Patético.

Era hora de recuperar mi experiencia. Hora de convertirme en depredadora en lugar de presa.

Cerré los ojos, ensamblando mentalmente lo que sabía sobre Ryan Lark. Adinerado pero no ostentoso. Controlado pero no sin emociones. Meticulosamente organizado pero ocasionalmente descuidado — como dejar el teléfono de mamá en su coche. Se quedaba aquí la mayor parte del tiempo ahora, solo saliendo todas las noches entre las siete y las nueve — su «paseo constitucional» lo llamaba, con esa ridícula afectación victoriana.

Dondequiera que fuese durante esas ausencias programadas, mamá estaba allí. Tenía que estarlo. La sincronización era demasiado

específica, demasiado ritualista para ser otra cosa que no fuera parte del mantenimiento de su cautiverio.

Mañana por la noche, lo seguiría. La decisión se cristalizó con una claridad absoluta, el miedo transformándose en un propósito lo suficientemente afilado para cortar a través de la duda.

—Voy por ti, mamá —susurré a la habitación vacía.

Por iniciativa propia, mi mano se movió hacia los frascos de medicamentos escondidos bajo mi colchón — los medicamentos de mamá, recuperados de la habitación de Ryan mientras se duchaba. No solo evidencia sino necesidad. Sin ellos, las condiciones de mamá progresarían de incómodas a peligrosas a potencialmente fatales.

El plástico se sentía extrañamente cálido contra mis dedos, como si contuviera no solo píldoras sino la urgencia misma. El tiempo se agotaba — no solo para mi escudo de menstruación ficticio, sino para la supervivencia real de mamá.

Volví a la cama, mi mente acelerada con planes de escape a medio formar. Necesitaría convencer a Ryan de que había aceptado mi papel como su sirvienta personal. Necesitaría representar sumisión tan convincentemente que bajara la guardia lo suficiente como para que pudiera escaparme.

La estafadora profesional, preparándose para su representación más importante.

Afuera, un zorro gritó — ese sonido distintivo como una mujer siendo asesinada que me había aterrorizado de niña. Ahora se sentía como solidaridad. Otra criatura cazando a través de la oscuridad, sobreviviendo por astucia en lugar de fuerza.

Mañana, me convertiría en la cazadora.

Y Ryan Lark descubriría lo que sucedía cuando encerraba a una mentirosa profesional que no tenía nada que perder.

Ryan se marchó a las siete y cuarto de la tarde, su BMW ronroneando por Larch Crescent como un depredador caro. Conté hasta trescientos —mi tiempo de espera estándar para asegurarme de que no estuviera dando la vuelta— y entonces pasé a la acción.

Mis dedos temblaban mientras recuperaba mi teléfono antiguo de debajo de la tabla suelta del suelo donde lo había escondido años atrás. El antiguo Nokia no contenía capacidades de seguimiento modernas, nada que Ryan pudiera usar para monitorear mis movimientos digitales. Su batería se aferraba a la vida con la persistencia obstinada de lo verdaderamente obsoleto.

—Por favor, que funcione —murmuré, encendiéndolo.

La pantalla parpadeó, iluminando mi cara con una luz azul fantasmal. Sin proveedor de servicios, pero las funciones de emergencia seguían operativas. No era suficiente para llamadas, pero los mensajes de texto podrían colarse a través de una señal residual.

Ya no me importaba que Ryan me metiera en problemas. Mi miedo creciente por la seguridad de mi madre exigía que compusiera un mensaje para cada número en mis contactos:

URGENTE. Mi madre Margaret Weston desaparecida más de 13 días. Retenida por Ryan Lark. Necesito ayuda para encontrarla. Situación de riesgo vital.

Enviar.

Enviar.

Enviar.

La mayoría rebotó inmediatamente —números desconectados, contactos cambiados, los desechos digitales de una mujer que no mantenía amistades. No me sorprendía. Los estafadores profesionales recopilaban conexiones desechables como la gente normal recopilaba sellos de fidelización.

Cinco mensajes parecían haber sido transmitidos. Si habían llegado a humanos reales con conciencias funcionales seguía siendo cuestionable, pero era algo. Evidencia dispersa en el vacío digital.

Siguiente: redes sociales. Encendí mi portátil, conectándome al Wi-Fi no protegido de nuestra vecina —Mrs Patel del número siete, que todavía creía que las contraseñas eran una tontería moderna opcional.

Mis cuentas dormidas despertaron bajo tipeo frenético. Facebook. Twitter. Instagram. Fantasmas digitales que había abandonado cuando el anonimato se volvió profesionalmente ventajoso.

En cada plataforma, el mismo mensaje:

Mi madre Margaret Weston ha desaparecido desde hace más de 13 días. Última vez vista en el área de Bristol. Se cree que está retenida contra su voluntad por Ryan Lark. Desesperada por cualquier información. Por favor, compartid.

Adjunté la foto de Mum —la de su identificación de Dawson donde realmente había sonreído, su pelo rubio, antaño desvaído, recién teñido para la ocasión. La imagen de una mujer con esperanzas modestas cautiosamente reavivadas.

Los posts salieron a la luz, pequeñas bengalas digitales disparadas hacia un cielo de internet indiferente. Probablemente fútil, pero cada

una creaba un rastro de migajas de evidencia. Cada una hacía la cómoda ficción de Ryan sobre la partida voluntaria de Mum ligeramente menos plausible.

Mi pantalla de portátil brillaba con la promesa incierta de ayuda lejana mientras cambiaba a correo electrónico, componiendo mensajes para cada medio de comunicación de la ciudad. La misma información, la misma desesperación vestida con un lenguaje cada vez más frenético.

Mujer local desaparecida. Hija amenazada. Hombre de negocios adinerado implicado. Interés humano con matices criminales. Por favor, investigad.

Los buitres mediáticos no podían resistirse a la combinación de mujer blanca de mediana edad atractiva más desaparición misteriosa más villano varón adinerado. Era prácticamente algorítmico.

Presioné enviar en el correo electrónico final justo cuando los faros barrieron mi pared de dormitorio. Ryan de regreso. Mi pulso se lanzó a un ritmo de pánico, y cerré el portátil de golpe y lo metí debajo de mi colchón, el Nokia siguiéndolo de cerca.

Su llave en la cerradura. Sus zapatos caros contra el laminado barato. Su colonia flotando escaleras arriba, como una niebla tóxica.

Me lancé a la cama, disponiéndome en el cuadro convincente de agotamiento sumiso que esperaba. La puerta se abrió treinta segundos después.

—¿Despierta? —su voz llevaba ese timbre de malevolencia cordial que había perfeccionado.

—Solo descansando —respondí, inyectando cansancio apropiado en mi tono.

Ryan entró en la habitación, toda gracia fluida, posándose en mi cama en una nube de confianza de propietario. —He estado pensando en nuestro arreglo.

—¿Ah sí?

—Tu desempeño doméstico ha sido… adecuado. Quizás sea hora de privilegios aumentados.

Mi estómago me dolía. —¿Qué tipo de privilegios?

—Libertad para moverte por la casa sin supervisión. Acceso al jardín. Quizás incluso paseos cortos en el vecindario —con supervisión, por supuesto.

El cambio repentino envió señales de advertencia gritando a través de mi sistema nervioso. Ryan no ofrecía concesiones sin pensarlo completamente primero.

—Eso sería agradable —dije con cuidado y estudié su cara en busca de indicios. El ligero apretamiento alrededor de sus ojos sugería que esto no era generosidad sino estrategia.

—Pensé que podrías apreciarlo —sus dedos rozaron mi mejilla—. Particularmente dado lo cooperativa que has sido últimamente.

—Gracias —tragué la repugnancia.

—Tu madre estaría orgullosa de tu capacidad de adaptación —dijo, dejando que su voz descendiera a algo casi íntimo—. Ella fue significativamente menos… acomodaticia.

Se formó hielo en mis venas. —¿Qué quieres decir?

—Digamos simplemente que requería de una persuasión adicional para entender su situación. Su sonrisa no contenía nada más que una certeza ártica.

La crueldad casual, entregada como un parte meteorológico… Se me erizó la piel.

—¿Está bien? —la pregunta escapó antes de que pudiera detenerla.

—Eso depende por completo de que sigas cooperando. Se puso de pie, enderezando arrugas inexistentes de sus pantalones. Duerme bien, April. Mañana promete ser educativo para los dos.

Después de que se marchara, esperé hasta que sus pasos se desvanecieron antes de recuperar mi teléfono nuevamente. Mañana lo seguiría, sin importar el riesgo. Porque ahora sabía con certeza —Mum estaba viva, y Ryan la visitaba regularmente—.

La estafa perfecta requería paciencia. En una ocasión, pasé diecisiete días estableciendo una carrera artística ficticia antes de extraer dos mil libras de un hombre que creía estar invirtiendo en la próxima Tracey Emin. Diecisiete días de visitas a galerías, portafolios falsos y discusiones apasionadas sobre estética que había memorizado de Wikipedia.

Esa estafa era juego de niños comparada con esto.

El BMW de Ryan estaba aparcado en nuestro camino de entrada, una provocación brillante y negra. Su paseo «constitucional» vespertino comenzaría a las siete y cuarto —un horario mantenido con consistencia obsesiva. Tenía aproximadamente cuarenta minutos para posicionarme antes de su partida.

Examiné el vehículo desde la ventana de mi dormitorio. El maletero era demasiado obvio. El asiento trasero demasiado expuesto. Lo que dejaba una única opción: el espacio del pie detrás del asiento del

conductor, cubierto por el abrigo que habitualmente tiraba allí antes de conducir.

No era cómodo. No era digno. Pero potencialmente supervivible.

Me cambié poniéndome unos leggings negros y un jumper oscuro —atavío funerario para lo que podría convertirse en mi propio funeral si Ryan me descubría. Mis bolsillos rebosaban de lo esencial: los medicamentos de Mum, un cuchillo de cocina apropiado durante las tareas culinarias del día anterior, y el antiguo Nokia con su batería patética.

A las seis y cincuenta, me escabullí afuera, los pies descalzos silenciosos contra el pavimento húmedo. La puerta del conductor cedió a mi tacto —sin cerrar porque ¿quién se atrevería a robar del BMW de Ryan Lark en su propio camino de entrada? La arrogancia de los hombres ricos nunca dejaba de asombrarme.

El interior olía a cuero y a una sensación de superioridad, con notas de esa colonia que se aplicaba cada mañana. Me deslicé hacia la posición detrás del asiento del conductor, contorsionando mi cuerpo en el espacio del pie con la gracia de un pulpo borracho. Mis rodillas se presionaban contra mi pecho, la columna vertebral curvada en un signo de interrogación de incomodidad.

Ahora llegaba la parte más difícil: esperar.

Los minutos se estiraron en un tormento elástico. Mi pie derecho desarrolló hormigueo. Mi cuello se torció en un ángulo que la anatomía humana no fue diseñada para tolerar. Controlé mi respiración —lo suficientemente superficial para permanecer en silencio, lo suficientemente profunda para evitar desmayarme.

Las seis y cincuenta y cinco.

Las siete y cinco.

Las siete y doce.

Pasos en el camino. La cadencia distintiva del cuero italiano contra el hormigón. Me presioné más profundamente en el espacio del pie, tirando de su abrigo de cachemira sobre mi forma acurrucada. El corazón martilleaba con tal violencia que estaba segura de que lo oiría.

La puerta se abrió. El asiento del conductor se ajustó; Ryan acomodó su peso. Su colonia se intensificó en el espacio cerrado, amenazando con provocar un estornudo que instantáneamente revelaría mi presencia. Me pellizcé la nariz, los ojos llorosos por el esfuerzo del silencio.

Tarareaba algo entre dientes —clásico, probablemente Bach o alguno de esos otros alemanes muertos que le parecían tan impresionantes. El sonido vibró a través del asiento frente a mí, cada nota un recordatorio engreído de su ignorancia respecto a mi presencia a apenas centímetros de distancia.

El motor ronroneó al iniciarse bajo nosotros. Mi escondite vibró, y nos echamos marcha atrás desde el camino de entrada. Los giros familiares de Larch Crescent dieron paso a la carretera principal, cada movimiento amenazando con desalojarme de mi posición precaria.

A través de la neblina del malestar y el miedo, un pensamiento se cristalizó con una claridad perfecta: me dirigía hacia Mum. Sin saber dónde. Sin saber en qué condición la encontraría. Pero más cerca con cada rotación de esas ruedas caras bajo nosotros.

Ryan ajustó la radio a algo orquestal y pomposo. El volumen subió lo justo para enmascarar mi respiración, que se había vuelto entrecortada por la anticipación y los músculos agarrotados.

Aceleramos hacia lo que parecía ser una carretera más grande —probablemente la carretera de circunvalación A4174 que rodeaba

Bristol como una soga de hormigón. El motor del BMW ronroneaba. Ryan navegaba el tráfico vespertino, completamente ignorante de la mujer plegada como papiroflexia de presupuesto detrás de su asiento.

Iba a encontrar a Mum.

Iba a salvarla.

Iba a acabar con Ryan Lark.

El BMW aceleró suavemente, llevando depredador y presa juntos hacia lo que aguardaba al final de este viaje.

Capítulo 32

April

El BMW redujo velocidad, el intermitente haciendo clic al ritmo de la ingeniería de lujo. Mi cuerpo se tensó en su configuración de origami cuando nos metimos en lo que sonaba a un aparcamiento – el inconfundible crujido de los neumáticos sobre la grava, el ronroneo del motor se redujo a un murmullo aburrido.

—Una parada rápida — murmuró Ryan para sí mismo, un hábito de los patológicamente egocéntricos.

El motor se apagó. Conté sus pasos mientras se desvanecían, midiendo su ausencia por los golpes de mi corazón acelerado. Uno-mil, dos-mil. El cuchillo presionaba contra mi cadera, frío y reconfortante.

Después de sesenta segundos eternos, me desplegué. Cada articulación protestó. Miré cautelosamente por encima del asiento. Un aparcamiento de Waitrose. Por supuesto. Ryan Lark no se rebajaría a comprar su quinoa ecológica y café de finca única en establecimientos de menor categoría.

A través de la ventana, lo observé entrar en la tienda con los hombros cuadrados bajo su chaqueta hecha a medida. La forma en que caminaba – como si esperase que el suelo le agradeciera el privilegio de soportar su peso.

Consideré echar a correr. Detener un coche que pasara, gritar sobre secuestros y madres desaparecidas. Pero el cuchillo en mi bolsillo me recordó por qué estaba aquí. Mamá estaba en algún lugar al final de este viaje, y no la alcanzaría armando un escándalo en el aparcamiento de un supermercado de clase media.

En su lugar, me deslicé hacia el asiento trasero de verdad, dispuse su abrigo sobre mi regazo, como una dama tomando el té. Si alguien echaba un vistazo al coche, vería a una mujer esperando pacientemente a que su pareja regresara con la compra. No a una hija desesperada acechando al secuestrador de su madre.

A través del parabrisas, observé la entrada de Waitrose con el enfoque de un francotirador. ¿Qué estaba comprando? ¿Vino para la celebración? ¿Lejía para limpiar las pruebas? ¿Verduras ecológicas para mantener sus niveles de energía sociópata?

Ryan apareció catorce minutos después llevando una única bolsa. Catorce minutos de selección cuidadosa de lo que fuera que estuviera dentro, probablemente interrogando a algún pobre encargado de las estanterías sobre procedencia y sostenibilidad. Sus labios estaban curvados en esa no-sonrisa suya – la que sugería que acababa de negociar con éxito la rendición de una pequeña nación.

Me sumergí de nuevo en el hueco del asiento, mi cuerpo reanudando su torturada configuración. La puerta se abrió. Algo crujió – la bolsa siendo colocada en el asiento del pasajero. Un leve olor a pan fresco y queso flotó por el coche. ¿Una cena romántica para dos? El pensamiento envió ácido reptando por mi garganta.

Volvimos a la carretera principal. Recorrí mentalmente nuestra ruta. Habíamos ido hacia el oeste desde Larch Crescent, hacia Clifton. La sospecha se cristalizó: íbamos a su casa. La monstruosidad georgiana que había visitado hace meses cuando pensaba que era yo la depredadora y él simplemente la presa.

El viaje continuó en un silencio tenso, roto solo por los ocasionales tarareos de satisfacción de Ryan y la voz educada del sistema de navegación del BMW. «En doscientos metros, gire a la izquierda». La voz robótica del coche sonaba como si hubiera ido a un internado con Ryan.

Mis pulmones ardían por el esfuerzo de respirar sin ruido. Cada inhalación sabía a su colonia – ese perfume caro que una vez me había parecido sofisticado pero que ahora me parecía el equivalente olfativo de una amenaza. Mis músculos acalambrados temblaban bajo la tensión de la inmovilidad, pero permanecí completamente quieta. Los estafadores profesionales entendían que a veces la habilidad más importante era simplemente pasar desapercibido.

El BMW se ralentizó, giró. El sonido inconfundible de los neumáticos sobre la grava me indicó que habíamos llegado a su fortaleza de Clifton. El motor se apagó con un ronroneo satisfecho, un depredador bien alimentado asentándose después de una caza.

Lo oí recoger su compra, luego el suave golpe de la puerta del coche cerrándose. Las llaves tintinearon, seguidas de pasos que se alejaban hacia la casa. Una puerta delantera se abrió, se cerró.

Conté hasta cien, cada número una pequeña victoria contra el pánico. Luego, lentamente, me desplegué de mi escondite. Me invadió un hormigueo; la sangre regresó a extremidades que habían olvidado su tacto.

Mirando por encima del asiento, examiné la fachada georgiana. Tres pisos de arrogancia arquitectónica que prácticamente gritaba: «Mi dueño tiene más dinero que empatía». La mayoría de las ventanas brillaban con una luz cálida, las cortinas abiertas para exhibir muebles de buen gusto como exhibiciones de museo.

Excepto una. Segunda planta, extremo derecho. Oscura, cortinas corridas con fuerza. A diferencia de las otras, esta ventana tenía algo extra – una delgada franja que cruzaba el marco y que no se correspondía con los elementos decorativos del resto. Algo funcional en lugar de estético.

La piel se me erizó. Esa habitación era diferente. Esa habitación estaba asegurada. Esa habitación guardaba secretos.

Me incorporé completamente, la vista fija en esa ventana oscurecida. Mamá estaba ahí dentro. Lo sabía con la misma certeza que nace en los huesos que me había permitido identificar víctimas vulnerables y calibrar estafas a la perfección.

Tras días de cautiverio, mi madre estaba a menos de nueve metros, separada de mí por ladrillo georgiano y un hombre que ya podía darse por muerto.

Salir del coche resultó más complicado de lo esperado. Mis extremidades habían olvidado su propósito tras estar dobladas como un pretzel humano, y caí sobre la grava. Las piedrecillas me mordieron en las palmas. Me acuclillé junto al BMW, escuchando cualquier indicio de que mi torpe salida hubiera sido notada.

Silencio.

Clifton de noche era un universo diferente al de Heathfields Estate —las casas se alzaban más distantes entre sí, como si hasta los edificios comprendieran la importancia de las zonas de exclusión para los ricos. Las propiedades vecinas estaban oscuras, sus dueños probablemente asistiendo a galas benéficas o lo que fuera que hiciera la gente con herencias entre semana.

Condiciones perfectas para el reconocimiento.

Me moví por el borde de la propiedad, manteniéndome en las sombras proyectadas por sus setos meticulosamente podados. Hasta sus plantas tenían una precisión militar, ni una rama atreviéndose a crecer fuera de línea. El cuchillo en mi bolsillo golpeaba contra mi muslo a cada paso, su presencia tanto tranquilizadora como aterradora. No era una persona violenta por naturaleza —mis estafas

siempre habían consistido en sacar dinero, no en la confrontación física.

Pero por Mamá, haría excepciones.

La fachada georgiana se alzaba sobre mí, ventanas brillando con una luz cálida que parecía engañosamente acogedora. Como uno de esos rapes abisales que agitan un señuelo luminoso justo antes de engullirte. Rodeé hacia la ventana oscurecida que había divisado antes, moviéndome con cuidado exagerado sobre el impecable césped de Ryan.

Un ruido me detuvo —afilado y repentino. Me congelé, convirtiéndome en una con la vegetación ornamental.

Volvía a oírse. Una voz. La voz de Ryan, pero no el tono controlado y modulado que solía emplear. Esto era algo más crudo, más fuerte. Estaba gritando.

No podía captar las palabras, pero la cadencia era inconfundible —el ritmo de alguien que está montando en cólera. Y provenía de esa habitación del segundo piso oscurecida.

Mi ritmo cardíaco se duplicó al instante. ¿A quién le estaba gritando?

Mamá. Tenía que ser.

Me acerqué más a la casa, presionándome contra el ladrillo fresco. Agucé el oído. Su voz subía y bajaba en olas furiosas, salpicada de vez en cuando por el sonido de algo golpeando una pared o el suelo. Las palabras reales permanecían frustradamente amortiguadas, pero su intención era clara: intimidación, control, castigo.

—Deberías estar agradecida —capté de repente, las palabras, que restallaron como un látigo a través de una rejilla de ventilación abierta—. ¿Entiendes lo generoso que estoy siendo?

Sin respuesta —o al menos ninguna que pudiera oír. ¿Estaba Mamá inconsciente? ¿Amordazada? ¿Demasiado débil para responder?

Las posibilidades formaban un caleidoscopio de horrores en mi mente.

—Así que —continuó, más tranquilo pero de alguna manera más amenazante—, después de ofrecerte hospitalidad, ¿así es como me lo pagas?

Un golpe sordo siguió —algo suave golpeando algo duro. Mi estómago se contrajo en una bola apretada de náuseas. ¿Le estaba haciendo daño? ¿Estaba yo parada inútilmente en su jardín mientras él—?

Rodeé la casa, manteniéndome cerca de la pared, buscando un punto de vista mejor. Un jardín lateral ofrecía cobertura modesta —otro seto impecablemente mantenido que Ryan probablemente medía con una regla cada domingo por la mañana.

Desde esta posición, podía ver más claramente hacia la planta baja de la casa. La cocina brillaba con electrodomésticos caros que probablemente tenían más potencia de cálculo que la NASA en 1985. Una sala de estar exhibía muebles colocados con precisión matemática —ni un cojín atreviéndose a hundirse fuera de posición.

Pero mi atención permanecía fija en esa ventana del segundo piso, donde la voz de Ryan continuaba su arenga amortiguada.

—Esto es lo que sucede —de repente sonó más claro a través de lo que debería ser una sección de ventana abierta—. Las acciones tienen consecuencias, Margaret.

Margaret. El nombre formal de mi madre —el que nunca usaba, el que pertenecía en documentos oficiales y tarjetas de cumpleaños no deseadas de parientes lejanos. Oírlo en boca de Ryan hizo que la piel se me erizara.

Me presioné contra la pared, apenas respirando, absorbiendo cada fragmento de sonido de arriba.

—He sido paciente —continuó, su voz goteando con la autosuficiencia del patológicamente privilegiado—. Más paciente de lo que la mayoría sería en mi posición.

Algo se hizo añicos —vidrio o cerámica golpeando una superficie sin clemencia. Me estremecí, imaginando la trayectoria del proyectil, preguntándome si había sido dirigido a Mamá.

—Aprenderás —Ryan sonó casi tranquilizador, lo cual de alguna manera parecía más amenazante que sus gritos—. Igual que April está aprendiendo.

Mi nombre en su boca envió ondas frescas de repugnancia a través de mí. La imagen de Mamá atrapada en esa habitación, sometida a su marca de juegos mentales durante días, emborronó mi visión con furia.

Me quedé congelada junto a la pared, la mente acelerada por impulsos contradictorios. Archivé detalles —posiciones de ventanas, puntos de entrada potenciales, el ritmo de los movimientos de Ryan —. La hija desesperada que hay en mí quería atravesar cristal y ladrillo con nada más que furia y manos desnudas. Encima de mí, Ryan continuaba su conversación unilateral con mi madre. Las pruebas se acumulaban sobre pruebas. La confirmación se superponía a la confirmación.

Mamá estaba viva. Estaba aquí. En esa habitación.

Y yo estaba de pie en el jardín de un loco con nada más que un cuchillo de cocina y absolutamente ninguna idea de qué hacer a continuación.

Saqué el cuchillo del bolsillo, los dedos tensos alrededor del mango, lista para convertirme en la heroína de este cuento de hadas retorcido. Entonces la realidad me golpeó en la cara —fuerte, como cuando mi profesora de matemáticas de tercero me atrapó falsificando justificantes de ausencia—.

Esto no era una maldita película de acción. Yo era April Weston, mentirosa profesional con cubiertos de cocina, de pie en el jardín de un psicópata. La monstruosidad georgiana se alzaba sobre mí, sus ventanas como ojos de juez observando la basura de la zona de casas de protección que tramaba un allanamiento en sus terrenos sagrados.

—Mierda —susurré, guardando el cuchillo.

Esto necesitaba acabar. Ahora mismo.

Ryan no dejaba nada al azar. Un hombre que organizaba su cajón de calcetines por densidad de hilo no dejaría a su cautiva sin protección. Habría sensores, alarmas, posiblemente cámaras capturando mi patético intento de rescate en resolución 4K para su entretenimiento nocturno.

¿Y si me atrapaban? Fin del juego. Para mí. Para Mamá.

Di un paso atrás, la lógica sometiendo la emoción a la sumisión. Necesitaba reconocimiento, planificación, habilidad real en lugar de optimismo desesperado. Lo que necesitaba era mañana por la noche.

La canaleta parecía menos atractiva ahora, más como la ruta exprés hacia un tobillo roto y custodia policial. La ventana oscurecida —la

prisión de mamá— parecía burlarse de mi insuficiencia.

—Voy a volver —le prometí al ladrillo y al cristal—. Con un plan de verdad—.

Mamá había sobrevivido bajo custodia de Ryan. El patrón de sus visitas sugería una rutina —alimentarla, atormentarla, mantenerla viva para cualquier propósito enfermizo que lo impulsara—. Una noche más no la mataría.

¿Pero y si lo hacía?

El pensamiento me congeló a media retirada. ¿Y si esta noche era diferente? ¿Y si su pelea se escalaba? ¿Y si volvía borracho, enfadado, impredecible?

Negué con la cabeza. El miedo llevaba a malas decisiones. Siempre había sido así. Así era como había acabado enredada con Ryan en primer lugar —pánico por dinero, por las medicinas de mamá, por que nos cortaran la electricidad otra vez—.

No. Esta noche haría lo inteligente, no lo desesperado.

Me alejé de la casa, pegándome a las sombras, vigilando sensores de movimiento. Mañana volvería con herramientas apropiadas, preparación adecuada. Estudiaría el sistema de seguridad desde la distancia durante la luz del día. Anotaría su horario. Planificaría rutas de entrada y salida. Consideraría todas las variables que mi cerebro asustado no podía procesar ahora mismo.

El reloj de la iglesia marcó las once y cuarto cuando me deslicé a través de un hueco en la cerca, lejos de la propiedad de Ryan. Mis dedos encontraron el teléfono, la memoria muscular ya marcando esos tres dígitos que traerían el rescate oficial.

Me detuve. Otra vez.

La policía significaría preguntas que no podía responder. Pruebas que no podía proporcionar. Mi palabra contra la reputación inmaculada de Ryan y su balance bancario. E incluso si me creían, incluso si encontraban a mamá, mi libertad terminaría en el momento en que empezaran a investigar cómo conocía a Ryan Lark en primer lugar.

Mañana por la noche. Ese era el compromiso entre el miedo y la estrategia.

Crucé la calle, echando un vistazo atrás a la casa que mantenía cautiva a mi madre. Una noche más no la quebrantaría. Mamá estaba hecha de material más resistente de lo que nadie sospechaba. Había sobrevivido al abandono de mi padre, a la ruina financiera, a sustos de salud que desmoronarían a la mayoría de las personas. Sobreviviría una noche más mientras transformaba esta misión de rescate de suicida a éxito.

—Aguanta, mamá —susurré al aire nocturno—. Solo un día más—.

Me di la vuelta y caminé, cada paso un ejercicio de contención. Mañana me convertiría en la cazadora en lugar de la cazada. Mañana jugaría el juego de Ryan mejor de lo que podía imaginarse. Mañana extraería a mamá de su prisión georgiana y terminaría su reinado de terror sobre nuestras vidas.

Esta noche, planificaría su caída con la misma atención al detalle que él aplicaba a su cajón de calcetines.

Los estafadores profesionales entendían el timing. Sabían cuándo golpear y cuándo retirarse. Sabían cuándo la emoción servía la estafa y cuándo la arruinaba.

Así que abandoné los terrenos de la fortaleza de Ryan Lark en Clifton, no como una cobarde sino como una estratega. No huyendo, sino corriendo hacia un plan mejor. Un plan ganador.

Y que Dios ayude a Ryan cuando vuelva.

Capítulo 33

April

La mañana llegó con la sutileza de una resaca —indeseada, pulsante y apestando a malas decisiones. Había dormido quizá tres horas, mis sueños llenos de la voz de Mum llamando desde habitaciones que no podía encontrar.

Observé el ritual matutino de Ryan desde la ventana de mi dormitorio —la manera en que consultaba su reloj, enderezaba su ya enderezado corbatín, se subía a su BMW con la naturalidad de quien nunca había dudado de su lugar en el mundo.

—Fase uno —murmuré, sacando el pequeño cuaderno que había escondido bajo las tablas sueltas del suelo.

La tienda de ferretería local me había proporcionado un botín sorprendente. Ganzúas (comercializadas como «herramientas para aficiones»), ropa negra, linterna, guantes. El vendedor anciano había sonreído mientras metía mi kit de iniciación al crimen en bolsas, probablemente asumiendo que estaba planeando algún escenario de dormitorio pervertido en lugar de allanar la mansión georgiana de un psicópata.

La oportunidad era clara: esta noche, durante la cena de negocios de Ryan con clientes de Singapur. Lo había escuchado por teléfono, programando una reunión que lo mantendría ocupado durante horas en algún restaurante de precios exorbitantes donde las porciones eran inversamente proporcionales a la factura.

A lo largo del día, limpié los zapatos de Ryan, contemplando puntos de entrada, rutas de escape, contingencias. Cada trazo de cepillo me acercaba más al anochecer, más cerca de Mum.

—Pareces distraída —observó Ryan durante el almuerzo, sus ojos azules estudiándome.

Mantuve un contacto visual perfecto, un truco que había aprendido años atrás. Los mentirosos miraban hacia otro lado; los verdaderamente engañosos miraban directamente a tu alma. —Solo cansada. Toda esta limpieza.

Su sonrisa nunca llegó a sus ojos. —Quizá una noche temprana, entonces.

—Quizá —estuve de acuerdo, ya imaginándome las ventanas georgianas por las que pronto estaría trepando.

La oscuridad cayó con velocidad misericordiosa. Ryan se marchó a las siete y media, vistiendo su traje azul marino. Esperé junto a la ventana, contando minutos, observando su BMW desaparecer alrededor de la esquina.

El autobús hacia Clifton se sintió como un transporte hacia un país extranjero —los pasajeros progresivamente mejor vestidos, sus conversaciones progresivamente más carentes de sentido conforme ascendíamos las colinas literales y metafóricas de Bristol.

La casa de Ryan se cernía adelante, ventanas oscuras y severas en la luz de la luna. Ningún BMW a la vista, lo que confirmaba que no estaba allí. Rodeé la propiedad, manteniéndome entre las sombras, catalogando mentalmente cada punto de entrada potencial.

La puerta trasera presentaba una cerradura que pedía a gritos que la forzaran. Cinco minutos de torpeza con mis «herramientas para aficiones» y cedió. Alguna propiedad de dos millones de libras —derrotada por un juego de ganzúas de nueve con noventa y nueve peniques y determinación desesperada.

Dentro, la casa zumbaba con un silencio costoso. Todo brillaba con la perfección antinatural de un hombre que medía partículas de

polvo. Me moví a través de la planta baja, teniendo cuidado de evitar las ventanas, buscando cualquier signo de sistemas de seguridad.

La cocina no contenía nada más que electrodomésticos pretenciosos y suficiente quinoa para sobrevivir a un invierno nuclear. Sala de estar: muebles colocados, ningún cojín atreviéndose a hundirse. Comedor: una mesa que probablemente nunca había acogido una comida real, solo negociaciones comerciales disfrazadas de cena.

Primer piso: el dormitorio de Ryan, un monumento a la esterilidad controlada. Su mesilla de noche contenía un solo libro —una biografía de algún economista fallecido— y una botella de somníferos.

Un ruido desde el exterior me congeló a medio paso —un coche aproximándose. Me lancé tras la puerta de su dormitorio, el corazón martilleando contra mis costillas como si quisiera escapar antes que yo. Los faros barrieron la pared, luego continuaron pasando. Falsa alarma.

El segundo piso me atrajo con un silencio amenazador. Mi rayo de linterna iluminó un pasillo con cuatro puertas. Tres estaban ligeramente entreabiertas, revelando habitaciones de invitados con la perfección deshabitada de salas de exposición de muebles.

La cuarta puerta permanecía firmemente cerrada.

Me aproximé con la cautela de alguien acercándose a un tigre dormido, cada tablón del suelo una potencial traición bajo mis pies. Aparté a un lado una montaña de artículos apilados que bloqueaba la puerta, cerré mis dedos alrededor del pomo, metal frío contra piel febril.

Lo giré lentamente, esperando resistencia, esperando cerraduras, esperando que las meticulosas medidas de seguridad de Ryan me frustraran una vez más.

El pomo se movió. La puerta no estaba cerrada con llave.

Esta misericordia inesperada activó todas las señales de alerta en mi sistema nervioso. Ryan Lark no hacía descuidos. Ryan Lark no dejaba cosas importantes desprotegidas. Ryan Lark no cometía errores.

A menos que nunca hubiera imaginado que alguien encontraría su fortaleza georgiana. A menos que su arrogancia hubiera finalmente superado su cautela. A menos que realmente se creyera intocable.

Empujé la puerta, las bisagras protestando con un gemido pequeño que sonaba como un trueno en la casa silenciosa. Un olor me golpeó: agrio, humano e incorrecto. Una oscuridad tan completa que parecía sólida. Mi linterna perforó la negrura, revelando vislumbres de muebles, de movimiento, de alguien encadenado a lo que parecía ser una cama.

—¿Mamá? —susurré, entrando en la habitación.

La oscuridad engullía mi luz de linterna como una bestia hambrienta. El haz temblaba por la habitación, capturando fragmentos de pesadilla: sábanas revueltas, un reloj digital parpadeando en la oscuridad, un vaso de agua intacto en la mesilla de noche. Y luego, ahí estaba. La esposa.

Solo una, colgando de la cabecera, algún adorno retorcido, su superficie metálica manchada con vetas de color marrón oxidado que solo podían ser sangre. La cama bajo ella era testigo de un cuerpo humano: la impresión de alguien que había estado tumbado allí durante días, quizá semanas.

Pero sin mamá.

—Joder —respiré, la palabra escapándose antes de poder detenerla.

Mi haz de linterna danzaba frenéticamente por la habitación, escudriñando esquinas, esperando movimiento, encontrando solo ausencia. El olor: esa mezcla inconfundible de humano sin lavar y heces flotaba en el aire como un gas venenoso.

Me acerqué a la cama, la garganta tensa de pavor. Las sábanas contaban una historia que mi mente se negaba a leer: manchas amarillas donde alguien se había ensuciado, parches oscuros donde el sudor o las lágrimas o la sangre se habían secado. Un único cabello gris atrapado en la funda de la almohada brillaba bajo mi linterna.

—Mamá —susurré de nuevo, mis dedos flotando sobre la esposa, sin suficiente valor para tocarla.

La puerta del baño estaba entreabierta. La empujé más con el pie, medio esperando encontrarla acurrucada en las baldosas. Vacío. Solo otro baño en suite perfecto en el museo de esterilidad doméstica de Ryan.

De vuelta a la cama. Tracé el borde de la esposa con el pulgar, sintiendo cada rasguño en el metal. Había cortado la carne: la carne de mamá, lo suficientemente profunda para hacer sangrar. Me imaginé su muñeca en carne viva y rezumante, su dignidad disolviéndose hora tras hora mientras las funciones corporales básicas se convertían en humillaciones públicas.

El reloj digital parpadeó de nuevo. Cada minuto que pasaba con mamá desaparecida era otro que quizá no sobreviviría. Me dejé caer de rodillas, buscando bajo la cama: algo, cualquier cosa que me dijera dónde había ido. Mis dedos encontraron solo motas de polvo y algo suave: ¿un calcetín, quizá? Lo saqué.

No un calcetín. Un camisón de mujer, arrugado y sucio y oliendo a miedo. El algodón desgastado por años de lavado, un pequeño parche aún visible donde mamá una vez había remendado un rasgón. La tela de la que me había burlado durante años —«Vamos, mamá, es prácticamente transparente, cómprate algo de este siglo»— ahora apretada contra mi pecho, el sudario sagrado.

Había estado aquí. Recientemente. La evidencia estaba esparcida por esta habitación de invitados impecable.

¿Pero dónde estaba ahora?

La habitación comenzó a cerrarse, las paredes contrayéndose con cada respiración de pánico. Necesitaba aire, necesitaba pensar, necesitaba —

La puerta de entrada se abrió abajo.

El sonido atravesó mi pánico: el clic distintivo de la cerradura importada de Ryan, seguido de pasos demasiado pesados, demasiado medidos para ser cualquier otro. Mi haz de linterna se movió bruscamente hacia la puerta de la habitación, que había dejado parcialmente abierta, amateur que aparentemente era.

Sin tiempo para esconderme. Sin tiempo para correr. Sin tiempo para nada excepto estar de pie, congelada en esta habitación que apestaba al cautiverio de mi madre, mientras los zapatos caros de Ryan Lark golpeaban una marcha fúnebre hacia sus escaleras impecables.

¿Por qué había vuelto tan pronto? Su cena de negocios debería haber durado horas: esos clientes singapurenses eran notoriamente famosos por negociaciones de maratón alimentadas por whisky y masculinidad tóxica.

Los pasos se pausaron en el rellano. Luego continuaron: lentamente, deliberadamente, acercándose a la única puerta de su casa que

nunca debería ser molestada.

Apagué la linterna, sumergiéndome en la oscuridad. Cerré mi mano alrededor del cuchillo en mi bolsillo, la única arma que tenía contra lo que fuera a entrar por esa puerta.

Los pasos se detuvieron fuera. Una sombra bloqueó la rendija de luz bajo la puerta. Me imaginé una mano posada sobre el pomo, girándolo con una lentitud enloquecedora.

La puerta se abrió, la luz del pasillo atravesando la oscuridad, iluminándome con su brillo despiadado: atrapada con las manos en la masa en la sala de evidencias de la tortura de mi madre, agarrando su camisón como algún cazador de recuerdos desquiciado.

Ryan llenaba la puerta, su silueta nítida contra la luz del pasillo. Por un momento suspendido, nos miramos el uno al otro: depredador y presa atrapados en un tableau que ninguno había anticipado.

—April —dijo, su voz suave de placer—. Qué sorpresa tan deliciosa.

La cara perfectamente compuesta de Ryan se hizo añicos, revelando algo que nunca había presenciado antes: un asombro genuino. Su mirada saltó de mí a la cama vacía, la esposa ensangrentada colgando, como una joya macabra, las sábanas manchadas que testimoniaban días de cautiverio.

—¿Dónde está? —La pregunta se me escapó antes de poder contenerla, mi voz ronca de miedo y furia.

Ryan entró completamente en la habitación, su movimiento fluido como mercurio. —Esperaba poder preguntarte lo mismo.

Su compostura se recompuso con una rapidez aterradora, pero no antes de que lo captara: ese destello de alarma en sus ojos azul hielo. No esperaba que la habitación estuviese vacía. Esto no formaba parte de su plan meticuloso.

Mamá se había ido.

—¿Cuándo la trasladaste? —exigí, apretando los dedos alrededor del cuchillo en mi bolsillo.

—¿Trasladarla? —La risa de Ryan no contenía humor alguno—. Tu madre parece haberse trasladado a sí misma.

Se acercó a la cama, examinando la esposa con el desprendimiento de alguien inspeccionando mercancía defectuosa. Su dedo trazó el metal, demorándose en la sangre seca.

—Mujer ingeniosa —murmuró, casi para sí mismo—. Debe ser hereditario.

Me moví hacia la puerta, calculando ángulos, trayectorias, la probabilidad de lograr pasar junto a él y bajar las escaleras antes de que esas manos manicuradas se cerraran alrededor de mi garganta.

Ryan se movió más rápido, bloqueando mi salida con una velocidad que desmentía su atuendo informal de oficina. —No tan rápido, April. Creo que tenemos una situación que discutir.

—Déjame ir —dije, sacando el cuchillo de mi bolsillo, sosteniéndolo con lo que esperaba que se asemejase a competencia en lugar de desesperación.

Sus cejas se elevaron un milímetro. —¿Un cuchillo de cocina? ¿De verdad? Qué decepcionantemente poco original.

—Funciona con los clásicos —repliqué.

Ryan miró su reloj, ese reloj ridículo que probablemente requería su propia póliza de seguros. —No tengo tiempo para estos melodramas de aficionado. Tu madre está en algún lugar de Bristol, probablemente en angustia médica, mientras nosotros estamos teniendo este encantador enfrentamiento.

El cuchillo tembló en mi mano. —¿Angustia médica?

—Días sin medicación —dijo, haciendo eco de mis pensamientos anteriores—. Presión arterial, colesterol, ansiedad: todo un cóctel farmacéutico que tu madre necesita para funcionar. —Su sonrisa se adelgazó—. Así que ves, nuestros intereses se alinean temporalmente. Ambos necesitamos encontrar a Margaret con urgencia.

Una trampa. Tenía que serlo. Sin embargo, la lógica era impecable: mamá necesitaba su medicación. Necesitaba atención médica después de dos semanas de cautiverio. Necesitaba ser encontrada antes de que su cuerpo se derrumbase completamente.

Ryan se acercó, su colonia envolviéndome en una neblina costosa. —Deja el cuchillo, April. Seamos civilizados.

Retrocedí, manteniendo distancia entre nosotros. —La mantuviste esposada a una cama durante dos semanas. ¿Eso lo llamas civilizado?

—Lo llamo necesario —respondió, su voz bajando a algo íntimo y horrible—. Así como esto es necesario.

Su movimiento fue tan suave que apenas lo registré: un momento de pie junto a la cama, al siguiente en la puerta.

—No puedes simplemente—

—Puedo —interrumpió—. Y lo estoy haciendo. Claramente no estás pensando racionalmente, y necesito encontrar a tu madre antes de

que se convierta en un asunto policial en lugar de uno privado.

La implicación: una mujer muerta traería preguntas que ninguno de nosotros quería responder.

—Déjame ayudar —dije, la desesperación abrumando el orgullo—. La conozco. Puedo encontrarla.

—Has demostrado una incompetencia notable hasta ahora —Ryan enderezó su corbata ya impecable—. Creo que me las arreglaré solo.

Cerró la puerta con una finalidad tranquila, el cerrojo enganchándose con un chasquido suave que de alguna manera contenía más amenaza que una puerta azotada jamás podría.

—Volveré una vez que haya encontrado a Meg —su voz flotó a través de la madera—. Intenta no destruir nada valioso mientras me voy.

Sus pasos se retiraron, deliberados y medidos. Sin correr asustado, sin búsqueda frenética: solo el movimiento metódico de un hombre acostumbrado a resolver problemas a través de la pura fuerza de voluntad.

Pegué mi oído contra la puerta, rastreando sus movimientos. Abajo, los cajones se abrían y cerraban. Las llaves tintineaban. Una conversación por teléfono demasiado amortiguada para descifrarse.

Luego silencio.

¿Se había ido? ¿Estaba sola en esta monstruosidad georgiana con su cama vacía y su esposa ensangrentada?

Un ruido de abajo destrozó esa esperanza: el sonido inconfundible de alguien moviendo muebles. Abriendo armarios. Revisando escondites con una minuciosidad sistemática.

—Sal, sal, dondequiera que estés —la voz de Ryan se elevó, la calidad cantarina atravesando los tableros del piso con una claridad nauseabunda.

Pensaba que mamá seguía aquí: en algún lugar de esta casa, escondida, tal vez herida, pero viva. La búsqueda continuó habitación por habitación, sus movimientos sin prisa pero implacables.

Me deslicé por la puerta, el cuchillo aferrado inútilmente a mi pecho, escuchando a Ryan Lark cazando a una mujer que de alguna manera, contra todos los pronósticos, había escapado de su control meticuloso.

Y si mamá había escapado, quizás yo también pudiera hacerlo.

Capítulo 34

April

Ryan llevaba fuera cuarenta y cinco minutos. Había registrado cada rincón de esa celda de prisión, esperando encontrar algo —cualquier cosa— que me ayudase a comprender qué le había pasado a mi madre. Mi juego de ganzúas descansaba inútil en mi bolsillo; Ryan había instalado una cerradura de seguridad.

No paraba de volver a la cama vacía donde mi madre había estado encarcelada. La esposa de color oxidado colgaba como un péndulo roto, burlándose de mí con su presencia.

El silencio era opresivo. Demasiado absoluto. El tipo de silencio que te hacía querer gritar solo para oír algo además de tu propia respiración acelerada.

—Joder —murmuré a las sábanas manchadas de sangre—. ¿Dónde estás?

Me imaginé a mi madre vagando por las calles en su camisón de dormir, confusa, deshidratada, su cuerpo cerrándose en falso sin agua. O peor aún —desplomada en algún callejón donde nadie repararía en otra mujer desaliñada que parecía sin hogar.

El sonido de la puerta principal al cerrarse de golpe resonó por toda la casa. Ryan había vuelto, y por la fuerza de ese portazo, no había encontrado a mi madre.

Sus pasos retumbaron escaleras arriba —nada de su gracia habitual, felina. Era furia pura en zapatos italianos de piel. La llave se encajó en la cerradura con tanta violencia que pensé que podría romperse.

Cuando la puerta se abrió de par en par, apenas lo reconocí. Su pelo se levantaba en ángulos extraños, la corbata torcida, una mancha de algo oscuro en su camisa, de otro modo impecable. Ryan Lark, desmoronándose. Era como ver agrietarse una estatua.

—¿Dónde está? —Su voz era papel de lija envuelto alrededor de hielo.

—¿Me lo preguntas a mí? He estado encerrada aquí mientras tú volcabas Bristol de cabeza.

Se aproximó hacia mí, y levanté el cuchillo que se había revelado tan inútil antes. Se detuvo, no por miedo sino por algo parecido al asco.

—Guarda ese juguete antes de que te hagas daño con él.

—¿Revisaste los hospitales? —pregunté, con el cuchillo aún apuntando a su camisa con monograma—. Necesita atención médica.

—Revisé todos los servicios de urgencias. Nadie que encaje su descripción ha sido ingresado.

—¿Comisarías de policía?

—¿Crees que soy un aficionado? —Se pasó la mano por el pelo, haciéndolo aún más desordenado. En cualquier otro, ese desaliño parecería humano. En Ryan, parecía la primera señal de un huracán aproximándose.

—No puede haber ido muy lejos —dije—. No en su estado.

—Te sorprenderías de lo que la gente es capaz de hacer cuando está adecuadamente motivada. —Se enderezó la corbata con dedos temblorosos—. Tu madre demostró ser más… ingeniosa de lo que había anticipado.

Una alegría pequeña y salvaje brotó en mi pecho. Sea lo que fuese lo que mi madre había hecho, lo había perturbado lo suficiente como para alterar su compostura perfecta. Bien por ella.

—Quizá esté muerta. —Observé su cara—. Quizá murió y la enterraste en algún sitio.

Sus ojos se entrecerraron. —Si estuviera muerta, April, no estaríamos teniendo esta conversación. Ya estarías acompañándola.

La entrega tan práctica lo hizo más aterrador que cualquier amenaza gritada.

—Me necesitas. —Bajé un poco el cuchillo—. Para encontrarla.

—Lo que necesito es que te calles mientras pienso. —Paseaba por la habitación, sus dedos golpeando contra su muslo en un ritmo desigual.

El gran Ryan Lark, improvisando. Habría sido gracioso si la vida de mi madre no estuviera en juego.

Se detuvo de repente, mirando fijamente el camisón que había dejado caer en el suelo. —¿Cuándo escapó?

—¿Cómo quieres que lo sepa? Solo encontré la habitación vacía esta noche.

—Estaba aquí ayer por la noche. Viva, aunque reacia. —Su mirada se fijó en la esposa—. Algo sucedió durante la noche.

—¿Qué le hiciste? —La pregunta salió más afilada de lo que pretendía.

Una sombra de sonrisa tocó sus labios. —Le proporcioné alojamiento. Comida. Agua. Necesidades básicas.

—La tenías encadenada como si fuese un animal.

—La tenía segura mientras me ocupaba de su hija igualmente problemática. —Se volvió hacia mí, mientras su compostura volvía a su sitio—. Vamos a encontrarla, April. Juntos. Porque ninguno de los dos podemos permitirnos la alternativa.

—¿Y si ya está muerta?

—Entonces uno de nosotros la acompañará muy pronto. —Su sonrisa retornó, vacía como la de una muñeca—. Y no seré yo.

Ryan golpeó la pared con el puño, a apenas unos centímetros de mi cabeza. El yeso se resquebrajó bajo sus nudillos, polvo blanco flotando lentamente, nieve tóxica.

—Esto es culpa tuya —siseó, su voz baja y venenosa. Su fachada impecable se había hecho añicos por completo, revelando algo salvaje en su interior—. Tú y tus patéticos timos.

Me pegué contra la pared, mi cuchillo aún agarrado con los dedos blancos de tensión. La hoja parecía absurdamente pequeña ahora, un juguete frente a su furia.

—Si no me hubieses elegido como blanco... —Su mano se lanzó hacia delante y me agarró la mandíbula con fuerza contundente—. Si hubieses elegido a otro para estafar...—

—Suéltame.

Rió, un sonido frágil, como el hielo crujiendo bajo los pies. —¿Soltar? ¿Como tu madre soltó las esposas? ¿Como tú soltaste mi dinero? ¿Como soltaste ese colgante?

Su palma se conectó con mi mejilla antes de que pudiera esquivar. La bofetada resonó en la habitación silenciosa, el dolor floreciendo cálido y repentino en mi rostro.

—Catorce años construyendo mi vida. —Otra bofetada, más fuerte esta vez—. Catorce años convirtiéndome en alguien que importa en esta ciudad.

Lancé una cuchillada a ciegas, conectando sólo con el aire. Ryan me agarró la muñeca, retorciéndola hasta que mis dedos se abrieron involuntariamente. El cuchillo cayó al suelo con un ruido metálico, deslizándose bajo la cama.

—Y luego tú —escupió, empujándome hacia atrás.

Tropecé y me di con la cadera contra la mesilla de noche.

—April Weston, la señorita Nadie, decides que soy presa fácil.

Su puño impactó contra mis costillas, sacándome el aire de los pulmones en una exhalación dolorosa. Me doblé hacia delante, jadeando.

—Tenía planes para vosotros dos. —Me levantó de un tirón del pelo —. Un cuadro doméstico perfecto. La estafadora sirviendo al hombre al que intentó arruinar. Poético, ¿no te parece?

—Estás loco —jadeé.

Lo equivocada que estaba. Sus ojos se estrecharon en rendijas azules, fríos como el hielo del Ártico.

—¿Loco? —Otro golpe, esta vez en el estómago—. ¿Es ese tu diagnóstico profesional?

Caí sobre la cama, la misma cama donde mi madre había sufrido durante días.

—Mi esposa creía que estaba loco. —Ryan se cernió sobre mí—. Justo antes de que tuviera su desafortunado accidente en nuestras escaleras.

Dios mío. Las piezas encajaron con una claridad nauseabunda. Eliza no había muerto en un accidente. Había muerto porque había visto lo que yo estaba viendo ahora: el monstruo bajo el traje de Savile Row.

—Ryan... —comencé, insegura de qué iba a decir.

—Cállate. —Me arrastró hacia arriba por mi jersey, la tela estirándose y desgarrándose—. Solo cállate esa boca mentirosa.

Su puño se retiró de nuevo, pero esta vez sucedió algo extraño. Su mano se congeló en el aire, temblando ligeramente. Su rostro se contrajo, no de rabia sino de algo que no había visto antes.

Dolor.

Ryan se tambaleó hacia atrás, una mano agarrándose el pecho. Su respiración había cambiado, volviéndose superficial y rápida.

—¿Qué...? —Jadeó, los ojos abiertos de par en par por la confusión —. ¿Qué está pasando?

Por un momento desconcertante, pensé que estaba fingiendo—otro ardid en su amplio repertorio de manipulaciones. Pero el sudor que perlaba su frente parecía genuino. La palidez que se extendía por su rostro no podía ser simulada.

Se dejó caer de rodillas, sus pantalones caros encontrándose con el suelo polvoriento sin un ápice de preocupación. Su mano seguía presionada contra su pecho, los dedos extendiéndose.

—April —dijo, mi nombre roto y extraño—. Algo va mal.

Y entonces sucedió lo impensable.

Ryan Lark—el hombre que había mantenido a mi madre encadenada durante días, que me había humillado por diversión, que había basado su vida en un férreo control—comenzó a llorar.

No fueron lágrimas bonitas y cinematográficas que bajaran noblemente por sus pómulos cincelados. Fueron sollozos feos, convulsivos, que sacudieron todo su cuerpo. Mocos, saliva y sonidos crudamente animales.

—No puedo... —Tragó saliva entre sollozos—. No puedo perder de nuevo.

Quedé mirando, hipnotizada por esta implosión de humanidad. Su compostura no solo se había resquebrajado; había detonado, no dejando nada excepto una ruina temblando sobre madera de importación.

—Todos se van —gimió, palabras que había escuchado antes, durante nuestro primer enfrentamiento hace meses—. Todos siempre se van.

El cuchillo me llamaba desde debajo de la cama. Un movimiento rápido y podría terminar esto: hundir acero en su cuello y ver su sangre mezclarse con la de mi madre en estas sábanas caras.

Pero algo me detuvo. No la misericordia. No la amabilidad. Quizás solo la realización práctica de que un Ryan muerto no podría llevarme a Mamá.

—Cuéntame dónde podría haber ido —dije, mi voz más firme de lo que me sentía—. Si consiguió escapar de alguna manera. ¿Adónde intentaría ir?

Levantó la vista, su rostro manchado y extraño por la emoción. Por primera vez desde que lo conocía, Ryan Lark parecía genuinamente

humano.

Y de alguna manera, eso era más aterrador que cualquier cosa que hubiera venido antes.

El silencio se instaló entre nosotros, roto únicamente por la respiración entrecortada de Ryan. El hombre que había parecido intocable ahora lucía pequeño, encorvado sobre sí mismo en el suelo de esta habitación de prisión. La dinámica del poder había cambiado, aunque no sabía muy bien hacia qué nueva configuración.

—Podría estar intentando volver a casa —dijo finalmente, la voz ronca por su arrebato—. A Larch Crescent.

Asentí, procesando esto. Mamá se dirigiría a territorio familiar si pudiera. A casa. A la seguridad. Al lugar que habíamos compartido durante años mientras yo construía mi casa de mentiras.

—¿Cómo llegaría allí? —pregunté—. No tiene dinero, no tiene teléfono. Su coche, Dios sabe dónde.

—En autobús, quizá. Hay una parada a media milla de aquí —la mano de Ryan seguía descansando sobre su pecho, pero su respiración se había calmado—. O podría haber parado a alguien. Alguien podría haberla visto y…

Se quedó sin palabras, ambos imaginando a Mamá —desorientada, posiblemente delirando— intentando explicar su situación a desconocidos. ¿Cómo iría esa conversación? «Hola, he sido secuestrada por el novio de mi hija, ¿podrías señalarme hacia Longwell Green?»

Ryan se incorporó usando el marco de la cama, sus movimientos rígidos y torpes como los de un anciano. La transformación fue desconcertante —este depredador pulido reducido a una vulnerabilidad torpe.

—Tenemos que moverte —dijo, enderezándose la camisa con las manos temblando—. Antes de que intervenga la policía.

—¿Moverme a dónde?

—A algún lugar seguro. Hasta que la encontremos —su mirada se desvió hacia las esposas ensangrentadas—. Tengo una propiedad en Bath. Más privada que esta.

La implicación quedó flotando entre nosotros. Otra prisión. Otra cama. Otra esposa, quizá.

Algo caliente se deslizó por mi mejilla, y me di cuenta con horror de que estaba llorando. No por miedo ni dolor, sino por la futilidad abrumadora de todo aquello. Mamá estaba en algún lugar afuera, posiblemente muriendo sin su medicación, mientras yo estaba sentada en su prisión discutiendo mi traslado a otra.

—Solo quería que sobreviviéramos —susurré, la confesión derramándose sin que pudiera evitarlo—. Las facturas seguían llegando. La electricidad seguía amenazando con desconectarse. Sus prescripciones seguían siendo cada vez más caras.

Ryan me observaba, su rostro ilegible ahora que había metido sus propias emociones de vuelta en el compartimento del que habían escapado.

—Así que decidiste que el dinero de otras personas debería resolver tus problemas.

—Apunté a hombres que podían permitírselo —incluso para mis propios oídos, la justificación sonaba patética—. Hombres que tenían

tanto que no echarían de menos lo que les tomé.

—¿Y eso lo hace aceptable? —Enderezó su corbata, otra pieza de su armadura deslizándose de nuevo en su lugar.

—No —admití, demasiado agotada para más mentiras—. Pero lo hizo necesario.

Ryan se dirigió a la ventana, mirando por una rendija en las cortinas hacia la noche. Su perfil dibujaba un contorno agudo contra la tela —todo ángulos y bordes, como si hubiera sido construido en lugar de nacido.

—Si ella muere —dijo tranquilamente—, ambos lo perdemos todo.

La declaración era fáctica, desprovista de emoción. Si Mamá moría, Ryan se enfrentaría a una investigación por asesinato. Yo me enfrentaría no solo a su pérdida sino a mi complicidad en crear la situación que llevó a ella.

—¿Morirá? —La pregunta fue pequeña e infantil.

Ryan se volvió, su rostro medio en la sombra. —Dos semanas sin medicación. Deshidratación. Estrés. Trauma —se encogió de hombros, el gesto casi disculpador—. El cuerpo humano puede resistir cosas notables, pero tiene límites.

Retorcí mis manos en mi regazo, tirando de hilos sueltos en mi suéter. —Lo siento —dije, las palabras inadecuadas pero genuinas—. Por empezar todo esto. Por traerte a nuestras vidas.

—El remordimiento te queda extraño —observó, su cabeza ligeramente ladeada—. Como ropa prestada.

Afuera, una sirena de policía aulló a lo lejos, subiendo y bajando mientras se movía por las calles. Ambos nos congelamos, escuchando, hasta que se desvaneció.

—Tenemos que irnos. —Ryan se movió hacia la puerta—. Ahora.

Me puse de pie con las piernas inestables, las costillas doliendo donde su puño había conectado. —¿Y si no podemos encontrarla?

Se detuvo en el umbral, su mano en el pomo de la puerta. Por un momento, entreví algo parecido a un auténtico arrepentimiento en sus ojos.

—Entonces que Dios nos ayude a ambos.

Capítulo 35

Meg

El dolor tenía un efecto esclarecedor. Despojaba la apariencia, las convenciones sociales, las mentiras cotidianas que nos contábamos sobre quiénes éramos y de qué éramos capaces. Después de días esposada a la cama de invitados de Ryan Lark, había descubierto verdades sobre mí misma que ninguna cantidad de terapia ni reflexión embriagada en vino habría podido revelar.

Estaba dispuesta a desgarrarme la piel para sobrevivir.

La esposa había sido mi compañera constante, sus dientes de metal royendo mi muñeca hasta que la carne cedió a algo más profundo, algo primario. La sangre se había convertido en un fluido corporal más que había entregado a esas sábanas caras – la dignidad hacía tiempo abandonada junto a la esperanza.

Mi lengua se sentía como una moqueta vieja, mis pensamientos fracturándose en piezas de puzle que se negaban a conectar.

—Levántate, Margaret —me había susurrado a mí misma, las palabras raspándome la garganta. La voz de mi abuela, no la mía. La mujer que había sobrevivido al Blitz por pura obstinación, que había mirado a las bombas nazis con el mismo desdén que mostraba a los vendedores puerta a puerta.

La esposa había brillado débilmente en la poca luz que se filtraba a través de las cortinas. Había pasado horas examinándola, trazando cada milímetro de su circunferencia, buscando debilidades en su diseño o sujeción. Sin encontrar ninguna.

Mi mano libre había temblado mientras tocaba el anillo en carne viva donde el metal se unía a la piel. La sangre se había coagulado en

una pulsera pegajosa, casi decorativa si ignorabas las circunstancias de su creación. Casi.

Una idea se había formado, terrible en su sencillez. Si el hueso no podía atravesar la circunferencia de la esposa, quizás solo la carne pudiera. Si me quitaba suficiente.

—Has perdido completamente la cabeza —me había dicho a mí misma, mi voz crepitando como estática de radio antigua.

Pero ¿no la había perdido? Días de aislamiento, de humillación sistemática, de ver mis funciones corporales convertirse en actuaciones públicas para un único espectador. La cordura parecía un lujo que pertenecía a otra vida.

Me había apoyado los pies contra el cabecero, posicionando mi cuerpo en un ángulo incómodo que maximizara la presión en mi muñeca. Entonces había tirado.

El dolor había trascendido categorías, convirtiéndose en algo elemental y puro. Había mordido la almohada para ahogar sonidos que no eran del todo humanos, que pertenecían a una etapa evolutiva anterior donde el lenguaje aún no se había desarrollado para esta variedad específica de agonía.

La sangre hacía el metal resbaladizo, creando tanto resistencia como lubricación. Había seguido tirando, mis músculos tensándose contra el hueso y el metal y la razón misma.

Habían pasado minutos, u horas – el tiempo se había disuelto en un concepto teórico en lugar de una entidad medible. Mi visión se había reducido a puntitos de luz rodeados de una creciente oscuridad.

Algo había cedido. No la esposa – esa permanecía tercamente intacta, un testimonio de quienquiera que hubiera diseñado tales sujeciones efectivas. No, lo que había cedido era yo. La capa externa de mi muñeca, desprendiéndose como cáscara de fruta.

Había hecho una pausa, jadeando. Las náuseas se me habían subido por la garganta, pero nada había sido expulsado. La habitación se había inclinado y girado, la gravedad convirtiéndose en una sugerencia más en lugar de ley.

—Casi está —me había mentido a mí misma, como lo había hecho durante años de calamidad financiera. —Solo un poco más.

Mi mano se había deslizado fractoriamente a través del círculo de metal, estimulada por sangre y piel desgarrada. Había rotado mi muñeca, ignorando el rayo incandescente que me recorría el brazo con cada milímetro ganado.

En esos momentos, había comprendido a los celotes que se royeron las extremidades atrapadas en accidentes en la naturaleza. Comprendido a las madres que levantaban coches para liberar a sus hijos atrapados. Las limitaciones del cuerpo eran en gran parte ficción, resultó. El dolor era solo información, e información podía ignorarse cuando la supervivencia dependía de ello.

Con un sonido repugnante – húmedo y orgánico e incorrecto – mi mano se había deslizado libre, dejando un tributo carmesí a la desesperación en las sábanas de algodón egipcio de Ryan.

Me había caído de la cama, mis piernas negándose a cooperar después de dos semanas de inactividad forzada. El suelo se me había abalanzado al encuentro, madera contra hueso, un reencuentro de superficies que no deberían haberse encontrado.

La libertad había sabido a monedas de cobre y derrota.

Pero era libre.

La realización golpeó con efecto retardado. Libre de la esposa, de la cama, de la tortura meticulosa de Ryan disfrazada de hospitalidad.

Ahora solo tenía que salir de la casa, encontrar a April y sobrevivir al daño permanente que todos esos días sin medicación habían hecho a mi organismo.

Simple, really. If you ignored the impossible parts.

El camino a casa existía en mi memoria como fragmentos — brillantes, dolorosos fragmentos que cortaban cuando se examinaban con demasiada atención.

Había bajado las impecables escaleras de Ryan tambaleándome. Una búsqueda del tesoro macabra para quienquiera que me siguiera. Mis piernas funcionaban por memoria más que por fuerza, cada paso una negociación entre la gravedad y la fuerza de voluntad.

Un cajón de la cocina había ofrecido paños de té — con monograma, naturalmente — que me había enrollado alrededor de la muñeca mutilada. El algodón blanco prístino se tornó escarlata en segundos. Me había guardado dos cuchillos en el bolsillo. No para Ryan. Para la oscuridad que esperaba fuera.

El aire nocturno me había golpeado como un juicio — frío, indiferente, absoluto. Las estrellas giraban sobre mi cabeza, inalteradas por mi quincena de cautiverio. La luna observaba con la misma indiferencia con que había contemplado criaturas prehistóricas arrastrándose desde la sopa primordial.

Bristol se había extendido ante mí, un laberinto de calles y extraños. Casa parecía tan distante como esas estrellas.

—Un pie, luego el otro — me había dicho a mí misma, mi voz desconocida después de días sin uso. —Locomoción básica.

Dominaste esta habilidad hace aproximadamente cuarenta y cuatro años.

Un taxista que pasaba frenó, luego aceleró al verme — una mujer con los ojos desencajados en ropa de dormir sucia, un brazo envuelto en trapos ensangrentados.

No puedo culparlo, la verdad. Yo también habría pasado de largo.

El conductor del autobús nocturno mostró más valor, o quizá menos discernimiento.

—¿Hospital? — había preguntado, no sin amabilidad, mientras yo rebuscaba cambio descubierto en un cuenco decorativo cerca de la puerta de Ryan.

—Casa — había corregido, la palabra emergiendo tan reverente como una oración.

La ciudad había deslizado más allá de las ventanas — tiendas cerradas por la noche, juerguistas tambaleándose entre bares, gente normal viviendo vidas normales. Yo había apoyado mi frente contra el cristal frío, observando mi aliento crear y luego borrar círculos fantasmagóricos.

La Heathfields Estate nunca había lucido tan hermosa. Mi camino de hormigón, mi puerta blanca con pintura descascarada. Mi casa, mi santuario, mi línea de meta después de una maratón a través del infierno.

La llave — escondida bajo la maceta de lavanda, donde guardábamos una de repuesto desde que April tenía doce años — giró con una facilidad sorprendente.

—¿April? Mi voz había resonado a través de habitaciones que se sentían simultáneamente familiares y extrañas. — ¿April, cariño?

Nada. El silencio tenía una cualidad especial — no la ausencia temporal de alguien que ha ido a hacer un recado, sino el vacío resonante del abandono.

La puerta del dormitorio de ella estaba entreabierta. Dentro, los cajones colgaban abiertos, su contenido desordenado. La cama seguía sin hacer, las sábanas enredadas como si se hubiera ido deprisa. O la hubieran llevado.

Mi visión se había nublado, oscurecida en los bordes. Los días sin medicación se hacían notar — mi corazón palpitando, mi presión arterial probablemente aproximándose a números incompatibles con la conciencia.

El teléfono fijo había parecido enorme en mi mano temblorosa, los números oscilando mientras marcaba. Tres dígitos. Solo tres. Mi dedo se había posado sobre el final, dudando.

¿Qué les diría? ¿Que mi novio me había mantenido esposada a una cama durante dos semanas? ¿Que había escapado desollándome la propia muñeca? ¿Que April está desaparecida, posiblemente en peligro del mismo hombre que coleccionaba el sufrimiento de mujeres como otros coleccionaban vinos?

—Que le den — había murmurado, pulsando el número final.

La voz del operador había sonado imposiblemente joven, imposiblemente normal. — Emergencia, ¿qué servicio?

—Policía — había croado, mi garganta constriñéndose alrededor de la palabra.

—¿Cuál es su emergencia?

¿Por dónde empezar? ¿Con las estafas de April? ¿Con la venganza de Ryan? ¿Con mi propia complicidad en crear las circunstancias que habían llevado a este momento?

—He sido secuestrada — había dicho, la declaración bizarra en su simplicidad. — Mantenida en cautividad durante días por Ryan Lark. Dirección diecisiete Wellington Square, Clifton. Y mi hija está desaparecida.

—¿Está segura ahora, señora?

Segura. Qué palabra tan inadecuada para el cálculo complejo de peligro y tregua que constituía mi situación actual.

—Estoy en casa — había dicho en su lugar. — Pero vendrá buscando. Y mi hija—

—Se están enviando agentes a su ubicación — la voz había asegurado. — Por favor, permanezca en la línea.

Me había hundido en el suelo de la cocina, espalda contra armarios que habían presenciado dieciséis años de acrobacias financieras. El cable del teléfono antiguo se estiraba, un cordón umbilical hacia cualquier ayuda que pudiera llegar.

—¿Señora? La voz del operador había sonado distante, compitiendo con el flujo de sangre en mis oídos. — ¿Señora, puede decirme su nombre?

—Margaret Weston — había respondido, la versión formal de mí misma sintiendo apropiada para registros oficiales. — Pero tiene a April. Tiene a mi hija.

La oscuridad se había reunido en los bordes de mi visión, presionando hacia dentro con suave insistencia. Mi cuerpo, habiendo cumplido su misión principal de llegar a casa, ahora se estaba rindiendo al daño acumulado del cautiverio.

Lo último que había registrado antes de perder el conocimiento fue luz azul parpadeando a través de la ventana de nuestra cocina, pintando nuestra casa modesta con los colores de la emergencia.

La consciencia regresó como una visita indeseada – intrusiva, exigiendo atención, negándose a captar la indirecta y marcharse. Las baldosas de la cocina marcaban patrones fríos en mi mejilla. En algún lugar lejano, una voz graznaba desde el auricular del teléfono colgante.

—¿Señora? ¿Puede oírme? Los servicios de emergencia están en camino.

Me arrastré hacia arriba, utilizando los tiradores de los armarios como peldaños improvisados. Mi cuerpo se sentía simultáneamente hueco y pesado, una contradicción que tenía todo el sentido en mi estado aturdido. La bayeta alrededor de mi muñeca se había fusionado con la carne desgarrada, creando un compuesto grotesco de algodón y piel.

El tiempo ejecutaba acrobacias peculiares, estirándose y comprimiéndose sin aviso. ¿Había estado inconsciente durante segundos u horas? El reloj digital del microondas ofrecía claridad, sus números rojos pulsando con un brillo acusador: 22:17.

—April —murmuré, el nombre emergiendo arrastrando palabras y extraño. Mi hija estaba en algún lugar por ahí — con él, por su culpa, o huyendo de él. Ninguna de las opciones traía consuelo.

La voz de la teleoperadora continuaba con su tranquilidad metálica desde el auricular caído. Debería esperar aquí. La ayuda estaba llegando. Protocolo estándar para emergencias estándar.

Pero no había nada estándar en Ryan Lark.

Las paredes de nuestro modesto hogar parecían contraerse, el oxígeno enrareciéndose con cada respiración trabajosa. ¿Y si venía aquí primero? ¿Y si ya tenía a April? ¿Y si la policía descartaba mi historia como los delirios de una mujer delirante?

Necesitaba testigos. Vecinos. Gente que pudiera verificar mi existencia antes de que la narrativa de Ryan sobrescribiera la mía.

La puerta principal requirió tres intentos para abrirse, mis dedos torpes y poco cooperativos. Afuera, Larch Crescent brillaba con el ámbar artificial de las farolas, hogares todavía despiertos tras ventanas iluminadas — algunos viendo la televisión, otros preparándose para acostarse, todos inconscientes de la pesadilla viviente tambaleándose en su calle perfectamente ordinaria.

La familia Taylor en el número nueve estaban descargando la compra de su coche — una carrera al supermercado nocturno para un hogar con adolescentes. El verlos — tan absolutamente normales, tan dichosamente ajenos a las esposas y el cautiverio y los hombres que coleccionaban el dolor de las mujeres — hizo que una risa histérica burbujease en mi garganta.

—Ayuda —llamé, la palabra emergiendo poco más que un susurro. Me aclaré la garganta, lo intenté de nuevo—. Señora Taylor. Por favor, ayúdeme.

Levantó la vista, las bolsas de compra suspendidas a media altura. Su expresión cambió de curiosidad vecinal a horror en el espacio entre latidos.

—¿Meg? —Las bolsas cayeron, latas de alubias rodando por el pavimento, sonidos sordos y metálicos—. Dios mío, ¿qué te ha pasado?

Di un paso hacia ella, luego otro. Mis piernas tenían opiniones sobre este plan, ninguna de ellas favorable. El camino de cemento se

inclinó bajo mis pies como la cubierta de un barco en aguas revueltas.

—Necesito encontrar a April —dije, mis palabras espesas e incómodas—. Ryan. Peligroso. Policía llegando.

El señor Taylor se acercó hacia mí, los brazos extendidos como si se aproximase a un animal herido. Su hijo adolescente permanecía congelado junto al coche, la boca abierta, siendo testigo del tipo de drama de vecindario que garantizaría su estatus social durante semanas.

La pérdida de sangre se hizo evidente entonces, una ola de mareos que transformaba el mundo en acuarelas borrosas. Mis rodillas se doblaron con la elegancia eficiente de estructuras portantes subitamente liberadas de requisitos de ingeniería.

Oí gritar a la señora Taylor algo — mi nombre, quizá, o alarma general. Las puertas se abrieron a lo largo de la calle, el crujido de bisagras formando un coro improvisado de la noche. La red de chismes de Heathfields, habitualmente ocupada con fraude de prestaciones y embarazos de adolescentes, ahora movilizándose para algo genuinamente destacable.

—Ha estado desaparecida durante días —dijo alguien — el señor Davis del número quince, creí, aunque los rostros se volvían cada vez más difíciles de distinguir.

—Ese novio suyo debe haber hecho esto —añadió otra voz — definitivamente Joyce desde el otro lado de la calle, su indignación perpetua encontrando finalmente un objetivo legítimo.

Mi mejilla presionaba contra el cemento, frío e inflexible. Sangre se acumulaba bajo mi brazo, formando patrones abstractos que habrían lucido artísticos en cualquier otro contexto. Las voces de mis vecinos se desvanecían y reaparecían.

—La ambulancia está llegando, cariño —dijo la señora Taylor, su cárdigan apareciendo bajo mi cabeza como almohada improvisada—. Aguanta.

Aguanta. Instrucción tan simple. Tarea tan imposible.

En la distancia, nuevas sirenas aullaban — el ritmo distintivo de dos tonos de los vehículos de emergencia británicos, de algún modo reconfortante en su familiaridad. Ayuda aproximándose a velocidad regulada, limitada por leyes de tráfico y física.

Mi visión se estrechó a un túnel, la oscuridad avanzando desde todos lados. Dentro de ese círculo que se estrechaba: el rostro preocupado de la señora Taylor, el cabello teñido de rubio platino de Joyce, el cigarrillo del señor Davis brillando naranja en la oscuridad, y más allá, las casas ordinarias de Larch Crescent.

Casa. Había llegado a casa.

El pensamiento proporcionaba consuelo curiosamente reconfortante mientras la consciencia se me escapaba una vez más, la oscuridad precipitándose adentro, la marea llenando un hueco en la arena. Mi último pensamiento coherente fue sobre April — mi hija ingeniosamente resiliente.

Encontradla. Que alguien la encuentre antes de que él lo haga.

Las sirenas de la ambulancia se hicieron más fuertes, luego desaparecieron por completo; me hundí en la inconsciencia, rodeada de vecinos que probablemente describirían mi aspecto con delectación macabra en cada reunión de Heathfields durante años.

Capítulo 36

April

Las llaves del BMW de Ryan traqueteaban en sus dedos temblorosos. Mi mejilla izquierda se había hinchado. Ahora mareada, el pasillo georgiano se convertía en un espejo de una casa de diversiones, un caos de ángulos y sombras distorsionadas.

—Muévete más rápido —siseó, aunque sus propios movimientos habían perdido su gracia depredadora habitual. El colapso de arriba había rajado algo fundamental en su compostura: grietas microscópicas que se extendían por su perfecta fachada como el hielo bajo presión.

Me aferré a la barandilla, los nudillos blancos contra la caoba pulida. Cada respiración parecía como tragar vidrio roto, pero me obligué a avanzar. En algún lugar, Mum deambulaba por las calles sin medicación, posiblemente muriendo mientras yo fingía ser un pájaro herido en la mansión georgiana de un loco.

—¿Hacia dónde exactamente vamos? —pregunté, mi voz emergiendo espesa a través de los labios partidos.

—Mi propiedad en Bath. Más aislada —ajustó su corbata, aunque su camisa seguía arrugada por nuestro anterior encuentro—. Menos vecinos para escuchar gritos.

Encantador. Nada como una amenaza de muerte para iluminar un paseo nocturno.

La cocina nos llamaba adelante: todas superficies de granito y electrodomésticos que valían más que los coches de la mayoría de la gente. Ryan se dirigió hacia un cajón, presumiblemente buscando

llaves o armas o los accesorios que los sociópatas requerían para traslados improvisados.

Fue entonces cuando lo escuchamos.

El inconfundible aullido de las sirenas de la policía, aproximándose rápido y haciéndose cada vez más ruidosas. No la sinfonía urbana distante de los servicios de emergencia atendiendo los desastres de otras personas, sino algo inmediato, deliberado, viniendo hacia nosotros.

Ryan se congeló, el cajón medio abierto, su cara ejecutando una fascinante secuencia de microexpresiones: confusión, luego algo que se aproximaba al pánico genuino.

—Eso es imposible —murmuró, más para sí que para mí—. Ella no podría haber...

Los neumáticos chirriaron contra el asfalto. Las puertas de los coches se cerraron con autoridad oficial. Las voces gritaban instrucciones en la cadencia cortante de profesionales que habían entrenado para este escenario.

Mum. De alguna manera, imposiblemente, brillantemente, Mum había escapado y llamado a la caballería.

La compostura de Ryan se derrumbó con la eficiencia de una demolición controlada. Su mano se disparó hacia su cabello, desordenándolo aún más. Su respiración se aceleró hacia algo que se aproximaba a la hiperventilación.

—Esto no está sucediendo —dijo, su voz escalando hacia la histeria —. Esto no puede estar sucediendo.

A través de la ventana de la cocina, las luces azules destellaban sobre su jardín perfectamente cuidado como una discoteca desquiciada. El equipo táctico estaba posicionándose: sombras

moviéndose entre los setos ornamentales, rodeando la casa con meticulosidad metodológica.

—Están aquí por mí —dije, sin poder reprimir una sonrisa—. Y por Mum.

Ryan se giró hacia mí, ojos salvajes con la furia de un hombre viendo su mundo hacerse añicos.

El megáfono crepitó a la vida fuera, transformando nuestro enfrentamiento en algo cinematográfico. —Policía armada. El edificio está rodeado. Salid por la puerta principal con las manos visibles.

Ryan rió: un sonido como cristal caro quebrándose contra mármol. —¿Policía armada? ¿Por qué? ¿Una disputa doméstica?

—Secuestro, encarcelamiento falso, agresión —enumeré cargos con dedos magullados—. ¿Continúo? Tengo toda la noche, y aparentemente, ellos también.

Su cara recorrió varios tonos de indignación antes de asentarse en algo que se aproximaba a lo homicida. —¿Crees que esto cambia algo? ¿Crees que la palabra de tu madre significa algo contra la mía?

Otro anuncio retumbó por la noche gentil de Clifton: —Señor Lark, sabemos que está dentro. Queremos resolver esto pacíficamente.

Conocían su nombre. Lo que significaba que Mum no solo había escapado: había confirmado información detallada. Mi madre golpeada había logrado lo que yo no podía: derribar la casa de naipes de Ryan.

Sus movimientos se habían vuelto erráticos, el paseo depredador reemplazado por las gesticulaciones bruscas de alguien cuyos circuitos neuronales se estaban cortocircuitando. Abrió cajones al azar, esparciendo cubertería cara sobre superficies de granito.

—Catorce años —murmuró, tirando de las puertas de los armarios—. Catorce años construyendo mi reputación en esta ciudad.

—Todos arruinados por dos mujeres de una urbanización de protección oficial —observé—. Debe doler.

Lo equivocado que era decir eso. Su mano se cerró alrededor de un cuchillo de trinchar: uno de esos especímenes alemanes que probablemente podría disecar un rinoceronte. La hoja capturó las luces azules destellando a través de sus ventanas, transformándola en algo genuinamente amenazante.

—Debería haberos matado a ambas cuando tuve la oportunidad —avanzó hacia mí con renovada intención—. Habría limpiado la casa adecuadamente en lugar de jugar.

La isla de la cocina se erguía entre nosotros – una barrera de granito que de repente parecía lamentablemente insuficiente. Mis costillas protestaban dolorosamente mientras me desplazaba, buscando ángulos mejores, rutas de escape, cualquier cosa que se pareciera a una ventaja táctica.

Afuera, la presencia policial se intensificaba. Más vehículos. Más voces. El sonido del profesionalismo cerrándose sobre nosotros.

La fortaleza georgiana perfecta de Ryan se había convertido en su trampa, rodeada por representantes de una sociedad que miraba con malos ojos a los hombres ricos que coleccionaban mujeres como trofeos de caza.

La justicia, resultó ser, vestía chalecos antibalas y llevaba documentación en regla.

El cuchillo encontró mi garganta, el brazo de Ryan enroscándose alrededor de mi cintura, una parodia grotesca de abrazo romántico. La hoja presionaba lo suficientemente firme para comunicar una intención seria sin llegar a abrirme realmente la arteria carótida – todavía no.

—Giro fascinante de los acontecimientos —murmuró en mi oído, su colonia registrándose ahora como el equivalente olfativo de un sudario fúnebre—. Aunque sospecho que la noche aún no ha terminado.

El acero alemán se sentía antinaturalmente frío en mi piel, un recordatorio de que la cubertería cara servía múltiples propósitos en manos de alguien con una determinación patológica. Mi pulso martilleaba bajo el borde de la hoja, cada latido una negociación con la mortalidad.

—Te estás haciendo las cosas más difíciles —logré decir, más firme de lo que mis piernas temblorosas sugerían que fuera posible—. A estas alturas tendrán francotiradores. Negociadores. Gente entrenada específicamente para situaciones que implican promotores inmobiliarios empuñando cuchillos.

—Qué tranquilizador. —Su agarre se apretó, tirándome hacia atrás contra su pecho. Por la ventana, antorchas tácticas barrían su jardín como luciérnagas—. Aunque sospecho que mi capacidad de presión acaba de mejorar considerablemente.

El megáfono crepitó de nuevo, más cerca ahora. Profesionales discutiendo trayectorias y líneas de visión en el lenguaje codificado de gente que había ensayado este baile antes.

Ryan nos maniobró hacia el vestíbulo principal, usándome como escudo humano mientras mantenía la relación íntima de su hoja con mi yugular. Cada paso requería una coreografía delicada – sus caros zapatos afirmándose sobre el mármol importado, mis zapatillas

deportivas chirriando sobre superficies que nunca habían conocido tal indignidad.

—Señor Lark. —La voz de afuera portaba la autoridad cansada de alguien acostumbrado a convencer locos de que bajaran de cornisas metafóricas—. Nos gustaría hablar con usted. ¿Puede oírme?

Ryan nos posicionó ante los paneles de cristal esmerilado flanqueando su ridícula aldaba de cabeza de león. Nuestras siluetas serían visibles desde afuera – un cuadro de rehén y secuestrador enmarcado en arquitectura georgiana.

—Le oigo perfectamente —llamó, proyectando la confianza de un hombre dirigiéndose a accionistas más que a policía armada—. Aunque me temo que estoy bastante ocupado en este momento.

—¿Está la señorita Weston con usted? Necesitamos saber que está ilesa.

Una risa borboteó desde algún lugar profundo en mi pecho – inapropiada dadas las circunstancias, pero entonces, ¿qué de esta noche había sido apropiado? —Define ilesa —grité de vuelta, ganándome una presión de advertencia de la hoja.

—Está experimentando algo de molestia —respondió Ryan con fluidez—. Nada que no pueda remediarse mediante una comprensión adecuada de nuestra situación.

La respuesta llegó rápidamente: —¿Qué necesita, señor Lark? Hablemos de esto razonablemente.

—Razonablemente. —La vibración de la risa de Ryan atravesó su pecho e ingresó en mi espalda—. Palabra elegida fascinante. ¿Fue "razonablemente" cuando sus colegas destruyeron mi reputación? ¿Cuando arrastraron mi nombre por cada alcantarilla?

Sentí su respiración acelerarse, su control deslizándose como guantes de cuero caro sobre acero mojado. El cuchillo se tambaleó levemente – no lo suficiente para escapar, pero suficiente para recordarme que los hombres inestables con objetos afilados rara vez mejoraban con el tiempo.

—Nadie quiere que alguien resulte herido esta noche —continuó el negociador, su tono mantenido a esa frecuencia diseñada para calmar animales rabiosos e inversores—. Podemos trabajar en esto juntos.

—¿Juntos? —La palabra fue pronunciada más alta, la incredulidad traspasando su compostura—. ¿Dónde estaba "juntos" cuando estas mujeres destruyeron todo lo que había construido? ¿Dónde estaba "juntos" cuando—?

Se detuvo, recordando el cuchillo en mi garganta, los equipos tácticos posicionados más allá de sus setos cuidadosamente podados. Los instintos profesionales se reafirmaron, aunque su agarre seguía siendo tembloroso.

—Requiero paso seguro —anunció, cada palabra enunciada—. Salida sin obstáculos de estas premisas con la señorita Weston como garantía contra la interferencia.

—No podemos hacer eso, señor Lark. Ya lo sabe.

El silencio se extendió como alambre de piano, la tensión acumulándose con cada segundo no pronunciado. Por el cristal esmerilado, las sombras se movían con eficiencia deliberada – profesionales preparándose para escenarios que no implicaban sospechosos cooperadores.

La mano libre de Ryan se deslizó hacia su bolsillo, extrayendo las llaves del coche. El llavero del BMW atrapó la luz del vestíbulo, guiñando una promesa de escape.

—Entonces tenemos un problema —dijo, su voz bajando a algo íntimo y horrible—. Porque la señorita Weston y yo nos vamos de todos modos. La única variable es cuántas personas sangran en el proceso.

El cuchillo presionó más profundamente, no lo suficiente para cortar pero suficiente para recordar a cualquiera – a mí misma incluida – que Ryan Lark había ido más allá de la negociación hacia un territorio donde las consecuencias se habían convertido en conceptos abstractos.

Afuera, los equipos tácticos se reposicionaron con eficiencia audible. La paciencia profesional tenía sus límites, y nos acercábamos rápidamente a la frontera donde la conversación cesaba y la acción comenzaba.

La garganta se me secó de repente; la proximidad de la hoja habría hecho eso en cualquiera. Sea lo que fuera lo que viniera después determinaría si la fuga de mi madre nos había salvado a ambas o simplemente había retrasado nuestra destrucción varias horas.

La respiración de Ryan se había estabilizado, su control regresando. —¿Vemos lo comprometidos que están los mejores de Bristol con preservar la vida? —susurró contra mi oído.

El megáfono permaneció en silencio, dejando solo el sonido de nuestra respiración compartida y el zumbido distante de una ciudad que no tenía idea de que las vidas de dos mujeres colgaban del equilibrio del orgullo dañado de un hombre.

El cuchillo desapareció de mi garganta, solo para ser reemplazado por algo infinitamente peor – la mano desnuda de Ryan, con sus

dedos cerrándose alrededor de mi tráquea con la deliberación medida de un hombre que claramente había meditado este escenario considerablemente.

—Mucho más íntimo de esta forma —murmuró, su pulgar encontrando el hueco en la base de mi garganta—. El acero es tan impersonal, ¿no te parece?

Mi vía aérea se constriñó incrementalmente, cada milímetro una lección en dinámicas de presión aplicada. No lo suficiente para dejarme inconsciente – todavía no –, pero sí para transformar la respiración de una función automática a un esfuerzo consciente.

—La policía no irrumpirá mientras estés vertical y vocal —continuó conversacionalmente, como si estuviera discutiendo planes para el fin de semana en lugar de estrangulamiento manual—. Pero les preocupa notablemente menos el daño a la propiedad una vez que los rehenes dejan de responder a los controles de bienestar.

Arañé su muñeca, mis uñas raspando sobre su Rolex y su piel manicurada. El gesto fue reflejo en lugar de estratégico – Ryan se había posicionado detrás de mí, utilizando mi propio cuerpo como escudo contra cualquier francotirador ambicioso acechando en su topiaria.

—Shh —susurró, su aliento cálido en mi oído—. No hay necesidad de dramatismo. Simplemente estamos teniendo una conversación sobre tu futuro inmediato. O mejor dicho, la ausencia conspicua del mismo.

La presión aumentó, mi visión adquiriendo esa cualidad brillante que sugería privación de oxígeno. A través del cristal esmerilado, las sombras continuaban su ballet profesional – equipos tácticos manteniendo posición, negociadores probablemente consultando diagramas de flujo sobre tasas de bajas aceptables.

—Ves, April —la voz de Ryan había adquirido una cualidad casi onírica, como alguien describiendo unas vacaciones particularmente agradables—, he tenido considerable tiempo para contemplar tu papel en los eventos recientes.

Mis rodillas cedieron ligeramente, su agarre lo único que evitaba el colapso completo. El pasillo se inclinaba en ángulos peculiares, las proporciones georgianas distorsionándose en algo de una pesadilla de Tim Burton.

—La fuga de tu madre fue… inesperada —continuó, ajustando su agarre—. Mujer ingeniera. Debe ser genético. Aunque sospecho que tus talentos se inclinan más hacia el engaño que hacia la autopreservación.

Conseguí soltar una risa estrangulada – probablemente no la respuesta más sensata en las circunstancias, pero la histeria tenía su propia lógica—. Se hereda en la familia —jadeé.

—En efecto. Lo cual nos lleva a la oportunidad educativa de esta noche. —Su mano libre acarició mi cabello con una ternura grotesca —. Me seleccionaste a mí, April. Me elegiste específicamente como viudo vulnerable apto para extracción financiera. Un comportamiento bastante depredador, ¿no te parece?

La ironía no se me escapaba – ser sermoneada sobre comportamiento depredador por un hombre que me estaba estrangulando en su propio pasillo mientras la policía rodeaba las instalaciones. Aunque señalarlo parecía desaconsejable dada mi situación respiratoria comprometida.

—La justicia, sin embargo, a menudo es poética en su implementación. —Las palabras de Ryan llevaban la satisfacción de alguien resolviendo un crucigrama particularmente desafiante—. El cazador se convierte en la presa. El manipulador se convierte en el manipulado. El viviente se convierte en el… bueno, ya entiende dónde termina esta metáfora.

Afuera, el megáfono crepitó nuevamente. —Señor Lark, necesitamos escuchar a la señorita Weston. ¿Puede ponerla?

El agarre de Ryan se aflojó fraccionalmente, permitiendo que el oxígeno precioso inundara mis pulmones hambrientos. —¿Qué deberíamos decirles, April? ¿Que estás disfrutando nuestro reencuentro? ¿Que finalmente has encontrado la relación que has estado buscando durante toda tu carrera profesional?

Aspiré aire ávidamente, mi garganta ardiendo donde sus dedos habían comprimido cartílago. —Diles… —jadeé—, diles que eres exactamente lo que creía que eras. Un hombrecillo patético que lastima mujeres porque el mundo no reconocerá su mediocridad inconmensurable.

Respuesta equivocada. Su mano se apretó instantáneamente, cortando mi suministro de aire con renovado entusiasmo. Esta vez, la presión se sentía diferente – menos controlada, más personal. La fina capa de civilidad que había mantenido se estaba evaporando.

—Esta noche, April —susurró, adquiriendo un filo que pertenecía en libros de texto psiquiátricos—, vas a experimentar lo que tu madre soportó. La indefensión. La degradación. La realización gradual de que tu vida pertenece enteramente a alguien más.

Mi visión se estrechó a alfileres, la oscuridad cerrándose desde todos lados. A través del túnel menguante de consciencia, podía escuchar los equipos tácticos reposicionándose afuera – botas sobre grava, charla de radio, los sonidos de profesionales preparándose para la violencia.

—Y entonces —la voz de Ryan parecía provenir de muy lejos ahora —, vas a morir. Lentamente. Personalmente. Con el conocimiento completo de que tu madre pasará el resto de su vida sabiendo que no pudo salvarte.

Capítulo 37

April

Fue entonces cuando Ryan se desmoronó de verdad —no con el dramatismo de los villanos de novelas de bolsillo, sino con el colapso silencioso de un hombre cuya identidad entera estaba construida a partir de tejidos caros y del miedo ajeno.

Sus dedos se aflojaron alrededor de mi garganta. Tambaleándose hacia atrás, su rostro se torció en algo casi infantil. La transición fue desconcertante —de depredador de ojos fríos a estar hecho un mar de lágrimas en el tiempo que la mayoría de los hombres tardan en decidir qué cerveza artesanal los hace parecer interesantes.

—No se suponía que escapara —murmuró, al parecer olvidándose de que yo existía—. No es posible. No con las— Hizo un movimiento circular con el dedo, imitando las esposas que no habían logrado contener a mi madre.

Me pegué contra la pared, calculando la distancia hasta la puerta. Mis costillas protestaban con cada respiración —recuerdos de nuestro enfrentamiento anterior.

Ryan se desplomó sobre sus rodillas en el suelo de mármol importado, un cuadro absurdo de miseria cara. Las lágrimas surcaban su rostro, dejando rastros a través de la máscara de compostura que había mantenido durante semanas. Se veía ordinario cuando lloraba —no el elegante sociópata que nos había atormentado, solo un hombre de mediana edad teniendo un colapso sobre un piso innecesariamente caro.

—Le di todo —susurró, sus manos temblando mientras se cubrían la cara—. Comida. Agua. Las necesidades básicas. —Asomó la mirada

entre los dedos hacia alguna audiencia invisible—. Fui misericordioso.

La voz del negociador de policía flotó a través de la puerta: —Señor Lark, necesitamos confirmación verbal de que la señorita Weston no está herida.

Ryan no parecía escuchar. Se balanceaba ligeramente ahora, sus zapatos italianos dejando marcas en el mármol que lo hubieran horrorizado en cualquier otra circunstancia.

—Eliza también se fue —dijo, la incongruencia colgando entre nosotros como algo rancio—. Igual que tu madre. Igual que todos. —Su risa fue húmeda y extraña—. Aunque Eliza no llegó muy lejos, ¿verdad?

Mi piel se erizó; la implicación se asentó. El «accidente» de Eliza de repente pareció menos accidental.

—Ryan —dije, con más firmeza de la que el temblor de mis piernas sugería que fuera posible—, la policía está esperando.

Su cabeza se levantó de golpe, sus ojos encontrando los míos. Por un momento, vislumbré al empresario que había construido un imperio sobre la crueldad —un destello del depredador detrás de las lágrimas.

—Tú —gruñó, levantándose de un salto—. Tú lo arruinaste todo.

Me lancé hacia un lado mientras se abalanzaba, su hombro estrellándose contra la pared donde yo había estado de pie. El impacto pareció alimentar su furia más que disminuirla. Se giró, su rostro transformado en algo salvaje.

—Tenía planes —escupió y avanzó de nuevo—. Un arreglo perfecto. Tú sirviéndome. Tu madre proporcionando ventaja. —Sus manos se

formaron en garras, extendiéndose hacia mi garganta—. Una ecuación equilibrada.

Retrocedí hacia la cocina, buscando armas, distancia, cualquier cosa que pudiera prevenir la estrangulación por un hombre cuyo traje costaba más que el coche de mi madre.

—La policía sabe lo que le hiciste a mamá —dije, jugando mi única carta.

La risa de Ryan contenía todo el calor de un congelador de morgue. —¿El testimonio de tu madre contra el mío? ¿Una mujer confundida, médicamente comprometida, frente a un empresario respetado? — Se enderezó los puños —un gesto tan incongruentemente normal que rondaba lo cómico—. ¿Quién crees que creerá la policía más refinada de Bristol?

Tenía razón. El sistema de justicia siempre ha tenido un punto ciego en lo que respecta a los hombres blancos adinerados.

—Estás llorando —asentí hacia su rostro mojado de lágrimas—. No es muy propio de un empresario respetado.

Dicho equivocado. Su expresión se desmoronó en algo primitivo — una furia en bruto sin templar por el condicionamiento social o la humanidad básica. Se abalanzó sobre mí, haciendo que nos estrelláramos contra la isla de la cocina. Los bordes de granito se conectaron con mi columna vertebral, el dolor floreciendo como flores tóxicas a lo largo de mis vértebras.

Me retorcí cuando sus manos agarraron nuevamente mi garganta, mi codo golpeando una garrafa de cristal —uno de esos recipientes absurdamente caros que probablemente contenía un whisky escocés más viejo que mi carné de conducir. Se tambaleó, haciéndose añicos contra el suelo de mármol en una explosión de cristal y líquido ámbar.

El impulso de Ryan nos llevó a ambos contra su mesa de comedor, la madera antigua gimiendo en protesta antes de ceder con un crujido espectacular. Nos desplomamos a través de ella, extremidades enredadas, rodeados de astillas de caoba y fragmentos de cristal que captaban las luces azules de la policía todavía parpadeando afuera.

La pieza central de cristal de la mesa —alguna escultura modernista —se desintegró bajo nosotros, fragmentos dispersándose por baldosas importadas como diamantes sobre terciopelo.

Nos quedamos congelados allí, rodeados de destrucción, ambos respirando con dificultad, ambos sangrando de una docena de pequeños cortes. El hogar perfecto de Ryan yacía en ruinas a nuestro alrededor —una metáfora apropiada para la vida que había construido a partir del dolor ajeno.

En el silencio repentino, la voz del negociador pareció anormalmente fuerte: —Señor Lark, vamos a entrar. Esta es su última advertencia.

Los ojos de Ryan se encontraron con los míos a través de los escombros —azul hielo ahora nadando en algo que nunca había visto allí antes.

Miedo.

El suelo bajo mis pies parecía una excavación arqueológica —capas de muebles rotos, cristal y arrepentimiento caro. La sangre goteaba de los cortes superficiales en mis brazos, tibia contra la piel convertida en fría por el miedo y el cálculo.

Ryan se erguía sobre mí, su silueta dentada bajo las luces azules intermitentes desde el exterior. Su traje impecable estaba desaliñado en marcado contraste con su habitual apariencia tan pulcra.

—Levántate —dijo, su voz ronca por los gritos o quizá por cualquier dique emocional que se hubiera roto en su interior poco antes—. Nos vamos por la parte trasera.

Mis dedos se arañaban contra el suelo, encontrando astillas, tela, y luego —algo gloriosamente afilado. Un trozo de cristal del centro de mesa roto, su borde captando las luces policiales.

Mantuve mi cara neutral mientras cerraba la mano en torno a él, el cristal mordiendo mi palma con la suficiente presión para comunicar peligro pero no tanta como para seccionar tendones. Los estafadores profesionales comprendían los indicios físicos —cómo fabricarlos, cómo suprimirlos. Ahora mismo, mi cuerpo necesitaba comunicar terror indefenso mientras mi mente trazaba una liberación desorganizada.

—No puedo —susurré, inyectando un temblor en mi voz—. El tobillo —creo que está roto.

Ryan entornó los ojos, que se convirtieron en dos rendijas azules y suspicaces en una cara cada vez más desconocida. El empresario sereno había desaparecido por completo, reemplazado por algo salvaje envuelto en una carcasa de diseño.

—Conveniente —escupió, aunque la duda parpadeó a través de sus facciones.

Los depredadores tenían un instinto para la debilidad, y mi actuación sugería una vulnerabilidad genuina.

Me agarré la pierna, contorsionando mi cara con agonía manufacturada. —Por favor, necesito un minuto.

La voz del negociador continuó con su cadencia profesional, aunque las palabras en sí estaban amortiguadas a través de las caras paredes georgianas. El equipo táctico se mantenía a distancia —aún evaluando, aún planificando.

La vacilación de Ryan duró dos latidos del corazón antes de que el cálculo triunfara sobre la cautela. Se agachó junto a mí, su mano alargándose hacia mi brazo para levantarme.

—No hay más minutos —siseó—. No hay más negociaciones. Vienes con—

Me volví flácida, mis ojos rodando hacia atrás, cuerpo desplomándose contra los escombros. El clásico desmayo —una técnica que había perfeccionado años atrás para escapar de conversaciones incómodas con víctimas que se habían vuelto demasiado exigentes. Nada desarmaba más rápido que la sugerencia de que podrías requerir atención médica.

Ryan maldijo, dándome golpecitos en la mejilla. —¿April? No ahora, por el amor de Dios. ¡April!

Su frustración se acumulaba con cada súplica sin respuesta, su compostura se resquebrajaba aún más mientras las órdenes de la policía continuaban. Me enfoqué en mantener mis facciones completamente laxas mientras mis dedos reposicionaban el trozo de cristal para un despliegue óptimo.

—Esto es absurdo —murmuró Ryan, su voz inclinándose hacia el pánico. Esta vez me abofeteó de verdad, con la fuerza suficiente para hacerme castañetear los dientes.

Permanecí perfectamente quieta, con los pulmones ardiéndome por el esfuerzo de respirar superficialmente, contando sus intentos cada vez más frenéticos de reanimarme. Los estafadores profesionales saben medir los tiempos. Sabían cuándo actuar y cuándo esperar.

Ryan se inclinó más cerca, con la oreja pegada a mi boca para comprobar si respiraba. Su colonia —una vez sofisticada, ahora empalagosa— llenó mis fosas nasales. Su guardia completamente bajada, atención enfocada en determinar si realmente había perdido la conciencia.

Perfecto.

Surgí hacia arriba, el trozo de cristal liderando el camino. Mi mano libre se enredó en la delantera de su camisa, tirando de él hacia mí. El arma improvisada buscaba carne vulnerable.

Ryan reaccionó con una velocidad inesperada, dándose la vuelta bruscamente, pero no lo suficientemente rápido como para evitar el contacto completamente. El cristal lo alcanzó en la parte inferior del abdomen y se deslizó entre la chaqueta y la camisa hasta encontrar la carne blanda.

Su cuerpo se puso rígido, un sonido ahogado emergiendo desde algún lugar profundo en su pecho. No era exactamente dolor, ni exactamente sorpresa —algo más primario, más instintivo. El reconocimiento de la invasión.

El tiempo pareció cristalizarse a nuestro alrededor, cada segundo estirándose en una eternidad incómoda. Su expresión cambió de shock a incredulidad a respeto. La apreciación profesional de un depredador por la competencia inesperada de otro.

—Realmente lo hiciste —comenzó, mirando hacia abajo donde mi mano permanecía presionada contra su estómago, el cristal desaparecido entre capas de tela cara.

La sangre florecía a través de su camisa impecable, extendiéndose, una prueba de Rorschach para los inclinados hacia la violencia. Su mano se movió hacia la herida con extraña delicadeza, sus dedos quedando manchados de carmesí.

Miró fijamente sus dedos ensangrentados, como si examinara evidencia de la escena de un crimen de otro. Entonces su mirada encontró la mía de nuevo, sus ojos azules de repente más claros de lo que habían estado toda la noche.

—Bien jugado —susurró, su voz extrañamente calmada—. No pensé que lo tuvieras en ti.

Me alejé gateando, el cristal aún agarrado en mis dedos sangrantes, manteniendo distancia entre nosotros mientras Ryan se hundía de rodillas entre los escombros de su comedor. Su mano presionada contra su abdomen, la sangre goteando entre dedos manicurados.

La voz del negociador continuó, inconsciente del cuadro que se desplegaba dentro de estas paredes georgianas. Ryan Lark —promotor inmobiliario, viudo, monstruo profesional— de rodillas en una ruina de cristal y caoba, luciendo extrañamente pacífico a pesar de la mancha cada vez mayor a través de su camisa hecha a medida.

Y yo —April Weston, estafadora profesional, hija, liberadora reticente — en pie entre la destrucción que había ayudado a crear, sangre goteando de un arma improvisada que finalmente había inclinado la balanza entre depredador y presa.

Ryan tropezó hacia atrás, sus caros zapatos resbalando en el mármol empapado de sangre. La mancha carmesí que atravesaba su camisa se había expandido hasta adquirir una forma que recordaba al arte abstracto —el tipo de arte que se vende por millones porque nadie quiere admitir que no lo entiende.

—Lo has arruinado todo —jadeó, aunque fuera incierto si se refería a su camisa, su casa o a su existencia completa. Probablemente a los tres, conociendo las prioridades de Ryan.

No esperé a que elaborara más sobre sus divagaciones filosóficas. La puerta principal me hacía señas, la salvación envuelta en arquitectura georgiana, y no tenía intención de perder mi cita con la libertad. Mis piernas recordaban cómo funcionar —era sorprendente lo que la adrenalina y la perspectiva de no ser asesinada podían hacer por las propias habilidades motoras.

Detrás de mí, Ryan emitió un sonido que se situaba entre el de un animal herido y el de un empresario descubriendo que su contable había estado malversando fondos. Había oído sonidos similares de mis víctimas cuando se daban cuenta de que la princesa del fondo fiduciario era en realidad una graduada de una zona obrera con gustos caros para personas ficticias.

—¡April! —Su voz se quebró como la de un adolescente, toda autoridad evaporándose junto con su presión arterial. —No puedes simplemente—

Pero absolutamente podía, y absolutamente estaba haciéndolo. Mis zapatillas de deporte encontraron tracción en su mármol importado, impulsándome hacia el pasillo con la gracia de alguien que había pasado años huyendo de situaciones incómodas. Aunque, admitámoslo, la mayoría de esas situaciones habían involucrado hombres decepcionados en habitaciones de hotel, no psicópatas sangrantes en mansiones georgianas.

La puerta principal se alzaba frente a mí, su aldaba en forma de cabeza de león mirándome con desaprobación aristocrática. Hasta la herrería de esta casa era prejuiciosa. Agarré el pomo, metal frío bajo mi palma, y tiré.

Nada. La maldita cosa estaba cerrada.

—¿Buscas esto? —La voz de Ryan flotó detrás de mí, seguida del tintineo musical de las llaves. Se había recuperado lo suficiente para ponerse de pie, aunque se movía como alguien audicionando para una película de zombis con un presupuesto particularmente ajustado.

Me giré para encontrarlo balanceándose en el pasillo, una mano presionada contra su abdomen, la otra sosteniendo su precioso llavero. La sangre había convertido su camisa blanca en algo que Jackson Pollock podría haber creado durante un cambio de humor particularmente violento.

—Sabes —dijo conversacionalmente, como si estuviéramos discutiendo el clima en lugar de mi muerte inminente—, realmente debería darte las gracias. Esta velada ha sido bastante educativa.

—Encantada de contribuir a tu crecimiento personal —respondí, retrocediendo hacia la puerta. Los paneles de cristal esmerilado se sentían frescos contra mis omóplatos. Podía oír a los equipos tácticos reposicionándose —botas sobre grava, transmisiones de radio, los sonidos de profesionales preparándose para hacer algo dramático y posiblemente explosivo.

Ryan dio un paso más cerca, las llaves balanceándose hipnóticamente. —Me has enseñado algo valioso sobre subestimar a los adversarios. Un error que no volveré a cometer.

—Bastante académico ahora, ¿verdad? —Hice un gesto hacia su expansión de moda carmesí. —A menos que estés planeando un cambio de carrera como desangrador profesional.

Se rió. —Siempre la comediante. Incluso cuando estás a punto de—

La puerta principal explotó hacia adentro.

No metafóricamente. Literalmente explotó, en una lluvia de madera georgiana astillada y cristal esmerilado muy caro. Me lancé hacia un

lado mientras la policía armada se inundaba a través de la abertura como una crecida particularmente violenta, su equipo táctico reluciendo bajo la araña pretenciosa de Ryan.

—¡Policía armada! ¡Todos al suelo! ¡Ahora!

El pasillo se llenó de gritos, miras láser y suficiente testosterona para potenciar una pequeña zona industrial. Ryan soltó las llaves con un tintineo metálico que de alguna manera consiguió sonar caro incluso en la derrota.

Me presioné contra la pared, las manos levantadas. Los agentes se arremolinaron alrededor de nosotros, avispas enfadadas en Kevlar. Una de ellas —una mujer cuya voz atravesaba el caos con la autoridad de alguien acostumbrada a ser obedecida— tomó el control con una eficiencia magnífica.

—¡Sospechoso neutralizado! ¡Médico en el lugar! ¡Despejar las habitaciones!

Ryan se arrodilló entre los escombros de su vida perfecta, sangre acumulándose bajo él, rodeado de representantes de un sistema de justicia que había pasado años creyendo que estaba por encima. Su rostro tenía una expresión peculiar —no del todo derrota, no del todo alivio, pero algo que se aproximaba al respeto profesional por un juego bien jugado.

El equipo táctico aseguró la escena. Capté la mirada de Ryan una última vez. Seguía sonriendo, aunque fuera incierto si era por la pérdida de sangre o por diversión genuina.

—Bien jugado, efectivamente —susurró, justo antes de que la conciencia lo abandonara completamente.

El gran Ryan Lark, finalmente encontrando su rival.

En su propio pasillo.

Con una camisa que nunca se recuperaría de la experiencia educativa de esta velada.

Capítulo 38

Meg

El mundo se rearmó con el entusiasmo de un adolescente con resaca —a regañadientes, ruidosamente y con considerables protestas de todas las partes implicadas. Las luces fluorescentes se hundían en mi cráneo como instrumental dental operado por pixies vengativas, mientras algo que olía sospechosamente a desinfectante industrial competía con el sabor metálico de mi propia sangre por la supremacía olfativa.

Me estaba moviendo. No por mis propios medios —eso habría requerido miembros funcionales y un dominio de la física básica que actualmente se me escapaba. No, este era movimiento mecánico, el balanceo suave del transporte profesional.

—Se está despertando —anunció una voz con el tipo de optimismo cauteloso usualmente reservado para los boletos de lotería y las citas a ciegas. Femenina, joven, probablemente entrenada para sonar tranquilizadora cuando trata con personas que acaban de escapar de situaciones que requieren intervención policial.

Mi garganta se sentía como si hubiera estado ensayando discursos en el Sáhara mientras hacía gárgaras con grava. Cuando intenté hablar, lo que surgió sonó más como un globo desinflándose que como comunicación humana.

—Tranquila —continuó la voz—. Está a salvo ahora, cielo. Está en una ambulancia.

A salvo. La palabra rebotaba en mi consciencia, una bola de pinball, rebotando contra recuerdos recientes antes de caer en algún lugar donde pudiera procesarla realmente. A salvo significaba que Ryan no estaba aquí. A salvo significaba que las esposas ya no eran parte de

mi vocabulario diario. A salvo significaba que había sobrevivido de alguna manera a días de cautiverio sin perder lo que quedaba de mi cordura.

Mi muñeca palpitaba con un dolor tan insistente que sugería una intervención médica seria en mi futuro inmediato. El vendaje se sentía profesional —apretado pero no restrictivo, obra de alguien que se había encontrado antes con heridas autoinfligidas y sabía cómo tratarlas sin juzgar.

Apareció agua —agua bendita y milagrosa en una taza de plástico que sabía a tratamiento municipal y respondía a plegarias. Bebí con avidez, mi cuerpo recordando cómo se sentía la hidratación adecuada después de días de racionamiento de Ryan.

—April —logré, el nombre raspando contra cuerdas vocales que aparentemente habían sido reemplazadas por papel de lija—. Mi hija, ¿está...?

La expresión de la enfermera se desplazó hacia algo profesionalmente neutral. —La policía se está encargando de esa situación, Sra. Weston. Concentrémonos primero en que se recupere.

Pero no podía concentrarme en nada excepto en la certeza que me carcomía de que April estaba en algún lugar de Bristol, posiblemente en peligro, mientras yo estaba tendida en una ambulancia como alguna inválida victoriana. La chica que nos mantuvo a flote con métodos que había elegido no examinar demasiado de cerca. La mujer que se había sacrificado al plan de venganza de Ryan porque yo había estado demasiado desesperada por atención masculina para ver al depredador bajo sus trajes caros.

Mi hija que probablemente había timado a media Bristol pero nunca había lastimado a nadie excepto posiblemente a sí misma.

—Ella necesita saber que estoy viva —dije, intentando incorporarme y descubriendo que la gravedad tenía opiniones sólidas sobre mis ambiciones verticales—. Se culpará a sí misma por todo esto.

—Sra. Weston, por favor, intente descansar—

—No lo entienden —las palabras salieron en tropel con urgencia creciente—. Ella lo trajo a nuestras vidas, sí, pero no sabía qué era. Nadie podría haberlo sabido. Era tan condenadamente convincente.

La enfermera ajustó algo en su equipo, probablemente registrando mis constantes vitales para la posteridad. —Estoy segura de que estará bien. La policía es muy buena en estas situaciones.

La policía. Claro. Habría preguntas, declaraciones, formularios para rellenar por triplicado. Habría exámenes de mis lesiones, documentación de la crueldad sistemática de Ryan, pruebas recogidas para un caso que podría o no resultar en justicia.

Pero primero, estaría April. Tenía que estarlo.

La ambulancia se ladeó mientras navegábamos lo que sentía como una rotonda, las luces azules pintando el interior en patrones cambiantes que me recordaban de manera extraña a decoraciones navideñas. Afuera, Bristol continuaba su noche ordinaria, completamente ajena al hecho de que Margaret Weston acababa de escapar de su propio infierno personal gracias a una ingeniosa treta con las muñecas.

—¿Cuánto falta hasta llegar al hospital? —pregunté.

—Cinco minutos, quizá diez con tráfico.

Cinco minutos para prepararme para lo que viniera después. Preguntas de médicos, preguntas de policía, preguntas de April si tenía suerte de verla antes de que me metieran en cualquier planta

que tratara a mujeres que habían sido esposadas a camas por promotores inmobiliarios.

La medicación del dolor que me habían dado estaba haciendo cosas interesantes con mis procesos de pensamiento, haciendo que todo se sintiera ligeramente remoto y manejable. Pero bajo la niebla farmacéutica, una verdad permanecía cristalina: había sobrevivido. Contra todo pronóstico, contra la planificación meticulosa de Ryan, contra las limitaciones de mi propio cuerpo.

Había conseguido llegar a casa.

—¿Señora Weston? —La paramédica se giró hacia mí, su expresión cuidadosamente neutral—. Cuando lleguemos al hospital hay unos policías que desearían hablar con usted.

Claro que los había. El mundo real estaba esperando, completo con declaraciones y pruebas y toda la tediosa parafernalia de la justicia.

Pero por ahora, en este momento, yo estaba viva, era libre, y en algún lugar, mi hija también lo estaba.

Tendría que ser suficiente.

Los pasillos del hospital estaban pintados en ese tono específico de verde institucional que hacía que todo el mundo pareciera estar a medio camino del depósito de cadáveres. Incluso la enfermera —joven, de rostro amable, agotada— parecía vagamente cadavérica bajo la iluminación fluorescente mientras ajustaba mi suero.

—Hay dos policías esperando para hablar con usted, señora Weston —dijo, su voz cargada de la alegría de alguien que había repetido la misma frase dieciséis veces ese día—. ¿Les hago pasar?

Como si tuviera opción. Como si mi muñeca no estuviera vendada al doble de su tamaño normal, mi cuerpo amarrado a equipamiento médico a través de una fascinante serie de tubos y cables. Como si esto no fuera simplemente la siguiente parada obligatoria en el Tour del Trauma de Meg Weston.

—Magnífico —respondí, la palabra tan seca como hojas de otoño—. Siempre había querido ser interrogada mientras llevo puesto un camisón abierto por la espalda.

La sonrisa de la enfermera parpadeó, insegura de si esto calificaba como humor o delirio. Se retiró, sustituida momentos después por dos detectives que parecían haber sido seleccionados de un casting de serie policíaca: uno masculino, uno femenino, ambos llevando expresiones de preocupación profesional que no llegaban a sus ojos.

—Señora Weston —comenzó la mujer, acomodándose en la silla de visitas con facilidad practicada—. Soy la Inspectora Jefe Booth. Este es el Sargento Detective Hargreaves. Entendemos que ha pasado por una terrible experiencia.

Una terrible experiencia. Palabra tan ordenada y pulcra para días de cautividad. Tan apropiado eufemismo para que tus funciones corporales se conviertan en un espectáculo público, tu dignidad raspada como tostada quemada.

—Podría decirse así —logré decir, tirando de la manta del hospital—. Aunque creo que "pesadilla viviente" es el término técnico.

La Inspectora Booth torció los labios —casi una sonrisa, sin llegar a la expresión completa—. Necesitaremos su declaración formal cuando se encuentre más fuerte. Por ahora, solo tenemos algunas preguntas sobre Ryan Lark.

Noté que no mencionaba a April. Mis dedos se apretaron alrededor de la manta, el miedo cristalizándose en mi estómago.

—Mi hija primero —dije, mi voz más firme que mi pulso acelerado—. ¿Dónde está?

Los detectives intercambiaron miradas —esa expresión de colegas decidiendo silenciosamente quién dará las noticias desagradables. El Sargento Hargreaves se aclaró la garganta, inclinándose ligeramente hacia adelante.

—Aún estamos armando el cuadro completo, señora Weston. Su escape desencadenó toda una operación.

—No pedí un informe de situación. Pregunté por mi hija.

La Inspectora Booth tomó la palabra, su tono suavizándose. —Ryan Lark fue encontrado en su residencia de Clifton después de que la descubrieran en Larch Crescent. Hubo… una altercación.

La habitación se inclinó ligeramente, se me empezó a nublar la vista. —¿Está muerta?

—El señor Lark sufrió una lesión abdominal significativa —continuó Hargreaves, estudiando su libreta—. Será sometido a cirugía en el Bristol Royal Infirmary. El arma parece haber sido un fragmento de cristal de su comedor.

La descripción colgaba entre nosotros, mientras mi pregunta permanecía sin respuesta. Típico de la policía —proporcionar información que nadie pidió mientras retienen lo único que importa.

—No me importa un carajo Ryan Lark —dije, cada palabra distinta y deliberada—. ¿Dónde. Está. Mi. Hija?

La Inspectora Booth asintió, reconociendo mi insistencia. —Su hija fue encontrada en la escena, señora Weston. Tenía lesiones defensivas consistentes con una agresión —contusiones en la cara y las costillas, evidencia de estrangulamiento manual.

Mi corazón realizó una maniobra anatómicamente improbable detrás de mis costillas. Los bordes de la habitación se volvieron más borrosos, mi respiración atrapada entre los pulmones y la conciencia.

—¿Pero está viva? —La pregunta era pequeña y rota, como algo que había sido aplastado y reensamblado incorrectamente.

—Está viva —confirmó Booth, las palabras lavándome—. Siendo tratada un piso más abajo. Físicamente, los doctores esperan una recuperación completa.

Físicamente. El calificador no dicho se recostaba en el aire entre nosotras —la comprensión de que algunas heridas no se mostraban en los gráficos médicos.

—Necesito verla —dije, ya intentando desconectarme de los diversos aparatos médicos que me rodeaban—. Ahora.

Hargreaves se movió para interceptar mis dedos torpes. —Señora Weston, por favor. Su hija está sedada. Está segura. Y usted no está en condiciones de andar por los pasillos.

—No entiende —insistí y continué mi torpe batalla con la tecnología hospitalaria—. Creerá que es culpa suya. Todo. Necesita saber que estoy viva, que no le echo la culpa.

Los detectives intercambiaron otra mirada —comunicándose en ese lenguaje silencioso de personas que tratan profesionalmente con las consecuencias del trauma.

—Haré los arreglos —dijo finalmente Booth, poniéndose de pie—. Una vez que los doctores les den el visto bueno a ambas. Pero primero, necesitamos entender qué sucedió.

Me hundí contra los cojines del hospital, momentáneamente vencida por las fuerzas gemelas de la autoridad médica y el procedimiento

policial. April estaba viva. Dañada pero respirando. Por ahora, eso tendría que ser suficiente.

El pasillo del hospital se extendía ante mí como una versión de espejo de feria de la vida normal — demasiado largo, demasiado brillante, demasiado lleno de sonidos que me recordaban lo cerca que todos andábamos de la disolución. Es sorprendente la rapidez con la que mi medicación me impide marearme, pero tres horas de interrogatorios policiales aún me habían dejado en carne viva, mi voz un eco ronco de sí misma después de relatar días de cautividad en detalle minucioso.

La inspectora Booth caminaba a mi lado, sus zapatos sensatos chirriando contra el linóleo. Mis propios pies se arrastraban hacia delante en zapatillas de hospital, mi cuerpo moviéndose por memoria muscular mientras mi mente giraba alrededor de un único pensamiento: April.

—Habitación trescientos siete —Booth hizo un gesto hacia una puerta que parecía idéntica a todas las demás en este purgatorio fluorescente—. Ha estado pidiéndole desde que recuperó la conciencia.

Hice una pausa, de repente aterrada. ¿Qué versión de mi hija me esperaba al otro lado de esa puerta? ¿La estafadora profesional que había dirigido su atención a hombres adinerados? ¿La niña pequeña que una vez se había roto el brazo intentando construir un fuerte con las sillas de nuestra cocina? ¿O alguien nuevo, forjado en el horno de crueldad de Ryan Lark?

—Debería advertirle —continuó Booth, malinterpretando mi vacilación—, ha sufrido lesiones faciales significativas. La preparación

mental ayuda a veces.

Entré sola, la inspectora Booth esperando fuera de la puerta.

Ninguna preparación podría haberme blindado adecuadamente para la visión de April acurrucada de lado, su cara moteada en berenjena y ocre, sus dedos vendados donde habían aferrado cualquier arma improvisada que había usado contra Ryan. Parecía simultáneamente mayor y más joven que sus veinticinco años — una niña jugando a disfrazarse con el dolor de una mujer anciana.

—¿Mamá? —Su voz se resquebrajó en esa única sílaba, la incredulidad transformando sus facciones en algo desnudo y vulnerable—. ¿Eres realmente tú?

—¿Quién más accedería voluntariamente a ponerse esta atrocidad de la moda? —Hice un gesto hacia mi bata de hospital, la broma cayendo entre nosotras como si fuera algo frágil que hubiera caído desde una gran altura.

April emitió un sonido — no era del todo risa, no era del todo un sollozo — y extendió los brazos hacia mí con las manos vendadas. Atravesé la habitación en tres pasos tambaleantes, ignorando el murmullo precautorio de la enfermera sobre «ir con calma» y «monitorizar mis constantes vitales».

—Pensé que te había matado —susurró, sus dedos aferrándose a mi bata de hospital—. Seguía diciendo que te habías ido, que no podías soportar saber lo que yo era, pero yo sabía — sabía que nunca—

Su compostura se hizo pedazos, sus palabras desintegrándose en sonidos guturales que parecían originarse desde algún lugar antiguo y primario. La atraje hacia mí, consciente de las vías intravenosas y el equipo de monitorización pero sin disposición a mantener ni un centímetro de separación entre nosotras.

—Nunca —confirmé, mi propia voz desmoronándose—. Nunca voluntariamente. No de ti.

Nos aferramos juntas, dos supervivientes de un naufragio encontrando una orilla inesperada. Mi muñeca vendada protestaba, pero la ignoré, enfocándome en cambio en el milagro del latido de April contra el mío, constante a pesar de todo lo que Ryan había hecho para silenciarlo permanentemente.

—Lo siento mucho —sollozó, sus palabras amortiguadas en mi hombro—. Esto es culpa mía. Si no lo hubiera atacado, si no lo hubiera metido en nuestras vidas—

—Para. —Me aparté lo suficiente para enmarcar sus mejillas maltratadas entre mis palmas—. Ryan Lark era un monstruo mucho antes de conocerte. Lo que sea que hayas hecho, lo que fuera que pensaras que estabas haciendo — no justifica lo que él nos hizo.

—Pero yo—

—No. —La palabra fue tajante, portando la autoridad acumulada de cuarenta y cinco años navegando un mundo diseñado para hacer que las mujeres se culpen a sí mismas por la monstruosidad de los hombres—. Lo digo en serio, April. No vamos a hacer esto. No ahora. Nunca.

Sus ojos me estudiaron, buscando engaño o condescendencia. Sin encontrar ninguno, se desplomó hacia delante de nuevo, su cuerpo temblando con emociones demasiado complejas para una categorización simple.

—Encontré tus píldoras en su neceser —murmurió finalmente—. Así supe que te tenía en algún lugar. Que no las habrías dejado.

Un detalle tan pequeño para habernos salvado a ambas. Una omisión tan insignificante en la planificación impecable de Ryan. Mi corazón latió con un orgullo inesperado por la ingeniosidad de mi

hija, su negativa a aceptar la ficción que había construido sobre mi desaparición.

—Lo apuñalaste con un trozo de cristal —dije, recordando la descripción de Booth—. Fue idea tuya. Bastante creativo por tu parte.

—¿Idea mía?

—Larga historia. —Me aparté un poco y me sequé la cara con la manga—. Que involucra alucinaciones y métodos de escape poco convencionales.

Me encontré riendo entonces — un sonido oxidado, desconocido, que sin embargo se sentía correcto en esta sala estéril que había presenciado nuestro inesperado reencuentro. Estábamos dañadas, ambas. Heridas de maneras que quizá nunca cicatrizarían completamente.

Pero estábamos vivas. Juntas.

Y Ryan era quien llevaba esposas ahora.

Capítulo 39

April

Seis semanas en nuestras nuevas identidades se sentían como estar atrapada en un traje mal cortado de alguien más. La tela de nuestras vidas fabricadas se fruncía en todos los lugares equivocados, etiquetas rascando una piel que se había acostumbrado a diferentes nombres, historias distintas, mentiras diferentes.

—Linda Cooper —me dije ante el espejo del baño, probando las sílabas en la lengua—. Linda maldita Cooper. El nombre tenía un sabor artificial, cola de marca blanca de supermercado que prometía la misma experiencia a mitad de precio pero entregaba solo decepción.

Le habíamos dado a Mum "Martha Cooper" porque aparentemente nuestro principio creativo operaba en la misma longitud de onda que la televisión infantil de presupuesto limitado. Un dúo madre-hija con apellidos coincidentes. Qué deliciosamente obvio.

Bristol seguía siendo nuestro hogar —simplemente nos habíamos mudado a través de la ciudad a Easton, donde los vecinos se ocupaban de sus propios asuntos y los caseros hacían menos preguntas. Nuestro piso ocupaba ese espacio entre adecuado y deprimente, donde la calefacción funcionaba pero no confiabas completamente en que no te asfixiara mientras dormías.

Mum entró en la cocineta, la bata de casa abrochada con firmeza alrededor de un marco que seguía siendo más delgado que antes. Seis meses de libertad no habían borrado el desgaste físico de días encadenada a la cama de huésped de Ryan Lark. Su muñeca izquierda aún llevaba una pulsera de tejido moteado donde la piel se había sacrificado al metal.

—¿Té? —levantó la taza desportillada que había reclamado como su favorita mediante pura fuerza de optimismo.

—Por favor.

Llenó la tetera, sus movimientos sin prisas pero deliberados. Movimientos de superviviente. Los del tipo que reconocía el dolor sin rendirse a él.

—Estás rumiando de nuevo. —midió las hojas de té—. Puedo escuchar tu cerebro rechinando desde aquí.

—No estoy rumiando. Estoy pensando.

—Sobre dinero. —No era una pregunta. Mum había desarrollado una capacidad inquietante para leer mis pensamientos desde nuestro trauma compartido, como si la clase de crueldad de Ryan hubiera reconfigurado nuestros cerebros para operar en frecuencias coincidentes.

—Nos quedan dos semanas antes de que venza el alquiler —dije, tamborileando los dedos contra la formica—. Los ahorros se están acabando, y el salario a tiempo parcial de tu trabajo apenas cubre comestibles, sin mencionar mantener un techo sobre nuestras cabezas.

—Podría aumentar mis horas en la tienda...

—Ya estás trabajando seis días a la semana vendiendo plantas de interior caras a hipsters que no pueden mantener suculentas vivas. —Suavicé mi tono, notando el encorvamiento defensivo de sus hombros—. Aún te estás recuperando, Mum. Presionarte no nos ayudará a ninguna.

La tetera se apagó con un clic, el vapor se elevaba, pequeños fantasmas escapando de una vida futura de hervor perpetuo. Mum

vertió agua sobre las hojas de té, el ritual de la gestión de crisis británica desarrollándose con dignidad ceremonial.

—Me preocupas. —Mum se instaló frente a mí en nuestra diminuta mesa de cocina—. Esta nueva identidad...

—Es necesaria —terminé—. Ambas estábamos de acuerdo. Nuevo comienzo. Nueva vida.

Colocó una taza ante mí, el vapor rizándose hacia arriba en forma de signo de interrogación. —Pero me pregunto si es saludable reinventarse completamente.

Sorbí mi té para evitar responder inmediatamente. El líquido me escaldó la lengua, el dolor breve pero esclarecedor.

—Necesitamos dinero —dije, finalmente encontrando su mirada sobre el borde de mi taza—. No deseos, no anhelos —necesidades de nivel de supervivencia real.

—Hay formas legítimas...

—¿De ganar el salario mínimo mientras nos ahogamos en burocracia? —Dejé mi taza con más fuerza de la prevista, el té salpicando por el borde—. Ambas sabemos en qué soy buena, Mum.

Su expresión cambió —no del todo desaprobación, no del todo aceptación. Algo complicado bullendo bajo la superficie, como hojas de té arremolinándose en agua caliente.

—Prométeme que tendrás cuidado —dijo después de un largo silencio.

Asentí, el acuerdo colgando entre nosotras —parámetros no expresados de lo que "cuidado" podría abarcar en esta nueva realidad.

Más tarde, sola en mi dormitorio, abrí mi portátil —un modelo de segunda mano con toda la potencia de procesamiento de una tostadora moderadamente inteligente. Mis dedos se cernían sobre el teclado, ansiando construir la arquitectura del engaño que una vez había habitado con facilidad profesional.

Nueva identidad. Misma ciudad. Nuevas reglas.

Pero bajo la artificialidad de Linda Cooper con su CV fabricado y su historial insulso, April Weston permanecía —la mujer que había sobrevivido a la fantasía de venganza de Ryan Lark.

Comencé a escribir, las ideas formándose con fluidez familiar. Nada elaborado, nada llamativo. Solo lo suficiente para mantenernos a flote mientras Bristol olvidaba a las mujeres que habían derribado a su sociópata más codiciado.

Después de todo, el dinero era solo dinero. Y nadie entendía su movimiento mejor que alguien que había pasado años redirigiendo su flujo.

El Starbucks de Park Street zumbaba con la frecuencia de gente privilegiada intercambiando dinero por café a sobreprecio. Estudiantes encorvados sobre MacBooks que habían comprado con la tarjeta de crédito de papá, hombres de negocios con auriculares Bluetooth cerrando tratos, madres de barrio coordinando fechas de juego tomando lattes de vainilla descremada. Un microcosmos de teatro capitalista donde todo el mundo representaba su papel asignado con entusiasmo rozando la desesperación.

Me había vestido para la ocasión – el guardarropa de Linda Cooper siendo significativamente más sobrio que el de April Weston. Blusa

sensata, pantalones sensatos, zapatos sensatos. El uniforme de alguien que nunca había soñado con separar a hombres adinerados de sus cuentas bancarias. Me había recogido el pelo en un estilo que decía «de confianza» en lugar de «seductora» – una distinción importante cuando estabas cambiando de carrera profesional.

Estaba sentado junto a la ventana, exactamente donde había dicho que estaría. James Harrison, treinta y ocho años, algo de finanzas en una empresa cuyo nombre contenía consonantes excesivas e implicaba eficiencia nórdica. Su foto de perfil no había mentido – cabello castaño claro volviéndose plateado en las sienes, gafas rectangulares que costaban más que mi presupuesto de comida semanal, la postura confiada de alguien que nunca había tenido que preocuparse por pagar el alquiler.

—¿Mr Harrison? —extendí la mano, el gesto deliberadamente formal —. Linda Cooper. Gracias por reunirse conmigo.

Su apretón de manos fue firme sin ser agresivo – el apretón de alguien que había asistido a seminarios sobre interacciones comerciales efectivas. —James, por favor. Y el placer es mío.

Me deslicé hacia el asiento opuesto, ordenando mis facciones en una expresión de interés educado que no disparase alarmas. Hace meses, lo habría abordado de forma diferente – quizá como Sophia, la estudiante de arte que necesitaba inversión para su exposición revolucionaria, o Eliza, la empresaria de tecnología con una app que revolucionaría las citas.

Pero hoy no estaba cazando. Hoy estaba… buscando empleo. El pensamiento casi me hizo reír en voz alta.

—¿Café? —hizo un gesto hacia la barra donde los baristas realizaban una coreografía sincronizada de bebidas.

—Americano, por favor. Solo.

Asintió aprobadoramente, como si mi preferencia de café de algún modo confirmase mi idoneidad para lo que tuviera en mente. Hombres como James asignaban significado a las elecciones más arbitrarias – juzgando a posibles empleados por sus pedidos de bebida, a posibles parejas por sus marcas de zapatos.

Mientras hacía cola, examiné su maletín abandonado. Cuero genuino, con monograma, mostrando justo lo suficiente de desgaste para comunicar uso regular sin sugerir descuido. Su teléfono estaba boca abajo junto a él – la mayor demostración moderna de respeto o de secretos.

—Así que —dijo al regresar, deslizando mi café por la mesa—, su mensaje me intrigó. No es mi canal de reclutamiento habitual.

Sonreí, curvando mis dedos alrededor de la taza tibia. —Encuentro que los canales convencionales a menudo pierden talento poco convencional.

—¿Y se considera talento poco convencional?

—Me considero exactamente lo que su empresa necesita – alguien que entiende la motivación humana en un nivel fundamental.

Su ceja se arqueó ligeramente, su curiosidad profesional activada. —Su CV mencionaba experiencia en «gestión de relaciones financieras». Terminología bastante vaga.

Me había llevado tres borradores para construir un CV que no fuera técnicamente fraudulento mientras implicaba habilidades que podrían interesar a alguien en la posición de Harrison. El historial de empleo fabricado de Linda Cooper sugería experiencia sin especificidad, competencia sin detalles verificables.

—Me especialicé en relaciones con clientes de alto valor —respondí, las palabras técnicamente precisas aunque deliberadamente

engañosas—. Entender qué impulsa decisiones financieras, qué motiva a las personas a invertir, qué crea conexiones duraderas.

James tomó un sorbo de su complicada concocción de café, sus ojos nunca apartándose de los míos. —¿Y por qué acercarse específicamente a mí?

—La reputación de su empresa por estrategias financieras innovadoras se alinea con mi experiencia. —Me incliné ligeramente hacia adelante, mi voz bajando a algo justo por encima de un susurro—. Y entiendo que su división está explorando ciertas… áreas grises en la gestión de patrimonio.

Su postura cambió – interés lidiando con cautela. —¿Áreas grises?

—Oportunidades de inversión que requieren discreción. Estrategias que operan en los márgenes de la práctica convencional.

La expresión de James realizó una secuencia fascinante de microajustes – sorpresa, evaluación, recalibración. —Tiene un enfoque notablemente directo, señorita Cooper.

—Linda.

—Linda. —Puso su taza abajo—. ¿Exactamente qué está sugiriendo?

—Que podría ser un activo para su equipo de formas que no aparecerían en una solicitud tradicional.

Su risa fue inesperadamente genuina. —¿Está intentando chantajearme para que le dé un trabajo?

—No chantaje —corregí y sonreí para suavizar la palabra—. Reconocimiento de oportunidad mutua. Necesita a alguien que entienda cómo navegar un terreno humano complejo. Yo necesito empleo legítimo.

—Legítimo —repitió, la palabra flotando entre nosotros.

—Absolutamente. —Mantuve su mirada, proyectando sinceridad que había perfeccionado a través de años de práctica—. Legalidad completa es precisamente lo que estoy buscando.

James me estudió por encima de su taza de café, la evaluación profesional mezclándose con curiosidad personal. Había calculado este enfoque cuidadosamente – no del todo una estafa, no del todo honesto. El estrecho territorio fronterizo donde personas como yo potencialmente podríamos cruzar hacia la sociedad convencional.

—Tenemos una vacante en relaciones con clientes —dijo finalmente —. Aunque nuestro departamento de RRHH típicamente maneja el reclutamiento.

—No estoy particularmente interesada en lo que es típico.

Su boca se torció – diversión lidiando con reserva profesional. —Claramente. —Sacó una tarjeta de visita de su billetera y la deslizó por la mesa—. Venga a esta dirección mañana, a las diez de la mañana. Tendremos una entrevista formal.

Metí la tarjeta en mi bolsillo sin examinarla, manteniendo contacto visual. —Espero con interés.

Mientras James recogía sus pertenencias, consideré la ironía de usar mis habilidades especializadas para obtener empleo real. Quizá esto era crecimiento. Quizá esto era adaptación. O quizá esto era simplemente la siguiente evolución del juego.

Después de todo, la línea que separa la persuasión de la manipulación siempre ha sido muy fina.

Tres semanas después de iniciar mi empleo legítimo como 'especialista en relaciones con clientes', aún esperaba que la seguridad me acompañase hasta la salida cada mañana. La oficina —con sus mamparas de cristal y sillas ergonómicas— parecía un elaborado decorado de cine donde de algún modo había conseguido un papel protagonista sin haber aprendido el guión.

Sin embargo, nadie había descubierto mi engaño. Nadie había cuestionado el currículum cuidadosamente elaborado de Linda Cooper ni sus referencias sospechosamente vagas. James Harrison me había presentado a los colegas con el entusiasmo de alguien que se atribuye el mérito de un descubrimiento inesperado, y yo me había deslizado en la vida corporativa con una facilidad inquietante.

¿La parte más inquietante? No la odiaba.

El viernes por la tarde me encontraba subiendo las escaleras hacia nuestro piso, llevando comida para llevar de curry en una mano y una botella de vino sorprendentemente decente en la otra. El aroma de cardamomo y clavo anunció mi llegada antes de que metiera la llave en la cerradura.

—La comida está aquí —llamé, abriéndome paso con el hombro—. Y antes de que preguntes, sí, me he acordado de tu naan extra.

Mamá levantó la vista de su crucigrama, las gafas de lectura encaramadas en la nariz como insectos curiosos. Su cabello había crecido desde su corte habitual, los mechones rubio plateado llegaban ahora hasta sus hombros. Las semanas de comidas regulares habían suavizado los ángulos afilados de su rostro, rellenando los huecos que el cautiverio de Ryan había grabado en sus mejillas.

—Llegas tarde —observó, aunque su tono no contenía acusación alguna—. ¿Política de oficina o tráfico?

—Un poco de todo. Harrison quería hablar sobre mi «integración en la cultura del equipo», lo que aparentemente requería cuarenta y cinco minutos de él explicándome metáforas de golf.

Coloqué nuestra cena en la mesita de café —nuestro piso era demasiado pequeño para muebles de comedor apropiados— y me desplomé en el sofá junto a ella. Los cojines exhalaron con una familiaridad cansada, aceptando mi peso como viejos amigos acostumbrados a mis defectos.

—¿Qué tal ha sido el vivero? —desempaqué contenedores de aluminio que exhalaban aromas prometedores.

El trabajo a tiempo parcial de Mamá vendiendo plantas a personas que inevitablemente las matarían se había convertido en una fuente de alegría inesperada. Había desarrollado opiniones sobre fertilizantes que rayaban en el fervor religioso.

—La Sra. Pendleton compró otra orquídea. —Mamá aceptó el contenedor de pollo con mantequilla que le ofrecí—. Es la cuarta este mes. La mujer está gestionando un hospicio botánico en este punto.

—Quizá está compostándolas secretamente para algún propósito diabólico.

—Lo más probable es que esté intentando impresionar al viudo que se mudó a la puerta de al lado. —Los ojos de Mamá brillaban de chismorreo—. Aparentemente fue algún cirujano importante antes de jubilarse. Manos como las de un pianista de concierto, según Doris de la sección de Suculentas.

Serví vino en tazas —nuestra situación de cristalería seguía siendo decididamente poco desarrollada— y me hundí más profundamente en el sofá. —Doris de la sección de Suculentas suena como si estuviera catalogando más que los atributos de las plantas.

—No seas grosera. —Mamá me golpeó el brazo, aunque su sonrisa contradecía su reprensión—. Algunas todavía apreciamos posibilidades románticas que no implican transacciones financieras.

El comentario habría dolido hace meses. Ahora simplemente existía como reconocimiento de un pasado que ambas habíamos superado.

Comimos en silencio cómodo, el curry calentando lugares dentro de mí que habían permanecido fríos desde que la policía me extrajo de la prisión georgiana de Ryan Lark. Nuestro piso —pequeño, ligeramente húmedo, ocasionalmente visitado por ratones con paladares sofisticados— se había convertido en algo que nunca esperé encontrar de nuevo.

Hogar.

—Pagué la renta del próximo mes —dije entre bocados de saag aloo —. Y aparté lo suficiente para la factura de la electricidad.

El tenedor de Mamá se pausó a medio camino de su boca. —¿Ya? Pero solo has recibido tres nóminas.

—Resulta que el empleo legítimo paga sorprendentemente bien cuando no estás apartando fondos para escapadas rápidas.

Me estudió con una percepción incómoda. —¿Y todavía… te está gustando?

—Gustar quizá sea excesivo. Tolerarlo con impulsos homicidas mínimos.

—Linda Cooper, historia de éxito corporativo. —Mamá levantó su taza en un brindis burlón—. ¿Quién lo habría imaginado?

—Seguro que no April Weston.

Los nombres flotaban entre nosotras —nuestros yoes pasado y presente existiendo simultáneamente en nuestro pequeño salón, compartiendo curry y vino y la comprensión de que la supervivencia a veces requería reinvención.

—He estado pensando. —Mamá apartó su contenedor vacío—. Quizá deberíamos tener un gato.

—¿Un gato?

—Algo viviente que dependa de nosotras. Algo que haga este lugar más permanente.

La sugerencia era reconocimiento de que no estábamos huyendo más, de que este piso con su fontanería cuestionable y su contrato de alquiler optimista representaba algo más allá de un refugio temporal.

—¿Qué clase de gato? —Algo inesperado se tensó en mi pecho.

—Uno del refugio. Algo que nadie quiere pero que merece una segunda oportunidad.

Alargué la mano hacia la botella de vino, rellenando nuestras tazas. —Martha Cooper, softie secreta.

—Parece que corre por la familia. —Su mano encontró la mía sobre los cojines del sofá, nuestros dedos entrelazándose, el calor familiar —. Nos está yendo bien, ¿verdad?

La pregunta no contenía artificio alguno, sin agenda oculta —solo genuina sorpresa de una mujer que había pasado décadas esperando lo peor y recibiendo confirmación de su pesimismo.

—Sí —apreté su mano—. Realmente nos está yendo bien.

Más tarde, el vino terminado y los contenedores recogidos, vimos algún drama histórico sin sentido en nuestro televisor de segunda mano. Mamá se quedó dormida apoyada en mi hombro, su respiración profunda e ininterrumpida —tan diferente de los jadeos asustados que habían caracterizado sus primeras semanas de libertad.

Estudié nuestro reflejo en la ventana oscurecida —madre e hija, supervivientes de horrores separados pero conectados, construyendo algo que ninguna de nosotras se había atrevido a imaginar durante aquellos días en el cautiverio de Ryan.

No solo supervivencia. No solo existencia.

Algo peligrosamente cercano a la felicidad.

Capítulo 40

April

El aire de la prisión tenía una cualidad específica, como si alguien hubiera embotellado limpiador industrial, sudor y desesperación, y luego lo hubiera bombeado a través de conductos a la temperatura del cuerpo. Seguía al guardia por un pasillo que parecía diseñado por alguien que hubiera leído sobre arquitectura institucional en una revista una sola vez y hubiera decidido hacerla más deprimente aún.

—¿Primera visita? —preguntó el guardia, con las llaves tintineando contra su cadera a cada paso. Su identificación decía «Carter» y su expresión decía «He visto cosas peores que tú antes de desayunar».

—¿Se nota tanto? —Ajusté el identificador de visitante pegado a mi pecho como una letra escarlata. Linda Cooper, visitando a Ryan Lark. Incluso en papel, nuestros nombres parecían estar fuera de lugar juntos.

—Los que han estado aquí antes no comprueban las salidas cada tres segundos. —Echó la vista atrás, un atisbo de compasión que se dibujó en su rostro—. La mayoría de la gente necesita una copa después de su primera visita. Te recomendaría un sitio que no aguace la ginebra.

Dos meses de libertad, de reinvención, de pretender que April Weston se había disuelto en la niebla. Nóminas legítimas e impuesto municipal y discutiendo planes para el fin de semana con colegas que creían que yo era solo otra empleada corporativa llamada Linda. Y allí estaba, metiéndome voluntariamente en la boca del lobo, llevando zapatos sensatos que me apretaban los dedos de los pies a cada paso.

—Por aquí. —Carter gesticuló hacia un detector de metales que parecía haber sido creado durante la Guerra Fría—. Brazos extendidos, piernas separadas.

Obedecí, asumiendo la postura de alguien que había visto suficientes series policíacas para conocer el procedimiento. La máquina gimió cuando pasé a través, aparentemente satisfecha de que no estuviera contrabando nada más peligroso que un mal juicio.

La sala de visitas aparecía exactamente como la había imaginado en mis pesadillas: mesas atornilladas al suelo, sillas diseñadas por alguien que odiaba la columna vertebral humana, iluminación fluorescente que de alguna manera conseguía hacer que todos parecieran simultáneamente ictéricos y difuntos.

—Lark está en máxima seguridad. —Carter me condujo a través de una segunda serie de puertas—. Disposiciones especiales, dado su… perfil.

Su perfil. Tal eufemismo tan pulcro para «hombre que mantenía a una mujer encadenada a la cama y recopilaba su sufrimiento como si fuera vino de cosecha».

—Qué suerte la suya —murmuré.

La boca de Carter se torció. —Entre nosotras, los otros reclusos saben lo que hizo. Un hombre así no hace muchas migas aquí dentro.

El pensamiento debería haber proporcionado consuelo. En su lugar, me dejó sintiéndome vacía, como descubrir que tu enemigo había sido golpeado por alguien más antes de que tuvieras la oportunidad.

Giramos por otro pasillo, este forrado de cristal reforzado en lugar de barrotes. Detrás de cada panel, hombres en uniformes grises idénticos realizaban el teatro del encarcelamiento: algunos leyendo,

otros paseando, otros con la mirada perdida en un punto que solo ellos podían ver.

—¿Por qué querías verlo? —preguntó Carter, la pregunta aparentemente sin juzgar—. La mayoría de las víctimas no lo hacen.

Víctima. La palabra se me pegó a la piel como algo rancio. Había sido muchas cosas en mi vida: mentirosa, manipuladora, hija, superviviente, pero nunca una víctima.

—El cierre es una estupidez —dije en lugar de responder directamente—. Un concepto inventado por gente que nunca ha tenido nada que cerrar.

Carter asintió como si hubiera dicho algo profundo en lugar de defensivo. —Cinco minutos en la sala de entrevistas. Estará esposado a la mesa. Guardia fuera de la puerta en todo momento.

Nos detuvimos ante una sala tan pequeña que hacía que nuestro piso de Easton pareciera espacioso. Dentro, una mesa de metal, dos sillas y una cámara montada en la esquina como una gárgola.

—¿Aún puedo cambiar de opinión? —pregunté, mis dedos preocupados por el identificador de visitante.

—Hasta que cruces ese umbral. —Carter estudió mi cara—. ¿Estás segura de esto?

¿Lo estaba? Mamá había hecho la misma pregunta esta mañana, observándome aplicarme maquillaje con la precisión de alguien que se ponía armadura.

«No puede hacerte daño nunca más», había dicho ella, sin creérselo del todo a sí misma.

Pero eso no era verdad, ¿no es cierto? Ryan Lark no necesitaba proximidad física para infligir daño. Vivía en nuestras pesadillas, en

la forma en que comprobábamos tres veces que las puertas estuviesen cerradas antes de acostarnos, en cómo mamá aún no podía ponerse nada que se pareciese a una pulsera alrededor de su muñeca izquierda.

«Estoy segura», le dije a Carter, enderezando los hombros.

Ella asintió una sola vez, con respeto profesional en el gesto. «Lo traerán por esa puerta. Recuerda: él está esposado, tú no. Tienes todo el poder aquí».

Poder. Otro concepto que había reconsiderado desde mis días como manipuladora profesional. El poder no era control ni dominación ni siquiera la capacidad de coger lo que querías. A veces, el poder era simplemente presentarse, mirar a tu monstruo a los ojos y negarte a pestañear.

«Estoy lista». Crucé el umbral hacia la pequeña sala donde finalmente me enfrentaría al hombre que casi nos había destruido a los dos.

Ryan Lark estaba sentado frente a mí, sus manos nítidamente esposadas a la mesa como joyas caras salidas mal. Dos meses en prisión preventiva no lo habían disminuido de la forma en que yo había fantaseado que pudiera hacerlo. Nada de pérdida de peso dramática, nada de cicatrices de patio de cárcel que desluciesen sus rasgos aristocráticos. Si acaso, la detención preventiva lo había destilado hasta su esencia: toda la pátina social eliminada, dejando un Ryan puro, sin diluir.

«April», dijo, su voz suave como la cachemira y el doble de cara. «¿O debería decir Linda ahora? Qué seudónimo tan rock and roll

para una mujer que viste lo básico de Marks & Spencer».

El guardia me había advertido que sabría mi nueva identidad. Las redes de inteligencia de la sección de preventiva rivalizaban aparentemente con la GCHQ.

«Tu nuevo alojamiento te sienta bien», repliqué, haciendo un gesto hacia las paredes desnudas. «Muy minimalista. Aunque imagino que el número de hilos de las sábanas resulta bastante decepcionante».

Su sonrisa permaneció inalterada: aquella curvatura de labios que sugerían que le parecía divertida de la forma en que los adultos encuentran divertidos los dibujos de los niños. Una respuesta emocional técnicamente hablando, fundamentalmente condescendiente.

«¿Por qué estás aquí, April? Seguramente no por intercambios ingeniosamente mordaces sobre decoración interior».

Lo estudié, a este hombre que había reducido a mi madre a alguien que aún se despertaba jadeando, arañando sujeciones fantasmales. Que me había transformado de depredadora profesional en presa. Parecía más pequeño de alguna forma, a pesar de la estructura física inalterada. Menos monstruo mítico, más hombre de mediana edad con trabajos dentales exorbitantemente caros.

«Quería ver si eras real», admití, la verdad emergiendo sin que la invitase. «O si te había magnificado en mis pesadillas».

«¿Decepcionada?»

«Poco impresionada».

Su risa fue genuina, el sonido rebotando contra las paredes de hormigón. «Ay, me ha echado de menos tu marca de hostilidad. Es refrescante después de meses de evaluaciones psicológicas y

abogados convencidos de que mi "estrategia de defensa" debería incluir traumas de la infancia».

Me incliné hacia adelante, lo bastante cerca como para ver la minúscula astilla en su incisivo izquierdo que el dentista de preventiva aún no había corregido. «Lo siento».

Las cejas de Ryan se levantaron un milímetro. «¿Cómo?»

«Lo siento», repetí, las palabras teniendo un sabor extraño en mi lengua. «Por lo que valga. Lo cual no es mucho, admitidamente».

Su expresión se recalibró, la sospecha reemplazando la diversión. «¿Lo sientes por cuál parte exactamente? ¿La estafa inicial? ¿Apuñalarte con cristal Waterford? ¿O simplemente por haber sido atrapada?»

«Por iniciar la reacción en cadena que terminó con mamá encadenada a tu cama de invitados». Sostuve su mirada. «No por nada más».

Ryan se echó hacia atrás, creando distancia entre nosotros a pesar de la imposibilidad literal de retirarse. Las cadenas que conectaban sus muñecas a la mesa tintinearon suavemente, un recordatorio musical de sus circunstancias actuales.

«El remordimiento no te sienta bien», observó. «Como el poliéster en la seda: funcionalmente similar pero fundamentalmente incorrecto».

«No es remordimiento. Es reconocimiento». Tracé patrones invisibles sobre la mesa de metal. «Aunque me he preguntado por qué no has denunciado mis anteriores... actividades a las autoridades. Tienes pruebas. Transferencias bancarias. Mensajes. Suficiente para añadir cargos de fraude a mi ya colorido historial».

Su sonrisa se transformó en algo hambriento. «Ah, emerge la verdadera razón de tu visita. Autopreservación disfrazada de cierre».

«Curiosidad», corregí. «Prefiero saber dónde están enterradas las minas terrestres».

Ryan me estudió, su cabeza ligeramente inclinada. «Eres diferente. No solo el nombre y la ropa aburrida. Algo fundamental ha cambiado».

«Es lo que tienen los meses de terapia». Igualé su postura, espejando su mirada analítica. «No respondiste a mi pregunta».

Lanzó una mirada hacia la cámara en la esquina, luego se inclinó hacia delante, su voz bajando hasta adquirir algo íntimo e inquietante. —La evidencia en tu contra es una bomba, April. Y solo puedo usarla una vez.

—¿La guardas para una ocasión especial?

—Para el máximo impacto. —Sus ojos brillaban con la luz que recordaba de aquellos días en su fortaleza georgiana. —Cuando lo hayas reconstruido todo. Cuando te hayas convencido de que estás a salvo. Cuando Martha haya dejado finalmente de inspeccionar bajo su cama en busca de monstruos.

El uso del nuevo nombre de mi madre me heló las venas.

—Nunca nos volverás a tocar. —Me puse en pie bruscamente. —Se acabó.

—¿De verdad? —Su sonrisa se amplió, revelando dientes casi perfectos. —Porque desde donde estoy yo, simplemente estoy experimentando un revés temporal mientras espero el juicio. Los procedimientos pueden demorarse. La evidencia puede ser cuestionada. Los testigos pueden volverse… indisponibles.

Me dirigí hacia la puerta, de repente desesperada por aire que no estuviera contaminado por su colonia y sus delirios.

—Si te condenan, estarás mucho tiempo encerrado, —dije mirando hacia atrás. —Seré irreconocible para entonces. Mamá también.

—Nadie cambia tan completamente, —me llamó. —Ni tú. Ni yo. ¡Simplemente somos variaciones de nuestros yo esenciales!

El guardia abrió la puerta a mi llamada, su expresión neutra mientras evaluaba mi palidez.

Detrás de mí, la voz de Ryan se intensificó, su compostura resquebrajándose. —¡Eres mía, April! ¡Siempre serás mía! ¡El juicio no ha terminado!

La puerta se cerró sobre su arrebato, amortiguando pero no eliminando el sonido de la furia controlada transformándose en algo primario e incontrolado.

—Las visitas previas al juicio a menudo terminan así. —El guardia me condujo de regreso hacia la luz del día y la libertad. —Algo en el hecho de enfrentarse a personas que ya no pueden controlar los hace quebrarse.

Asentí, sin confiar en mi voz, mis manos temblando por la adrenalina y el triunfo.

Ryan Lark, gritando impotentemente en una caja de hormigón.

Al fin y al cabo, no era un monstruo mitológico.

Solo un hombre esperando sentencia.

Los autobuses mantenían una relación única con la puntualidad – reconociendo su existencia mientras se negaban a participar en ella. Estaba de pie en la parada de Church Road, el número cuarenta y ocho apareció, un espejismo, justo cuando había abandonado toda esperanza. Una broma cósmica, eso – la esperanza llegando cuando la habías rendido.

Las puertas se abrieron con un siseo, la cara del conductor arreglada en esa expresión de alguien que preferiría estar en cualquier otro lugar. Pagué mi billete y me retiré hacia la parte trasera, lejos de jubilados con carritos de compra y estudiantes con sus mochilas cavernosas.

Mi reflejo me devolvió la mirada desde la sucia ventana – Linda Cooper con su ropa sensata, su trabajo sensato y su sospecha no tan sensata que la había despertado a las tres de la mañana tres noches consecutivas. Mi mano se deslizó hacia mi abdomen, mis dedos extendiéndose sobre una tela que de repente se sentía opresiva.

Dos ciclos perdidos. Náuseas matutinas que no tenían nada que ver con las mejoras del sistema de alcantarillado. La aversión súbita y violenta al café que anteriormente consumía como si fuera una necesidad médica.

Lo sabía. Había sabido durante semanas, realmente. Pero saber y confirmar existían en universos diferentes – uno permitía la negación, el otro exigía acción.

El autobús giró bruscamente en una esquina, mi hombro chocando contra la ventana con la suficiente fuerza como para dejar evidencia de mañana. Bristol se deslizó – tiendas benéficas, casas de apuestas, cafés donde el café costaba más que el salario por hora de quien lo servía. La vida normal de la ciudad continuaba mientras la mía amenazaba con descarrilar nuevamente.

El supermercado cerca de nuestro piso sentía demasiado íntimo para esta compra. Demasiados vecinos que podrían reconocer a la hija de Martha Cooper comprando una prueba de embarazo con la urgencia furtiva de alguien robando. En su lugar, había elegido una farmacia en Broadmead – anónima, corporativa, llena de turistas que nunca me mirarían dos veces mientras tomaba decisiones que cambiaban la vida entre vitaminas y crema para la irritación del pañal.

El autobús me dejó tres manzanas más abajo, obligándome a caminar pasando tiendas. Mi reflejo se fragmentó en los escaparates – aquí un ojo, allá una mano, en ningún lugar una mujer completa. Apropiado, dadas las circunstancias.

Dentro de la farmacia, las luces fluorescentes zumbaban, iluminando estantes de productos diseñados para arreglar las insuficiencias humanas. Pérdida de peso, crecimiento del cabello, reducción de arrugas, asistencia para la fertilidad – toda una industria construida sobre nuestra insuficiencia colectiva.

Las pruebas de embarazo ocupaban una sección entre anticonceptivos y crema para la irritación del pañal – la idea del universo de un humor secuencial. Miraba fijamente las opciones, paralizada por elecciones sin sentido. ¿Digital o analógica? ¿Una línea o dos? ¿Cruz rosa o azul más? Como si el método de confirmación pudiera alterar de alguna manera el resultado.

Cogí tres marcas diferentes. La ciencia apreciaba los estudios de replicación.

La cajera — joven, aburrida, probablemente estudiando algo práctico en la UWE — apenas levantó la vista mientras escaneaba mis compras. Sin prejuicios, sin curiosidad, solo la transacción del comercio minorista. Pagué en efectivo. Viejos hábitos.

Afuera, la lluvia había comenzado — no el dramático aguacero del cine sino la niebla característica que te empapaba por pura persistencia. Metí la bolsa de la farmacia dentro de mi chaqueta,

protegiendo la evidencia de mi sospecha de la interferencia atmosférica.

La marquesina de la parada ofrecía un refugio mínimo, sus paredes de plástico llenas de declaraciones de amor, indignación política y sugerencias anatómicamente improbables. Tracé el graffiti con la mirada, evitando el peso del paquete contra mis costillas.

Solo ayer me había sentado frente a Ryan en esa sala de visitas estéril. Solo ayer su grito me había perseguido por los pasillos institucionales cuando me había marchado. Solo ayer había amenazado con detonar su bomba de pruebas cuando más me dolería. Y ahora esto — una complicación que no podría haber planeado pero que ciertamente apreciaría con su retorcido sentido de la ironía.

El número cuarenta y ocho apareció entre la niebla, sus faros cortando la grisura como focos a media potencia. Subí automáticamente, la memoria muscular guiándome mientras mi mente daba vueltas sobre fechas y posibilidades.

¿Había ocurrido esa última noche? ¿O antes, durante esos días de humillación cuando me había obligado a ponerme ese ridículo traje de doncella, cuando el cumplimiento significaba la supervivencia continuada de mamá?

El momento específico apenas importaba. El resultado permanecía consistente en todas las variables.

Había escapado de Ryan Lark. Había sobrevivido a su venganza. Había reconstruido una vida a partir de fragmentos que él había deliberadamente destruido.

Y ahora llevaba su legado genético dentro de mí.

La broma cósmica del universo a un chiste que nadie había pedido escuchar.

En nuestra parada, desembarqué en la lluvia que se intensificaba, sin importarme ya la bolsa de la farmacia ni su contenido. Mis llaves encontraron la cerradura de nuestro edificio a través de la memoria táctil, mis pies navegando las escaleras mientras mi mente daba vueltas sobre implicaciones y opciones y conversaciones inevitables.

Mamá apoyaría lo que decidiera. Linda Cooper podía desaparecer nuevamente, renacida en otro lugar con o sin esta complicación. Existían consideraciones financieras pero no eran insuperables.

La elección seguía siendo mía. Eso, al menos, Ryan no podía reclamarlo.

Nuestro piso me recibió con aromas familiares — la lavanda que mamá insistía en quemar a pesar de mis protestas, el débil aroma a atún de las golosinas del gato, el olor de los muebles gastados que habían presenciado demasiadas transformaciones para juzgar esta última.

En nuestro minúsculo baño, alineé tres tests de embarazo en el borde del lavabo, metodología científica en miniatura. Tres marcas. Tres protocolos de confirmación. Tres oportunidades para que el universo revisara su broma cósmica.

Seguí cada conjunto de instrucciones, luego puse el temporizador en mi teléfono y esperé.

El gato apareció, investigando esta inusual ceremonia de baño con escepticismo felino. Acaricié su oreja adoptiva — la que le faltaba la punta por alguna pelea callejera olvidada — y ronroneó contra mi tobillo, despreocupado por las complicaciones humanas.

El temporizador sonó.

Tres tests. Tres resultados positivos. Tres confirmaciones de inevitabilidad biológica.

Estudié mi reflejo en el espejo del baño — no April Weston, estafadora profesional. No Linda Cooper, éxito corporativo.

Solo una mujer llevando consecuencias inesperadas, su futuro transformado nuevamente por decisiones que no había tomado completamente.

—Bueno —le dije a mi reflejo—, esto promete ser interesante.

¿Quieres estar al día sobre ventas y nuevos lanzamientos? Únete a mi boletín gratuito y sé de los primeros en saberlo.

SUSCRÍBETE

¿Prefieres simplemente seguir leyendo? Puedes pasar la página para probar un adelanto de mi próximo thriller, o simplemente cómpralo ahora y sumérgete directamente.

Si estás leyendo esto (VISTA PREVIA)

por AJ Carter

Capítulo 1

Ahora

Estoy sentada en la tapa del váter mirando cómo se llena la bañera. El vapor sube en rizos perezosos, empaña el espejo hasta que soy apenas una mancha de persona. Apropiado. La cuchilla en el borde de la bañera capta la luz —un punto brillante en el anodino cuarto de baño del hotel. ¿Tengo lo que se necesita? Qué curioso es cómo medimos el valor en testículos. Como si la capacidad de destruirse a uno mismo requiriese alguna cualidad distintivamente masculina.

El agua sigue subiendo. Cuatro dedos. Cinco. Seis.

Debería haber traído vino. Eso es lo que hace la gente en las películas, ¿verdad? Beber algo caro y tinto mientras contemplan su gran salida. Pero había olvidado parar en Tesco, y el minibar solo tenía esas botellas diminutas de ginebra que no adormecerían lo suficiente de nada como para que importase.

Paso mi dedo por el borde frío de metal de la cuchilla. Tan simple. Un movimiento. Eso es todo lo que se necesitaría.

El sonido del agua golpeando agua se vuelve hueco conforme la bañera se llena. Siempre me ha encantado ese sonido —la forma en que cambia de tono cuando aumenta la profundidad. Una lección de acústica. Un recordatorio de que el vacío tiene su propia resonancia.

¿Cuándo pensé por primera vez en hacer esto? ¿Fue el pasado martes, cuando me vi a mí misma de pie en el Puente de la Suspensión de Clifton a las tres de la mañana, mirando hacia el desfiladero? ¿O ha estado acechando más tiempo, una opción tranquila susurrando en el fondo de mis días?

La bañera llega al desagüe de rebose. Cierro el grifo, el chirrido haciéndose eco en la habitación alicatada. El agua se aquieta, un espejo inmóvil que muestra el techo, la bombilla, nada de mí.

Presiono mi pulgar contra el borde de la cuchilla. No lo suficientemente fuerte como para romper la piel. Solo lo suficiente como para sentir el potencial. La promesa de liberación.

Dicen que ahogarse es pacífico una vez que dejas de luchar. Tu cuerpo abandona su batalla por el oxígeno, y todo se vuelve suave y distante. La cuchilla sería más rápida, aunque. Decisiva. Sin espacio para segundos pensamientos o rescate.

¡Qué cuadro patético hago! Treinta y cuatro años. Una vez llamada «brillante» y «penetrante» por críticos que nunca me conocieron. Sentada semiclausurada en un váter en un hotel de gama media, contemplando qué método de suicidio sería menos inconveniente para el personal de limpieza.

Afuera, Bristol continúa sin mí. Las gaviotas chillan sobre el puerto. Los estudiantes se tambalean entre pubs en Clifton. Los barcos se mecen amarrados. Ninguno de ellos sabe que estoy aquí, suspendida entre la acción y la inacción, la vida y su alternativa.

Me levanto y me acerco a la bañera, hundiendo los dedos en el agua. Lo suficientemente caliente aún como para teñir mi piel de rosa. Lo suficientemente profunda como para sumergir un cuerpo. Mi cuerpo.

A lo lejos, las campanas de la iglesia suenan. Las siete de la tarde. ¿Cuándo se volvió el tiempo tan carente de sentido? Los días se mezclan en las noches, las horas pasan desapercibidas excepto por los programas que cambian en BBC Radio 4, que dejo sonar constantemente para llenar el silencio de mi piso.

Alcanzo a verme en el espejo, la niebla ahora despejada en rayas. Mis clavículas sobresalen como perchas. Mi pelo cuelga lacio.

¿Cuándo comí por última vez algo que no fuese pan tostado o cereales? El domingo, quizás. Le dije a alguien que tenía planes de cena con amigos. Otra mentira.

La verdad: no he visto a nadie socialmente en semanas. Los emails de mi editora se acumulan sin responder. Las plantas en mi balcón murieron hace meses, sus macetas ahora llenas de colillas de cigarro de mis fumadas a medianoche mirando hacia la ciudad.

El agua ya se está enfriando. Si voy a usarla, debería decidir ahora.

Mi mirada cae en la cuchilla otra vez. Un objeto tan pequeño para contener tanto poder. Pruebo su peso en mi palma. Se siente a la vez más pesada y más ligera de lo esperado.

¿Es así como termina? Una nota al pie en círculos literarios: «Se encontró a Rachel Thomas, la autora de un solo éxito, muerta en el cuarto de baño de un hotel». Un breve alboroto de ventas póstumo. Luego nada.

El agua de la bañera se ondula cuando mi mano tiembla. No es miedo —algo más. Ira, quizás. U orgullo. Alguna parte testaruda de mí que se niega a desvanecerse en silencio.

Coloco la cuchilla de nuevo en el borde de la bañera. No descartada, solo aplazada.

Me envuelvo en el albornoz del hotel —áspero algodón blanco con el logo Marriott cosido en azul— y avanzo sobre el escritorio. El bloc de notas tiene el mismo logo, la marca corporativa siguiéndome hasta la otra vida.

La bañera puede esperar. Siempre puede esperar.

Cojo el bolígrafo del hotel. La página en blanco me mira fijamente. Burlándose. He estado aquí antes —solo yo y papel vacío y la nada aplastante que llena mi cerebro estos días.

Pero esta noche se siente diferente. Esta noche, necesito escribirlo. Todo. Si voy a terminar las cosas, al menos me debo a mí misma la dignidad de explicar por qué.

El bolígrafo se siente inusualmente pesado en mi mano. He olvidado cómo hacer esto —cómo hacer que los pensamientos en mi cabeza viajen bajando mi brazo y hacia el papel.

Respiro hondo. Presiono la pluma contra el papel. Y comienzo a escribir.

Si estás leyendo esto, significa que estoy muerta.

Dios, qué frase tan ridícula para escribir. Como algo de un mal drama televisivo. Pero aquí estamos.

Supongo que debería disculparme. La gente siempre se disculpa en estas cartas, ¿verdad? Lo siento por el desorden. Lo siento por las molestias. Lo siento por fracasar en la tarea simple de seguir existiendo.

Pero la verdad es que no lo siento. Eso es lo gracioso. Por primera vez en mucho tiempo, me siento completamente segura de algo.

Déjame ser clara: esto no se trata de tristeza. Eso sugiere un estado temporal, un bache en el camino. Esto trata sobre el reconocimiento. Sobre admitir finalmente que ese componente esencial que hace que otras personas quieran despertar mañana – ya no lo tengo. Me lo robaron.

Una vez tuve una buena vida. No perfecta, pero buena. Escribía historias que la gente leía. Tenía un piso en Clifton con vistas al Puente Colgante. Tenía un futuro que parecía algo.

Ahora no tengo nada.

No, eso no es verdad. Tengo miedo. Tengo paranoia. Tengo la sensación constante de estar siendo cazada.

Él se llevó todo lo demás.

No hay lugar donde esconderse cuando alguien sabe cómo piensas. Cuando puede predecir tu próximo movimiento antes de que hayas decidido hacerlo. Cuando te ha estudiado como si fueras un libro, memorizando todos tus capítulos, todas tus debilidades.

Cada nueva ciudad se convierte en otra trampa. Cada extraño, un posible informante. Cada llamada telefónica, una invasión fresca. Las paredes de cada habitación parecen de papel cuando sabes que alguien está escuchando.

—Te estás imaginando cosas, Rachel —dijo mi médica el mes pasado cuando intenté explicar. Sugirió medicación para la ansiedad. Terapia. Higiene del sueño. Como si un spray de almohada con lavanda pudiera solucionar el hecho de que alguien ha desmantelado sistemáticamente mi vida.

¿Sabes lo que es dudar de tu propia mente? ¿Encontrarte de pie en una habitación sin memoria de cómo llegaste allí? ¿Tener a alguien mirarte a los ojos y decirte que acordaste algo que sabes – sabes – que nunca habrías hecho?

Intenté huir. De Bristol a Bath. De Bath a Cardiff. De Cardiff a Edimburgo. Siempre me encuentra.

Intenté luchar. De verdad que lo intenté. Pero ¿cómo luchas contra alguien que sabe exactamente dónde golpear? ¿Quién puede sonreír tan convincentemente mientras tuerce el cuchillo?

Así que aquí estamos. La opción final.

Me doy cuenta de que esta carta no explica mucho. Eso es intencional. Los nombres tienen poder, y el suyo tiene demasiado ya.

Pero alguien debe saber que esto no fue un acto espontáneo de desesperación. Fue una elección con los ojos abiertos entre dos opciones imposibles: existir en un mundo donde él lo controla todo, o salir por la puerta lateral.

Elegí salir.

A quienquiera que encuentre esto – probablemente algún pobre empleado del hotel que necesitará terapia después – me disculpo genuinamente por el trauma. Si hubiera habido alguna otra forma, la habría tomado.

A cualquiera que lea esto y piense que podría haber ayudado: no podrían. Este hombre no opera dentro de los límites normales de la decencia humana. No hay sistemas en marcha para detener a alguien como él.

Para él, si de alguna manera esta carta llega a tus manos: ganas. Felicitaciones. Espero que haya valido la pena.

Y finalmente, a cualquiera que alguna vez se preocupó por mí: no siempre fui esta persona rota. Una vez escribí una novela sobre cómo el amor y la obsesión pueden retorcer a una persona hasta hacerla irreconocible. Los críticos la llamaron perspicaz. No tenían ni idea de que simplemente estaba transcribiendo notas de un futuro que aún no podía ver.

Hay una simetría en terminar las cosas en Bristol. Esta ciudad de colinas y puertos donde fui más feliz, una vez. Desde mi ventana, puedo ver el agua brillando bajo la luz del atardecer. Barcos llegando. Barcos marchando. El ciclo interminable de la llegada y la partida.

Mi partida no causará ondas. La ciudad continuará. La marea subirá y bajará. Las gaviotas gritarán al amanecer.

En mis momentos más optimistas, imagino que esta nota podría llegar eventualmente a alguien que pueda conectar los puntos que yo nunca pude. Alguien…

La pluma se congela a mitad de la frase. Mi mano se me agarrota, los dedos cerrados alrededor del bolígrafo barato del hotel como si pudiera salvarme de ahogarme.

No puedo terminarlo.

La nota de suicidio a medio escribir me mira fijamente, mi letra deteriorándose desde la caligrafía ordenada y segura de la línea inicial hasta algo dentado e incierto en el párrafo final. Incluso en esto, soy un fracaso. No puedo ni siquiera despedirme correctamente.

Suelto la pluma. Rueda por el escritorio, dejando una mancha azul en la chapa de madera falsa.

¿Qué estoy haciendo?

La puerta del baño está entreabierta, el vapor aún se retuerce como dedos que me hacen señas. La bañera. La navaja. La decisión que creí haber tomado.

De repente, la habitación se siente demasiado pequeña, el aire demasiado denso. Me tambaleo hasta la ventana y la abro violentamente. A siete plantas de altura, Bristol se extiende debajo, luces parpadeando conforme la penumbra se asienta. Una ráfaga de aire frío me golpea la cara, y lo trago como si hubiera estado bajo el agua durante minutos.

Mis manos tiemblan cuando cierro la ventana de nuevo. Las palmas húmedas de sudor. El pulso martilleando en mi garganta.

Dios, casi lo hago. Casi—

Arrebato la nota y escaneo lo que he escrito. Las palabras de una desconocida. Una mujer dramática y autocompasiva que no reconozco. «Si estás leyendo esto, significa que estoy muerta.» ¿Quién habla así?

Yo, aparentemente. O lo que queda de mí de este caparazón vacío.

Estrujo el papel, apretándolo fuerte en mi puño hasta que mis uñas se me clavan en la palma. Luego lo lanzo al otro lado de la habitación donde rebota contra la pared y se desliza bajo el escritorio.

La certidumbre que sentía hace quince minutos se evapora, dejando algo peor en su lugar — un pavor frenético y zumbador que rebota alrededor de mi cráneo. Paseo la pequeña habitación, cinco pasos en una dirección, cinco pasos atrás. La moqueta me rasguña los pies desnudos.

Esto no soy yo. Esto no puede ser yo. Rachel Thomas: autora más vendida, una vez perfilada en *The Guardian*, una vez invitada a festivales literarios en tres continentes.

Ahora reducida a esto: un desastre temblón en un hotel mediocre, contemplando la salida más permanente.

¿Cuándo me volví tan pequeña? ¿Tan asustada?

Sé cuándo. Hace seis meses. El día en que mi vida comenzó a desmoronarse. El día en que empecé a cuestionar mi propia memoria, mi propia percepción de la realidad.

Mis piernas ceden, y me desmorono sobre la cama, acurrucándome sobre mí misma, un animal herido. Las lágrimas llegan cálidas y rápidas, empapando el edredón de poliéster barato. No hago ningún sonido, otro hábito nuevo. Llorar en silencio para que nadie me oiga. Para que él no me oiga.

Él. Siempre él.

Presiono mi cara contra la almohada, intentando ahogar los pensamientos que se arremolinan en un enjambre de avispas. El piso de Bristol que ya no se siente como hogar. Los amigos que dejaron de llamar después de que cancelara planes demasiadas veces. La agente literaria que «lamentablemente» me abandonó cuando no surgió ningún nuevo manuscrito.

Todas estas pérdidas acumulándose, mes tras mes, pieza tras pieza, hasta que apenas reconocía mi propia vida.

«Solo estás pasando un mal momento», dijo mi terapeuta antes de dejar de verla. «Esto le sucede a muchos escritores después del éxito temprano».

Pero esto no es un bloqueo de escritor ni síndrome del impostor. Esto es una destrucción organizada. Esto es ver a alguien desmantelar tu vida mientras todos a tu alrededor insisten en que solo estás siendo dramática.

Me giro sobre mi espalda, mirando el techo. Una mancha de agua se extiende por una esquina, amarillo-marrón contra la pintura blanca. Parece el mapa de una isla.

Una isla. Eso es lo que necesito. En algún lugar remoto. En algún lugar donde él no pueda alcanzarme.

Pero las islas significan empezar de nuevo. ¿Y cómo empiezas de nuevo cuando ya no confías en tu propia mente?

El pensamiento desencadena lágrimas frescas. Presiono los talones de mis manos contra mis ojos hasta que veo estrellas.

Debería llamar a alguien. A cualquiera.

¿Pero a quién? No hay nadie que no haya sido envenenado contra mí o apartado por mí.

Afuera, Bristol continúa sus rituales vespertinos. Las puertas de los bares se abren, derramando risas y música en las calles empedradas. Los autobuses suben pesadamente por Park Street. Alguien grita un nombre, su voz se la lleva el aire nocturno.

Gente normal viviendo vidas normales. ¿Cómo lo hacen?

Me incorporo lentamente, secándome la cara con el albornoz áspero del hotel. El agua del baño debe estar fría ya. La navaja aún espera, paciente como un depredador.

Pero algo ha cambiado. La claridad que sentía antes — esa certidumbre terrible y pacífica — ha desaparecido. En su lugar, confusión. Rabia. Y debajo de todo, un destello de algo que se siente peligrosamente como esperanza.

No esperanza en un futuro mejor. Nada tan optimista.

Esperanza en respuestas. En vindicación. En que alguien finalmente me crea.

Capítulo 2

Entonces

Es curioso cómo el duelo hace que un año se sienta a la vez como un siglo y un parpadeo. Doce meses desde que Daniel murió, y mi vida se había transformado en algo irreconocible: una exposición de museo bizarra: «Mujer de éxito en Rápido Declive». ¡Venid a ver su pelo sin lavar! ¡Maravillaos ante su colección de botellas de vino vacías! ¡Observadla hablando con su marido difunto mientras calienta judías en el microondas a las tres de la mañana!

El piso en Clifton que una vez se sintió como un triunfo ahora me burlaba a diario. Las estanterías del suelo al techo albergaban mi novela junto a los libros de arquitectura de Daniel. Nuestro hogar –corrección: mi hogar– permanecía congelado en el tiempo, un mausoleo de una vida interrumpida.

«Necesitas salir más», había dicho la Dra. Phillips en nuestra última sesión, antes de que dejara de ir por completo. Fácil para ella decirlo con su cardigan sensato y el anillo de boda que no había sido repurposado como un collar colgando como una soga contra mi esternón.

Nochevieja. El día supremo del optimismo forzado. Fuera de mi ventana, Bristol se preparaba para la celebración. Estudiantes con tops brillantes se tambaleaban colina abajo hacia el puerto, sus risas flotando hasta mi balcón donde yo estaba de pie fumándome el cuarto cigarrillo, todavía con los mismos pantalones de pijama que llevaba desde el Día de Boxeo.

Mi teléfono zumbó. Mi editora. El séptimo correo electrónico ignorado este mes.

¿Qué le diría siquiera? «Disculpa que perdiera la fecha límite. Estuve ocupada con que mi vida fuera desgarrada por el duelo mientras tú seguías adelante estoicamente adquiriendo bestsellers». Había estado ignorando a todos, pero ella era más persistente que la mayoría.

Lancé el cigarrillo por la barandilla, observando cómo la brasa naranja desaparecía en la oscuridad. Las seis de la tarde y ya de noche. Seis horas más de este año maldito.

Volví a entrar, con los dedos azules de frío. Mi ordenador portátil estaba abierto en la mesa de café, las pestañas del navegador mostrando un vistazo caótico a mi psique: efectos secundarios de antidepresivos, valores de propiedades en Bristol, escritores alcohólicos famosos, y la página de Wikipedia de parasomnia – aparentemente, lo de llorar en sueños es algo que existe.

Me desplomé en el sofá y hice clic aleatoriamente, abriendo mis correos electrónicos. Lo habitual: spam, un extracto de regalías (sorprendentemente sano, la muerte vende libros), y un correo promocional de algo llamado Mingle.

¡No pases otro día festivo solo! anunciaba la línea de asunto con una alegría presuntuosa.

Debería haberlo eliminado. En su lugar, hice clic.

Mingle: una app para personas que querían socializar sin la presión de las citas. La página de Bristol mostraba docenas de reuniones sucediendo esta noche, desde maratones de juegos de mesa hasta clases de coctelería.

Un evento me llamó la atención: *Año Nuevo, Caras Nuevas: Harbour House Party*.

Más de cien asistentes. Un almacén convertido de cinco plantas con diferentes pisos temáticos. Anonimato completo – solo nombres de

pila, sin detalles personales requeridos.

Reí, el sonido extraño en mi piso. La idea era absurda. ¿Yo, entre desconocidos, fingiendo ser un ser humano funcional? No había hablado con nadie más que con mi repartidor de Tesco en semanas.

Pero algo en ello me atraía. El anonimato absoluto. La oportunidad de ser alguien –cualquiera– que no fuera Rachel Thomas, viuda en duelo y maravilla literaria de un solo éxito.

Durante una noche, podía ser Rachel nadie. Una mujer sin historia. Sin un marido muerto y una carrera estancada y una hermana en algún lugar al otro lado de la ciudad que probablemente ni siquiera sabía si estaba viva o muerta.

Hice clic en «asistiendo» antes de poder cambiar de opinión.

Mi reflejo en el espejo del baño fue un shock. Mejillas hundidas, ojos apagados, pelo que no podía decidir si quería ser rizado u ondulado, así que había optado por ser un simple lío. ¿Quién era este fantasma que llevaba mi cara?

La ducha fue como un renacimiento. El agua caliente arrastró días de inercia, el vapor despejando mi mente por primera vez en semanas. Me afeité las piernas, un ritual tan normal que parecía revolucionario.

Mi armario ofrecía opciones limitadas. Todo me recordaba a Daniel o pertenecía a alguien que ya no reconocía. Al fondo, encontré un vestido negro que había comprado para un festival literario en Edimburgo, todavía con las etiquetas puestas. Lo había cancelado después del diagnóstico de Daniel.

El vestido me quedaba diferente ahora. Más suelto en la cintura, apretado en las clavículas que sobresalían como acusaciones.

Me maquillé con manos sin práctica. Demasiada sombra de ojos. Poco corrector para ocultar las ojeras. Pero el efecto general era… humano. Una imitación razonable de una mujer que podría ir a una fiesta.

Mi teléfono mostraba las 21:17. La fiesta comenzaba a las diez.

El pánico burbujeó, ácido e insistente. ¿En qué estaba pensando? No podía hacerlo. No podía entrar en una habitación llena de extraños fingiendo ser normal.

Me senté en el borde de mi cama, el vestido arrugado alrededor de mis muslos, respirando demasiado rápido. La habitación se inclinó ligeramente.

Entonces mi mirada se posó en el cuaderno en mi mesita de noche. El último regalo de Daniel. *Para tu próxima obra maestra*, había escrito dentro de la portada.

Vacío. Todavía vacío después de un año.

Me levanté, me alisé el vestido y cogí mi abrigo. Siempre podía irme si era horrible. Pero quedarme aquí, en este santuario de todo lo que había perdido, ya no era una opción.

La aplicación de taxis mostró una espera de cinco minutos. Cerré mi piso con llave, mi pulso martilleando en mis yemas de los dedos mientras presionaba el botón del ascensor.

Exhale lentamente, viendo mi aliento nublar el pasillo helado.

Por una noche, podía fingir estar viva de nuevo.

La fiesta de Nochevieja en Harbour House era exactamente lo que esperaba y temía a la vez —un caos de festividad forzada. El bajo retumbaba a través de cinco plantas de almacén convertido, vibrando bajo las suelas de mis botas y sacudiendo mis molares. Los cuerpos se presionaban contra cuerpos, todos gritando por encima de la música que parecía diseñada específicamente para impedir la conexión humana.

Treinta minutos después, ya había encontrado la esquina óptima —lo bastante oscura para ocultar mi evidente incómodo, lo bastante cerca de una salida para sugerir la posibilidad de escape. Sorbía mi tercer gin tónic, el hielo hacía tiempo derretido, diluyendo tanto el alcohol como mi valor ya menguante.

¿En qué había estado pensando? ¿Que podía volver a la sociedad tan fácilmente como ponerse un abrigo viejo? ¿Que podía estar en una habitación llena de extraños sin sentirme como una impostora con piel humana?

Una mujer con el pelo de un azul eléctrico se tambaleo contra mí, salpicando su bebida en mis zapatos.

—¡Lo siento, cariño! —gritó, sus pupilas eran agujeros negros enormes—. Aunque ¡la fiesta es jodidamente increíble, verdad?

Sonreí con tensión, una mueca que pasaba por participación social. Se alejó flotando, absorbida inmediatamente por la multitud palpitante de veinteañeros cubiertos de purpurina.

Era la persona mayor aquí por lo menos una década. La realización se hundió en mi estómago como una piedra. No solo la mayor —la más sobria, la más triste, la más obviamente fuera de lugar. Una viuda jugando a disfrazarse con ropa que ya no le quedaba ni a su cuerpo ni a su vida.

Cerca de la barra improvisada, un grupo estalló en carcajadas. Los observé con despego antropológico. ¿Cómo lo hacía la gente?

¿Encontrar alegría en gritarse tonterías los unos a los otros por encima de la música? ¿Qué misterioso músculo social se me había atrofiado durante mi año de aislamiento?

Dejé mi copa aguada en el alféizar de una ventana y calculé mi salida. Diez pasos hacia la escalera, tres pisos hacia abajo, luego libertad. Podía estar de vuelta en mi piso en veinte minutos. De vuelta al silencio y la soledad y al fantasma de Daniel que me seguía de habitación en habitación.

Me alejé de mi rincón de santuario. «Sí, salí. No, no fue un éxito, a menos que cuentes no tener un ataque de pánico en público como un éxito».

—¿Te vas tan pronto?

La voz llegó desde justo detrás de mi hombro izquierdo. Masculina, con ese inflexión particular de Bristol que suavizaba las consonantes como piedras de río.

Me giré, preparada para ofrecer alguna excusa insípida sobre madrugar o migrañas repentinas.

El hombre que tenía delante era alto —mediría al menos un metro ochenta—, con el pelo rubio oscuro peinado hacia atrás y un rostro que parecía diseñado específicamente para tranquilizar a las mujeres. Mandíbula fuerte, ojos bondadosos, reloj caro parcialmente oculto bajo un puño francés. Principios de los cuarenta, quizá. Lo suficientemente mayor para que me sintiera menos antigua.

—Soy Mark —dijo, extendiendo una mano—. Esta es mi fiesta.

Su mano era cálida y seca, su apretón firme sin la presión excesiva que algunos hombres aplican cuando intentan afirmar su dominio.

—Rachel —respondí, usando instintivamente mi verdadero nombre a pesar de todas mis fantasías anteriores sobre el anonimato.

—Y te estás escapando. —No era una pregunta. Sus ojos —sorprendentemente azules bajo la iluminación industrial— se arrugaron ligeramente en las comisuras.

—La verdad es que no soy mucho de fiestas.

—Eso dice la mujer que confirmó asistencia a una fiesta con un centenar de desconocidos.

La observación debería haberme parecido invasiva. En cambio, me pareció perspicaz. Me sorprendí sonriendo —una sonrisa genuina, no la mueca adolorida que había estado ofreciendo toda la noche.

—Estoy teniendo una crisis optimista —admití—. Propósito de Año Nuevo: dejar de ser una ermitaña.

Mark rió, un sonido rico y genuino en medio de la hilaridad artificial que nos rodeaba.

—Noble, pero quizá empezar con un rave en un almacén fue ambicioso —dijo—. Esto no es exactamente rehabilitación para ermitaños.

Eché un vistazo alrededor del caos torbellino de la fiesta —ahora todavía más abarrotada, aún más ruidosa. Alguien había comenzado a pulverizar champán desde la cabina del DJ.

—Te noté desde el otro lado de la sala —continuó Mark—. Parecías alguien que se estaba ahogando en aguas poco profundas.

La descripción fue tan acertada que casi me estremezco. ¿Era mi malestar tan visible? ¿Mi alienación tan obvia?

—Parecías —hizo una pausa, seleccionando sus palabras— como si necesitaras aire.

De nuevo, la precisión resultaba inquietante.

—Lo necesitaba. Lo necesito.

Mark me extendió la mano de nuevo. —Ven. Conozco un lugar tranquilo.

Debería haber sonado cada alarma de advertencia. Hombre desconocido. Lugar aislado. Sin embargo, algo en su comportamiento sugería seguridad más que amenaza. Quizá era su evidente riqueza, la facilidad con la que ocupaba espacio, o simplemente que había reconocido mi angustia cuando nadie más se había molestado en verla.

Me guió a través de la multitud de cuerpos, apartando a la gente sin esfuerzo con un toque aquí, una palabra susurrada allá. Todos parecían conocerlo, asentían respetuosamente, se hacían a un lado. Llegamos a una puerta que no había notado antes, oculta detrás de una columna industrial.

—Jardín privado en la azotea —explicó y produjo una llave—. Ventajas de ser el anfitrión.

La puerta se abrió a una escalera de caracol, conduciéndose hacia la oscuridad.

—Está arriba del todo. —Mark se hizo a un lado para dejarme pasar primero.

Dudé durante un latido del corazón, luego comencé a subir.

El jardín de la azotea fue un golpe de silencio tras el ruido pulsante de abajo. Las macetas creaban pequeñas islas de verdor, las luces de hada se entrelazaban entre viñas dormidas por el invierno. Todo el puerto se extendía ante nosotros, Bristol iluminada en celebración del año que llegaba.

—¿Mejor? —preguntó Mark, situándose a una distancia respetuosa.

El aire nocturno era briosamente frío después del calor húmedo de la fiesta. Llené completamente los pulmones por lo que parecía la primera vez en meses.

—Sí —dije—. Mucho mejor.

Nos sentamos en un muro de piedra bajo en el borde del jardín, cuya textura áspera me ancló al presente tras el caos sensorial de abajo. Bristol brillaba bajo nosotros, el reflejo de la ciudad bailando en las aguas oscuras del puerto. No era aún medianoche, pero lo bastante cerca como para que la anticipación flotara en el aire como electricidad estática.

—Entonces, Rachel... —Mark sacó una elegante pitillera plateada—. ¿Puedo?

Asentí, y me ofreció uno antes de encender el suyo. El ritual de fumar con un desconocido se sentía extrañamente íntimo.

—Cuéntame por qué estás realmente aquí esta noche.

La pregunta me tomó desprevenida. Nada de charla intrascendente sobre trabajos o clima o cómo conocíamos al anfitrión —que era, irónicamente, él.

—Nochevieja parecía un momento tan bueno como cualquier otro para recordar cómo ser una persona. —Exhale humo que desapareció en la noche—. He estado hibernando.

—Ah, sí. La gran hibernación humana. —Sonrió, un destello rápido de dientes perfectos—. Pero los osos se despiertan hambrientos. ¿Qué tienes hambre de ser?

Dios, qué pregunta. Casi me río por lo absurdo de discutir hambre existencial con un desconocido atractivo en una azotea mientras cien personas bailaban bajo nosotros.

—Normalidad, quizá —dije finalmente—. O la ilusión de ella.

Mark asintió como si esto tuviera sentido. —¿Y qué tal te está yendo hasta ahora?

Esta vez sí que reí, el sonido áspero pero genuino. —Considerando que huí de tu fiesta en treinta minutos y ahora estoy escondida en un tejado, ¿no diría que voy brillantemente.

—No escondida —corrigió él, sus ojos azules reflejando las luces feéricas—. Reubicándome estratégicamente. Hay una diferencia.

—¿La hay?

—Absolutamente. Esconderse sugiere miedo. Reubicarse sugiere agencia. —Lanzó ceniza sobre el borde de la pared—. Me das la impresión de ser alguien con mucha agencia.

La observación se sintió a la vez equivocada y acertada. Quizá alguna vez. Antes de que mi vida se desmoronase en duelo e aislamiento.

—¿Qué haces, Mark? ¿Además de organizar fiestas para desconocidos?

—Vendo propiedades obscenamente caras a gente obscenamente rica. —Lo dijo con un encanto tan autodespectivo que sonó casi noble—. Agente inmobiliario de lujo es mi título oficial. Intruso profesional en espacios privados es más exacto.

—Suena invasivo.

—Lo es, bastante. Ves a la gente en su momento más vulnerable cuando caminas por sus casas. Todas sus elecciones, sus gustos, sus secretos expuestos. —Apagó el cigarrillo en una maceta cercana—. ¿Y tú?

El miedo familiar. La pregunta que había estado evitando en reuniones sociales incluso antes de que Daniel muriese.

—Soy escritora. —El tiempo pasado hubiese sido más honesto, pero no podía obligarme a rendirme esa identidad aún.

—¿Publicada?

—Una novela. Hace un tiempo.

—¿La conocería?

Me encogí de hombros, incómoda. —Puede ser. Se llamaba *The Secret Between Us*.

Las cejas de Mark se dispararon, sorpresa genuina cruzando su rostro. —¿El thriller psicológico? ¿Sobre la mujer cuyo marido la estaba manipulando?

—Esa es.

—La convirtieron en película. Con cómo se llamaba… la actriz americana.

—Amy Knepper.

—Joder. —Me contempló con nuevo interés—. Fue brillante. Genuinamente inquietante. No pude dormir bien durante días después de leerla.

A pesar de todo, un destello de orgullo se encendió en mi pecho. —Gracias.

—¿Trabajas en algo nuevo?

Y así, sin más, el destello se apagó.

—No exactamente. —Me puse en pie bruscamente—. Debería irme probablemente.

Mark se levantó también, fluido y grácil. —Quédate. Las doce llegan en —miró su reloj— veintidós minutos. ¿Seguro que no aguantas mi compañía ese tiempo?

Su sonrisa era contagiosa, arrugando las comisuras de aquellos ojos azules sorprendentes. En otra vida, podría haber coqueteado. Podría haber quedado hasta el amanecer, hablando en este tejado.

—No es tu compañía. Es sólo… —hice un gesto vago a todo y a nada.

—¿Demasiado, demasiado pronto?

—Algo así.

Mark asintió, sin atisbo de ofensa o decepción. —Al menos déjame que te pida un taxi. Las calles estarán caóticas esta noche.

Antes de que pudiera responder, había sacado su teléfono y estaba marcando. —¿Jim? Mark Hampson. Necesito un coche en Harbour House… Sí, ahora mismo. Sé que es Nochevieja. Por eso te estoy llamando directamente.

Colgó, claramente satisfecho consigo mismo. —Cinco minutos. Un Audi negro. Jim es el mejor conductor de Bristol — te llevará a casa segura.

—Gracias. —Las palabras se sintieron inadecuadas para su amabilidad hacia una desconocida prácticamente.

Afuera, el aire frío mordía mi piel expuesta. El prometido Audi negro ya esperaba en la acera.

—Tu carroza —dijo Mark con una pequeña reverencia que debería haber parecido ridícula pero de algún modo no lo fue.

—No necesitabas esperar conmigo.

—¿Qué clase de anfitrión sería si te abandonase a los lobos de Nochevieja? —Abrió la puerta del coche, luego dudó—. Escucha, normalmente no soy así de directo, pero ¿te importaría si intercambiásemos números? Por si alguna vez tienes ganas de ser reubicada estratégicamente de nuevo.

Debería haber hecho una pausa. Debería haber inventado alguna excusa sobre teléfonos perdidos o mala cobertura. En su lugar, recité mi número mientras él lo tecleaba en su teléfono.

—Te mandaré un mensaje para que tengas el mío —dijo, su aliento visible en el aire helado—. Sin presión. Simplemente… una opción.

La idea de opciones — de posibilidades más allá de mi piso vacío y mi carrera estancada— se sintió de repente, ridículamente atractiva.

—Buenas noches, Rachel la escritora —dijo Mark, cerrando la puerta del coche una vez me hube acomodado dentro.

Mientras el taxi se alejaba, mi teléfono vibró con un nuevo mensaje:

Feliz Año Nuevo. A nuevos comienzos. – M

Y por primera vez en un año, el futuro pareció contener algo además de días interminables y vacíos.

Capítulo 3

Entonces

Tres días pasaron como una lenta tortura. Cada notificación en mi teléfono me producía un sobresalto, solo para decepcionarme cuando resultaba ser apenas otro correo de mi editor o un mensaje de spam sobre reclamaciones de PPI.

Había consultado mi teléfono sesenta y cuatro veces el primer día. Lo conté.

Para el tercer día, me había convencido de que Mark me había olvidado completamente. ¿Por qué no habría de hacerlo? Apenas era memorable: un fantasma en la fiesta, merodeando por las esquinas de su cena de Fin de Año antes de desvanecerme en la noche.

Entonces sucedió. Miércoles por la tarde, 15:17 horas.

—Esa novela tuya. Acabo de releerla. Aún mejor la segunda vez. Creía que debías saberlo. – M

Miré fijamente el mensaje hasta que la pantalla se oscureció, luego la desperté tocándola. Mis yemas de los dedos se quedaron suspendidas sobre el teclado; de repente era analfabeta. ¿Qué escribía la gente normal? ¿Qué habría escrito la Rachel anterior a la muerte de Daniel?

—Gracias. Aunque releer el propio trabajo es una clase especial de tortura que no le desearía a nadie.

Enviar. Arrepentimiento instantáneo. ¿Demasiado pretencioso? ¿Demasiado autoflagelante? ¿Ambas cosas?

Su respuesta llegó catorce minutos después. No estaba contando.

—Algunas torturas merece la pena soportarlas. A propósito, la escena gastronómica de Bristol se ha vuelto abominable desde el COVID. ¿Conoces algún sitio decente?

Se me secó la boca. ¿Era esto una conversación casual o algo más? Escribí, borré, escribí de nuevo.

—Depende de lo que busques. The Ox sigue haciendo un filete perfecto. Pasta Loco si consigues mesa (no la conseguirás). Casamia para la experiencia de segunda hipoteca.

Aparecieron tres puntos, desaparecieron, reaparecieron.

—Suenas como una auténtica crítica gastronómica. Estoy impresionado.

Solté un bufido. Si tan solo pudiera ver la pila de comidas preparadas de Tesco en mi congelador.

—Mi marido era el aficionado a la comida. Absorbí el conocimiento por ósmosis.

Presioné enviar antes de darme cuenta de que había mencionado a Daniel. Estúpido. Nada mata un coqueteo como referencias a cónyuge difunto.

Los minutos se alargaron hasta una hora. Sin respuesta.

Para la noche, me había convencido de que había arruinado lo que fuera esto antes de que comenzara. Me acurruqué en mi sofá, la televisión murmurando de fondo, algún programa de inmobiliario donde parejas arrogantes visitaban casas que no podían permitirse.

Mi teléfono vibró a las 21:42 horas.

—Disculpa por el retraso. Emergencia con un cliente. ¿Serías mi guía de restaurantes en algún momento? Me han dicho que necesito salir

más.

Mi corazón hizo algo ridículo en mi pecho.

—¿Quién lo dice?

—Mi asistente, mi socio empresarial, y mi hermano insoportable que está felizmente casado con 2,4 hijos y cree que todo el mundo debería estar igualmente aquejado.

Sonreí a pesar de todo.

—Aquejado es la palabra. El matrimonio no es para todos.

La respuesta llegó rápidamente: —Dice la mujer anteriormente casada.

Mi sonrisa se desvaneció. ¿Cómo explicar que el matrimonio con Daniel había sido la excepción, no la regla? ¿Que lo que teníamos desafiaba categorización?

—Es complicado.

—La vida normalmente lo es. La cena no. ¿Viernes, 20:00 horas?

Miraba fijamente su mensaje, el pánico burbujando en mi interior. Esto estaba sucediendo demasiado rápido. ¿O no? La gente normal iba a cenar. La gente normal seguía adelante después de una pérdida.

Pero ¿qué pensaría Daniel?

Dejé el teléfono y me puse a dar vueltas por el piso, ocho pasos en una dirección, ocho pasos de vuelta. Daniel había estado muerto durante doce meses. Doce meses, cuatro días, y aproximadamente nueve horas, si era precisa.

—Querrías que fuera feliz —susurré a la habitación vacía. El silencio se sintió como un desacuerdo.

Volví a coger mi teléfono.

No sé si estoy lista.

Su respuesta fue inmediata: *¿Para cenar o para pasar página?*

La pregunta quedó flotando en el aire entre nosotros, transmitida a través de señales invisibles a su teléfono, dondequiera que estuviese. ¿En su elegante apartamento de soltero? ¿Su despacho con vistas al puerto?

Ambas cosas, quizá.

Tres puntos. Después: *No te pido nada más allá de conversación y comida, Rachel. Sin presión. Sin expectativas. Solo dos personas que se encontraron lo suficientemente interesantes como para escapar juntos de una fiesta terrible.*

Sonreí ante eso. Interesante. ¿Cuándo fue la última vez que alguien me encontró interesante en lugar de digna de lástima?

Haces un caso convincente, Letrado.

Agente inmobiliario, recuerda. Vendiendo propiedades sobrevaloradas e invitaciones a cenar desde 2010.

Tomé una respiración profunda. ¿Cuál era lo peor que podría pasar? (Además de todo, susurró la voz ansiosa que había establecido su residencia permanente en mi cerebro desde el diagnóstico de Daniel).

El viernes me va bien. ¿Dónde?

Déjame sorprenderte. Te recojo a las 19:30. ¿Dirección?

Dudé, luego escribí los datos de mi piso en Clifton. Mi pulgar se quedó suspendido sobre el botón de envío durante treinta segundos completos antes de presionar.

Mensaje enviado. Sin vuelta atrás.

Una pequeña emoción recorrió mi cuerpo, seguida inmediatamente por culpa, seguida por algo que parecía sospechosamente a anticipación. Qué extraño sentir múltiples emociones simultáneamente después de un año de nada más que gris.

Tengo muchas ganas. – M

Yo también, pensé, sorprendida por lo cierto que era.

El restaurante estaba escondido en un callejón adoquinado junto a King Street, el tipo de lugar que pasarías cien veces sin notar. Sin letrero, solo una puerta azul con una aldaba de latón. Muy Mark – sobrio pero inequívocamente exclusivo.

—¿Necesitas un apretón de manos secreto para entrar? —pregunté mientras golpeaba dos veces la puerta.

—Algo mejor —respondió—. Una reserva.

El maître d' saludó a Mark por su nombre, conduciéndonos a una mesa en la esquina bajo una ventana de cristal emplomado. Solo otras cinco mesas ocupaban el pequeño espacio, cada una separada por biombos que creaban la ilusión de intimidad.

—Nunca había oído hablar de este lugar —admití una vez que nos sentamos.

—Esa es precisamente la cuestión. El propietario es un excocinero de The Ledbury. Abrió esto después del confinamiento, solo por recomendación —la sonrisa de Mark transmitía la satisfacción de un hombre acostumbrado a saber cosas que otros desconocían—. ¿Vino?

—Por favor. Tinto.

—Específico.

—Sorpréndeme —dije, envalentonada—. Pareces bueno en eso.

Sus ojos se encontraron con los míos al otro lado de la mesa, y por un momento, olvidé cómo respirar correctamente. ¿Cuándo fue la última vez que alguien me miró así? ¿Como si fuera un puzle que mereciera la pena resolver?

Apareció el sumiller, Mark pidió algo francés que sonaba caro, y yo me concentré en el menú para ocultar el rubor que trepaba por mi cuello.

—Bueno —dijo Mark una vez que estuvimos solos de nuevo—. Cuéntame algo que nadie sepa sobre Rachel Thomas.

Reí. —Esa es una pregunta terrible para una primera cita.

—¿Así que esto es una cita?

Vacilé. —Quise decir—

—Te estoy tomando el pelo. —Su sonrisa era juguetona, desarmante —. Aunque espero que lo sea.

El vino llegó, salvándome de responder. Mark lo probó con la confianza de alguien que sabía exactamente cómo debería saber el buen vino. El sumiller sirvió, se retiró.

—Por los nuevos comienzos. —Mark levantó su copa.

Choqué la mía contra la suya. —Brindis original.

—Nunca afirmé ser original, solo efectivo. —Sorbió su vino, esos ojos azules nunca abandonando los míos—. Ahora, sobre ese secreto.

Consideré evadir, pero algo sobre el espacio íntimo, el vino, su atención inquebrantable, me hizo ser temeraria.

—A veces hablo con mi marido —admití—. En voz alta. Como si todavía estuviera aquí.

Mark no se inmutó. —¿Qué le dices?

—Cosas mundanas principalmente. Que la caldera vuelve a hacer ese ruido. Que su panadería favorita cerró. Que lo echo de menos.

Mark asintió lentamente. —¿Te contesta?

—Dios, no. No he llegado tan lejos. —Tomé un sorbo grande de vino —. Tu turno.

—¿Mi secreto? —Se reclinó, considerando—. Me aterroriza la mediocridad. No el fracaso, la mediocridad. La idea de vivir una vida anodina me mantiene despierto por las noches.

La confesión me sorprendió. Parecía demasiado vulnerable para un hombre tan seguro de sí mismo.

—¿Es por eso que vendes propiedades de varios millones de libras? ¿Para sentirte excepcional?

—Quizá. —Su dedo trazó el borde de su copa—. O quizá simplemente me gustan las cosas hermosas.

La manera en que me miraba mientras lo decía hizo que me hormiguease la piel.

La cena transcurrió con una naturalidad que no experimentaba desde hace años. Mark me hizo preguntas sobre mi escritura, escuchando realmente las respuestas. Me contó historias sobre demandas ridículas de clientes que me hicieron reír hasta que me dolieron los costados. La comida era exquisita, aunque apenas registré qué comí.

Dos botellas de vino después, estábamos fuera de mi piso, el aire nocturno cortante por el frío de enero.

—Gracias por esta noche —dije, las llaves agarradas en la mano—. Ha sido…

—¿Sí?

—No ha sido terrible.

Él rió, el sonido resonando en las fachadas georgianas. —Vaya, qué elogio.

—No tengo práctica en esto. —Hice un gesto vago entre nosotros.

—¿Esto?

—La interacción humana. Las citas. Lo que sea esto.

Mark se acercó más. —Esto es dos personas disfrutando de la compañía del otro. Nada más complicado que eso.

Pero me pareció complicado. Complicado y emocionante y aterrador.

—¿Te gustaría subir a tomar algo? —solté.

—¿Algo? —Su ceja se arqueó.

—Sí, algo —repetí, y luego no pude evitar añadir—: Aunque hago un café horrible.

—¿El peor de Bristol?

—Posiblemente del Reino Unido.

Los dos reímos, reconociendo la pantomima transparente.

—Me encantaría un café horrible —dijo suavemente.

Mis manos temblaban ligeramente mientras desbloqueaba la puerta de la entrada. No dijimos nada en el ascensor, el pequeño espacio de repente cargado de posibilidades.

En mi puerta, volví a trastabilliar con las llaves. Mark me las quitó suavemente de la mano, encontró la correcta inmediatamente y abrió la puerta. Por supuesto que se le daría bien eso también.

—Última oportunidad para cambiar de opinión —murmuró.

Por respuesta, me estiré y le acerqué la cara a la mía. Sus labios eran suaves, su beso seguro sin ser exigente. Sus manos encontraron mi cintura, atrayéndome más cerca hasta que pude sentir su latido contra el mío.

Cuando nos separamos, sus ojos se habían oscurecido. —¿Estás segura?

Por primera vez en años, lo estaba. —Sí.

Me besó de nuevo, más profundamente esta vez, caminando hacia atrás conmigo a través del umbral. Con una mano, extendió el brazo detrás de él y cerró la puerta, el sonido de esta cerrándose con una finalidad decisiva.

El olor del beicon friéndose me arrancó del sueño. Durante un momento, permanecí confundida, mi mente lenta y envuelta en algodón. Luego los recuerdos de la noche anterior regresaron como una inundación –la cena, el vino, las manos de Mark, la boca de Mark, Mark—

Me incorporé demasiado rápido, la cabeza protestaando al girar.

Desde la cocina llegaba el suave sonido metálico de alguien que sabía su forma de moverse entre la batería de cocina. Qué extraño, esta invasión de mi soledad. No desagradable, simplemente… foráneo. Como descubrir una habitación nueva en una casa en la que has vivido durante años.

Mi reflejo en el espejo del dormitorio fue un shock –el pelo revuelto, las ojeras con maquillaje manchado, los labios ligeramente hinchados. Parecía otra persona completamente. Alguien vivo.

Después de una rápida visita al baño –dientes cepillados, cara lavada, pelo más o menos domado– me puse un suéter oversized y seguí el olor del desayuno.

Mark estaba junto a mi cocina, vestido con los pantalones y la camisa de ayer, las mangas remangadas hasta los codos, exponiendo antebrazos bronceados. Había encontrado mi antiguo delantal, el que tenía 'PROSE BEFORE HOS' estampado en la parte delantera, un regalo bromista de mi editora.

—Buenos días —dijo, sin darse la vuelta—. El café está hecho. Encontré unos granos en el congelador que no parecían demasiado antiguos.

—¿Cocinas? —pregunté estúpidamente, sirviéndome una taza. El café olía divinamente, nada parecido a la ofrenda quemada que yo solía conseguir.

—Habilidades básicas de supervivencia. —Giró algo en la sartén—. Aunque tu cocina está notablemente mal equipada para alguien que tiene un libro de Ottolenghi firmado.

Sorbi mi café, sin saber cómo navegar este cuadro doméstico. —Daniel era el cocinero. Yo soy más especialista en tostadas.

—Ah. Bueno, esto va un poco más allá de las tostadas, pero nada complicado. Un desayuno completo inglés con lo que he podido rescatar de tu nevera.

Me deslizó un plato delante – huevos, beicon, tomates y champiñones dispuestos con la precisión de un restaurante.

—No tenías que hacer esto —dije, extrañamente emocionada por el gesto.

—Quería hacerlo. —Se sentó enfrente con su propio plato—. Además, después de anoche, pensé que quizá necesitaras algo de sustancia.

La mirada que me dirigió era juguetona, íntima. Las mejillas me ardieron, y me concentré en mi desayuno.

—Esto está bueno —dije después de unos cuantos bocados—. De verdad que está bueno.

—No suenes tan sorprendida.

—Perdona, es que... —gesticulé hacia él—. No pareces de los que preparan desayunos.

—¿Y qué tipo de persona te parece que soy?

—No lo sé. ¿Del tipo que pide servicio a la habitación?

Se rió. —Justo. Pero encuentro la cocina meditativa.

Comimos en un silencio cómodo. La luz solar se colaba inclinada por la ventana de mi cocina, atrapando motas de polvo y convirtiéndolas en oro. Por primera vez en años, mi piso no parecía un mausoleo.

—Bueno —dijo Mark, dejando el tenedor—. ¿Algún arrepentimiento?

La pregunta fue pronunciada con ligereza, pero sus ojos eran serios.

—¿Sobre anoche? No. —La certeza en mi voz me sorprendió—. ¿Y tú?

—Solo que tengo una visita a las diez en Redland. —Consultó su reloj—. Lo que me da exactamente cuarenta y siete minutos para llegar a casa, cambiarme y convencer a un oligarca ruso de que una casa adosada de cinco dormitorios vale tres millones de libras.

—Un trabajo complicado.

—No tienes ni idea. —Se levantó y recogió nuestros platos—. La gente rica es absolutamente lo peor.

—Dice el hombre que vende propiedades de un millón de libras.

—Exactamente por eso estoy cualificado para hacer esa valoración. —Enjuagó los platos y los metió en el lavavajillas—. Debería irme.

Algo se tensó en mi pecho – no era decepción exactamente, pero era su pariente cercano.

—Por supuesto.

En la puerta, me sujetó la cara entre las manos, estudiándome como si memorizar detalles para más tarde.

—Gracias por anoche —dijo—. Por la cena, por el café horrible, por... todo.

—Gracias a ti por el desayuno.

Me besó entonces, más lento y deliberado que los intercambios urgentes de la noche anterior. Un beso con intención.

—Te escribo un mensaje —prometió contra mis labios.

Y entonces se fue, la puerta cerrándose con un clic detrás de él.

Flotaba durante la mañana, sintiéndome extrañamente ligera. Algo había cambiado, algún mecanismo oxidado dentro de mí rechinando de nuevo hacia la vida. Me duché, cambié las sábanas, incluso abrí mi portátil por primera vez en semanas.

Por la tarde, había consultado mi teléfono dieciséis veces.

Por la noche, treinta y dos.

Nada.

—Está ocupado —le dije a mi reflejo mientras me cepillaba los dientes esa noche—. Los oligarcas rusos son clientes exigentes.

Pasaron días. Dejé de contarlos específicamente, solo sabía que se acumulaban como polvo en mis alféizares.

Me inventé excusas para él con la creatividad que una vez había alimentado mi escritura. Quizá había viajado de repente por trabajo. Puede que su teléfono hubiera caído al puerto. Posiblemente estaba elaborando el mensaje perfecto, uno tan maravilloso que requería días de composición.

Limpié mi piso obsesivamente, como si pudiera frotar lejos el recuerdo de su presencia. Tiré los granos de café que había usado. Reorganicé los muebles. Eliminé su número dos veces, solo para pescarlo del cubo de basura ambas veces.

Por las noches, me quedaba despierta reproduciendo nuestra velada, buscando pistas. ¿Había dicho algo que resultara repelente? ¿Había

sido demasiado ansiosa? ¿No lo suficientemente ansiosa? Las preguntas giraban como buitres.

El mundo continuaba su rotación. Los estudiantes seguían gritando borrachos bajo mi ventana a las dos de la madrugada. La panadería de abajo seguía llenando el edificio con olor a pan fresco cada mañana. Las gaviotas seguían peleándose por restos a lo largo del puerto.

Y aún así, ningún mensaje de Mark.

—Solo está ocupado —me dije a mí misma, mirando mi teléfono silencioso, la excusa haciéndose más delgada cada día—. La gente se ocupa.

Pero ni siquiera yo me lo creía ya.

Gracias por leer esta vista previa de IF YOU'RE READING THIS.

Si te gustó lo que viste y quieres ver el libro completo, puedes comprarlo ahora en Amazon.

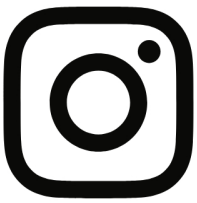
Acerca del Autor

AJ Carter escribe novelas de suspense psicológico que ahondan bajo la superficie —donde los momentos más silenciosos ocultan los secretos más oscuros. Con base en Reino Unido, crea historias de tensión, obsesión y los frágiles límites de la mente humana, explorando qué sucede cuando personas ordinarias se ven empujadas mucho más allá de sus límites.

Impulsado por la curiosidad, la cafeína y un interés inquebrantable en por qué las personas hacen lo que juran que nunca harían, AJ crea mundos tan inquietantes como adictivos. Su trabajo es conocido por su realismo agudo y su suspense envolvente y de alta velocidad —historias que te atrapan desde la primera página y no te sueltan.

Cuando no está escribiendo, AJ suele estar viendo películas que te remueven la cabeza, perdiéndose en videojuegos narrativos, o viajando en busca de inspiración —y de esos lugares que te hacen comprobar dos veces que las puertas estén cerradas por la noche.

 Facebook

 Instagram